LA EDAD DE LA IRA

FERNANDO J. LÓPEZ



Marcos, un adolescente de clase media, asesina a su padre y deja malherido a uno de sus cuatro hermanos. Amigos, familiares, profesores de Marcos: nadie se explica lo sucedido. Nadie pudo preverlo. Las imágenes del crimen acaparan los medios. La violencia adolescente se adueña, de nuevo, de la actualidad.



Fernando J. López

La edad de la ira

ePub r1.0

Polifemo7 26.12.13

Título original: *La edad de la ira*
Femando J. López Martínez, 2011

Editor digital: Polifemo7
ePub base r1.0

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

A mi familia, por apoyarme en
cada una de mis edades.
Sin ellos —mis padres, mi
hermano, mi abuela—,
este libro no existiría.

A Juan, por cada día —y cada
edad— juntos.
Su aliento —como el recuerdo
travieso
de nuestra pequeña Verdi—
está detrás de cada una de las
líneas de esta novela.

Extender entonces la mano
es hallar una montaña que prohíbe,
un bosque impenetrable que niega,
un mar que traga adolescentes rebeldes.

LUIS CERNUDA, *Los placeres prohibidos*.

Un día cualquiera

Hace tiempo que nos odiamos.

Es mutuo, supongo. A él nunca le he gustado. La diferencia es que ahora, desde que mi madre no está, ya ni siquiera lo disimula. Yo tampoco lo hago, la verdad. Pero por lo menos intento controlarme. Sé que, a las malas, llevo las de perder, porque ser menor de edad limita mucho, así que me trago la rabia y me aguanto. Aunque controlarme me cuesta casi tanto como escribir en esta mierda. Una Olivetti que debería estar en un museo y que, sin embargo, mi padre me obliga a usar cada vez que

tengo que entregar un trabajo de clase. Como el que supuestamente estoy escribiendo ahora.

¿Que describa cómo es un día con mi familia? ¿Otra vez? Llevo escribiendo sobre los mismos temas desde que empecé el colegio. Siempre lo mismo, aunque los de literatura le den alguna que otra vuelta para que suene diferente. Total, luego sólo buscan las faltas y nadie lee una mierda entre líneas. Pongas lo que pongas… Esta vez se supone que nos toca construir una corriente de conciencia, algo que no tengo muy claro en qué consiste y que, según el de lengua, se resume en

«dejarse llevar». Lo malo es que, si me dejo llevar, puede que me rinda y acabe estallando. Eso es lo que pasarla, que no contendría ni un minuto más las ganas de decirle a mi padre cuánto lo detesto, cuánto daño me hace, cuántas ganas tengo de perderlo de vista para siempre.

Cuando le conté a Raúl que en esta redacción iba a pasar de los topicazos habituales, se sorprendió. Normalmente, en un trabajo así, evitaría ser honesto y me limitaría a hablar de lo estupendos que son mis hermanos, de lo mucho que echo de menos a mi madre, de lo que nos gustaba hacer a todos juntos cuando ella seguía aquí. Si ésta fuera la misma

redacción de los demás cursos, dibujaría de nuevo el retrato de la familia hiperfeliz que todos ven en nosotros. Todos menos yo, claro, que debo de ser un asocial y un raro, pero que de hiperfeliz no tengo nada. De todos modos, no creo que sincerarse aquí sirva de mucho. Mientras que las tildes estén en su sitio, seguro que lo demás no importa demasiado. Raúl dice que no, que el de lengua de este año es diferente —en eso tiene razón: no entendemos nada de lo que nos cuenta— y que hasta puede que le mole lo de mi experimento literario. ¿O es biográfico? Joder, qué difícil es poner las

interrogaciones con este trasto.

Me canso. Es un rollo tener que golpear las teclas con tanta furia para que se marque la tinta sobre el papel. Y eso que a mí, furia hoy no me falta. Ni hoy ni casi nunca… Echo de menos la línea roja esa tan cómoda del Word, la que te avisa cuando cometes un error y evita que el profesor de turno te baje la nota. «Así aprendes a escribir como Dios manda», dice mi padre, que cada vez que pronuncia esa palabra parece que se hubiera comprado a Dios para él solito. Y no sé cómo coño escribe Dios, pero seguro que no lo hace como yo, peleándose con una Olivetti del siglo

pasado… Claro que Dios no tiene a mi padre encima todo el día, dándole la brasa con lo que debe y lo que no debe hacer. Con lo que está bien y con lo que está mal. Con lo que le gusta (casi nada) y lo que no le gusta (casi todo) Dios, a su lado, debe de ser un liberal de la hostia. Fijo.

A mi madre también la sacaba de quicio, aunque ella no lo expresara demasiado. O tal vez sí lo hacía y yo no me di cuenta hasta muy tarde, no sé, es que la infancia es una mierda, no te enteras de nada y luego, de repente, te salta todo a la cara, como si con los quince te dieran una entrada gratis para

el infierno. Toma, aquí la tienes: la puta realidad. Lo que me cabrea es no haberme despertado antes, cuando ella todavía estaba viva y sí tenía sentido ponerse de su lado, darle la razón en los combates que imagino que tuvo que librar sola. Porque yo era un crío bobo y tontorrón —inocencia, lo llaman— que no se enteraba de nada de lo que sucedía en su propia casa. Ignacio sí que se daba cuenta de todo, claro, porque siendo el mayor de los cuatro tuvo que despertarse mucho antes, aunque estuviera demasiado ocupado deslumbrando a todo el mundo con sus dieces como para prestarnos atención a

los demás.

—¿Vas a parar o no? Venga, tío, déjalo ya, que mañana tengo un examen importante.

Está intentando estudiar —cómo no — y le molesta el ruido de la máquina. Desde que ha empezado la universidad se ha vuelto aún más insufrible que de costumbre… Sólo por eso merece la pena seguir escribiendo, para evitar que mi hermano, el hombre diez, conquiste su nueva mención de honor en ese palmarés que mi padre nos restriega tan a menudo. «Eso sí que son unas notas como Dios manda» y de nuevo me pregunto si Dios tendrá un baremo de

calificaciones o si por allá arriba no le preocuparán lo más mínimo mis boletines de la ESO. «El Bachillerato ya no es un juego, Marcos. Recuérdalo», me dijo mi padre al empezar este curso, y luego me dio una palmada supuestamente amistosa para jugar por una décima de segundo al viejo severo pero enrollado. El padre que sabe cómo tienes que ser, porque se ha agenciado una línea directa con Dios desde la que le dan todos los datos. Una especie de GPS bíblico que nadie debería saltarse nunca. Ignacio, desde luego, cumple bien el modelo. Yo, me temo, ni siquiera me acerco.

¿Los otros? Bueno, los otros dos no son geniales, pero tampoco molestan demasiado. Adolfo todavía es un crío. Con doce años está a un paso de darse de bruces con la realidad, pero de momento sigue creyéndose el buenrollismo dictatorial de mi padre. Y Sergio, no sé, a Sergio sólo le llevo un año y es un tío callado, muy discreto, nunca se puede adivinar qué está pensando. Pero estar en silencio no molesta, y ser un crío tampoco, así que mi padre no se mete demasiado con ellos. Con joderme a mí, él y su Dios ya tienen suficiente.

—¿Lo dejas de una vez?

Ignacio sube el tono —siempre lo hace: le encanta provocar la tensión hasta hacerla estallar— y yo, fingiendo no oírle, escribo cada vez más deprisa. Las teclas suenan brutales sobre el papel. Golpean. Hieren. Humillan. La tinta casi hace sangrar el folio mientras mi hermano, cada vez más rayado, exige silencio.

—Tengo que estudiar. —Intenta quitarme los dedos del teclado, pero me basta un solo manotazo para apartarlo —. ¿No me escuchas o qué?

Mi padre, con su radar habitual para las broncas, viene hasta mi cuarto y le da la razón. Se planta junto a mí

mientras Ignacio sigue gritándome. Está rabioso. Mucho. Le ha dolido comprobar que sigo siendo más fuerte que él. Que no me aguantaría ni medio asalto. Al fondo, mis hermanos se asoman desde sus cuartos para saber qué ocurre. Acojonados, claro. Como siempre. Pero hoy ya me da igual. Hoy todo me da igual.

—¿No has oído a tu hermano, Marcos?

Asiento sin abrir la boca mientras continúo peleándome con la Olivetti para acabar esta maldita redacción en la que se supone que tenía que contar cómo era mi familia. ¿Que cómo somos?

Somos como Dios manda. Eso seguro… Si no sintiera tanta rabia creo que hasta me reiría. ¿No te hace gracia a ti también, papá?

La bronca —gracias a las voces de ambos— es ya monumental. El ruido de las teclas, ensordecedor. Cada letra suena como si fuera una bala. Un disparo. Un maldito disparo con el que me encantaría poder mandarlo todo a la mierda de una vez. Mi padre me da un ultimátum y yo accedo a dejar de escribir. Me trago la bilis y le digo que vale, que se espere un segundo, que sólo me queda cerrar este trabajo con una línea más. Sólo una línea más.

—¡Que dejes de ya de provocarme, joder!

La bofetada de mi padre me para en seco. Contundente. Brutal. Como a él le gustan. Me aguanto las lágrimas —no pienso dejar que me vea llorar— y, mientras me imagino el placer de estallar y devolverle el golpe, pongo el punto final a este maldito texto.

Trabajo para la asignatura de Lengua Castellana y Literatura I
Alumno: Marcos Álvarez
Curso y grupo: 1.º Bachillerato E
(IES Rubén Darío)

Domingo

Me cuesta creer que haya matado a nadie. Leo el informe policial una y otra vez y sigo sin entender bien lo que pudo pasar en aquella casa. El chico apenas habla. Se limita a mirar al suelo, esquivando miradas y gestos de desprecio. El juicio es rápido. Casi instantáneo. Estos asuntos se deciden deprisa, me informa un amigo psicólogo. Trabaja como orientador y profesor de apoyo en el centro de menores donde van a internarlo. En dos años, cuando tenga la mayoría de edad, pasará a una cárcel común y corriente.

Su homicidio no merece menos castigo, afirman los medios. Sobre todo teniendo en cuenta los terribles sucesos que se han ido sumando en los últimos meses. Demasiados casos de menores que violan y asesinan a compañeras de clase. Menores que agreden brutalmente a padres y profesores. Incluso hay quien, a la luz de estos sucesos, pide que se endurezca la ley. El de Marcos no es un caso único, insiste mi amigo, experto en conflictos de violencia doméstica, y casi sin pestañear me cuenta otra decena de ellos a los que los medios de comunicación no les han prestado tanta atención. Éste es distinto: demasiada

crueldad. Demasiado imprevista. Sus amigos y profesores siguen consternados. Nadie esperaba que pasase algo así. Nadie creía que ese chico pudiera hacer lo que según este informe policial realmente hizo.

Los hechos y sus coordenadas son muy simples. Terriblemente nítidos. Un piso de tres dormitorios en un barrio residencial —anodino, tranquilo, idéntico a otros tantos— de la zona oeste de Madrid. Una familia compuesta por cuatro hermanos —de entre doce y diecinueve años— que viven con su padre, viudo tras la repentina muerte de su mujer en un accidente de coche nueve

meses atrás. Un sospechoso de dieciséis años que, una semana antes, acababa de empezar 1.º de Bachillerato en el IES Rubén Darío, el mismo instituto donde había cursado la Secundaria. Y un crimen, brutal e incomprensible, que conmociona a la opinión pública de todo un país.

Los medios condenan a Marcos enseguida —son más rápidos en su sentencia que la propia justicia— y le cambian el nombre en cuanto la noticia llega a las redacciones. El asesinato ha sido perpetrado con un arma demasiado peculiar como para no incidir sobre ella, así que se valen de esa rareza

anacrónica para designar a su nuevo monstruo mediático. «El asesino de la máquina de escribir», lo bautizan.

Y así se llama ahora, aunque antes fuera Marcos Álvarez y tuviera otra identidad y otra existencia. Pero, según la prensa, decidió tirarlo todo por la borda —nombre, vida e identidad— cuando mató a su padre y atacó con saña a uno de sus hermanos. Adolfo, de doce años, sólo sufrió lesiones leves —moratones y magulladuras—, mientras que Sergio, sólo un año menor que Marcos, ingresó muy grave en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte después de que su hermano le

clavara unas tijeras en el pecho. Ignacio, de diecinueve, fue quien descubrió lo sucedido y llamó a la policía, aunque Marcos todavía tuvo tiempo para lanzarse sobre él y hacerle un profundo corte en el brazo derecho.

Ni las televisiones ni los periódicos quieren ahorrarse el placer de mostramos las imágenes —entre dantescas y tarantinianas—, así que amanecemos durante varios días con las cruentas instantáneas de la víctima. Un hombre sádicamente golpeado con una máquina de escribir —«nueve veces», puntualiza el informe pericial— y desfigurado por completo, hasta

convertir su cabeza en un amasijo de huesos y piel donde cuesta adivinar los vestigios de lo que pudo haber sido su rostro. Allí no hay más que una masa informe de músculos ensangrentados que dan cuenta de la terrible escena de violencia vivida en la tarde del domingo 20 de septiembre de 2009 a las 19:34 horas en el número 23 de la calle Antonio Machado de Madrid.

No sé si me habría implicado tanto en esta historia si no me hubiese llamado la atención el rostro casi inexpugnable del acusado. Una especie de Marlon Brando del siglo XXI que parecía desafiar al mundo con su

silencio. En su momento no supe si interpretar su actitud como un gesto rebelde o como un escudo defensivo ante todo lo que estaba sucediéndole. ¿Marcos callaba porque se sentía orgulloso de su crimen o porque ni siquiera era capaz de intentar explicar aquel horror? Los medios tenían claro su punto de vista: no sólo era un asesino, sino un tipo frío y calculador, un psicópata que resumía a esa adolescencia sin valores que tan fácil resulta criticar. Los tertulianos televisivos se lanzaron gustosos al feliz arte de la demagogia y leyeron el silencio del chico como un gesto de

desprecio hacia cualquier valor ético o moral. No sólo era un criminal. Era todo un psicópata.

A mí, sin embargo, me costaba no vislumbrar una amargura honda y profunda en su mirada. En unos ojos que, lejos de mantenerse fríos, parecían siempre a punto de romper a llorar. Nunca lo hicieron. Ni una voz. Ni una lágrima. Nada. Tan sólo una conducta estoica que helaba la sangre y que hacía aún más difícil explicarse las atroces imágenes del crimen cometido. ¿Y si no fue él? ¿Y si todo se hubiera basado en pruebas erróneas o, cuando menos, manipuladas?

—Por favor, Santi, sus huellas estaban en la máquina de escribir. Sus dos hermanos han declarado que ocurrió todo tal y como nos lo han contado, ¿qué dudas se pueden albergar ante algo así?

—No hay motivos.

—No los conoces, eso es todo. Pero, sea cual fuere el origen de este horror, no creo que haya causas que permitan justificarlo. ¿Tú has visto bien las fotos?

—Claro que sí, Olga.

—En ese caso, no hay mucho más que hablar. No creo que este tema nos interese, la verdad. Por lo menos, no en este momento.

Mi editora suele tener razón. Sabe

cuándo es apropiado hablar de un tema y cuándo, según lo que demanda el mercado, no lo es tanto. Sin embargo, en esta ocasión no podía permanecer callado. No podía fingir que me parecía bien aparcar esta investigación y no escribir el libro que planeaba. Necesitaba entender qué había ocurrido en esa familia, en la mente de ese chaval de tan sólo dieciséis años. Necesitaba saber qué estaba sucediendo a tan sólo una generación de la mía. Tan sólo unos años más allá… Pensé que, si me obstinaba en mi propósito, acabaría convenciendo a Olga. A fin de cuentas, mi último libro no había funcionado del

todo mal, algo que, en cierto modo, le hacía sentirse en deuda conmigo.

—Eso era diferente, Santi. No me compares tu trabajo sobre la corrupción urbanística con… esto.

—Esto también es un escándalo.

—Pero se olvida pronto. Habrá otro parecido, o incluso peor, la semana que viene. Basta con echarle una ojeada a la sección de sucesos.

—Es que yo no quiero relatar los hechos, Olga. Quiero encontrar sus causas.

—Ya.

Por primera vez conseguía que me prestase atención, así que seguí

insistiendo mientras le explicaba mi proyecto. No sería ni una crónica ni un ensayo al uso. Nada de análisis fríos y distantes. Nada de estadísticas. Nada de opiniones de supuestos expertos que jamás hubieran conocido a Marcos.

—Y entonces, ¿qué es lo que me propones?

Al fin. Empezaba a morder mi anzuelo. Le expliqué —intentando echar mano de todo el entusiasmo posible— que mi proyecto sería algo más que eso. Algo más personal. Una búsqueda de los hechos y de las circunstancias que pudieron irse acumulando durante toda una semana hasta provocar que Marcos

explotase ese domingo negro. Una semana en la que nuestro asesino acababa de iniciar un nuevo curso y donde pasó muchas horas encerrado en su centro escolar. Allí se encontraba mi libro. Entre las paredes de aquel instituto donde quienes convivieron con Marcos —compañeros, profesores, personal no docente— tendrían que haber observado algo que permitiese explicar lo que ocurrió sólo unos días más tarde.

—¿Y su familia?

—Se han cerrado en banda.

—¿Todos?

—Todos. —Trago saliva. Sé que no

es una buena noticia para mi libro—. Los hermanos están viviendo ahora con su tío paterno, pero ya lo he intentado y se niega a que nadie hable con ellos. Olga, ese camino es una vía muerta…

—¿Y el otro no lo es?

En absoluto. El otro era el único camino posible para responder la acuciante pregunta que me planteaba este crimen: el porqué de un asesinato tan brutal. La llave para interpretar a una adolescencia a la que no estoy seguro de entender y con la que, sin embargo, todos tenemos que convivir. ¿No merecía la pena intentarlo?

—Te doy un mes, Santi.

—Olga, por favor, sé generosa… Necesito algo más de tiempo para este trabajo. Piensa que, antes de poder escribir una sola línea, tengo que ganarme la confianza de sus profesores, conseguir declaraciones de sus compañeros de clase… No puedes pretender que consiga todo eso en un plazo tan breve.

—Dos meses. Nada más…

—Será suficiente.

—Eso espero.

En realidad no lo era, pero tendría que bastarme. Disponía de dos meses para descender a los infiernos y sacar de ellos los demonios que habían

impulsado a aquel chico a hacer lo que hizo. Mi idea consistía en entrevistar a quienes encontrara a lo largo de ese particular viaje, cederles mi voz y pedirles a todos ellos —los que compartieron con él las clases, los recreos, los tiempos muertos en el aula — que me explicaran qué sucedió exactamente aquellos días. Cinco días en los que Marcos, como cualquier otro chico de su edad, pasó más tiempo en el instituto que en su casa.

En eso se basaba mi teoría. En cuánto nos determina el tiempo que vivimos encerrados entre esos tabiques durante nuestra adolescencia. Si

hacemos un esfuerzo, no resulta tan difícil recordar cómo nos marca cada uno de esos minutos. Cómo se convierten esas paredes en los *otros* límites de nuestro mundo —el único, en cierto modo—, como si de un juego de realidad virtual se tratase. No sé hasta qué punto los profesores y los padres son conscientes de eso, de cómo influye cada clase —cada cincuenta minutos de clase— en los treinta y tantos chicos que se sientan en sus aulas. Supongo que, en cierto modo, eso era algo que también pretendía investigar. No se trataba de especular con el morbo ni de describir hechos que no había presenciado, sino

tan sólo de ser su transmisor. Su oyente. Necesitaba hacerlo. Por Marcos… Y por mí.

Y es que ahora, justo antes de cerrar este trabajo en la fecha prevista, supongo que ya puedo confesar que no ha sido nada fácil volver la vista hacia el pasado, sobre todo cuando uno se siente satisfecho de haber dejado atrás ciertas etapas. Y ciertos complejos… Yo, para qué negarlo, no fui el quinceañero más popular. Ni el más feliz. Y supongo que, en cierto modo, debí de sufrir más de un caso de eso que hoy llaman *bullying* y que antes ni siquiera tenía nombre. Antes consistía

en que podían tirarte tizas a la cara si te pasabas de listo respondiendo a las preguntas del profesor o hasta meterte la cabeza en el váter si le caías mal al macarra de turno. En mi época, por lo menos, no grababan tus humillaciones con el móvil, así que no queda rastro de ninguno de esos episodios de mi adolescencia en YouTube.

Por eso, en parte, me ha resultado más complejo de lo que esperaba tener que dar un salto tantos años atrás, volver a situarme en mi antiguo cuerpo de adolescente enclenque —por suerte he ganado con los años— y sacar nuevamente a la luz todos los miedos y

los fantasmas que, con bastante esfuerzo, creía haber empezado a superar. Lo malo es que ahora, después de este abrupto salto al ayer, ya no tengo tan claro que esa victoria sobre mí mismo sea realmente cierta. Quizá me había limitado a esconderlo todo y ha bastado un mes indagando en el pasado de Marcos para desordenar el mío.

Ambos formamos parte de una familia numerosa. Ambos hemos tenido una adolescencia complicada (aunque la mía, al lado de la suya, fuese casi idílica). Y, para colmo, ambos cursamos estudios en el mismo centro escolar. El IES Rubén Darío, donde yo pasé el BUP

—cuando en vez de un IES era un IB— y Marcos hizo toda la ESO. Siglas aparte, me era imposible obviar tantas coincidencias y no reconocerme en ese espejo inverso que la actualidad había plantado ante mí. Un reflejo perverso y terrible en el que no quería —ni podía — identificarme, pero que necesitaba deconstruir para llegar, al menos, a interpretarlo.

Tras obtener el sí de mi editora, decidí no esperar ni un día más y plantarme a la mañana siguiente en mi antiguo instituto. Sabía que el momento me resultaría extraño, así que prefería pasar aquella experiencia cuanto antes.

Aquel jueves 24 de septiembre —cómo olvidar la fecha en la que comencé este difícil viaje— tuve que detenerme unos segundos ante la puerta del Darío, como si todavía fuera el chaval tímido y asustadizo de entonces. ¿Seguiría en el centro alguno de mis antiguos profesores? ¿Habrían sido capaces de sobrevivir a la LOGSE, la LOCE, la LOE…? Supuse que no. Me resultaba imposible imaginarme a más de uno de ellos lidiando con los supuestos problemas del actual sistema educativo.

—Claro que se quedaron —me cuenta Paco, el conserje del centro, que sigue en el Darío desde mis tiempos de

estudiante—. Son muy pocos los que abandonan esto, ¿sabes? El sueldo fijo y los dos meses de vacaciones atraen mucho… —Y me sonríe con su sorna habitual. Le faltan sólo un par de años para jubilarse, pero no ha perdido ni un ápice de la jovialidad que le caracterizaba—. Son funcionarios. No lo olvides.

—Ya, pero no debe de ser nada fácil trabajar en esto si no te gusta, ¿no?

—Depende. —Y me mira intentando acordarse de mí, fingiendo que me reconoce aunque mi nombre, más que gris, se confunda en su recuerdo con los miles de chavales que pasan año tras

año por este lugar—. Si no se implican, no les va nada mal. Faltan unos cuantos días por temas más o menos justificados: consultas médicas, obligaciones familiares, no sé, lo que se les ocurre, y si se tercia, se piden una baja de un par de meses para que apechugue con todo un interino. El curso pasado, uno de biología la obtuvo porque decía que le dolía mucho el hombro izquierdo. Ya ves, tres meses en su casa por el dolor de hombro…, como si para dar una clase no se pudiera emplear también la voz. —Vuelve a reírse—. Sólo hay que ser creativo. Y convincente, claro. A «los de pata

negra» se les da de vicio librarse de todo.

Paco interpreta rápido mi cara de póquer. ¿«Los de pata negra»? ¿De quién me habla?

—Los catedráticos, vaya. Saben mucho de sus materias y hasta puede que sean una eminencia en lo suyo, pero a la mayoría esto de la enseñanza no les gusta lo más mínimo. Odian la ESO y a los de la ESO. No todos son así, claro…, pero los alumnos torpes les molestan. Los vagos, les indignan. Y los indisciplinados, les superan. No sé, tú pregúntales a ellos, a ver qué te cuentan.

Y eso, precisamente, era lo que tenía

pensado hacer. Preguntarles a todos los que pudiesen decirme algo sobre Marcos. Sobre su día a día en aquel instituto. Pero para ponerme manos a la obra necesitaba solicitar la autorización expresa del centro. El director no parecía muy receptivo, así que probé suerte por otro lado y mantuve una larga conversación con la jefa de estudios, Sonia S. H., a quien expuse con detalle los motivos que justificaban mi presencia allí. Para mi sorpresa, se mostró mucho más comprensiva de lo que yo esperaba. En realidad, me confesó, tanto ella como todo el instituto seguían en estado de *shock*, superados

por el relieve de los acontecimientos.

—Marcos ha estado en nuestro centro desde los doce años. Hemos conocido a sus tres hermanos. A sus padres. Vivimos junto a ellos la tragedia que supuso la muerte de su madre… —Se emociona a pesar de su constante esfuerzo por mantener la compostura—. Es inútil. Por mucho que queramos distanciamos, resulta inevitable preguntarse si no pudimos hacer algo más… —Se le quiebra de nuevo la voz y me invita a acompañarla a la cafetería, donde se pide una botella de agua para recuperar la calma, aclarar la garganta y continuar hablando—. Son buenos

chicos, los cuatro. Ignacio era un genio, la verdad. Y los otros, bueno, los otros no son tan brillantes como el mayor, pero todo el mundo los quiere. Sobre todo a Marcos, que siempre ha sido un líder nato.

—¿Lo sucedido no pudo deberse a un ataque de celos?

—¿Celos? —Sonia me mira absolutamente perpleja. No entiende mi pregunta—. ¿Celos de quién?

—De Ignacio. Acabas de decirme que era un alumno brillante.

Debo de haber sugerido algo especialmente estúpido, porque Sonia no puede contener un suspiro al que le

sigue una mirada condescendiente. Está claro que en este tema todavía me queda mucho por aprender.

—No lo creo… En primer lugar, ellos no tienen celos del que saca las mejores notas. Eso les preocupa a los padres. Bueno, y ni siquiera a todos… Pero ¿las notas? Para nada. Todos envidian al guapo, al popular, al que se lleva a sus compañeros de calle. Y ése, precisamente, ha sido siempre Marcos. Además, si hubiera sido un problema de celos, ¿por qué atacar con tanta saña a Sergio, que era quien más unido estaba a él?

—¿Se llevaba bien con Sergio? —

Ahora soy yo quien no sale de su asombro—. Pero si lo ha dejado al borde de la muerte…

Sonia baja la mirada. Está haciendo un esfuerzo enorme por no desahogarse conmigo. Sería cómodo soltar toda su rabia contra un extraño que, además, no deja de horadar en su herida. Noto cómo sus pensamientos la llevan de inmediato hasta la cama de ese hospital en el que Sergio, de tan sólo quince años, se debate aún entre la vida y la muerte. Un chico al que su hermano —un adolescente aparentemente tranquilo y poco o nada conflictivo— ha dejado en coma. También a mí me recorre un

escalofrío cuando pienso en esas tijeras clavándose en su cuerpo, en los gritos que tuvieron que oírse en aquel domicilio hasta entonces ordinario y anodino.

—Sergio ahora está luchando. Sé que no va a rendirse y que saldrá de ésta. Estoy segura. —Sonia bebe un poco más de agua, la impotencia y el dolor le secan la garganta—. Es que nada de esto tiene sentido. Al menos, no para mí… Todos sabíamos que Sergio lo admiraba mucho. Se amparaba en él muy a menudo y Marcos lo defendía de cualquier amenaza. Aquí, en esta jungla, las alianzas con el más fuerte son muy

importantes para sobrevivir.

Me hace gracia el símil. Pensaba que la ley de la selva había dejado de regir en las aulas. Sin embargo, Sonia no lo ha dicho con el más mínimo sentido irónico, tan sólo se ha limitado a describir con crudeza lo que observa día a día desde su puesto de jefa de estudios, una suerte de atalaya educativa desde la que todo se contempla con mucha claridad.

—Por eso me gustaría quedarme unos días por aquí, Sonia, porque hay demasiados puntos oscuros en esta historia. Es necesario indagar en las posibles causas.

—¿Pero qué es lo que estás buscando de verdad, Santiago? ¿Más culpables? Si tu libro va de eso, no cuentes con nosotros. No sería justo para nadie.

—Sólo busco razones. Seguro que tú también las necesitas, ¿o me equivoco?

No, claro que no me equivoco. El concepto de culpa pesa sobre ella con la misma fuerza con la que lo hace sobre todo el claustro. Por los pasillos, los demás profesores intentan fingir naturalidad, pero resulta evidente que sus mentes están ocupadas por un sinfín de interrogantes.

—No se nos puede culpar a nosotros

por todo. Es demasiado.

Noto enseguida que a Sonia le da miedo que yo pueda manipular sus palabras y, sobre todo, que éstas contribuyan a aportar nuevos capítulos para la macabra novela que la prensa ya se ha encargado de empezar a publicar. Le explico que no es ésa mi intención, que sólo tiene que autorizarme a hablar con el personal del centro, permitir que me den su visión de cada uno de esos días, para intentar —entre todos— dibujar el puzle de eventos que desembocó en el funesto domingo 20 de septiembre.

La negociación es compleja. Nada

de relatos en tercera persona con frases sacadas de contexto. Sólo cinco textos en primera persona redactados por diferentes miembros de la comunidad escolar en los que se describa cómo fue la conducta de Marcos durante esos días. Esos narradores —que ella misma elegirá— serán mis *testigos*, aunque ninguno de los que van a escribir sus recuerdos de aquella semana haya visto nada de lo ocurrido el domingo 20. Es más, mi relato acabará dos días antes, el viernes 18. Sin embargo, todos son testigos de la rutina de Marcos, observadores de la vida entre esas paredes donde tal vez haya más pistas

—más razones— de las que se puedan adivinar de un primer vistazo.

—No esperes nada especialmente truculento o morboso —me advierte—, en esos cinco días aquí dentro no ocurrió absolutamente nada fuera de lo normal.

Como yo no tengo muy claro qué es normal y qué no lo es en un instituto del siglo XXI, decido arriesgarme. Tal vez en esa supuesta normalidad se esconda la clave para entender los terribles hechos del domingo 20. Por último, Sonia incluye entre sus condiciones la exigencia de que cada testigo pueda hablar de sí mismo tanto como crea

necesario. Le aterra la idea de quedar como una irresponsable, como si las reacciones profesionales del claustro no estuviesen condicionadas por las circunstancias de su propia vida. Así me lo explica un día después en el correo electrónico donde da luz verde a mi proyecto:

A veces, los padres me preguntan cómo no nos damos cuenta de esto o de aquello, o por qué las sanciones a los alumnos varían en ciertos casos, a pesar de que los hechos sean similares entre sí. Entonces es cuando hay que buscar

explicaciones que no siempre son fáciles de entender y que, a menudo, se resumen en que somos personas, en que tenemos vidas fuera que van bien, mal o regular —como todo el mundo—, y aunque las aparquemos en las aulas, siguen estando ahí dentro, como si fuéramos actores de un espectáculo que han de seguir con su guión, se encuentren bien o no…

Ya sé, lo sabemos todos: nos pagan por esto (mal, pero nos pagan), es nuestro trabajo, pero no siempre percibimos igual los estímulos que nos mandan los chicos. Una media de, ¿cuántos?, ciento treinta o ciento

cincuenta alumnos cada mañana, y cada uno con una vida diferente, compleja, tan cambiante como la nuestra. El equilibrio de fuerzas está descompensado: ellos nos ganan, no sólo en número, también en edad. Y en energía. En estas paredes todo suma, aunque haya padres que piensen que sólo somos autómatas que borran su pasado —y hasta su presente— cuando suena el timbre y comienzan las clases.

Después de recibir aquel e-mail, supe que podría contar con la ayuda de Sonia. Era obvio que ella tenía aún más

ganas que yo de entender lo que había sucedido. A fin de cuentas, había convivido con Marcos durante cuatro cursos, así que ahora le resultaba imposible arrancar aquellas imágenes de su cabeza. Había intentado no ver las fotografías del crimen, según me contó, pero le fue imposible evitarlo. La maquinaria periodística había sido tan arrolladora como los golpes del asesino contra su víctima.

—Se han recreado en la sangre. En el dolor… Y Marcos —hace un esfuerzo ingente por autocontrolarse—, Marcos nunca fue así. No puede haberse convertido en esto… ¿Cómo hemos

podido dejar que ocurriese? —Y, acongojada, rompe a llorar. Dejo que lo haga: lo necesita.

Aprovechando la complicidad que empieza a surgir entre nosotros, intento que Sonia me dé algunas facilidades más. Quiero que me permita llevar mi grabadora para poder entrevistar a parte del personal y del alumnado del centro. Para persuadirla, recurro al argumento emocional. Apelo a la nostalgia y le cuento que soy un antiguo alumno del Darío, le confieso que en cierto modo es ése el motivo que me ha llevado de nuevo hasta allí, y le explico que —a mi manera— estoy saldando deudas con mi

propio pasado.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. —Sonríe y vacila un instante—. Está bien, Santiago. Me parece justo. Incluye en tu libro todo el material que quieras mientras no desvirtúes los hechos… Sólo te pido que me entregues el texto para revisar su contenido antes de publicarlo. Y, por supuesto, en el caso de los alumnos, necesitarás obtener un consentimiento escrito de los padres antes de hacerles una sola pregunta.

—De acuerdo. No te preocupes por eso.

La AMPA, la Asociación de Madres y Padres de Alumnos, del IES Rubén

Darío no saltó precisamente de entusiasmo al enterarse de mi presencia allí, pero —afortunadamente— cuando quisieron intervenir e imponerme su veto en los pasillos del instituto, resultó ser demasiado tarde. A principios de noviembre redactaron un escrito de protesta que dirigieron al director y amenazaron con presionar a la inspección si no se hacía caso de sus demandas. Todo aquello no surtió efecto alguno, pues para entonces ya tenía en mi poder el material que necesitaba. Textos, entrevistas y documentos más que suficientes para confeccionar el libro que debía terminar en apenas diez

días, justo antes de que se cumpliera el plazo fijado de manera implacable por mi editora.

—Lo quiero en mi mesa el lunes 23, Santi.

—Pero… —No sabía cómo pedirle un par de semanas más.

—Me sacaste ese sí un 23 de septiembre, ¿recuerdas? —Por supuesto que lo recordaba, es más, era consciente de que me había aprovechado de la proximidad del crimen para intentar impresionar y convencer a Olga—. Pues mi sí caduca en diez días. No me falles ahora.

—Tranquila —le respondí sin ser

capaz de creerme mis propias palabras —, no lo haré.

Ahora, mientras acabo estas líneas, confío en que la edición de este texto permita arrojar algo más de luz sobre un crimen atroz en el que quedan muchos interrogantes aún sin responder. Por eso, en cuanto termine de teclear este párrafo, enviaré tres copias por e-mail de mi original. Una irá destinada a mi editora, Olga, confiando en que mantenga su palabra de publicarlo. La segunda será para Sonia, para que compruebe que he sido fiel a las versiones de los testigos y, sobre todo, para darle las gracias por su ayuda

durante estos dos meses en este delicado proceso. Y la última —y tal vez, la más importante de todas— será para doña Raquel Abarca Jiménez, la investigadora que llevó el caso de Marcos, con el fin de que actúe en consecuencia y tome, si lo estima necesario, las medidas oportunas.

Madrid, 23 de noviembre de 2009.

Lunes

Álvaro D. F. Tutor de 1.º de Bachillerato E, grupo en el que estaba matriculado Marcos. Aquel lunes 14 de septiembre era su primer día como profesor de lengua y literatura en el centro. Y en la profesión. Tras explicarle por teléfono el objetivo de mi investigación, quedo con él por primera vez el lunes 28 de septiembre, cuando apenas lleva dos semanas dando clase en el Darío. Me pregunto por qué lo habrá escogido Sonia como uno de los testigos para mi historia (¿realmente puede contarme algo sobre un chico al

que apenas tuvo tiempo de conocer?), pero, a pesar de todo, decido darle un voto de confianza.

Aunque nuestro primer encuentro empieza de manera algo tensa, pronto encontramos un punto de conexión absolutamente trivial —nuestra pasión por *Perdidos*, de la que da cuenta el logo Dharma de mi camiseta— y gracias a eso consigo que Álvaro se relaje y empiece a compartir conmigo gran parte de sus opiniones. «No tengo nada que perder», sonríe, «para eso me saqué la plaza», y me ofrece su punto de vista con toda la crudeza del mundo. Como un kamikaze.

—¿Vocacional?

Álvaro se lo piensa durante unos segundos y, al final, niega con la cabeza.

—No exactamente… —Permanezco en silencio, esperando a que sea él mismo quien continúe hablando. No quiero guiar demasiado sus respuestas —. Yo venía de otro mundo, de otro sector. Y esto… bueno, esto surgió de un modo imprevisto. Sentimental, supongo.

—¿Y eso no es una forma de vocación?

—Lo sería si estuviese aquí por ellos. Por los chicos… Pero, en realidad, estoy aquí por mí. Es el mejor modo que encontré de sentirme cerca de

alguien a quien he perdido hace no mucho. —Se acaricia inconscientemente el anillo que luce en su anular izquierdo —. Alguien que sí creía que esto podía cambiarse. Alguien que pretendía convencerme de que la educación podía servir para conseguir otra sociedad diferente a la que tenemos.

—¿Y sirve para eso?

—La de ahora, no. La educación de ahora sirve para que la mayoría de nuestros chicos abandone antes de terminar el Bachillerato. Sirve para que tengamos un porcentaje de fracaso escolar simplemente escandaloso. Y sirve para que mis compañeros calienten

sus sillas leyendo en voz alta los libros de texto.

—No parece que te lleves bien con ellos…

—Sí, claro que nos llevamos bien. Con tal de que no te metas en sus clases, nadie te pone pegas. Eso sí, cada uno va a lo suyo. De trabajo en equipo, ni hablar. Y autocrítica, cero. Aquí de lo que se trata es de que los chicos acumulen conceptos, no de que aprendan a pensar. En ese caso, hasta podrían resultar peligrosos. Menos manejables.

—Dependerá del profesor que tengan, ¿no?

—Eso es lo malo, que depende del

individuo. Como una lotería… No hay un plan de acción más o menos consensuado, así que los que actuamos de esa manera nos convertimos en los raros. En islas que a veces funcionan y a veces no. Yo, por ejemplo, me empeño en hacerles escribir mucho más de lo que exige el programa del ministerio. —Hace una pausa significativamente reprobatoria y luego sigue hablando—. Me ventilo rápido temas como el de los autores medievales, ¿tú crees que a un quinceañero le interesa lo más mínimo Gonzalo de Berceo? Por favor, si eso me aburre hasta a mí…, y a cambio les pido que me escriban sobre ellos, sus

vidas, su mundo.

—Entonces, algo de fe tienes en el sistema.

—No, en el sistema no creo nada. La única fe que tengo es en ellos. En mis alumnos. Por eso voy a entregarte el texto que me pides, porque no puedo quedarme al margen de algo tan terrible como esto.

Me pasó un *pen drive* con su relato un par de días después. A pesar de camuflarse tras referencias televisivas y cinéfilas («soy un *freaky* de las teleseries estadounidenses», me confesó después), en su ensayo había desnudado sin pudor los temores de aquella

primera mañana del curso, un lunes en el que estaba a punto de afrontar una de las semanas más duras —y difícilmente olvidables— de toda su vida.

Llegué hasta este instituto casi sin planteármelo. Necesitaba un cambio, un giro radical, o, al menos, eso fue lo que me dijo mi terapeuta. Y mis amigos. Y mi familia. Y todos cuantos opinaron sobre mí el año que siguió a la muerte de Carlos. Un largo año de levantarme tarde, de no querer salir, de sexo desordenado y a deshoras con conocidos y con desconocidos, un año de profunda

depresión según mi terapeuta y de profundo desconcierto según lo poco que yo sé de mí mismo. Y aquí estaba ese cambio, en el nuevo trabajo. Un lugar para el que ni siquiera sabía si estaba preparado y en el que acabaría encontrándome —en tan sólo una semana— con la escena más macabra y terrible de mi vida. Lo de Marcos sí que iba a ser un giro. Pero al infierno.

«Lo harías bien, Álvaro…». A Carlos le gustaba hacerme proselitismo de su profesión mientras me acariciaba, o me besaba, o me desnudaba después de mi horario imposible y de su guerra cotidiana ante la pizarra. «Si opositaras,

tendríamos más tiempo para nosotros…», y me convencía con la contundencia de su sexo o con la ternura de sus caricias. Eso dependía del momento y de mi humor, siempre algo voluble. A mí me daba envidia su entusiasmo y la fuerza con la que afrontaba su día a día. Una fuerza que no se parecía en nada a la desidia que a mí me había provocado su ausencia. A la fatiga que aquel lunes me costó tanto esfuerzo vencer y que me hizo pasar más minutos de los necesarios debajo de la ducha, contemplando una erección inútil y masturbándome con dejadez hasta obtener un placer minúsculo e

irrelevante, casi inexistente.

Desayuné algo rápido y traté de serenarme un poco. Me sentía muy nervioso, como un niño en su primer día de clase (en el fondo, a mis treinta, no era nada más que eso lo que me sucedía). Además, me encontraba muy cansado después de otra noche de insomnio. No había sido capaz de pegar ojo, en parte por negarme a seguir las recomendaciones de mi psicólogo —odio tener que drogarme para no pensar que todo es una mierda— y en parte porque me obsesionaba la pregunta de cómo iba a ser mi primer día en el instituto. Dediqué toda la tarde anterior

a elegir la ropa y, tras no llegar a ninguna conclusión, preparé en mi vestidor tres posibles modelos —perfectamente conjuntados, eso sí— con la esperanza de que, a la mañana siguiente, un golpe de inspiración me aclararía qué tipo de profesor deseaba ser. Intenté redactar un borrador para presentarme ante mis futuros alumnos, pero todo me sonaba entre vacuo y grandilocuente, así que preferí dejarlo en manos de la improvisación, confiando en mis más que probadas dotes para hablar en público. Sólo unas horas después me daría cuenta de que estaba cometiendo un grave error:

improvisar dentro del aula es la mejor garantía para conseguir un desastre absoluto.

En el metro, de camino a la que iba a ser mi primera clase, me parecía seguir oyendo a Carlos. Tan cerca y, a la vez, ya tan lejos de mí. Como si fuera uno de los fantasmas de *A dos metros bajo tierra*, una de esas series que amamos juntos y que nos devoramos de una vez en tan sólo un verano. Podía sentir su «saldrá bien». Su «vales para esto, Álvaro». Siempre tuvo fe en mí… Tanta como la que nosotros intentamos preservar mientras duró su pesadilla. Los diagnósticos. Las intervenciones.

Los quirófanos. La puta quimio… Pero nuestra fe no fue suficiente. La realidad se impuso. Científica y brutal. Cuando el cáncer empezó a ganarnos la partida decidí que era el momento de prepararme las oposiciones y abandonar, por fin, aquel despacho minúsculo en el que buscábamos ideas de *bestsellers* y nuevos Harry Potters que nunca llegaban a serlo… Es curioso, durante todo el tiempo que trabajé en la editorial jamás supe qué leía realmente un adolescente. Es más, estaba convencido de que, simplemente, no leían. Ahora, afortunadamente, empiezo a darme cuenta de que aquella

afirmación no era del todo cierta. Sólo hay que abrirles otras vías —y no precisamente la de las virgencitas de Berceo— para que descubran que los libros pueden ser un placer. No una tortura impuesta.

En Marcos, por ejemplo, me llamó la atención su costumbre de anotar en la agenda todos los títulos que mencioné a lo largo de aquella semana. Les hablé —anárquicamente, lo confieso— de Salinger, de Capote, de Carver, de Lorca, de Cernuda, de Kerouac… Les seleccioné dos o tres pasajes polémicos de sus textos, se los llevé fotocopiados y, a partir de un debate más o menos

manipulado, traté de contagiarles mi pasión por aquellas obras. Mi objetivo era hacerles reaccionar para que abandonasen la actitud de autómatas con la que acudían a clase.

—¿Os gusta la literatura? —les pregunté en mi segundo día.

—¿Literatura? —Y todos ellos esbozaron una mueca de asco incontrolable—. No, claro que no nos gusta nada.

—¿No os gusta leer? —me alarmé.

—Leer sí, claro —me respondió Julia, una de las repetidoras del grupo—. Pero la literatura, para nada.

Algo falla cuando Julia está

convencida de que los libros y la literatura son dos cosas distintas. Algo no funciona cuando todo 1° E esperaba, al verme ese primer día de clase, que les dictase una lista de lecturas obligatorias anodinas que nada tendrían que ver con sus expectativas. Algo va mal cuando, tras discutir sobre un fragmento de *En la carretera*; un par de ellos se acercan a mi mesa para decirme que es la primera vez que leen y comentan textos así en clase de lengua, quejándose de que llevan años analizando oraciones, diferenciando (sin mucho éxito) determinantes de pronombres y memorizando como

papagayos listados de obras y de autores. Por eso, al principio, no creo que adaptarse a mí les resultase muy sencillo. Están tan acostumbrados a lo convencional que les cuesta mucho tomar la palabra, actuar, adoptar otra conducta menos pasiva ante métodos que les son extraños. Y sus padres, en fin, hay de todo… Carlos, por ejemplo, tuvo que recibir a más de uno que se quejaba de la cantidad de tiempo que su hijo «perdía leyendo y hablando de tonterías en clase». A mí todavía no me ha pasado —es pronto, supongo—, pero cuando me pase, no creo que les responda nada, la verdad. ¿Para qué?

A Marcos no sé si le gustaban o no mis métodos, pero el caso es que me escuchaba con más atención de la que fingía poner en mis clases. Ser el líder del grupo tiene sus exigencias, así que él no podía manifestar un interés mucho más evidente. Por eso, cuando yo mencionaba un título o un autor que le despertaba curiosidad, él no los anotaba inmediatamente —tenía que evitar que sus compañeros pudieran tomarlo por un empollón—, sino que esperaba unos minutos y, cuando ya nadie podía asociar su escritura con mi recomendación, escribía el título del libro mencionado en algún lugar de su

agenda.

Pocos datos se han obtenido de la biblioteca del acusado, compuesta —casi en su totalidad— por una ingente colección de cómics de la Marvel junto con las lecturas obligatorias de sus años en Secundaria. Las *Poesías completas* de Machado, una edición para escolares de *La casa de Bernarda Alba*, un ejemplar profusamente subrayado y anotado de *La metamorfosis* de Kafka —todas ellas lecturas obligatorias del curso anterior, según el plan de estudios del centro—, y algunas novelas

contemporáneas de autores recomendados por sus profesores para los lectores de su edad. En el previsible conjunto tan sólo desentonan dos textos: la colección de relatos *¿De qué hablamos cuando hablamos de amor*?, de Carver, y una antología de poesía del 27 que nunca les exigieron leer en clase y que, sin embargo, sí les había recomendado Álvaro.

—¿Carver? Vaya, menuda sorpresa… Es curioso —me comenta su tutor mientras nos paseamos por la sección de novedades de la Fnac—, no somos conscientes de lo que podemos influir en ellos…

—Debe de ser bonito tener esa capacidad.

—No lo sé… —Deja en la estantería la película que acaba de coger y, antes de responderme, duda un instante: no tiene muy clara su respuesta—. Supongo que me alegra ser capaz de conseguir que se compren un libro determinado. En el fondo, mi labor consiste en que lleguen a amar la literatura o, al menos, a valorarla. Pero ¿y si esa influencia se encauza mal? Puede ser peligroso para todos…

—¿Es mejor autocensurarse?

—No, sólo que… —vuelve a titubear. Busca un ejemplo para evitar

ambigüedades—. Mira, uno de los asuntos que intento tratar en mis clases es el de la discriminación. Racismo, misoginia, homofobia… Bien, pues esta misma mañana me he enterado de que una de mis alumnas más brillantes, una chica gitana de dieciséis años, va a dejar los estudios para casarse obligada por sus padres. ¿Cómo se supone que debo comportarme ante algo así? ¿Mi discurso la ayuda o, por el contrario, le estoy creando más trabas en su entorno familiar?

—Supongo que lo que tienes que ser es consecuente. —Con un gesto, le invito a marchamos de allí. Prefiero que

sigamos hablando en un lugar algo más tranquilo. Cualquier café, por cutre que sea, me servirá.

—Ya, es muy fácil decirlo, pero no basta con eso. —Al fin salimos a la calle—. ¿De qué sirve transmitirles un mensaje de igualdad y de libertad si no les damos instrumentos para defenderlo?

No estoy seguro de entender lo que quiere decirme, pero tengo la sensación de que me oculta algo. En sus palabras flota la imagen de Marcos, aunque no la dibuje del todo, como si quisiese evitar profundizar en ciertos matices que, de momento, no le parece oportuno esbozar.

—¿Qué pensaste cuando lo viste?

¿Te llamó la atención?

—¿Marcos? Claro. —Álvaro busca sin éxito un cigarrillo en su bandolera. Le ofrezco uno de los míos e interrumpe nuestro diálogo el tiempo justo que tarda en encenderlo. Necesita ganar unos segundos antes de volver al tema—. Intento dejarlo, ¿tú no?

Prefiero no responder nada para evitar que siga desviándose. Quiero que me cuente cómo recuerda a aquel alumno. Qué pensó cuando lo tuvo delante por primera vez. Álvaro da una nueva calada mientras retoma su discurso.

—Me fijé en Marcos enseguida.

Estaba justo en la puerta de la clase, con un enorme corro de gente a su alrededor. Chicas, sobre todo. Desde el primer momento tuve clarísimo que aquel tío alto, guapo y corpulento era el líder de mi tutoría. Y el galán del Darío.

—¿Pensaste algo más?

—Sí, me acordé de los consejos que me había dado Carlos sobre este tipo de alumnos. Según él, había que ganárselos antes que al resto. Si cuentas con su aprobación, todo resulta mucho más sencillo después.

—¿Y lo conseguiste?

—No exactamente… En realidad, Marcos fue mi primera metedura de pata

de aquella mañana. Y la culpa no fue del todo mía. La culpa, en el fondo, la tuvo Kavafis…

No sé por qué escogí ese libro para leer en el metro. O quizá sí. Quizá sí lo sé, pero no quiero reconocerlo. Ni siquiera pude abrirlo por culpa de la cantidad de gente que se aglomeraba en mi vagón, pero aun así, me paseé por toda la línea 6 con una antología de poemas de Kavafis que rescaté aquella misma mañana de mi biblioteca. «Tú siempre tan cercano a *la causa*, Álvaro…», se reía Carlos. Y sí, yo

siempre tan cercano. Por eso había seleccionado ese ejemplar, para aparecer con la portada de aquel modelo elegantemente desnudo el primer día del curso. ¿Para significarme? No exactamente, sólo deseaba situarme. Y permitir que me situasen los demás. Alumnos incluidos. No me gusta vivir en los armarios, nunca ha sido mi intención.

Es curioso, pero en los centros educativos —oficialmente— no existen los gays. Hay una ley implícita por la que cualquiera que coge una tiza en el aula se vuelve, automáticamente, hetero. Casi nadie confiesa su orientación, por comodidad o por miedo a los problemas

que la visibilidad pueda traer consigo. ¿Cuántos padres pondrían pegas a que el tutor de su hijo fuera gay? Teóricamente, ninguno, pero en la práctica —en esa dimensión de la realidad que no tiene nada que ver con la hipocresía de lo políticamente correcto— esos problemas se dan continuamente. Las profesoras lesbianas saben que tienen que afrontar un doble ejercicio de discriminación —por ser mujer y por ser homosexual—, así que rara vez salen públicamente del armario. En unos meses se va a casar con su chica una de las del Darío —permíteme que omita su nombre y la fecha por pura discreción—

y ya me ha dicho que va a justificar su ausencia con la excusa de ir al médico. Ni siquiera se plantea disfrutar de sus quince días por matrimonio, convencida de que es mucho lo que puede perder con ello… Es más, conmigo ni siquiera se habría confesado si no nos conociéramos de antes (trabajó durante un curso en el último centro donde impartió clase Carlos). Y en cuanto a nosotros, a veces dejamos que se intuya, o incluso algunos —muy pocos— lo hacemos público si la ocasión lo requiere, pero la mayoría opta por silenciarlo, temiendo que eso pueda ser una futura fuente de conflictos. Y, sí,

claro que lo es. Y muy a menudo.

En mi caso, enseguida me di de bruces con un incidente de esta índole. Fue el lunes 7 de septiembre, cuando me correspondía estar en mi departamento para atender las reclamaciones de los alumnos. Esos días, como los chicos se juegan el paso al siguiente curso, suelen venir acompañados por sus padres, siempre dispuestos a exigimos que aprobemos a sus vástagos aunque éstos no hayan abierto un libro en todo el curso. A mí me tocó atender a un alumno cuyo examen ni siquiera había corregido yo (pero el profesor responsable no acudió ese día al centro porque,

literalmente, «no le venía bien»). Su padre, en vez de agradecerme que me hubiese ocupado de un asunto que no me competía, me tiró el examen sobre la mesa y, con una mirada llena de desprecio, me espetó:

—Con tantos maricones, no me extraña que mi hijo no aprenda.

Me sentí tan humillado que no supe qué responder. Después de llorar como un idiota en el cuarto de baño, decidí pedir ayuda y hablé con Gerardo, el director. Lo había conocido el mismo día en que me incorporé a la plantilla del instituto y no me había dado una sensación especialmente cálida. En

cualquier caso, no era calidez lo que necesitaba, sino un apoyo firme ante lo que, a todas luces, había sido una agresión contra mi honor. En aquel despacho, sin embargo, sólo encontré una recepción distante y poco convincente, nada que me hiciera creerme respaldado o que me permitiese sentirme menos ridículo. Y menos insultado.

—¿Le ha amenazado? —Negué con la cabeza—. ¿Le ha infligido algún daño físico? —Volví a negar—. En ese caso —concluyó mi director—, creo que debe empezar a tomar cierta distancia con las pequeñas anécdotas de esta

profesión. No podemos magnificarlo todo ni convertir un hecho aislado en un episodio significativo. Trate, eso sí, de ser más discreto en adelante. En este trabajo es importante delimitar el área personal y la profesional. De lo contrario, se pueden producir situaciones tan incómodas como ésta.

Salí de aquella conversación totalmente abatido, como si hubiera sufrido mi primera derrota en este nuevo trabajo antes de iniciar el verdadero combate. ¿Y si me había equivocado por completo? ¿Y si mi decisión de emular a Carlos —y de, en cierto modo, asumir su legado— no sólo no me ayudaba a

combatir mi depresión, sino que la agravaba aún más? Durante la semana siguiente me pregunté a menudo si, después de lo sucedido, debería ocultar mi homosexualidad en el aula o si, por el contrario, ostentaría mi condición con naturalidad (que no con orgullo: son dos cosas distintas, me parece). Intenté serenar mis dudas y mi —ya casi habitual— estado de ansiedad con un maratón de *Los Soprano*, preguntándome qué opinaría la doctora Melfi de un caso como el mío.

Cuando por fin llegó el lunes 14 y me vi allí, delante de Marcos y de sus compañeros de 1.º E, me sentí tan

cohibido por esa marea humana que se me antojaba incontrolable y de la que temía una actitud de rechazo que estuve a punto de renegar de mí mismo y ocultar cualquier rastro de pluma que pudiera delatarme. Afortunadamente, renuncié a esa opción (ni Carlos ni la doctora Melfi me habrían perdonado tanta cobardía), porque quienes realmente nos implicamos en esto somos incapaces de adoptar una máscara en el aula. Al revés, en cuanto nos ponemos ante la pizarra llevamos a cabo un desnudo integral. Una exhibición que nos convierte en seres transparentes y absolutamente vulnerables. Los alumnos

lo saben y juegan con ello. A fin de cuentas, esa debilidad nuestra es una de sus ventajas y, por supuesto, la aprovechan.

Sonia me informa de que no fueron conscientes del estado depresivo del tutor de Marcos hasta que se presentó en el centro. Mantuvo una breve entrevista personal con Álvaro el 1 de septiembre, pero al tratarse de un centro público y, por tanto, de un funcionario, aquel encuentro no era más que de un trámite de cortesía. «En estos casos, ha de ser la inspección quien decida y, al no haber

comenzado las clases, no había decisión alguna que tomar. No podíamos juzgar su capacidad docente por su estado de ánimo».

Al parecer, Álvaro no ocultó que atravesaba por una grave crisis personal, pero también afirmó con rotundidad que no deseaba solicitar ningún tipo de baja. «Si había podido sacar las oposiciones mientras su pareja seguía enfermo, también podría dar clases ahora que no estaba a su lado. Eso fue exactamente lo que me dijo cuando saqué el tema una semana antes de que se iniciara el curso», me cuenta Sonia. El hecho de que Álvaro fuera el

tutor de Marcos «no reviste importancia» según el centro.

8:20. No había ninguna duda. Acababan de ganarme el primer asalto. Una horda de adolescentes salía del metro a la vez que yo. Todos llegábamos con la hora justa y, parecía evidente, todos íbamos al mismo lugar. Sólo verles subir corriendo las escaleras mecánicas del metro ya era agotador. Eché un estúpido pulso conmigo mismo y traté de imitarles para convencerme de que soy ese hombre joven que vendo cuando chateo con tipos a los que

generalmente no deseo conocer —con tirármelos tengo de sobra— y a los que, cuando conozco, prefiero olvidar rápido. Casi tanto como el paso que intentaba mantener de camino al trabajo, desbordado por los grupos de chicos y chicas que se movían como una inmensa maraña humana de la que era difícil escapar.

Resulta divertido observar, a las 8:25 de cada mañana, la cara de fastidio de los adultos que los esquivamos, en un eslalon inútil donde ellos siempre han de ser los vencedores. Se mueven peor que nosotros, no controlan su cuerpo, ni siquiera saben qué es eso de la

proxémica, ni de la quinésica, ni ninguno de esos términos aburridamente pedagógicos que algún profesor les explicará en alguna clase inútil, pero su energía les hace dueños de una calle en la que me sentía, de repente, un extraño.

Al fin llegué al instituto y me dirigí a mi departamento, confiando en empezar a establecer lazos con unos compañeros a los que apenas había podido conocer en esos quince días. Mi experiencia laboral se limitaba, hasta ahora, a una tibia presentación el día 1 de septiembre, dos jornadas de reclamaciones en las que ni siquiera estoy muy seguro de qué hacía realmente

allí —aparte de recibir alguna que otra cornada homófoba— y un claustro —el del día 9— donde se nos entregaron los horarios y las normas del centro. En cuanto a mi departamento, está formado por dos profesoras al borde de la jubilación que siguen fotocopiando a sus alumnos los mismos apuntes y ejercicios que ya les daban veinte años atrás y por un tipo hosco y maleducado que considera que toda novela que no hable de la guerra civil es, básicamente, una mierda. Gracias a él, tuvimos una bronca terrible en nuestra primera (y única) reunión departamental, en la que debíamos fijar las lecturas para los

distintos niveles. El problema surgió porque se negaba a incluir ningún título posterior a 1950, pues —en su docta opinión— todas las novelas españolas de los cincuenta en adelante no eran más que «panfletos sobre picores adolescentes y tías calentorras insatisfechas escritos para lectoras pánfilas y poco exigentes». Mis compañeras, lejos de responder ante aquel comentario claramente sexista, le rieron la gracia y le dieron la razón en todas sus propuestas. Yo, por supuesto, me declaré insumiso —no estaba dispuesto a arruinar mis posibilidades de fomento de la lectura con semejante

listado de obras— y eso me granjeó la eterna antipatía del que, desde entonces, sería para mí «el innombrable». A la semana del incidente dejó de saludarme y no hemos vuelto a dirigimos la palabra.

Por lo demás, durante esa primera semana de septiembre apenas pude ver a los alumnos. Supongo que deambulaban como zombies por los pasillos, en una extraña dimensión corporal propia de ese septiembre adolescente en el que uno entra en clase con el bronceado de la piscina, la camiseta de tirantes y las ganas inmensas de volver a salir para apurar esas dos últimas semanas de

vacaciones hasta que comienza el nuevo curso. Así que, cuando llegué al Darío el día 1 de septiembre, la jefa de estudios —desbordada por aquel mar de vampiros adolescentes— se limitó a saludarme con desgana y a decirme que volviera el 9, para el claustro de principio de curso. Me sentí tan invisible como los alumnos y me marché con una sensación extraña que saldé comprando libros y manuales de literatura para unas clases que ni siquiera estaba seguro de saber impartir. Y así, convertido en la versión intelectual de Carrie Bradshaw, esperé a que llegara el claustro. Confiaba en

poner cara a mis nuevos compañeros, pero nunca fui un buen fisonomista y crucé sus rostros con los gritos que predominaron en la reunión.

—En primer lugar, hay un proyecto sobre el que me gustaría hablaros. —La jefe de estudios tomaba la palabra e intentaba imponerse sobre las voces de los demás.

—¿Nos das ya los horarios? —gritó una profesora oronda y de voz chillona que se sentaba al fondo de la sala de juntas.

—Carmen, todo a su tiempo. El primer punto del orden del día es otro. —El resto de los profesores seguían

hablando en corrillos, resumiéndose el verano o quejándose, antes de empezar las clases, de los alumnos que iban a recibir en tan sólo unos días—. Por favor, ¿podemos callarnos todos? Somos ochenta y tres adultos en una misma sala. O nos comportamos como tales o no va a haber manera de entendemos.

Gerardo agitó con desgana una campanilla —daba la impresión de que hubieran sacado a aquel hombre de una película de los años cincuenta— y el claustro se calmó durante unos segundos. Los estrictamente necesarios para que Sonia lanzase su propuesta.

—A ver, como ya os avancé en

junio, en el centro estamos interesados en formar parte del proyecto bilingüe de la comunidad. Eso supondría…

—¡Más trabajo! —la interrumpe una voz masculina desde el fondo.

—Isma tiene razón. Y luego, ¿qué nos dan a cambio? Lo de siempre, ni las gracias —le secunda la tal Carmen.

—Pero si ni siquiera me dejáis que os explique en qué consistiría —insiste Sonia.

—Ni falta que hace —responde la voz masculina de antes. Sigo sin ver su rostro, me lo tapa un nada esbelto profesor de Educación Física: poco voy a poder ligar en este trabajo—. Serán

más horas y la misma retribución. Y de eso nada. Bastante tengo ya con aguantar a estos salvajes.

—Isma, ¡por favor!

—Es la pura verdad, Sonia. Ya está bien de tomamos el pelo. No me fastidies. Más de treinta alumnos por aula y ahora, encima, no sólo quieren que les soportemos, sino que también les demos las clases en inglés. Lo siento, pero yo no doy crédito.

—Joder, Isma —apostilla un chico moreno, de mi edad—. Tú siempre tan colaborador.

—Y tú tan pelota.

—¡Eso! —le apoya Carmen—.

Desde luego, Iñigo, cómo se nota quiénes vivimos de prestado gracias a las comisiones de servicio…

—Perdona, pero aquí los únicos que vivís de prestado sois los de religión, que estáis en el centro sin haber pasado siquiera unas oposiciones.

—Yo estoy aquí por mis méritos, Íñigo. No por lamerle el culo a nadie.

Desde ese instante dejé de prestar atención al «diálogo». ¿Para qué hacerlo? Los gritos impedían enterarse de nada y, cuando las aguas volvieron a su cauce, ni una palabra rozó el tema central (¿no era la educación?). La jerga sólo contenía los sustantivos horarios,

tutorías, obligaciones, retribuciones y algún sintagma como precios de la cafetería, baños de los profesores o fecha de inicio de curso. Nada que llamara mi atención salvo un cierto aire de cansancio, un griterío constante (¿éste es el modelo que damos en clase?) y alguna que otra vieja rencilla entre colegas. A las tres horas se levantó la sesión y se tomaron acuerdos inanes de los que ni siquiera tomé nota. No era necesario.

De camino al hospital, Sonia me confirma que aquel claustro fue, más o

menos, como Álvaro me lo ha descrito. Me sorprende que esas salidas de tono sean habituales en una reunión supuestamente educativa, pero, al parecer, ese cúmulo de barbaridades no es más que una pequeña muestra de lo mucho que se puede caldear el ambiente en esas situaciones.

—Gerardo y yo hemos tenido que separar más de una vez a un par de compañeros a punto de llegar a las manos —confiesa Sonia mientras buscamos dónde dejar el coche—. Y en las juntas de evaluación es aún peor. Ni te imaginas.

—Ya veo…

—¿Estás seguro de que quieres venir conmigo, Santiago? Ni siquiera sé si van a querer hablar con nosotros.

—Tranquila, cuento con ello.

Bajamos de su Mini —«¿no crees que me pega mucho?», me lanza con cierto aire de coquetería— y nos acercamos a la entrada. En la acera, justo delante del acceso al Gregorio Marañón, nos damos de bruces con un adolescente alto y desgarbado que le da patadas a una lata de refresco. No levanta la mirada del suelo y en sus ojos se puede leer una rabia inmensa, salvaje, como si cada nueva patada fuera directa al hígado de un adversario

que no se encuentra allí.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Sonia se acerca a él e intenta darle un abrazo, pero el chico la rehúye. A pesar de su estatura —uno setenta y algo, supongo, porque es casi, tan alto como yo— y de su complexión fuerte, su rostro es el de un niño. Un crío solitario y visiblemente enfadado con el mundo.

—Adolfo, ¿estás bien? —Él niega con la cabeza y sigue mirando fijamente el suelo. Ya no da patadas a la lata, ahora se limita a golpear la acera con la punta de sus deportivas—. ¿Tu hermano está mejor? Queríamos verlo.

Nos mira por primera vez. En

realidad, fija toda su atención en mí. Un treintañero en vaqueros y camiseta con logo Dharma al que no conoce y que, desde luego, tampoco tiene interés alguno en conocer.

—¿Y ése? —me señala.

—Un amigo. ¿Nos acompañas a ver a Sergio?

—No sé. —Y vuelve a bajar la mirada y a golpear el suelo con las botas.

Acabo de conocerlo y, sin embargo, me estremece la agonía —más que visible— que atraviesa este chico. Todo en él —la postura, la mirada, los gestos — transmite dolor. Y, sobre todo,

incomprensión. No entiende por qué su mundo se ha desplomado de repente. Ni —y eso es lo peor de todo— creo que pueda llegar a comprenderlo nunca. Intento ponerme en su lugar, imaginar lo terrible que debe de ser haber presenciado ese crimen y tener que asumir, a los doce años, todo ese horror. No me extraña que golpee el suelo con furia y, sobre todo, no me sorprende que mi presencia le suscite una desconfianza infinita. Si su hermano ha podido arrebatarle a su padre, ¿qué es lo que puede esperar de un desconocido como yo?

—Cariño, ¿entramos?

Ni rastro de la fugaz coquetería anterior. Sonia despliega ahora su lado maternal —«yo también tengo una hija adolescente en casa»— y trata de convencer a Adolfo para que nos lleve a la habitación donde se encuentra Sergio. Le pasa suavemente la mano por el hombro y el crío, a pesar de su actitud huraña, agradece el gesto. Noto que esa caricia le reconforta, le ofrece un lugar en el que cobijarse y escapar de su infierno durante, al menos, unos segundos. Luego vuelve a fijar su vista en mí:

—Él no.

—Está bien —accedo—. Sube tú.

Están a punto de entrar en el hall cuando aparece, hecho una fiera, un individuo de unos cincuenta años. Agarra a Adolfo del brazo y lo aleja de Sonia de un tirón. El crío lo mira con expresión culpable (¿qué se supone que ha hecho mal?) mientras yo me acerco a ellos para solucionar lo que, a todas luces, debe de ser un simple malentendido.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —nos increpa.

—Tranquilo —intenta serenarlo Sonia—. Adolfo me conoce bien. Soy la jefa de estudios de su centro.

—De su antiguo centro, querrá decir.

—¿Cómo?

—No pienso permitir que mi sobrino regrese a su instituto. No voy a dejarle en manos de unos incompetentes.

—Por favor, entiendo que está usted muy alterado, pero eso no le da derecho a…

—Eso me da derecho a lo que a mí me dé la gana. Y ahora, lárguese. No quiero que nadie les moleste. Y tampoco traten de acercarse a Ignacio. Mis sobrinos no tienen nada que decir, ¿está claro?

Se alejan por el pasillo y Adolfo vuelve la vista hacia atrás durante una décima de segundo. ¿Nos está pidiendo

algo? Intento adivinar qué se oculta tras esa mirada, pero su tío lo arrastra con furia hacia el interior del hospital. Ante la reacción de la familia, Sonia y yo decidimos regresar a su Mini, algo más desanimados —y, si cabe, más confundidos— de lo que habíamos venido.

Llegué con la hora justa, así que no tuve tiempo de pasar por mi departamento para disfrutar de la compañía de mis posmodernas compañeras. Tras no saludar al «innombrable», con quien me crucé por

el pasillo, me dirigí sin dilación a las aulas, intentando adivinar dónde estaría la mía. Por el camino, una profesora —exuberante y pelirroja— me detuvo.

—Tú eres nuevo, ¿verdad?

No parecía simpática. Fingía serlo, pero estaba convencido de que sólo era una pose. Espontaneidad calculada, sonrisa aritmética, frescura insoportable y una larga melena pelirroja tan agresiva como su peculiar tono de voz. Todo en ella parecía una ecuación destinada a hacerse con el recién llegado.

—¿En el centro?

—No, en general. Nuevo en esto, ¿verdad?

Había pensado decirle que no. Mentir. Inventar un pasado docente en colegios privados y concertados. Quejarme de los mangoneos de curas y monjas en esos centros. Defender rabiosamente la enseñanza pública y, de paso, soltar una de mis arengas contra el desprestigio de lo público y la privatización de los servicios. Pero aparqué mi yo político y le dije a mi pequeño Lenin que era mejor ser sincero y admitir la inexperiencia.

—Sí, aprobé las oposiciones este año.

—Pero habrás sido interino antes, ¿no?

—No.

Silencio. No era el primero que se producía en aquella breve secuencia de pregunta-respuesta. Evidentemente, debí haber dicho sí. Y supongo que eso es lo que esperaban escuchar, que me presenté varias veces, que rodé de centro en centro como interino y que, al final, me saqué la plaza. Supongo que ése es un requisito deseable para pertenecer a esta tribu: lo de ser joven y, encima, brillante (perdón por la inmodestia) lo llevan fatal.

—Ah, bueno. A veces la suerte ayuda mucho.

—Y el talento, más. —Lejos de

ofenderse, se rio con mi pequeña bordería y, decidida, me tendió la mano.

—Soy Gema, de informática.

—Álvaro, de lengua.

Mientras se presentaba, noté cómo me miraba inquisitivamente de arriba abajo. ¿Qué opinaría ella del modelo que había escogido? Después de mucho dudar, decidí que necesitaba ponerme algo que me acercase a los alumnos, una ropa que sirviese de frontera entre ellos y mi miedo. Así que ese lunes me planté en el instituto como si me hubiera fugado del catálogo para hombres *in* del *GQ*. Bandolera Adidas, deportivas Nike verde pistacho (a juego con la

bandolera), vaqueros rotos Diesel y camiseta negra de G-Star. Un catálogo andante… Gema desaprobó mis deportivas verdes, sacudió con desdén su melena pelirroja y me deseó suerte con la boca pequeña. Luego salió a toda prisa deseosa de plantar besos y abrazos a los profesores de otros departamentos en el mismo pasillo. De algún modo, exhibía ante mí un compañerismo casi obsceno, como si de esa forma pudiera excluirme y castigarme por haber tenido la osadía de ser nuevo y de haber aterrizado —al primer intento— en su pequeño mundo. Porque eso es un instituto, un microcosmos donde la vida

tiene su propio ritmo, sus propios habitantes y hasta sus propias leyes. Ajeno aún a todos esos códigos, busqué en mi horario la primera clase: B1E.

Dudé al leer las siglas —los nervios, supongo—, hasta que decidí que la B debía de ser de Bachillerato, el 1 de primero y la E, el curso al que tenía que dirigirme. En realidad, también podría ser una E de ESO y una B de grupo, pero preferí no preguntar a la jefa de estudios, que parecía mirarme con la misma desidia de la primera vez. Tardé en entenderla y en darme cuenta de que me equivocaba en mi apreciación: Sonia no es fácil de valorar a primera vista.

Seguí avanzando por el pasillo, resistiendo las miradas de los compañeros y de los alumnos —sabiéndome juzgado por todos y cada uno de ellos—, tratando de concentrarme en leer las letras y los números colgados sobre las puertas de las aulas. Puertas abarrotadas de adolescentes que forman murallas humanas para no pasar. Para no dejar que nadie les haga pasar. E4A. E4B. E4C. En el ala derecha del edificio están los mayores. Cuartos y Bachilleratos. No debía de andar muy lejos. B1A. B1B. Intenté recordar lo que tenía preparado, incluso ojeé mi

antología poética de Kavafis y traté de decidir si con eso se podía dar una primera dase. Buscaba sin éxito el poema de «Ítaca». ¿En qué página estaba? B1C. B1D. Los alumnos me observaban con mucha más curiosidad que mis compañeros. Aún no sabía leer sus miradas ni sus gestos —sólo tardaría un par de semanas: eso se aprende rápido—, pero ya era consciente de que estaban llenas de sentido. Se transmitían información entre sí a mi paso. ¿Me aprueban, me desaprueban, me reprueban? No podía saberlo, así que cerré la antología —necesitaba acumular toda la información posible de

mi entorno—, respiré hondo y me esforcé por frenar la ola de pánico que amenazaba con desbordarme. Estaba tan nervioso que, justo antes de entrar en el aula, no pude evitar que se me cayese al suelo mi libro de Kavafis. Me arrodillé intentando que no se me cayese también la agenda, o los bolígrafos, o el cuaderno de notas que no sé para qué narices había cogido, pero un alumno que estaba justo en la puerta, rodeado de un variopinto grupo de admiradoras, lo recogió por mí.

Fue tan sólo un segundo, pero el chico lo aprovechó para verme de cerca, marcar terreno y hacerme perder la

seguridad —escasa— que parecía quedarme. Me sonrió con un aire de cierta superioridad e intenté devolverle la sonrisa. En ese momento aún desconocía su nombre. Y su curso. No disponía de un solo dato, únicamente que me había sonreído, que era algo más alto que yo, moreno, de similar complexión física —atlética, fuerte— y que tenía los ojos oscuros y profundos. Pero no podía saber que siete días después este mismo chico sería arrestado por asesinar a su padre y atacar a dos de sus hermanos. Sergio, de tan sólo quince años, sigue debatiéndose entre la vida y la muerte mientras yo

escribo esto. Mientras yo redacto lo que recuerdo de aquel maldito lunes y trato de vencer esta jodida sensación de culpabilidad. Los remordimientos que me acosan desde que aquel lunes entré en ese centro y Marcos cogió mi libro un minuto antes de que yo entrase en clase para presentarme como su nuevo tutor. B1E. En la puerta, el muro de cuerpos bronceados que obstruía la entrada en cada aula. La atravesé como pude —ahora era yo el hombre invisible— y me acerqué a la mesa. La pared humana se deshizo lentamente y sus miembros —todavía anónimos— entraron en clase dispuestos a jugar su papel. Ya sólo me

quedaba adivinar cuál sería el mío.

Tras consultarlo con Sonia, decido convocar —durante algunos recreos— a cinco alumnos de 1.º de Bachillerato E. Redacto un breve documento para informar a sus padres de que mantendré mi primera reunión con sus hijos el viernes 2 de octubre y ella me adjunta una autorización que deberán entregarme firmada antes de que yo pueda entrevistarles. Los elegidos, con la ayuda de su tutor, son: Raúl, uno de los mejores amigos de Marcos desde el curso pasado; Adrián, compañero no

sólo de clase, sino también de su equipo de taekwondo; Sandra, su supuesta chica (aunque Sonia cree que lo dejaron después del verano); Meri, novia de Adrián y, según Álvaro, toda una enciclopedia sobre los cotilleos del centro; y Ahmed, un chico que apenas parece conocer a Marcos, pero al que su tutor cree que participar en mis entrevistas puede ayudarle a integrarse en el grupo.

—Se notaba que era su primer día. Esas cosas se saben. Lo vemos rápido. —Sandra sonríe amargamente cuando recuerda aquella mañana.

Álvaro no daba ni una. Y se puso

nervioso —me explica Meri con cierta chulería—. Nosotros nos limitamos a tantearle, ya sabes, lo normal.

No sé qué es lo normal para estos chicos, aunque Álvaro me confiesa que no han cambiado en exceso los métodos desde que nosotros fuimos alumnos. «Súmale a nuestra adolescencia un móvil con cámara y un mp3, pero poco más… En el fondo, no debía de haber sido tan difícil, pero la presión estuvo a punto de poder conmigo».

Según me cuentan los chicos, Marcos pareció fijarse en su nuevo tutor, incluso anotó algo en la agenda de su amiga Sandra.

—Le cayó bien —admite, aunque le cuesta enormemente hablar conmigo—. Hasta escribió en… Bueno, me dijo que…

—Tranquila, no te pongas nerviosa.

—Es que —balbucea con timidez— no me gusta nada que me graben…

—Si quieres, lo apago.

—No, déjalo… No sé, me cuesta hablar de esto. Marcos y yo… Bueno, él y yo… —Y empieza a llorar. Con delicadeza, como si no quisiera descomponerse más de lo necesario, o como si temiese que un llanto más fuerte pudiera desbordarla por completo y llevarla a un abismo emocional por el

que prefiere no tener que pasar.

Tampoco utiliza la palabra *novia*, en realidad, elude el tema cuando le pregunto. Insiste en que se gustaban. En que eran dos grandes amigos. Y hasta admite que se enrollaban a menudo.

—Algún muerdo sí que hubo, ¿no? —bromea Adrián.

—¿Eso también lo vas a poner en tu libro? —me pregunta azorada.

Le ofrezco un kleenex y espero a que se calme. No quiero forzarla a decir nada que no esté dispuesta a contar, aunque ahora mismo me muero por saber qué escribió Marcos sobre Álvaro. Necesito datos que me ayuden a

entender a ese chico. Y que, de algún modo, me conduzcan al porqué de su crimen. Sandra, ya más calmada, me enseña su agenda y me dice que lea. Allí, entre decenas de dibujos, grafitis y declaraciones de amor y amistad eternos, alguien ha escrito con rotulador negro: «El tutor nuevo parece que mola, ¿no?».

—Así que le gustó.

—Sí, a él y a todos… —Se calla un segundo y, ante la mirada de los demás, cambia rápidamente de idea—. Bueno, al principio, no mucho. Los primeros días nos hacía gracia, pero nos dio algo de mal rollo. No sabíamos qué quería de

nosotros y pensamos que nos iba a suspender a todos. Pero luego… Yo creo que Álvaro es un profe muy legal.

—No hay muchos de ésos, ¿sabes? —apostilla Raúl.

Sin embargo, su tutor me asegura que, a pesar de esa supuesta empatía, Marcos no trató de hablar con él en toda la semana. Notaron ciertos hechos extraños en la conducta del chico, «desafortunados», matiza Sonia, pero no llegó a buscar ni la complicidad ni la ayuda de Álvaro. «A lo mejor no lo hice lo bastante bien y perdió la confianza que ese primer día sí creyó poder tener en mí. Creo que eso nunca llegaremos a

saberlo».

—Hola.

Hablaba en el vacío. Nadie me escuchaba. Me miraban, sí, pero no me escuchaban. Y, desde luego, no tenían la menor intención de sentarse.

—Hola —repetí.

¿Eso me hacía más débil? ¿No debería mostrar autoridad desde el primer minuto?

—Me llamo… A ver, sentaos.

Me interrumpía a mí mismo. No sabía cómo hacerme escuchar y empezaba a ponerme más nervioso.

Ellos lo habrían notado. Se aprovecharían de ello.

—¿Os sentáis de una vez?

Mi voz sonaba casi ridícula desde ese lado de la mesa. La bandolera Adidas encima. La sonrisa forzada. El estudiado toque de profesor juvenil y cercano no parecía estar funcionando. O a lo mejor sí que resultó. No podía saberlo todavía.

—He dicho que os sentéis.

Subí el tono y, por primera vez, acompañé mis palabras de movimiento. En un aula hay que saber actuar, no basta con tener una buena dicción: es preciso emplear el cuerpo. El lenguaje no

verbal. Así que di un eficaz golpe de efecto acercándome con decisión a la puerta y cerrándola bruscamente. El controlado portazo les hizo callar y se dirigieron, por fin, a sus pupitres.

—¿Ya me escucháis?

Asentían con indiferencia y parecieron reparar, por fin, en la bandolera. Me analizaban a la misma velocidad a la que yo intentaba analizarlos a ellos. Pero los alumnos siempre tienen ventaja. Son más y cuentan con un único objetivo. Al menos, el estúpido color de mi mochila les distrajo durante un rato y les evitó concentrarse en lo realmente importante.

Mis miedos. Mis dudas. Mi inseguridad. Quizá el verde Adidas les impidió darse cuenta de que cuando empecé a hablar me temblaba ligeramente la voz, se me agolpaban las palabras y perdía el hilo del discurso con cierta facilidad.

—Bien —intenté coger fuerzas—, me llamo Álvaro y voy a ser vuestro tutor y profesor de lengua este año.

Lo de ser tutor fue un golpe bajo. Jugaba con cartas marcadas en el reparto de niveles y grupos, así que sólo me quedaron restos que nadie más quería. Y ser tutor es algo que todos evitan. Preocuparse por la vida de los alumnos, hablar con los padres, atender

problemas que casi nunca se pueden solucionar con los medios miserables —y el tiempo igualmente ridículo— de los que se dispone… Demasiadas obligaciones mal remuneradas como para pelearse por desempeñarlas. No, lo de ser tutor era algo que hubiera preferido evitar. Y lo de ser tutor de un E, bueno, eso sí que era un premio a mi inexperiencia.

El sistema funciona así, me temo. Se eligen los grupos de acuerdo con la antigüedad, así que los que tienen más experiencia se quedan con los alumnos disciplinados y tranquilos del A y, a veces, hasta del B. Mientras que el C, el

D y, cómo no, el terrible E —donde suelen aglutinarse los alumnos conflictivos o con menos rendimiento— se quedan para los nuevos, para los interinos, para los recién aprobados, para los que todavía no están quemados, como dicen los de más experiencia. Argumentar que sus años de trabajo previo serían de gran ayuda en grupos conflictivos es inútil: nadie habría accedido a relevarme aunque sabían, como lo sabía yo, que ser tutor de un E sobrepasaba mis capacidades de novato. Según el director del Darío, aquél no era más que un centro de clase media donde no solía haber más problemas de

los «estrictamente habituales». Pero los problemas «estrictamente habituales», ¿cuáles son?

Sonia puntualiza que la adjudicación de tutorías es similar en todos los centros y se debe, únicamente, a razones de horario. «Desde el momento en que se aprueba una oposición, se considera que el profesor está capacitado para desempeñar su puesto», afirma con seguridad. Los sindicatos, sin embargo, consideran que los profesores de Secundaria y Bachillerato carecen, en la actualidad, de recursos pedagógicos

para realizar su labor. «No basta con conocer la materia que se imparte: hay que saber comunicarla y, sobre todo, dominar y controlar el aula. Y hoy en día las aulas pueden ser un infierno», puntualiza Luis R. T., miembro de uno de los sindicatos mayoritarios de profesores de enseñanza no universitaria. Álvaro achaca, en parte, a esa inexperiencia y a esa mala distribución de los grupos su falta de pericia para prever el futuro problema. Sonia, sin embargo, discrepa:

—Yo cuento con muchos años de enseñanza a mis espaldas y tampoco lo vi venir. Estuve con Marcos apenas unos

días antes de que todo ocurriera y no imaginé que pasaría algo así. El tiempo no es un factor determinante en este caso.

—Pero ¿es cierto que existen grupos malos y buenos, como afirma Álvaro?

—Oficialmente, no. Los grupos se hacen en función de las optativas que escogen los alumnos. Hoy en día, la optatividad es cada vez más elevada. —Sonia intenta cambiar de tema. Éste la incomoda demasiado.

—¿Y extraoficialmente?

—A ver, Santiago —me echa una mirada de reprobación y sugiere que apague mi grabadora. Respondo con mi

ensayada expresión de cordero degollado (no me suele fallar) y accede a que siga grabando—, normalmente tenemos dos opciones: o formamos dos grupos mediocres o creamos uno bueno y otro malo. Depende de la política del centro y en éste, en fin, digamos que en el Darío se priman la calidad, la excelencia y…

—¿Y la integración?

—¿La qué? —suelta una carcajada amarga. Terriblemente ácida—. Eso es un mito. Sería posible con medios y con inversiones, claro, pero con lo de ahora… Este curso, por ejemplo, nos han quitado a dos orientadores y a los

tres especialistas en Compensatoria, ya sabes, los que se encargan de los alumnos con problemas significativos. Como hay que recortar por culpa de la crisis, nos han dicho que los pongamos con los demás y «que se integren». Así, por las buenas.

Apago la grabadora y quedo con Sonia para el día siguiente. Necesito tiempo para ordenar mis primeras impresiones y revisar con atención el borrador que me ha entregado Álvaro.

—Eres nuevo, ¿verdad? —me pregunta una de mis alumnas. Ni cinco

minutos y acababa de ser catalogado como un pardillo. En su jerga, «nuevo» significa desconocedor de la política del centro, descolgado del resto de profesores, ignorante de alumnos, grupos y problemas previos y, por tanto, material altamente manipulable.

—¿Que si soy nuevo en el centro?

Bravo. Era imposible hacerlo peor. Les había dado, sin pretenderlo, el único dato que no debían tener: no he dado clase antes. Después de mi simpleza, ya no se molestaron en preguntarme nada más. Son adolescentes, no niños. Están aprendiendo a ejercitarse en la lógica, en la deducción, en la estrategia. Y el

primer día de curso vienen demasiado bronceados, demasiado llenos de energía como para que los pequeños detalles se les escapen. Sólo un par de preguntas y ya lo sabían todo. O casi todo.

—Sí, es mi primer año aquí.

Quise creer que sus sonrisas expresaban alegría ante lo desconocido. Ilusión ante la oportunidad de darse a conocer a alguien que no tiene una lista de prejuicios sobre ellos. Necesidad de demostrar que son algo más que un sinfín de etiquetas construidas a lo largo de su corta vida y reiteradas por los profesores que ya les conocen. Pero

también temía que bajo esa sonrisa hubiera algo más, la convicción de que yo era la pieza perfecta para jugar a desautorizarme, a provocarme, a ganarme una partida que había empezado sin demasiado acierto. Necesitaba mover ficha, así que pasé lista. Era urgente ponerles nombre. Individualizarlos. El grupo pesa demasiado como tal. Demasiadas miradas. Demasiados cuerpos. Demasiados puntos de vista entre los que te sientes fraccionado y casi desnudo. Comencé a pasar lista con la esperanza de que la lectura en voz alta de sus nombres sirviese de sortilegio, de

hechizo verbal con el que conjurar al grupo y convertirlo en una simple suma de individuos. Adolescentes, en realidad.

Los nombres se sucedían monótonos. Alicia. Marcos. Ahmed. Christian. Adrián. Algún compuesto infame herencia de los horrores de los noventa. Eva Mariana. «No, profe, a mí llámame Meri. Así, con e. Todos me llaman Meri». Adolfo. Raúl. Antonio. «Toni, no Antonio». Mercedes. «Mer». Yvette. Mario. Ángela. Sandra… Treinta y un nombres con treinta y una preferencias. No sólo hay que memorizar la lista, también es preciso recordar cómo

quieren ser llamados. Existe una distancia a veces invisible entre el nombre auténtico y la identidad que ellos se han construido, pero bastan estos cinco minutos pasando lista para saber que Toni sólo será Toni si lo llamas así, y que probablemente Mer y Mercedes sean dos mujeres muy distintas. Así que, lejos de imponer un criterio neutral y clarificador (es decir, llamarlos como a ti te venga en gana), es justo adaptarse a sus peticiones en un gesto de entendimiento mutuo.

—Hoy no haremos nada, ¿no?

Acaba de hablar el chico de la puerta. Se echa para atrás, cierra de un

golpe la agenda de su compañera, donde ha apuntado algo (¿mi nombre?) y mira a sus compañeros buscando obediencia. Ya está. Ya lo tienes. Un líder en potencia. Hay que asegurarse de su identidad.

—¿Tú eras…?

—¿Yo? Marcos.

El líder vocacional de B1E se llama Marcos. Y se queda mirándome fijamente, deseoso de ver cómo reacciono. Consciente de que toda la clase está pendiente de los dos y de que mi respuesta dará una idea más que aproximada sobre la temperatura del curso.

—Pues sí vamos a hacer algo, sí. Abrid los cuadernos y tú, Marcos, a la pizarra.

—¿Pero por qué yo?

—¿Quieres empezar bien el curso o te llevas ya el primer parte de la mañana?

Desproporcionado. Sé que me extralimité en mi amenaza. Marcos ni siquiera se había opuesto a salir, simplemente, le había desconcertado mi reacción. Era yo quien no parecía comportarse de modo demasiado coherente. Mi bandolera verde, mi sonrisa forzada, mis vaqueros rotos no concordaban con el docente severo y

autoritario que acababa de aparecer ante ellos. Marcos, seguramente, tampoco pretendía rebelarse, sólo expresaba el desconcierto compartido por toda su clase. Así que, lejos de enfrentarse a mí, se levantó, miró a los compañeros con cara de póquer —era evidente que estaban de su lado— y se acercó a la pizarra. Cogió la tiza y me miró desafiante, como si fuera la versión escolar de un *western*. Como si esa tiza fuese el revólver con el que me aniquilaría delante de los demás alumnos.

No era ése el plan. Sólo pretendía charlar con ellos. Comentarles cómo iba

a ser la asignatura. Proponerles ideas. Hacer sugerencias. Debatir el ritmo de las clases y hasta el tipo de actividades. Me había propuesto dar una clase ideal que, por supuesto, acababa de irse a la mierda. Porque estas cosas no se pueden planificar, porque trabajamos con material humano altamente inflamable, porque no son primeras ni segundas pruebas como en la editorial, porque ellos están —estamos— vivos y todos interactuamos de manera salvaje y descontrolada. Así que, lejos de ese brillante plan digno de Dexter, ahora tenía a un alumno en la pizarra al que no sabía qué pedirle. ¿Una oración para

analizar? ¿Ésa va a ser mi primera dase? ¿Un convencional análisis sintáctico sin haber explicado ni un triste concepto? No habría sido justo. Ni para ellos ni para mí. No podía convertirme en un ladrillo el primer día. Ni en un hueso. Ni en una maría. No podía catalogarme tan rápido, pero debía decidir algo enseguida: aquel chico seguía en la pizarra esperando una orden. Y no sólo él, todos habían abiertos sus cuadernos. Todos iban a copiar ese algo —¿el qué?, maldita sea en su primera página. Ese algo que no se me ocurría y que necesitaba para no quedar como un imbécil en la primera hora. Luego

vienen tres más. E1C. E2B. E2D. ¿Y en todas iba a cometer los mismos errores? ¿Los mismos silencios?

Marcos en la pizarra. Noté cómo le sonreían. Cómo él les devolvía la sonrisa. Un par de chicas de la primera fila hicieron un curioso gesto. Señalaban su cuello. Él se subió ligeramente el polo para cubrir una marca. Volvió a sonreír y ellas no pudieron evitar susurrar algo. Un chupetón, supuse.

Y hasta yo quise sonreírme ante aquel chico que presumía de vida sexual adolescente. Pero no debía hacerlo. Debía hablar de una vez. Un segundo. Dos. Casi tres. Toda una eternidad.

—Bien, Marcos. Copia, por favor. Y los demás, hacedlo también en vuestros cuadernos.

De repente, creí poder recordar. Temía inventármelo. De todos modos, daba igual, ésa era la única idea que se había cruzado por mi cabeza aquella mañana. Iba a ser el texto de su primera página.

—¿Qué copio, profe?

Risas entrecortadas. Casi corteses. Aquellos chicos del E no parecían una verdadera amenaza. Al fin, comencé a dictar aquellas líneas. Aunque no las recordase bien del todo. Intentando hacerlo.

Al emprender el viaje para Ítaca
desea que el camino sea largo,
lleno de peripecias, lleno de saberes.
A Lestrigones y a Cíclopes,
a Poseidón airado no los temas,
que a tales no hallarás en tu camino
si es tu pensar excelso, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.

No recordaba un solo verso más. Bueno, sí, justo los tres versos finales, pero no parecía demasiado correcto acortar tanto el poema. Pude haberlo buscado en la antología que llevaba conmigo, pero me daba miedo apartar mi mirada del grupo. Temía que se me fuese la situación de las manos si les regalaba otro tiempo muerto mientras yo buscaba aquel poema. Así que, en vez de correr riesgos, me conformé con esta primera estrofa y traté de hacer un primer comentario de texto colectivo. Confié en que esos versos les despertasen la misma pasión que despertaron en mí en su momento.

Quería que todos vieran en él la lección de libertad que yo observo en Kavafis. Así que les llené de preguntas y ellos, a pesar de todo, no me devolvieron más que miradas apáticas e interrogantes de lo más variopinto.

—¿Qué son los lestrigones?

—¿Poseidón era griego o romano?

—¿Cíclopes lo ponemos con mayúscula?

Se quedaban en la superficie de los versos. No les importaban. No les emocionaron. No entendieron qué pintaba eso en su cuaderno.

—¿Y la nota del curso?

—¿Cómo se hará la media?

—¿Tendremos parciales?

—¿Haremos trabajos en grupo?

Los cíclopes les quedaban muy lejos. Ellos no veían nada de lo que yo les decía en el poema. No veían esa Ítaca. Así que se sentían perdidos y confusos, mucho más que al principio. Ahora sí, mi asignatura ya no era una maría. Era mucho peor: era una rara. Una de esas que resumirán a sus padres como que el profesor es muy extraño y pide unas cosas que no tienen sentido. Y los padres, que son practicantes de la nueva religión del padre y colega a la vez, les dirán que tienen razón y me pedirán —me exigirán— cuentas.

Sonó el timbre mientras yo seguía intentando explicarles quién era Poseidón y por qué aparecía en el poema. Ellos no esperaron a que acabase, se levantaron en cuanto sonó la sirena y ahogaron mi voz dejando bien claro —por si no lo había notado ya— que mi primera clase no les había interesado lo más mínimo y que lo único que había llamado su atención era el verde pistacho de mi bandolera. Tenía un año por delante para hacerles cambiar de idea sobre mí. Sobre mi asignatura. Pero ni siquiera sabía si un año iba a ser suficiente, así que salí de aquella aula con una desagradable

sensación de fracaso.

—¿El dictado de la Ítaca esa? ¿Que qué nos pareció?

Adrián busca con la mirada a sus compañeros, a ver si alguno le ayuda a darme la respuesta correcta. Creí que entrevistarles sería muy fácil, pero me equivoqué. Es mi primer recreo con ellos y me está costando mucho ganarme su confianza para que me digan lo que yo quiero oír. Lejos de abrirse conmigo, me observan con recelo y miden todas y cada una de sus intervenciones, como si esto fuera un examen oral en el que

deben encontrar las respuestas correctas.

Para evitar confusiones, me he sentado entre ellos, en círculo, evitando ocupar la tarima de modo que no me confundan con un profesor más. Mientras espero a que digan algo me fijo en los murales —cutres, casi todos— que pueblan las paredes. No hay muchos cambios entre esta aula y las que yo recuerdo, salvo por la pizarra blanca y el cañón proyector en el techo, un artilugio que, según los chicos, rara vez se usa.

—Pues lo de dictamos el poema ese fue… —parece que Adrián se anima y

empieza a soltarse—. Una rayada. Pero es que el Alvarito está muy loco.

—Eso fijo —le apoya Meri, que, por cómo se tocan, deja muy claro que es su chica. Trato de no distraerme con su absoluta falta de pudor y les pido, eso sí, que quiten la música del móvil. Les molesta un poco, pero lo hacen.

—Es que al de lengua le dan unos prontos un poco raros. No sigue nunca el libro ni nada —me explica Adrián.

—Lo que dice tiene su punto —continúa Sandra—. Y nos deja expresamos… Sólo llevamos tres semanas de curso y ya hemos escrito más con él que en cuatro años de

Secundaria.

—Es mazo de cotilla —se ríe Adrián—. Que si descríbeme tu barrio. Que si cuéntame cómo es tu familia… ¿Y a él qué cojones le importa?

Me pregunto si Marcos habría tenido tiempo de entregar alguna de esas redacciones y me anoto que debo hablar de eso con Álvaro. Al día siguiente me responde en un sucinto e-mail donde me asegura que jamás le dio ninguno de aquellos trabajos. «No hubo tiempo», me asegura.

—Lo de Ítaca, a nosotros, sí que nos gustó. —Sandra señala ahora también a Raúl, sentado justo frente a ella—.

Marcos nos dijo que hasta lo colgó en la pared de su cuarto… Eso del viaje y de la búsqueda y de, bueno, de lo que nos había contado Álvaro. Sonaba bien…

—Sonaba de la hostia —bromea Adrián—. No entendimos una mierda, pero sonaba guay. —Meri aprovecha para darle un buen morreo mientras Sandra desvía, disgustada, la mirada.

—A Marcos le cayó bien desde el primer día, aunque le sacara a la pizarra y todo eso —apostilla Raúl.

—¿No le molestó que le hiciese copiar ese poema? —me sorprendo.

—Qué va… Marcos no es tan infantil, no se enfada por cosas como

ésas. —Se hace un tenso silencio. Está claro que sus compañeros no opinan igual: lo sucedido les impide sentirse próximos de alguien a quien ellos ya han catalogado como un monstruo—. ¿Qué pasa? ¿Ahora ya nadie da la cara por él o qué?

—Tío, no me jodas —le responde Adrián—, con toda esa movida…

—A mí Marcos siempre me pareció un poco chungo —comenta Meri—. Un tío muy oscuro y eso.

—Ya claro, por eso estuviste todo el curso babeando detrás de él —salta Sandra.

—¿Pero tú de qué vas, tía? —se

incorpora Meri de repente—. ¿A que te meto?

En tan sólo un segundo pierdo por completo el control de la situación y me encuentro en medio de dos chicas que intentan, literalmente, sacarse los ojos. Por suerte, Paco escucha los gritos y viene corriendo a echarme una mano. Entre el conserje y yo conseguimos separarlas y las llevamos a jefatura, donde Sonia tendrá que encargarse de ponerles el castigo correspondiente.

—Mierda, Santi —me dice Sonia cuando ellas no nos oyen—. ¿Pero se puede saber qué coño has hecho?

Aparte de ser un inútil, creo que

nada. Pero estoy demasiado avergonzado como para responderle, así que guardo mi grabadora y regreso a mi apartamento para seguir trabajando en el texto de Álvaro. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan ridículo. Tan insignificante. Y, curiosamente, la última vez también fue allí. Unos quince años antes. En el maldito Darío.

Debían de ser más de la dos de la madrugada. Intenté mirar de soslayo el despertador, pero no conseguí encontrarlo. Era la primera vez que dormía en casa de Iván, un antiguo

compañero de la editorial que vivía en una minúscula buhardilla de la calle Atocha. Ese lunes acabé allí por culpa de un sms en el que le dejaba bien claro que no pretendía ni cenar con él, ni hablar con él, ni desahogarme con él, lo único que quería era que me invitase a una copa y follar hasta quedar exhaustos. Hacía tiempo que existía tensión sexual entre nosotros, así que estaba seguro de que unos cuantos caracteres bastarían para deshacer la tensión y, de paso, también su cama.

Necesitaba sexo rápido para olvidarme de aquel día (mierda de instituto, mierda de clases, mierda de

Kavafis), y no me apetecía nada tener que restregarme en uno de los garitos de Chueca para conseguirlo. Por eso le envié ese escueto mensaje. Para follármelo furiosamente, con la convicción de que la violencia me daría algo de consuelo. No lo obtuve, pero Iván se quedó sorprendido con mi ímpetu y confundió mi rabia con pasión. Desde entonces, habremos repetido un par de veces. Llego tarde, evitamos todo tipo de conversación y nos desnudamos con una torpeza que para él son ganas y para mí, ira. Después, como esa noche, nos arrastramos por el sofá, por la alfombra, por la cama, y lo hacemos sin

alternar los roles. Él siempre pasivo, siempre víctima, siempre sumiso. En su cama soy yo quien escribe el papel y las posturas, y disfruto acercando su cabeza con una violencia calculada hasta mi sexo, como si intentara ahogarlo con él, atravesar su boca mientras su lengua me rodea voraz. A ratos, como en aquella noche, me pierdo, o me evado, no sé, aunque sienta que él sigue encima de mí, tratando de provocarme con caricias, con besos, con mordiscos en los lugares apropiados. Así que le permito deslizarse sobre mí y trato de concentrarme otra vez en su cuerpo, en la presión de sus músculos, en la fuerza

con la que luchamos —porque eso es lo que hacemos: luchar sin confesárnoslo — hasta situar al otro en la postura que más nos convenga. Al final, cuando me concentro un poco, venzo yo y lo coloco boca abajo dispuesto a penetrarlo, a pagar con él mi rabia en un acto que tiene más de venganza que de sexualidad. Iván no nota el matiz y se deja hacer hasta que nos corremos, hasta que alguien —él— gime y alguien —yo — se tumba a un lado buscando un cigarrillo.

Aquella noche, mientras fumaba tendido junto a él —los dos en silencio, sin tan siquiera mirarnos—, no podía

dejar de rememorar cada uno de los episodios de ese día. Una sucesión de tropiezos que me hacían dudar de mi valía para una profesión que, quizá, tampoco había elegido yo. Intentaba relajarme, pero las voces del Darío no estaban dispuestas a darme ni un respiro. Las de mis alumnos. Las de mis nuevos compañeros. Y cómo no, la de mi cada vez más apreciado director.

—¿Qué le ha parecido su tutoría? —me preguntó desde su distante usted nada más verme salir de mi particular versión de Ítaca.

—Bien. Supongo.

Preferí no sincerarme más. No era el

momento ni la persona. Y mucho menos después de su actitud ante el incidente de las reclamaciones…

—Ante cualquier problema, no deje de avisar. Aquí estamos para ayudarles.

Utilizó el plural y me integró en un grupo. El claustro, supongo. No podía dejar de pensar que era demasiado poca cosa para el cargo. Delgado. Menudo. Apagado. Con una expresión de eterna severidad y una cortesía tan impostada como distante. Traje anodino y movimientos remilgados. Una expresión de infinito aburrimiento en cada frase y un gesto de tedio en cada mirada. No debe de gustarle demasiado el cargo. O

quizá sí. A mí tampoco parece entusiasmarme el mío…

—¿Se dio bien?

Aquélla era la pregunta de la mañana. Y esta vez me la lanzaba ella, la pelirroja, la profesora de mirada prepotente y eterna expresión de condescendencia.

—Gema, ¿recuerdas?

—Claro, cómo iba a olvidarme. —Y, de nuevo, vuelve a reírse. Está claro que si quiero relacionarme con ella tendré que valerme del sarcasmo. Lo encaja bien.

—Eres el tutor de 1.º E, ¿no?

—Sí, acabo de conocerlos.

—Tranquilo, no te dejes engañar por la primera impresión. Son buenos chicos. Sólo hay que saber llegar a ellos.

—Ya lo imagino.

—El año pasado yo fui su tutora. Un año movido, la verdad… Pero conseguí que todo marchase bien.

Gema, responsable del éxito. Gema, guía oficial de nuevos alumnos y profesores. Gema, reserva espiritual de Occidente y, por ende, de este instituto donde hemos acabado quienes creemos que Occidente está tan en crisis como nosotros mismos. Gema, protégenos del fracaso escolar. Amén.

—Los viernes nos reunimos unos cuantos a tomar unas cañas. Si te quieres venir…

—Aún no conozco a nadie.

—Por eso mismo.

—Gracias.

Nos interrumpió el timbre del recreo y yo esperé un «vente a por un café» que no tuvo lugar. Gema se alejó con su grupo y me quedé absolutamente descolgado, entre alumnos que me seguían analizando como si hubiera aterrizado desde el mismísimo Marte y profesores que no tenían ni el más mínimo interés en incorporarme a su planeta. En realidad, tampoco esperaba

que fuera diferente. Ya imaginaba, por lo que me había contado Carlos, que el principio en este trabajo era una mierda. Y que el principio se repite cada maldito año. Un mes de tanteo en el centro nuevo: conociendo a los alumnos, a los compañeros, a la directiva. Un mes (mínimo) esforzándose por ser sociable, por caer bien, por entrar en alguno de los grupos ya formados por quienes sí están allí definitivos y saben dónde colocarse en la cafetería y en la sala de profesores. Cada espacio tiene su marca invisible y todos, menos los nuevos, las conocemos.

A mí, ese primer día, me tocó

tomarme el café solo, vigilado por los grupos que empezaban a decidir si me incluirían o no en su círculo de amistades y, sobre todo, en su lugar de la barra. «El innombrable» se encargó de cizañar en mi contra —le bastaron unas horas para ello— y el sector conservador del instituto —la mayoría, para qué negarlo— me condenó al ostracismo perpetuo (así que, si alguna vez leen esto, puede que mi cadáver acabe flotando en el Manzanares, como poco). Junto a mí, en la barra, algún que otro solitario más. Otro nuevo. Otra nueva. Poca cosa. Insuficientes para formar nuestro propio círculo.

Conscientes de que debíamos sumergimos en el mar ajeno, apuramos el café en soledad y nos dejamos mirar como si fuéramos reses en una feria de ganado. En mi caso creí que tendría suerte. Mis ajustadísimos vaqueros Diesel me granjearon la atención del único círculo donde había otro ejemplar capaz de tararear a Gloria Gaynor sin equivocarse en una coma. ¿Que cómo lo supe? Porque lo supe. Y él también. Así que decidió pagar justo a mi lado para poder preguntarme cómo me llamaba. En realidad, no difería mucho de la situación en una disco. Sólo que todo era algo más discreto y sin Lady Gaga

sonando a todo volumen.

—Álvaro, de lengua.

—Encantado. Yo soy Álex, de inglés.

Intenté empezar una conversación con Álex, pero no lo logré. Los gritos al otro lado de la barra me interrumpieron. El camarero —que, por cierto, me sonaba de algo: ¿no lo había visto en Chueca?— le gritaba a un chaval por no sé qué motivo. Álex se acercó para ser testigo de la situación. Yo me quedé donde estaba, hasta que creí reconocer la voz del chico: Marcos, otra vez Marcos.

Seguían las voces. Alrededor se

agolparon un montón de estudiantes de cursos diferentes. Ante el tumulto, acudió la jefa de estudios y le pidió al camarero y al alumno que la acompañasen a su despacho. No supe si debía o no ir con ellos —¿cuáles eran mis obligaciones como tutor?— así que hice ademán de seguirles, pero Sonia me pidió —con un simple gesto— que me quedase quieto. Aquel día no necesitaban mi ayuda. Evidentemente, no tenían demasiada fe en mi capacidad para arreglar conflictos. El timbre volvió a sonar anunciando el final del recreo y, con resignación, me dispuse a dar mi siguiente clase.

Esta vez, supuestamente, iba a ser más sencillo. Sólo tenía que presentarme ante un grupo de pequeñajos de 1° de la ESO. En este caso, prescindí de Kavafis y opté por algo más convencional: explicarles los cuadernos que debían usar, los libros que íbamos a leer y hasta las películas que, si se portaban bien, veríamos juntos. Todo marchó perfectamente hasta que uno de ellos le tiró del pelo a una compañera que, a su vez, le dio un sonoro golpe con su estuche. A partir de ese momento la clase se me fue de las manos y acabé expulsando al pasillo a los dos. Una idea magnífica, pues en el pasillo —sin

mi vigilancia— sí que pudieron seguir peleándose sin mayor problema. Acabaron revolcándose en el suelo y Gema, que casualmente pasaba por allí en su hora de guardia, se los llevó al aula de castigo e informó cumplidamente del incidente a nuestro querido director, quien confirmó lo que ya sospechaba: que el nuevo de lengua era un inútil.

No sé si lo hago mucho mejor que hace dos semanas, pero al menos empiezo a saber cómo mantener la disciplina y hasta consigo que no se agredan en clase. No soy lo que los alumnos esperan, pero confío en que acabarán acostumbrándose. Lo malo es

que justo ahora que empezaba a coger confianza, los hechos se han impuesto con toda la crudeza posible. Con la brutalidad de un crimen que no entiendo y del que no sé si debo sentirme, en parte, responsable. Porque sigo sin tener claro qué es lo que se espera de un tutor, pero, sea lo que sea, supongo que se confía en que, al menos, sabremos evitar una tragedia antes de que llegue a producirse. O quizá no. Quizá el sistema tiene tan poca fe en nosotros como la que yo tengo en mí mismo desde que Marcos, el líder de mi grupo, el triunfador oficial, el seductor nato, cambió su identidad por la de ese sádico

asesino que tanto me cuesta asumir.

La identidad de un adolescente que nos ha hecho descender con él hasta los límites del mismísimo infierno.

Martes

Gema A. J., profesora de informática, con diez años de experiencia a sus espaldas. Definitiva en el IES Rubén Darío desde 2005. Presume de conocer bien a todos sus compañeros y, sobre todo, a los alumnos y a sus familias. Durante el curso anterior fue tutora de Marcos. «¿Sabes? Ya entonces había problemas», asegura, «aunque no imaginamos que fueran de esta magnitud. De todas formas, siempre fue un chico algo violento».

No le cuesta hablar conmigo, pero se muestra reticente a pasarme informe

alguno. «¿Que te escriba sobre mí? ¿Y para qué?». Tiene una risa contagiosa y una elegancia innata, hay algo en ella que me gusta, así que la persigo para que me escriba su relato. Exige leer antes el texto de alguno de sus compañeros. Álvaro no pone obstáculo alguno y le dejo que eche un vistazo. «Sabía que no le había caído bien. No se esforzó en disimularlo desde que nos conocimos». Vuelve a reírse y vuelvo a dejarme contagiar por ella. Es una mujer muy seductora que aparenta mucha menos edad de la que tiene. «Aquí somos nosotros los únicos que cumplimos años, ¿sabes? Ellos no. Ellos

vienen siempre con la misma edad. Quince. Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho. Somos nosotros los que cada vez estamos un poco más lejos de ellos. Y un mucho más cansados. Pero la clientela es cada año la misma. Y con las mismas fuerzas».

Llaman la atención sus ojos —incisivos— y su larga melena pelirroja. Supongo que son sus mejores armas de seducción y las emplea con habilidad, distrayendo al interlocutor con ellas cuando le conviene. No le caigo bien y es evidente que mi labor le inspira una enorme desconfianza, así que me trata con distancia y me convierte —

burlándose de mí con un despectivo «Clark Kent»— en un tipejo mediocre y cotilla que ha venido a inmiscuirse en una historia que no le pertenece. Me hace gracia su juego, así que, a pesar de sus cansinos y ultrapedagógicos «¿sabes?» —deformación profesional, supongo— y de sus maniobras para esquivar mis preguntas, insisto en que quiero conocer su versión. A fin de cuentas, ella fue tutora de Marcos durante todo un año. Algo debe saber. Algo tuvo que observar durante aquel curso. «Supongo que no tengo escapatoria. Sobre todo después de que Álvaro me haya convertido en un

personaje tan antipático. Debería reinventarme yo también, ¿no es eso, Clark?». Sigue riéndose, aunque cada vez la risa sea más amarga, menos firme. «No es fácil hablar de esto, ¿sabes? Y menos aún, novelarlo. Porque eso es lo que nos estás pidiendo que te demos. Un diario. Una novela. No es sólo un reportaje lo que buscas».

Se niega a preparar un texto único y promete relatarme cuanto recuerde en sucesivos e-mails. «No me apasiona escribir, así que prefiero hacerlo en dosis más pequeñas». Accedo y dejo que me cuente lo que sepa del modo en que prefiera hacerlo. En realidad, la

forma es lo de menos.

De: Gema A. <gema_aj@gmail.com>
Para: Santiago (Prensa) <santiprensa01@gmail.com>
Fecha: 7 de octubre de 2009 21:52
Asunto: Martes

He dudado mucho antes de empezar a escribir este correo. No sé si me apetece hablar de lo sucedido ni, sinceramente, si hacerlo servirá para algo. Sin embargo, estoy demasiado cansada de la imagen que se da de los

profesores y de los centros educativos en la prensa, así que, para paliar lo que harán mis compañeros, creo que no está de más que presente mi propia versión de lo sucedido. O más bien, de lo no sucedido, porque sería injusto olvidar que el acto de violencia tuvo lugar fuera del instituto, por lo que culpamos a nosotros de ese crimen roza el absurdo.

En primer lugar, y para que quede claro desde el principio, debo admitir que no soy, ni mucho menos, una profesora vocacional. No aterricé en este mundo porque deseara hacerlo, tan sólo fue una consecuencia en un determinado momento. Supongo que, en

realidad, todos los trabajos se escogen así, de acuerdo con circunstancias personales que nos empujan a hacer ciertas cosas. En mi caso, la enseñanza era una opción factible, e incluso deseable. Acababa de cumplir los treinta y trabajaba en una consultoría hasta caer rendida, llegando a casa agotada y sin posibilidad alguna de tener vida personal. Un buen sueldo, sí, pero condiciones de esclava y deseos —cada vez más intensos— de ser madre. Una amiga me comentó que salían plazas para profesoras de informática en Secundaria y, sin pensarlo demasiado, rellené los papeles. No saqué la plaza a

la primera, pero sí obtuve una buena posición en las listas de interinos, así que empecé a trabajar en esto hasta que, en la siguiente convocatoria, me hice con esa ansiada plaza. Justo: treinta y cuatro. Una edad estupenda para mi primer niño.

No todo el mundo entendió lo que estaba haciendo, como era de esperar. A mis padres les pareció que estaba tirando por la borda todos los años de Teleco —por no hablar de las academias, Erasmus y otros alardes de inversión educativa— y, a su modo, también tenían razón. En la consultoría ganaba el triple, pero no podía ser

persona. Ahora ganaba mucho menos, pero ser persona era, precisamente, la tarea para la que más tiempo disponía.

Supongo que mis compañeros se llevarán las manos a la cabeza y me pondrán verde cuando lean este correo ya publicado. Dirán que nuestras condiciones no son tan excepcionales —aunque nuestro sueldo sea muy razonable si tenemos en cuenta las horas que pasamos en el centro—, que hay un gran trabajo detrás, que dedicamos mucho tiempo en casa.

Y sí, puede que digan todo eso, pero no será cierto. Ese relato es la utopía a la que debiéramos aspirar, pero dista

mucho de nuestra rutina. ¿Horas y horas preparando las clases? No sé para qué. Y no porque no haya temas en los que investigar, sino porque la clientela no permite grandes excesos intelectuales. ¿Se ha pasado por algún centro de Secundaria y Bachillerato recientemente, señor Kent? No, seguro que no. Ni usted ni muchos de los lectores de este texto.

Imagino que hace siglos que no pisan un aula real. Un sitio donde se concentran un montón de adolescentes con un sinfín de problemas en un cóctel de países, lenguas y situaciones socioeconómicas que convierten la

materia de cada asignatura en el último punto de la jornada lectiva. ¿Lenguajes de programación? Ya, seguro. Si ni siquiera dominan el maldito lenguaje natural… Con lograr que se sienten, que enciendan el ordenador y que no se conecten al Messenger, al Tuenti y similares ya se me ha pasado la mitad de la clase. Hay páginas capadas —las de pornografía, por ejemplo—, pero es imposible filtrarlo todo. Ellos conocen los huecos y los aprovechan. A veces hasta nos escuchan y se avanza en el programa. Pero no tan deprisa como para regalar mis tardes a esta noble tarea de la enseñanza. Eso nunca. Yo no

estoy aquí para ser la versión femenina de Robin Williams en *El club de los poetas muertos*. Eso es una estupidez. Un puro mito. La vida real es otra cosa. La vida real consiste en que empecé en esto porque tenía ya treinta y deseaba ser madre. Así de fácil.

Imagino que te estarás preguntando qué opina de esto mi pareja, ¿no, Clark? Normal, es la pregunta que me hacen siempre que cuento esto. Bueno, ahora ya menos, casi no hablo del tema. En cuanto alguien te pregunta a qué te dedicas y le dices que eres profesora suelen ponerse a hablar rápidamente de otra cosa. Socialmente, esta profesión es

una mierda. De lo más cutre, a no ser que aparezcamos en los sucesos dándole algo de vidilla morbosa a la crónica social. Por eso, cuando me preguntan a qué me dedico, a veces, me lo invento. Total, ¿a quién le importa? Igual que si tengo o no tengo pareja. Entonces no tenía. Quería un niño, pero no quería un hombre. Y sigo sin tenerlo. El niño y el hombre. El segundo, porque no suelo encontrar gente que, además de excitarme, me interese. Y el primero, porque la naturaleza es una hija de puta y se niega a permitirme ser madre. Hace unos meses que desistí de las clínicas de fertilización —después de dejarme casi

todo mi dinero en ellas— y ahora me he pasado al proceso de adoptar a un crío. Tampoco es sencillo. Les gustaría más si estuviera casada. O si tuviera pareja… Pero de ese tema no creo que tenga que decir mucho más. Con esto sobra.

Ahora que ya ha quedado claro que yo sólo trabajo en esto porque me pagan y me dan muchas semanas de vacaciones al año, creo que sí puedo empezar a hablar de Marcos y de lo poco que sé al respecto. No quiero que nadie se imagine a una tutora entregada y empática que no duerme por las noches pensando en sus alumnos. Tampoco soy la desalmada que ha dibujado Álvaro —

en el fondo, hasta tiene gracia cómo lo cuenta: nunca me había sentido tan cercana a Cruella de Vil—, tan sólo intento desempeñar bien mi función y me aseguro, en cuanto salgo del instituto, de olvidarme de lo que he vivido allí. A veces es difícil, sobre todo los días en los que se monta alguna bronca importante y sabemos que los responsables de haber descubierto a los culpables seremos perseguidos y, posiblemente, agredidos. Entonces quedamos a una hora concreta en el vestíbulo y vamos en grupo al metro más cercano. Sin perder el paso y escoltándonos unos a otros. Tiene

gracia, ¿no? Con lo cutre que suena esto de ser profesor y lo arriesgado que puede llegar a ser. ¡Quién me iba a decir que ganaría en tiempo pero me jugaría, un día sí y otro también, la integridad física! Siendo francos, tampoco es para tanto. Sólo cuando las cosas se tuercen. Lo malo es que los adolescentes se tuercen a menudo. Clark, ¿tú tienes hermanos o primos de esa edad? ¿Algún quinceañero en tu entorno? En ese caso, sólo necesitas observarlo durante un par de días. Sus reacciones son siempre una explosión —hacia dentro, a ratos; hacia fuera, a menudo— de las que no se conoce el origen. Lo de Marcos tuvo que

ser uno de estos estallidos. Uno terrible. Mortal. Pero no creo que sea nada más que una hipérbole de lo cruel y violenta que puede ser la adolescencia. Tanto para ellos como para quienes —padres y profesores— los educamos.

Se hace tarde y no he conseguido contarte aún lo que tú quieres que yo te cuente. Tendrá que esperar hasta mañana, Mr. Kent.

Ciao.

Le cuesta entrar de lleno en el tema. Seguramente, Gema dispone de más información de la que le gustaría poseer,

así que prefiero no presionar. Necesito su testimonio y considero que la mejor manera de obtenerlo es darle tiempo, espacio y cierta sensación de libertad. Mientras tanto, decido volver a intentar hablar con el tío o los hermanos de Marcos. Esta vez, sin embargo, probaré suerte sin Sonia, confiando en que, sin nadie del centro escolar delante, se muestren algo más abiertos. No estoy demasiado seguro de que eso vaya a funcionar, pero me resulta imposible seguir esperando de brazos cruzados a que Gema me mande su siguiente correo.

Este jueves 8 de octubre, en la puerta del Gregorio Marañón, no hay ni

rastro de Adolfo. Sospecho que, tras el incidente del otro día, su tío ha decidido controlar un poco más sus movimientos. «Ni una palabra», es la consigna familiar y, de momento, nadie se ha saltado ese guión. Enciendo la radio del coche y me dispongo a esperar a que suceda algo, aunque tampoco estoy seguro de si esta pose de detective de segunda fila será especialmente productiva. Es curioso, cuantas más veces acudo al Darío, más próximo me siento al adolescente inseguro que fui entonces. Igual que ahora, preguntándome si esto ha sido una buena idea o si debería admitir que mi editora

tenía razón desde el principio y no hago más que dar vueltas alrededor de un interrogante imposible de resolver.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

Un joven de unos diecinueve años saca casi a rastras a alguien que, por el parecido físico, tiene que ser su hermano. Al mayor de ellos no lo conozco; al menor, sí.

—Ya basta, ¿me oyes? ¡Basta!

Adolfo, que a pesar de su corta edad es algo más corpulento que su hermano y casi tan alto como él, agacha la cabeza y escucha con cara de resignación. Un celador, alertado por las voces, acude a preguntarles si todo está bien. Ignacio

cambia rápidamente su actitud y le sonríe con amabilidad. Desde ese momento baja el tono y dejo de oír todo cuanto dicen. Le señala a su hermano un lugar unos metros más allá y ambos se sientan en el bordillo de la acera. El pequeño sigue sin levantar la mirada mientras el mayor continúa hablando. Intenta pasarle la mano por el hombro, pero Adolfo rehúye su gesto con un brusco movimiento. Entonces se levanta e Ignacio, sin pestañear, le ordena que se siente. Está claro que, ahora que su padre ha fallecido, es el mayor quien ha asumido, a medias con su tío, el rol del cabeza de familia. Aprovecho que

parecen haberse calmado un poco para acercarme a ellos. A ver si hay suerte.

—Hola, ¿qué tal? —me dirijo al pequeño—. ¿Te acuerdas de mí?

Adolfo asiente con la cabeza y, sin darme tiempo a decir nada más, Ignacio se levanta y se interpone entre ambos:

—¿Te conozco?

—No —y le tiendo mi mano—, me llamo Santiago. Estoy colaborando con tu antiguo instituto.

—¿Colaborando en qué? —Su voz está llena de desconfianza. Tampoco puedo culparle por ello.

—Estamos haciendo una investigación sobre lo que le ha

sucedido a tu hermano Marcos. Sé que todo esto debe de ser terrible para vosotros, pero nos gustaría entender qué pasó.

Noto cómo se muerde la lengua para no decirme alguna barbaridad. Está claro que mi presencia allí no le resulta nada grata. Puedo entender su ira, a fin de cuentas, debe de pensar que quiero convertir la tragedia vivida por su familia en el objeto de un experimento. Si fuera capaz de ganarme su confianza…

—No tenemos nada que decir.

—Pero seguro que tú también necesitas entender qué pasó, Ignacio.

—¿Entender que he perdido a mi padre y que no sé si voy a perder también a mi hermano? —Adolfo se pone en pie y nos da la espalda a ambos. Puedo escuchar cómo empieza a llorar, pero se asegura de que no le veamos hacerlo—, estamos hechos una mierda, ¿y quieres que lo entendamos? ¿Que entendamos el qué?

No es lo que busco, pero el dolor hace que Ignacio pierda su autocontrol y se lance a hablar conmigo. No me importa que me ataque si con eso abro un cauce de comunicación que me pueda llevar a entender qué sucedió ese domingo de septiembre. Qué vio este

joven de apenas diecinueve años cuando, según le declaró a la policía, regresaba de haber estado estudiando en casa de un amigo. «En mi habitación era imposible. Mi hermano se pasó todo ese día molestando y haciendo ruido. Por eso me fui». Los padres de su amigo ratificaron su coartada.

—¿Ves lo que conseguís con tanta pregunta? —Y me señala, indignado, a su hermano—. Dejadnos en paz de una vez.

—¿Qué está pasando?

Su tío llega hasta nosotros como una exhalación. Ni siquiera lo he visto salir del hospital. Corpulento —su polo deja

adivinar un físico rotundo esculpido a base de gimnasio— y tan alto como todos los miembros de su familia, sólo que más curtido por los años y con una expresión mucho menos ingenua. Se toma muy en serio su papel de guardián, así que no duda en apartarme de un empujón para que me aleje de sus sobrinos.

—¿Quién coño es usted? —Afortunadamente, no me reconoce.

—Un periodista —le resume Ignacio—. Quiere hablar con nosotros.

—Yo sólo… —intento defenderme, pero ni siquiera me dejan terminar.

—Vuelva a acercarse a cualquiera

de ellos y le denuncio, ¿está claro?

Clarísimo. Los tres se alejan y yo regreso al coche. Sin haber averiguado nada concreto, pero con la certeza de que no nos han contado todo lo que pasó allí ese domingo. Cada vez me resulta más evidente que ese interés por salvaguardar la intimidad de los hermanos de Marcos tiene algo que ver con la necesidad de preservar una reconstrucción de los hechos que, tal vez, posea algunas fisuras. Arranco sin poder quitarme la expresión de Adolfo de la cabeza. ¿Cuánto dolor se puede asumir a su edad?

De: Gema A. <gema_aj@gmail.com>

Para: Santiago (Prensa) <santiprensa01@gmail.com>

Fecha: 13 de octubre de 2009 23:37

Asunto: RE: Martes

No esperes que me disculpe por el retraso. Están siendo unos días horribles y bastante duro es ya tener que asumir lo ocurrido como para ponerme a divagar sobre ello. Los alumnos siguen absolutamente enloquecidos y resulta imposible dar una sola clase mínimamente digna. La televisión aún se pasa de vez en cuando por el centro,

buscando carnaza con la que rellenar sus programas basura, y ahora mismo nos hemos convertido en el centro de un monográfico casi nacional sobre la violencia de los menores de edad. ¿Sabes? Estoy cansada de responder a periodistas que me preguntan sobre las medidas que se deben tomar y las condenas que actualmente se les imponen. No sé si el hecho de haber vivido de cerca una tragedia como ésta nos da a los alumnos y profesores del Darío una opinión más válida que la del resto de la sociedad. Estoy cansada y harta. Aburrida de este circo en el que a nadie le importa lo ocurrido. Ni sus

consecuencias.

Perdona, Clark… Tú no tienes la culpa. Pero es que tendrías que ver cómo está mi muro del Facebook desde que ocurrió todo. Lleno de mensajes opinando sobre el asunto. Reabriendo la herida. Porque aunque yo desconecte —y te juro que desconecto cuanto puedo— resulta imposible distanciarse de un hecho así. De un alumno así.

Marcos no era fácil. Nunca lo fue y nunca pretendimos que lo fuera. Había en él una fuerza innata que lo convertía en el ídolo de la clase desde el primer momento. Daba igual dónde se le pusiera o con qué compañeros

compartiera pupitre, él siempre destacaba y se hacía con el liderazgo con una naturalidad aplastante. Los profesores lo sabíamos y nos limitábamos a intentar ganarnos su confianza. Es bueno llevarse bien con el líder, eso siempre asegura un clima de trabajo mucho más agradable.

En mi caso, eso fue exactamente lo que hice el curso pasado. Fui su tutora en 4° de la ESO, un nivel crucial, ya que es cuando los chicos obtienen el título de Secundaria y pueden optar por seguir estudiando o, si lo desean, lanzarse de cabeza al mundo laboral. Lo de lanzarse al mundo laboral es un eufemismo para

decir que se quedan en casa —amargando la vida a los padres—, o en el parque —amargando la mañana a los jubilados—, en la cola del INEM —amargando la fila a los demás parados—. Luego, con suerte, se reenganchan a algún tipo de estudio y acaban formando parte de esa gran masa de jóvenes preparados para nada que con tanta eficacia forma nuestro pésimo sistema educativo. Perdona, Clark, se me calienta la boca y hablo de más. Tacha esto si te parece inoportuno, no sé si a tus lectores les interesarán estas digresiones. (Nota: suprímelas).

Reconocí a Marcos nada más verle

entrar en mi aula. No le había dado clase antes, pero sí había sido profesora de su hermano mayor durante el Bachillerato. Me enteré de su existencia al poco de aterrizar en el Darío: Ignacio era el alumno brillante por excelencia, elogiado por el claustro y adorado por la directiva. ¿Sabes? En todos los centros hay siempre un diminuto grupo de alumnos estrella a los que se les alimenta el ego de forma tan irresponsable como desmesurada y se les mima con la estúpida esperanza de que nos den no sé qué medallas futuras que más de un profesor está deseando colgarse.

Ése era el caso de Ignacio, el alumno diez del Rubén Darío. Responsable, formal, educado y con una capacidad asombrosa para las ciencias y las humanidades. A mí no me resultaba especialmente simpático e incluso tuvimos algún que otro desencuentro por culpa de las notas. Cuando le di su primer ocho y medio reaccionó con tal soberbia que estuve a punto de ponerle el único parte de su inmaculada trayectoria académica. No fue preciso. Supo controlarse, tragarse su orgullo y pedirme disculpas.

En las juntas de evaluación se le comparaba con sus hermanos pequeños,

que también cursaban Secundaria en nuestro centro. Siempre se repetían los mismos tópicos, algo así como: «Sergio es un crío muy trabajador, no tan brillante, claro, pero se esfuerza mucho. Y Marcos, bueno, Marcos es otra historia… No puede ser más diferente a Ignacio. Con lo estupendo que es su hermano mayor…». Y si te estás preguntando, mi querido Clark, si estas comparaciones tan poco didácticas son habituales, la respuesta es que sí. En las juntas de evaluación —una especie de corros marujiles disfrazados de atención pedagógica— hacemos nuestros propios ránkings y hasta hay quien tiene tan poca

sensibilidad como para divertirse con el símil fraternal, por muy humillante que éste pueda acabar resultando. Es aún peor cuando son hermanos gemelos, o mellizos, entonces la crítica es mucho más cruel y se les acaba clasificando en el hermano tonto y el hermano listo, así, sin más, en una actitud que a ti puede que te parezca aberrante y que a mí ya ni siquiera consigue escandalizarme lo más mínimo.

Cuando conocí a Marcos tenía demasiada información —demasiados prejuicios— sobre él y sus hermanos como para no dejarme influir por todo ello. Antes de entrar en mi nueva aula,

lo había visto por los pasillos rodeado de su habitual corte de fans. Sin embargo, ese curso venía cambiado, más alto, más fuerte, supongo que más hombre. Decidí emplear todos mis recursos de seducción —por favor, que nadie entienda esto de manera abstrusa — y me gané su confianza en un par de sesiones. Lo tuve de mi lado desde que empezó el curso. Todo un alivio. Y no, no era tan brillante como Ignacio, pero tampoco tenía su prepotencia. Casi lo prefería.

Sin embargo, aquel Marcos no parecía el mismo chico extravertido y descarado del que hablaban mis

compañeros. En muchas de las clases pasaba prácticamente desapercibido y apenas tenía relación con el resto del grupo. Como todos se conocían desde primero, asumieron su rol de líder con sumisión, aunque él no hizo nada para ganárselo. Callado, taciturno y poco participativo. Tres signos que me hicieron llamar a sus padres a mediados de octubre. Me extrañaba que aquel chico tan popular mostrase una actitud tan huraña, así que decidí intervenir cuanto antes, con el único objetivo de evitar que su hipotético problema —fuese cual fuese— pudiese agravarse. Su corte de fans lo seguía igualmente —una

vez que se han ganado la etiqueta no hay quien pueda quitársela—, pero me inquietaba comprobar que Marcos seguía estando extrañamente apagado. Como ves, lo de no ser vocacional no es incompatible con ser competente.

Vino su madre. Es lo habitual. ¿Sabes? A mí me hace gracia oír que ahora los padres están muy involucrados en la educación de sus hijos. Sí, *superinvolucrados*. La hostia de involucrados… Por cada diez madres, recibo, con suerte, a un padre. O a un padre y medio, como dirían las estadísticas. Ángela era una mujer muy atractiva, simpática, resuelta y con las

ideas muy claras. Me encanta la gente así. Además, desde el primer momento coincidió conmigo en que Marcos estaba algo raro. La edad, dijimos ambas, y ella se comprometió a vigilar más de cerca a su hijo, con el propósito de averiguar si le pasaba algo.

—¿Drogas? —A su madre le costó pronunciar aquella palabra.

Y no, la verdad es que no parecía que fuera eso. Ni siquiera la investigación posterior al crimen ha conseguido demostrar que Marcos consumiera nada fuera de lo normal. Y aquí espero que no se escandalice nadie, porque todos consumen. Eso lo aprendí

en cuanto empecé a trabajar en esto. El primer año puede que no, pero a partir de 3.º de secundaria —incluso antes— todos saben lo que es un porro y se han fumado alguno que otro. Los hay que no repiten, los hay que lo mantienen como algo ocasional y los hay que, ya con trece años, nunca llegan a primera hora porque se ponen ciegos de maría en un parque que hay a la vuelta del instituto. Ante eso yo solía llamar a los padres, hasta que me cansé de que me miraran enojados y me asegurasen que su hijo jamás había hecho algo así, que yo les tenía manía o cualquier otra gilipollez similar.

Marcos no parecía venir emporrado, así que descartamos esa opción y nos quedamos con la idea de que sería la edad. A mí esa excusa siempre me ha pareado una memez, pero a los padres les consuela mucho y a los profesores nos quita bastantes dolores de cabeza, así que empleo este razonamiento con cierta frecuencia. Es algo así como cuando los técnicos informáticos te dicen que, para solucionar un problema con tu pc, reinicies el ordenador. Igual de inútil y de previsible, pero a menudo no se puede hacer más.

—He intentado hablar con él —me dijo—, pero no es tan sencillo. Se cierra

en banda…

—A su edad —vuelta al tópico: no sé cuántas veces recurrí a él en lo que duró nuestra charla—, eso es lo más frecuente.

—Antes era distinto. —Y ahí creo que se emocionó.

Por cierto, no te creas que este diálogo me lo estoy inventando. Desde que un padre me insultó en una de esas reuniones siempre llevo una pequeña grabadora conmigo. La conecto, sin que ellos lo sepan, antes de empezar cada entrevista y luego la paso al iTunes. Ya sé que suena un poco paranoico, pero no te imaginas la impotencia que sentí

cuando perdí la denuncia contra aquel energúmeno que vino a verme por el simple placer de insultarme.

Yo entonces era una novata y no tomé la sencilla precaución de dejar la puerta abierta, de ese modo habría podido contar con el testimonio de alguien que pasara en ese momento por el pasillo. Todavía recuerdo cómo me acorraló contra la mesa y lo que me costó apartarlo de la puerta para poder salir de allí. No temí por mi integridad física —sabía que era un bravucón que sólo pretendía acojonarme—, pero sí por mi integridad psíquica.

¿Sería capaz de enfrentarme a mis

clases después de aquello? Resultó que soy más valiente de lo que yo misma creía y tan sólo necesité una baja de una semana para ponerme a punto. Luego vino la denuncia, y el papeleo, y su abogado asegurando que yo era una histérica y que el cliente jamás me había llamado «puta» ni nada parecido. Aquello, en realidad, fue casi lo más suave que me dijo. Y yo, desde ese día, no acudo a una sola cita sin dos precauciones: dejar la puerta abierta y grabarlo absolutamente todo. Ahora, como se supone que nos van a hacer autoridades públicas, las cosas cambiarán (¿a mejor?), pero de

momento, estamos bastante indefensos… Pues eso, que la conversación no me la invento, Clark. Por si necesitas dejar constancia de ello en tu libro. (Y si no, lo suprimes también).

—Antes —se controlaba, pero le costaba mucho mantenerse tranquila— nos llevábamos bien. Éramos como amigos.

—Necesitan su espacio… —Iba a volver a repetir lo de «a su edad», pero me reprimí. Mi psicología de bolsillo empezaba a darme vergüenza hasta a mí.

—Es que me acusa de… No sé, de todo. Cada vez que su padre y él no están de acuerdo, Marcos espera que yo

me ponga de su parte. Pero las cosas no pueden ser así. Las cosas no son…

—Es normal que se rebelen contra la autoridad.

—Ya.

Ángela enmudeció de repente. En la grabación se aprecia un tenso silencio. Yo no sabía qué decir y ella no quería continuar. Era como si, de repente, hubiera sentido que había hablado demasiado.

—Puede que —se puso en pie, tenía prisa por marcharse de allí de una vez— vigilándole un poco más…

—No sé si ésa es la solución. —Siempre dudo de ese tipo de control por

parte de los padres: los chicos saben cómo burlar todas y cada una de sus barreras.

—Su padre cree que sí.

—¿Y tú, Ángela? ¿Qué opinas tú?

Nuevo silencio. No está registrada en la cinta, pero recuerdo perfectamente su mirada. No me pidas que te la describa, Clark, porque no podría hacerlo. Sólo sé que era tan directa, y tan fuerte, como difícil de descifrar. Imposible adivinar qué se escondía tras ella.

—Yo siempre estoy de acuerdo con mi marido. Es el único modo de que la educación de nuestros hijos sea

coherente.

Después de aquella visita las cosas empeoraron un poco en el aula. Nada inquietante, tan sólo resultaba molesto tener que expulsar a Marcos tan a menudo de mis clases, porque solía encontrármelo en alguna página vetada, sobre todo en el Messenger. ¿Sabes? Me llamó la atención que casi siempre chateara con la misma persona. Cada vez que me acercaba a su sitio veía el perfil de ese individuo —fuera quien fuera— en su pantalla. Tenía puesta una foto minúscula —me era imposible distinguir bien sus rasgos— y en cuanto al nick, pues, no sé, ahora mismo no me

acuerdo… Así que, la primera semana de diciembre tuve que llamar de nuevo a Ángela. Según me dijo, su marido y ella habían decidido que la mejor solución era prohibirle a Marcos usar Internet en casa. Incluso le quitaron de su cuarto el ordenador para evitar tentaciones. Como no podían asegurarse de vigilar lo que hacía en la red, optaron por cortarlo todo de raíz, dejarle sin pc y cambiárselo por una vieja máquina de escribir. Alucinante, ¿no?

Esta vez, sin embargo, Ángela no quiso venir al centro a hablar conmigo. Resolvimos la cuestión por teléfono —por eso no pude grabarlo— y se mostró

mucho más distante que en nuestra anterior charla. ¿Sabes? Nunca he visto un castigo más desafortunado, porque, gracias a la nueva prohibición, consiguieron que empleara todas mis clases para comunicarse con aquel personaje al que tan unido parecía estar.

A pesar de todo, sus resultados académicos no empeoraron en exceso. Al menos, no hasta el accidente de su madre. Entonces fue cuando todo se complicó un poco más… Pero eso, mi querido Clark, me lo guardo para el siguiente e-mail. Así le damos algo más de emoción al asunto, ¿no te parece? A este ritmo voy a terminar dejando el

instituto y haciéndome novelista. Y será por tu culpa, ya ves…

Un saludo, G.

—Claro. En el Tuenti.

Adrián me mira sorprendido. Tras mi pregunta —«¿tienes algún perfil en Internet?»—, me observa como si yo fuera un marciano. En su forma de responderme deja bien claro que no concibe que alguien pueda vivir sin tener un perfil en una red social. De nuevo, el salto generacional se impone. Está claro que estos chicos a los que entrevisto no conciben un mundo sin

móvil ni Google.

—Y no te olvides del Rincón del Vago —se ríe Meri—. ¿Dónde íbamos a copiarnos los trabajos si no?

—Pero no os los aceptarán.

—¿Que no? —responde Ahmed—. Yo antes le daba al cortar y copiar. Luego lo pegaba todo en Word y me lo imprimía, pero ahora ni eso. Me los imprimo directamente desde internet, con la dirección web y todo. Algunos profes te los rechazan, pero la mayoría, con tal de que les pongas una portada chula, te los aprueban. Y hasta con buena nota. Total, no se los leen…

Ahmed, a pesar de la insistencia de

su tutor, no estaba seguro de que fuera una gran idea dejarse entrevistar. Tampoco sus padres sabían si querían que su hijo colaborase en este proyecto, pero Álvaro consiguió convencerles de que esas sesiones le ayudarían a integrarse algo más en la vida del centro. Sólo llevaban un año viviendo en Madrid y su hijo había acusado enormemente el cambio.

—Nuestro hijo se incorporó al Darío a mediados del curso pasado —me explica Samir, su padre.

—¿Y por qué al Darío?

—Porque nos quedaba cerca y, sobre todo, porque nos dijeron que no

era nada conflictivo, y aun así… —Samir me explica que han tenido que hablar en dos ocasiones con la directiva del centro por problemas de discriminación—. No todo el mundo tiene tanta sensibilidad hacia estos temas y a veces se dicen auténticas barbaridades en clase.

El padre de Ahmed trabaja como intérprete y, según me cuenta, éste es el tercer país en el que vive su hijo. Su madre, de origen catalán, es traductora *free-lance*, así que puede acompañar a su marido allá donde lo destinan, aunque sueña con conseguir cierta estabilidad para ella y su familia.

—¿Has tenido alguna vez problemas con los profesores? —Ahmed, durante un segundo, no sabe bien qué contestar. Noto que, ante mi pregunta, Adrián y Meri se cruzan una mirada cómplice que no consigo interpretar. ¿Desprecio? ¿Asco? Sea lo que sea, me hace sentir incómodo, pero no me veo con suficiente autoridad como para condenar su gesto.

—Bueno, el año pasado sí que tuvimos problemas con Eduardo, el de inglés.

—Era un mal tío… —apostilla Sandra.

—Pero lo peor… —Ahmed lanza

una mirada de soslayo en dirección a Adrián y se lo piensa unos segundos antes de seguir hablando—. Lo jodido no es eso. Lo chungo es cuando un compañero dice alguna salvajada y el profesor finge no oírla.

—¿Y eso pasa a menudo?

—Eso aquí pasa casi siempre —se queja Raúl—. Con tal de que no haya movida, nadie dice nada.

—Aquí lo que hay es mucha nenaza —interviene Adrián.

—Y mucho chivato —añade Meri jaleando visiblemente a su novio.

Noto que la situación está a punto de estallar otra vez (¿siempre es tan

precario el equilibrio emocional dentro de las aulas?), así que intento reconducir el tema para que dejen de lanzarse acusaciones y entren, por fin, en el tema que me interesa: Internet.

—Marcos no lo usaba —me asegura Sandra.

—¿Ni Tuenti, ni Facebook, ni Messenger?

Creo que está a punto de responderme algo, pero Raúl la interrumpe enseguida. Me parece notar una mirada cómplice entre ambos que me hace sospechar que, como casi todo el mundo en esta historia, me ocultan algo.

—No, nada de eso. Se lo tenían prohibido. —Los dos obvian el hecho de que Marcos navegara por la red en las clases de Gema, pero finjo no conocer ese dato para evitar que desconfíen de mí.

—¿Por qué esa prohibición?

—Su padre era bastante estricto, creo. —Ante el denso silencio de sus amigos, es Ahmed quien se decide a contestarme—. Yo sólo lo vi una vez.

—¿Y cuándo fue eso?

—No sé, en mayo, me parece. Tuvimos que reunimos en su casa para preparar un trabajo de biología y su padre… vamos, que me pareció un poco

especial… —Cae en la cuenta de otro dato que le parece relevante—. Ah, y el trabajo no pudimos hacerlo a ordenador, porque no tenía ninguno, sino en una máquina viejísima. Yo aluciné en colores.

Tuvo que ser esa máquina la que destrozó el rostro de su padre. Al pensarlo, siento un escalofrío y despido a los chicos hasta nuestra siguiente sesión. Necesito algo de tiempo para empezar a organizar las ideas y revisar los e-mails de Gema, que, afortunadamente, empiezan a ser cada vez más frecuentes.

De: Gema A. <gema_aj@gmail.com>

Para: Santiago (Prensa) <santiprensa01@gmail.com>

Fecha: 15 de octubre 21:14

Asunto: RE: RE: Martes

Me da pereza cambiar el asunto de los e-mails. A mis alumnos les recomiendo que escriban siempre un título nuevo para evitar este tipo de acumulaciones, pero como casi todo lo que digo en clase, ese consejo únicamente tiene sentido en el aula, en mi vida personal no sigo prácticamente ni una sola de mis teorías. La vida sería

aburridísima si lo hiciera. Volviendo a nuestro asunto, ya sólo tengo dos datos que aportar y no sé si son muy pertinentes. El primero, seguramente sí. Es más, se trata del argumento que ha usado la defensa para tratar de justificar lo injustificable. ¿Puede haber motivos para un asesinato como el que ha cometido Marcos? Al parecer, los psicólogos —y el abogado— sí han encontrado una explicación en la muerte de su madre. Fue una tragedia estúpida e imprevista, como todas las que suceden al volante. Un accidente a altas horas de la noche que, según la investigación, pudo haber sido un suicidio. Ángela

había bebido, sí, pero no tanto como para haberse salido de la carretera del modo en que lo hizo. Nunca quedó claro por qué se había marchado tan tarde de casa, ya que serían las doce o las doce y media de la noche cuando ocurrió. Roberto, su marido, me contó que había salido en busca de una farmacia de guardia con la intención de comprar unas medicinas para Adolfo, el menor. Es asmático y aquella noche había tenido una pequeña crisis. Puede que Ángela perdiera el control, que se preocupara en exceso, que su afán por volver pronto a casa le hiciera cometer aquella barbaridad al volante. No sé.

Roberto se quedó completamente destrozado, igual que sus hijos. El accidente tuvo lugar el 3 de enero, así que Marcos se transformó durante el resto del curso en un zombi sin ningún tipo de iniciativa ni vitalidad. Seguía enganchado al Messenger en mis clases, pero no me sentía con fuerzas para regañarle por ello. ¿Quería hablar? Que hablase, seguramente esas conversaciones (sigo sin acordarme del nick de su interlocutor) eran mucho más terapéuticas y necesarias en ese momento que todo lo que yo pudiera decirle desde la pizarra. Acabó aprobando todo, entre cincos mediocres

y cuatros que los profesores subimos a cincos. No podíamos suspenderle después de un año tan horrible. Su padre vino a final de curso a darnos las gracias por haber cuidado tanto de sus hijos y me confesó que, desde la muerte de Ángela, casi no hablaban con él.

—Están furiosos. —A mí, en la grabación, apenas se me oye. Nunca sé reaccionar en este tipo de situaciones, así que preferí darle el pésame y, después, dejar que fuera él quien hablase. Pensé que, con escucharle, ya era más que suficiente—. Ahora mismo culpan a todo el mundo de lo que ha sucedido, así que, en fin, en casa no hay

mucha comunicación entre mis hijos y yo.

—Tienen que asimilarlo —fue todo lo que me aventuré a decir—. Por supuesto. Sólo espero que lo hagan paulatinamente. —Me llamó la atención la corrección de su lenguaje y, sobre todo, de sus formas. Ni en su apariencia ni en sus maneras había atisbo alguno de la tragedia personal que acababa de sucederle hacía tan sólo unos meses, como si no quisiera que la esfera privada se hiciese pública ni por un segundo—. Ahora mismo son incapaces de hablar sin acabar en estallar en ataques de ira injustificados.

—Es una edad difícil. —Y confié en que mi manido argumento sería tan útil como de costumbre.

—No hay ninguna edad que justifique eso. Todos estamos sufriendo por la muerte de mi mujer y, por eso mismo, todos tenemos que estar más unidos que nunca.

Me callé —hacía tiempo que no me sentía tan estúpida— y me despedí de él prometiéndole que estaría muy pendiente de Marcos a lo largo del curso. Lo estuve, sí, pero no lo suficiente como para evitar lo que, quizá, fue siempre inevitable.

Le doy un toque a Álvaro y, con la excusa de asistir juntos al preestreno de una película para la que tengo dos invitaciones, consigo que quede esta noche conmigo.

—Tiene truco, ¿verdad? —No es tonto e intuye que intento sobornarle con los pequeños privilegios que me da mi trabajo de periodista.

—Un poco… Pero ¿qué supone charlar un rato sobre la vida en el Darío a cambio de ver en primicia una película como ésta? Sería una pena no aprovechar mi pase de prensa…

Álvaro accede («soy un telecinéfilo irrecuperable», me confiesa) y, tras la

proyección, me invita a cenar en un local del centro. Charlamos sobre las primeras impresiones que he sacado tras hablar con los chicos y le pregunto si, como dicen ellos, es tan frecuente que algunos profesores hagan la vista gorda antes ciertos hechos violentos o discriminatorios. Álvaro asiente y, de paso, aprovecha para desahogarse. Sin dudarlo, me cuenta que ha tenido un desagradable incidente con «el innombrable» y le pido que me deje grabarlo para incluirlo en mi libro.

—¿Nunca sales sin ese aparato de casa? —se ríe—. Lo tuyo sí que es deformación profesional.

—Soy todo oídos…

—No sé si Sonia te ha contado que en nuestro centro, por culpa de la crisis, este año no hay profes de Compensatoria.

—Sí, estoy al tanto.

—Bien, pues en uno de los primeros de la ESO donde da clase «el innombrable» han matriculado a Gustavo, un crío que tiene un pequeño retraso. Es mínimo, pero lo cierto es que sí se le nota y, lógicamente, no puede seguir el ritmo normal en el aula.

—¿Y sus compañeros?

—¿Sus compañeros? —Se sirve otra copa de vino—. Lo rechazan desde el

primer día. A esas edades son muy crueles.

—Pero…

—Es la pura verdad. Te lo puedo edulcorar, Santi, pero es lo que hay.

Nos traen el postre mientras Álvaro me cuenta que, esta mañana, «el innombrable» ha sacado a Gustavo a la pizarra para que conjugase un verbo. El chico, incapaz de acertar con el tiempo que su profesor le exigía, se ha puesto tan nervioso que ha empezado a llorar, despertando con ello las risas de sus compañeros.

—En ese caso es el profesor quien debe dar ejemplo —asevera Álvaro.

—¿Y qué ha hecho él?

—¿«El innombrable»? Pues le ha dicho, literalmente, «a ver si dejas de llorar, que moqueando pareces más imbécil de lo que ya eres».

No puedo dar crédito, así que le pido que me revele la fuente de la que ha obtenido esta historia. Quiero pensar que el relato procede de otro alumno y que, por tanto, no es más que una narración poco fiable. Sin embargo, Álvaro me asegura que esa anécdota la ha escuchado de boca de su propio compañero, que la contaba como un incidente jocoso a otros dos miembros del claustro.

—Hay muchos que, como él, presumen de soltar en el aula ese tipo de barbaridades. Para ellos, es llaneza. Para mí, es sadismo e irresponsabilidad… ¿Y sabes qué es lo que más me preocupa? Que «el innombrable» da clase de lengua al 1.º de la ESO donde estudia Adolfo, el hermano pequeño de Marcos. Me da miedo pensar qué tipo de barbaridades puede haber llegado a decirle en clase, la verdad.

Miro con desgana mi postre y prefiero pasar, directamente, al descafeinado. El relato de Álvaro ha conseguido quitarme el apetito.

El segundo incidente protagonizado por Marcos tuvo lugar durante la única semana de este curso que estuvo en el Darío. Sucedió el martes 15 de septiembre y lo presencié por casualidad, como una espectadora más. Entonces me pareció una chiquillada que ni siquiera merecía un comentario tomando café con mis compañeros, pero hoy tal vez adquiera otras segundas lecturas. Eso te lo dejo a ti, Clark. A lo mejor yo estoy demasiado habituada a estas anécdotas y por eso no les doy ya la importancia que deberían tener.

Todo fue muy rápido, así que no

pudimos reaccionar en el momento. Recuerdo que estaba en la cafetería tomando un té con unos compañeros. Los chavales se agolpaban en la barra, como salvajes a los que hubieran sacado de una isla desierta, y Dani, el camarero (que acaba de llegar este año al centro y que, por cierto, está tremendo), les atendía con paciencia. No mucha (los he visto más amables, aunque no tan macizos: en los institutos el cásting suele ser más bien lamentable, para qué negarlo), pero al menos se contenía para no partirles la cara mientras ellos le gritaban como si fuera un esclavo en una plantación de algodón del siglo XIX.

¿Sabes? En momentos así es cuando te das cuenta de que enseñarles lenguajes de programación y hojas de cálculo es una chorrada: necesitan que les eduquen antes. Un por favor y un gracias pueden ser mucho más urgentes que hablarles de *scripts* y protocolos informáticos.

De repente, entre toda la masa de alumnos hambrientos, apareció Marcos. Empujó a cuantos fue necesario para llegar a la barra y pidió algo a gritos. No sé el qué. Sólo escuché un «hostias» y un «de una puta vez» que retumbaron como si hubiera lanzado una bomba. Marcos no habla así y mucho menos faltando al respeto a un adulto. Volví la

cabeza y sólo pude ver cómo se enzarzaba con el camarero. El pobre chico intentaba librarse de él sin hacerle daño —es mucho más fuerte que Marcos—, pero le resultaba difícil contener la furia del chaval. Corrimos a separarlos y llevamos a mi alumno directamente a jefatura. De allí pasó al director y yo, en vez de preguntarle a Gerardo (que es bastante críptico en sus respuestas), preferí hablar con Dani.

Según mi idolatrado camarero (lástima de idolatría, por cierto: creo que no soy su tipo), Marcos le faltó al respeto. Decía que ya había tenido un altercado con él el día anterior, así que,

en cierto modo, el ataque de ese martes constituía toda una provocación. Yo, como algo sí que me implico (así tus lectores no pensarán que soy poco menos que un monstruo funcionaril y amargado), intenté hablar con Marcos. A mi pregunta de por qué lo había hecho, se limitó a encogerse de hombros y a decir que el otro se lo merecía. Ni una explicación más. Lo sancionaron obligándole a traer un parte de jefatura firmado por su padre al día siguiente. A mí la sanción me pareció ridícula, pero la jefa de estudios (Sonia es maja, aunque algo blanda) creía que no era bueno presionarle más.

Supongo que todos hemos querido permanecer ciegos valiéndonos de su tragedia del año pasado. Igual que nos sucede con Adolfo, que se pelea un día sí y otro también con sus compañeros de 1° de la ESO. Teniendo en cuenta que les saca a la mayoría una cabeza y media (a esa edad son todavía niños que se pretenden adolescentes), el combate es siempre desigual, así que más de un padre ha venido a quejarse de semejante abuso. Le hemos expulsado ya otro par de veces, pero el consejo orientador insiste en que estamos tomando la decisión equivocada ante un chico que sólo trata de canalizar el trauma de la

muerte de su madre. Sin embargo, ¿cuántos alumnos sufren por motivos tan graves como ése? ¿Qué pasaría si todos empleasen la violencia para superar su dolor? La fama de Ignacio, el mayor de los cuatro, hace que, a pesar de todo, más de un profesor se ponga del lado de Adolfo. Estoy segura de que si no tuviera esa sombra familiar encima, ya lo habríamos etiquetado como el macarra oficial del primer ciclo.

¿Sabes? El abogado de Marcos insiste en que hay partes de la historia que no encajan, pero yo, honestamente, no veo ninguna pieza del puzle fuera de lugar. Todas forman un dibujo

perfectamente sórdido y macabro. Y todas tienen a Marcos, al que fuera el alumno más popular del instituto, de protagonista. Me jode que así sea, pero la realidad —como la naturaleza— tiene sus propias leyes.

Gracias por escucharme, señor Kent.

G.

P.S. No creo que sirva de mucho, pero me parece que el nick de la persona con la que Marcos chateaba en mis clases era Joker88, o algo así. Supongo que alude al villano de Batman, ya sabes, el payaso que asesina a sus víctimas con armas inspiradas en el

humor negro. Seguro que si algún alumno está leyendo esto (lo dudo, ni siquiera por pura curiosidad son capaces de superar un texto que exceda las veinte líneas), se habrá sorprendido de que sepa algo de personajes de cómic, pero tengo que confesar que soy una fanática de la Marvel. Por cierto, que esa cara de serio que te traes al instituto es de Clark Kent total… ¿Ocultas igual que él un cuerpo de escándalo debajo de esa ropa tan gris? Por cómo te quedan las camisetas —deberías quemarlas: son más horteras aún que las de mis alumnos, y mira que es difícil—, juraría que sí, aunque es

sólo una hipótesis. ¿Sabes? Lo mejor será que quites la posdata. Es más, la borraría yo misma, pero estoy harta de escribir y no me apetece suprimir ni una sola línea.

Ni siquiera el tiempo había conseguido quitarme el aire anodino que ya tenía en el instituto. Por un momento, me acordé de aquel 2.º de BUP en el que, a pesar de estar rodeado de chicas, no fui capaz de ligar con ninguna. Me había quitado de encima a los macarras que me torturaban en primero, eso sí, pero me quedé en una extraña tierra de

nadie donde no parecían verme. Ni los profesores, que solían confundir mi nombre durante todo el año, ni las chicas, que preferían salir con los macarras que me habían machacado el curso anterior. Mi padre, una vez más, se sintió decepcionado. Habría dado cualquier cosa por saber que su hijo se lo hacía con alguna compañera de su clase, pero tenía que conformarse con aquel adolescente tímido y desgarbado que tan pocas cosas tenía en común con el resto de sus hermanos.

—Bien, sí, se llevaban más o menos bien… —me explica Raúl—. No sé, como todos los hermanos, supongo. Yo

es que soy hijo único.

—Mimado —se burla Sandra y, acercándose a él, le coge de la mano. Raúl enrojece y disimula (mal) su timidez.

—Ya están —les interrumpe Adrián —, qué par de moñas.

—¿Por qué no les dejas en paz? —les defiende Ahmed.

—Y tú, ¿por qué no te vas a tu puto país? Joder con el moro…

Por segunda vez, cuando quiero intervenir, ya es tarde. Adrián apunta con una navaja a Ahmed, que, a su vez, se defiende cogiendo unas tijeras. Sandra sale corriendo hacia Dirección y

enseguida aparecen Paco y Gerardo, dispuestos a poner fin a la reyerta. Sonia, que llega con ellos, marca un número de teléfono y, en unos minutos, hay un par de oficiales en el aula.

—Son los policías-tutores que tenemos designados para este centro —me explicará más tarde—. Se encargan de actuar ante este tipo de situaciones.

Intento sacudirme el miedo (no he podido evitar estremecerme con la aparición de esas dos armas blancas) y le pregunto a Sonia cómo puede mantener la sangre fría ante un caso como ése.

—Es mi obligación, Santiago… Y la

tuya, por cierto, es dejar de ponérmelo tan difícil.

Le doy la razón y decido que, desde hoy mismo, Adrián Muñoz no formará parte de mis entrevistas. Meri, por supuesto, se solidariza con su chico y se niega a seguir hablando conmigo ante lo que considera, en sus propias palabras, «una agresión de la hostia». Me pongo en contacto con los padres de Adrián para comentarles lo sucedido y, para mi sorpresa, ellos me aseguran que van a quejarse al centro por esa «discriminación injustificable» contra su hijo. Cuando Sonia y yo les explicamos las circunstancias que nos han llevado a

decidir su exclusión, ellos nos responden airados que deberíamos cuidar «a los nuestros», en lugar de darle la razón «a los delincuentes que nos vienen de otros países».

—¿Ves? —Sonia me pide que la acompañe fuera, necesita fumarse un cigarro tras despedir a los padres de Adrián—. Si no mantenemos la sangre fría, este trabajo es un imposible…

—¿Pero tú has oído lo que…? —No salgo de mi asombro. La desfachatez de los Muñoz me ha parecido mucho más grave que el arrebato violento de su hijo.

—Es lo que intentaba explicarte

cuando me pediste permiso para investigar aquí, Santi… En un instituto confluyen muchos factores. Los chicos, que ya no son niños y que tienen su personalidad. Los profesores, que tratamos de educarles en unas materias y hasta en unos valores. Y los padres, que pueden colaborar a que esto funcione o hacer que se vaya a la mierda. ¿Me entiendes ahora?

Acabamos el cigarrillo y nos despedimos hasta el lunes. Cuando subo al coche escucho el sonido de mi móvil y me sorprende encontrarme un sms de Gema. «¿Recibió mi e-mail, señor Kent?». Incluye el emoticono de una

sonrisa que no sé si interpretar como un guiño, como una burla o como un gesto casi seductor. Quién sabe, a lo mejor ya no soy tan gris como lo era unos años atrás. (Y, a propósito, por si alguien se lo está preguntando, la intuición de Gema era correcta: tengo unos pectorales estupendos y muy bien definidos. No llego al nivel de los hombres Marvel —ya quisiera—, pero tanta dieta y tantas horas de gimnasio han dado algún —tímido— fruto).

Miércoles

Sonia S. H., jefa de estudios del IES Rubén Darío y mi mayor aliada durante toda esta investigación. Sin su ayuda y su confianza, este proyecto jamás habría sido posible. Su necesidad de hallar la verdad —junto con el cariño que sentía hacia la familia de Marcos— fue el motivo que le hizo apoyarme casi desde el principio. Enseguida supo qué día iba a relatarme: el miércoles 16 de septiembre. Según ella, era la jornada de la que más cosas podía contar. A cambio me pide que tenga paciencia, pues quiere distanciarse un poco para

retratar con un mínimo de precisión los hechos de aquella mañana. Como yo estoy ocupado recopilando los testimonios de Álvaro y Gema, no me importa demasiado darle el margen de tiempo que necesita. Tras enviarme tres borradores que considera fallidos, el martes 20 de octubre me entrega en mano la versión definitiva de su relato, justo cuando se cumple un mes del asesinato de Roberto.

Por lo que he podido observar en estos primeros treinta días de mi investigación, Sonia lleva el cargo de jefa de estudios con soltura y mano firme, y es obvio que sabe suavizar su

fuerte autoridad con las oportunas dosis de empatía. A pesar de su juventud —apenas ha superado los cuarenta—, lleva a cabo una gestión tan eficaz como meticulosa dentro del Darío. «Perfecta para el cargo», insiste Álvaro. «Demasiado flexible», objeta Gema. «Una tía estupenda», me comenta Ahmed, «ya me ha dado algún parte, pero bueno, los suyos sí me los merecía».

Según Sonia, los chicos asumen bien la disciplina siempre que comprendan las reglas del juego: «Lo único que no soportan es la incoherencia. Si las normas les parecen comprensibles y

justas, puede que las transgredan, pero no protestarán por la sanción que les impongas». ¿Era coherente el código que regía la convivencia en casa de Marcos? Todo apunta a que sí —unas reglas estrictas, pero muy nítidas—; sin embargo, tampoco esa claridad fue suficiente para mantener un orden que, cuando se rompió, acabó por alterarlo todo. Y para siempre.

¿Cómo fueron aquellos días? Buena pregunta, Santiago… Yo también me la formulo a menudo, pero siempre llego a la misma respuesta. Aquélla fue una

semana más. Igual que cualquier otra. Ni mejor ni peor que las demás. Una semana con los altercados habituales —a veces son más, a veces menos—, donde todo se sucedía de manera anodina y monótona.

Aquel miércoles comenzó igual de gris. Sólo eran las nueve y cinco y ya tenía en mi despacho al quinto alumno expulsado en la primera hora. ¿Cuántas cosas se pueden hacer para ganarse una expulsión en apenas veinte minutos de clase? ¡Y en la primera semana del curso! A veces me sorprende la respuesta… Pero allí estábamos. Con mi quinto sermón. La quinta llamada a los

padres. El quinto parte disciplinario tan inútil como los cuatro anteriores… Pero lo peor es que, aquella mañana, todo eso me daba un poco igual. Me costaba concentrarme en el trabajo, incapaz de ejercer con una mínima naturalidad mi papel de jefa de estudios severa e impertérrita. Creo que gracias a lo logrado de mi personaje los chicos me apodan Snape, sí, por el de Harry Potter. Según Elena, mi hija, parte de la culpa de ese mote la tiene mi manía de llevar el pelo largo y suelto. «Te peinas como él, mamá. Y como tienes ese pelo tan negro…». Quizá por eso este año me he cambiado de *look*. Rabiosamente corto.

Y, según mi estilista, también rabiosamente moderno. Según él —y según mi hija—, el nuevo corte acentúa mis profundos ojos verdes. Mi estilista siempre se expresa así, con un tono algo cursi, similar al que uso yo cuando dulcifico ante los padres las hazañas de sus hijos.

Sé que no suena profesional y que ni siquiera es digno de mí, pero aquella mañana no me sentía con demasiadas fuerzas. Una cena con mi ex la noche anterior —supuestamente educada y diplomática— me había dejado exhausta. Tuve que medir cada una de mis palabras, segura de que Jaime las

podría estar grabando, o anotando, o memorizando. Temiendo que pudiera usar cualquier comentario fuera de tono en mi contra, tal y como ya hizo cuando nos divorciamos. La conversación —tensa, dolorosa— me daba vueltas continuamente, así que no conseguía decir nada mínimamente rotundo o convincente ante aquel alumno que me miraba entre burlón y perplejo.

¿Ésta es la famosa Snape?, ¿y por qué va peinada tan rara?, debió de pensar. Y a su modo, tuvo que reírse para sus adentros (ya le dije a mi estilista que esta imagen me hacía parecer ridículamente joven),

sorprendido ante las vacilaciones de una mujer que se perdía en un discurso vacío y farragoso. En el fondo, dijera lo que dijera, no le iba a importar demasiado. Él ya sabía por qué estaba allí y en qué consistía la gravedad de lo que había hecho, pero, en realidad, haber sido expulsado y enviado a jefatura no era más que un síntoma evidente de su triunfo: acababa de demostrar en público la debilidad de su profesor, así que, ahora que había puesto en duda su autoridad, podría seguir desacreditándolo cuantas veces le pareciese oportuno.

Es un círculo fácil. Vicioso, por

supuesto, y muy sencillo. Ellos lo conocen mucho mejor que nosotros, saben que basta con hacemos perder los nervios para que todo salte y nos acabe estallando en la cara. Los padres, depende de cómo sean, ayudan en diferente grado. No mucho, la verdad. O no se implican o se implican sin meterse muy a fondo. Educar así resulta un imposible. No se puede ejercer la educación sólo —y solos— entre estas paredes. Sobre todo cuando, como me pasaba a mí aquel miércoles, no se tiene la cabeza donde debe estar. Cuando la esfera personal te arrolla y te deja sin palabras y sin coherencia, porque tus

emociones no la tienen, ni tu mundo, ni la vida que se te hace pedazos por una conversación que nunca debió existir con un ex que no entiende que te está asesinando lentamente, vaciándote hasta que no eres más que una sombra, un fantasma que diserta con un alumno sobre los motivos por los que no debe grabar a un profesor mientras lo humilla en público.

—¿Se puede saber por qué has hecho algo así? —Intentaba que aquel alumno me explicase lo inexplicable: por qué, mientras su profesor estaba escribiendo en la pizarra, él le había bajado los pantalones y había grabado la

hazaña con su móvil.

—Mola. —Me devolvió una mueca sarcástica, casi victoriosa.

—¿Quieres hablarme con educación?

—No te he insultado.

En eso consiste la educación para muchos de ellos. Mientras no te insulten, ya están comportándose correctamente. Estaba cansada. Harta. No sabía cómo demonios actuar.

—Tu móvil se quedará requisado en Jefatura hasta que tus padres vengan a por él, ¿está claro? —No dijo nada. Me dio el teléfono y siguió en silencio. Estaba orgulloso, no había duda—. Y, de

momento, estás expulsado hasta mañana. Después estudiaré con el director si prolongamos la sanción un día más.

Salió sin decir nada, casi juraría que eufórico por mi decisión. Le había quitado el móvil y borrado su vídeo, sí, pero no podría evitar que, desde esa mañana, su grabación circulase por la red. Lamentablemente, la tecnología es mucho más rápida que la disciplina y, en sólo unos segundos, él ya le había pasado el vídeo a media clase con la sencilla ayuda del Bluetooth. Por si fuera poco, en mi arrebato de ira, acababa de premiarle con el castigo más cómodo para nosotros y más apetecible

para ellos: un día entero sin clase. Aquel miércoles había empezado mal y, seguramente, la noche anterior tenía parte de culpa en mi lamentable falta de reflejos. Y de recursos.

—Son casos aislados —opina Raúl —. La mayoría no somos así.

Todos, incluido Álvaro, le dan la razón. Hoy me han permitido que su tutor se incorpore, excepcionalmente, a nuestra charla del recreo. Al principio no les ha entusiasmado mi propuesta, pero al final he conseguido que accedan al experimento.

—Marcos no era de ésos —le defiende Sandra—. Álvaro, ¿a que no?

—No tuvimos mucho tiempo de conocernos… Apenas estuvo en clase una semana.

—Pero eso, en una semana, ya se sabe. ¿O no?

Me confunden los gestos y las palabras de Sandra. Por un lado, no se despega de Raúl, al que coge la mano de forma intermitente. Por otro, habla de Marcos con un apasionamiento que me hace pensar que entre ellos todavía hay algo más que una simple amistad. Definitivamente, se me escapa algo de todo esto, así que me limito a seguir

tomando nota de cuanto veo, confiando en que, al final de los cinco relatos prometidos, todo este barullo de ideas y de impresiones cobre algo de sentido.

—¿Podemos irnos ya? —Noto que hoy Raúl y Sandra tienen prisa, pero no sé si atreverme a preguntarles por qué.

—¿Vais a algún sitio después de clase? —Álvaro, más decidido, lo hace por mí.

—Queríamos visitar a Marcos —le explica Raúl—. Hemos pensado en preguntárselo a su tío, a ver qué opina.

Les pido que me tengan al tanto de su intento y, al día siguiente, sus expresiones de derrota hacen inútil

cualquier pregunta. Está claro que la consigna del silencio se mantiene y ni siquiera los mejores amigos de su sobrino tienen derecho a hablar con él. Intento concentrarme en el texto de Sonia. Empiezo a implicarme demasiado en esta historia y siento que quizá esa empatía no es, ni mucho menos, la perspectiva más útil —ni más productiva— para mi trabajo.

Martes por la noche. Un restaurante caro, cómo no. Uno de esos lugares donde Jaime jugaba a enamorarme cuando todavía creíamos que nuestra

vida en común tenía sentido. No hay demasiada gente. Es un mal día y se nota que la economía tampoco ayuda. A Jaime no le va nada mal, supo colocar bien su dinero y en el divorcio tampoco perdió gran cosa. Preferí no pelear. Con una pensión justa para Elena me conformaba y eso, he de admitirlo, no fue conflictivo. Siempre tuvo debilidad por su hija, aunque no haya ejercido con frecuencia de padre. Ella no lo percibe así, en su balanza pesa más el nuevo iPhone o la Wii o cualquiera de los trastos con los que su padre, entre viaje y viaje a Londres, puebla su habitación. Sabía que no tenía que preocuparme por

nada de eso y yo, sinceramente, no quería mucho más. Tampoco intento dar una imagen de modestia que no va conmigo, Santiago, más bien al revés, es puro orgullo. Pura soberbia. Siempre he sido autosuficiente y no pensaba vivir de otra manera ahora. Con o sin él.

La idea de aquel restaurante me pareció fuera de lugar, pero tampoco la discutí. No sabía si aquel pretencioso local en Núñez de Balboa era el sitio más adecuado para discutir el asunto que nos había llevado a quedar con tanta urgencia. Nos sentamos en una mesa al fondo del local y nos quedamos un minuto en silencio, sin saber qué decir.

Pronto empiezan las frases de cortesía, el cómo te va, el qué tal estás, el cómo sigue tu trabajo. Resumo un par de anécdotas —incluyendo el altercado de Marcos con el camarero, que entonces no era más que eso: una simple anécdota — y elegimos en una carta llena de nombres franceses y platos que rozan lo ininteligible. A su manera, intenta descolocarme. Ha elegido un terreno que no es neutral, un sitio de los que sacan mi vena más antisistema, de esos que me crispan porque el lujo nunca fue conmigo ni con mis principios. Aguantamos con comentarios insulsos hasta que el camarero nos sirve un par

de platos enormes con dos ridículas porciones de ¿será carne?, en medio de cada uno. Entonces ya no somos capaces de dar más rodeos y las palabras comienzan a salir. Torpes, hirientes. Pero salen.

«No puedes quitarme a Elena. No puedes». Es todo lo que he venido a decirle. Y se lo digo con furia, porque no sé hablar de este tema de otro modo, aunque haya ensayado mis frases y me haya prometido que mantendré la calma. No pienso dejar que se la lleve, ahora no. Pero él sabe que ella tiene edad para elegir, que puede hacerlo y que yo no estoy dispuesta a arruinarle la vida por

una pelea de la que mi hija no tiene la culpa. Sabe que si Elena dice ante un juez que desea irse a vivir a casa de su padre, yo me limitaré a asentir, a fingir que todo está bien y a quedarme derrumbada y rota en el sofá. Supongo que por eso me castiga, no porque desee tenerla consigo, sino porque debe quitarme parte de lo que no se llevó. Por eso hablo con ira, porque no estamos discutiendo sobre el bienestar de nuestra hija, ni sobre su futuro, ni sobre nada que tenga que ver con ella. Estamos discutiendo sobre el daño que nos hicimos en el pasado y las cicatrices que nos quedan y las ganas de meternos

vinagre en las heridas hasta hacer que nos revolquemos de dolor por el suelo de un apartamento —lo único que exigí en nuestro divorcio, ¿tanto te parece, Jaime?— que él querría conservar para vivir con su nueva mujer.

«No me hables de ella, no me menciones a la dichosa Alicia: ella no tiene nada que ver con todo esto». Pero él me ignora y me cuenta que Alicia es una madre excelente, que ha educado sola a su hijo de ocho años y que él y Elena se llevan genial. Jaime me dibuja la nueva familia feliz donde vivirá Elena con su nuevo hermano y a mí se me hace enorme este apartamento en el que mi

hija ya sólo pasará fines de semana alternos, porque está harta de que imponga disciplina y ejerza de madre —Snape fuera y dentro de casa, con o sin el nuevo corte de pelo en el que, aunque no lo diga, Jaime sí ha reparado— en vez de ser su amiga.

Jaime sigue dando razones estúpidas. Elena ya es mayor. Elena puede elegir. Elena lo ha decidido. Me contengo para no tirarle el vino encima y salir montando una escena del restaurante. Ella no ha decidido nada. Ella se ha dejado seducir por sus argumentos fáciles e irresponsables. Por sus promesas. Y hasta por su cuenta

corriente. Ella quiere una madre colega y un padre ausente. Es natural. A su edad todos quieren lo mismo. Lo sé por experiencia. Trabajo en esto. Es ridículo, pero no puedo evitar pensar un segundo en Marcos. En sus hermanos. En la mirada triste que tienen todos desde que murió Ángela. No hay motivo para ello, pero saco el tema en la cena con Jaime y él, por supuesto, me dice que estoy exagerando, que lo que digo no tiene nada que ver con lo que él me propone, que no voy a salir de la vida de mi hija, tan sólo voy a pasar a ocupar otro lugar.

Pero ¿cuál? ¿Qué lugar es ése?

Entonces estallo —sin levantar la voz: también el trabajo me ha enseñado eso — y le digo que fue él quien me metió en ese pozo sin fondo donde me encuentro ahora, que fue él quien encontró a la fabulosa Alicia mientras yo seguía convencida de que éramos algo más que dos extraños que coincidían en una misma casa en sus escalas entre viaje y viaje. Claro que sospechaba que veía a otras mujeres, pero siempre pensé que serían encuentros esporádicos, insignificantes. En cierto modo, la fidelidad es un territorio muy confuso, de límites extraños pero evidentes. Alicia era una

de esas marcas que no se debían traspasar. Pero ocurrió. Sí, claro que ocurrió. Y muy rápido.

No puedo soportarlo más. Respiro hondo y me levanto dispuesta a marcharme. Él sigue hablando, pero yo no le escucho. No quiero hacerlo. Salgo del restaurante y rompo a llorar en el coche de camino a casa. Sé que Jaime tiene todas las de ganar. Que va a llevarse a Elena.

La expresión de tristeza de Raúl me desarma. Posee esa mirada limpia e intensa que sólo se mantiene a su edad.

Esa mirada del compañero entregado que sufre tanto o más el dolor ajeno que el propio. En cierto modo, él y Sandra también están encarcelados desde que condenaron a su mejor amigo. Se sienten parte de la tragedia de Marcos, un horror que viven desde hace días en primera —y atormentada— persona.

—Imposible… Lo hemos intentado todo… y nada.

Raúl está realmente compungido. Es evidente que el tío de Marcos se ha negado a que exista cualquier clase de contacto entre su sobrino y sus amigos.

—Puede que en el reformatorio no le permitan visitas aún. Su situación, de

momento, es muy delicada.

Pero ni a él ni a Sandra les convence demasiado mi teoría. Los dos están hoy más distraídos de lo habitual, supongo que siguen pensando en todo lo que querían decirle a Marcos. Todo lo que nadie les deja expresar.

—Es que no es la primera vez… —Raúl empieza a hablar en un tono cada vez más violento. Profundamente enojado—. Con su familia todo es siempre mazo de complicado… Si ni siquiera podía acceder al Tuenti, tío… Ya ves, como si fuera algo del otro mundo.

—¿Por qué no?

—Eso pregúntaselo a su familia. —Como si fuera tan fácil, pienso para mí—. Ellos sabrán por qué tratan a Marcos como si fuera un perro.

Por un segundo creo ver un atisbo de comprensión en la mirada —incendiaria— de Raúl. ¿Acaso está sugiriendo que el crimen de su amigo está justificado? Me asusta pensar que alguien como él, un adolescente aparentemente sensato, pueda llegar a entender una atrocidad tan terrible como la que se cometió ese domingo 20 de septiembre.

—¿Tanto les odiaba como para vengarse así de ellos?

—No les odiaba —asevera Raúl con

absoluta firmeza—. Y mucho menos, a su hermano.

—Marcos no se vengó de nadie. —Sandra no deja ni un solo resquicio para la duda—. Él no lo hizo. Y punto.

—Además —añade Raúl—, tú no sabes la de veces que tuvo que repartir leña para defender a Sergio. ¿Cómo se explica que lo haya apuñalado con unas tijeras?

—¿Repartir leña? —Intentan defenderlo, pero la violencia parece que no está tan alejada de Marcos como querían hacerme creer en un primer momento.

—Es que Sergio era el más débil de

los cuatro y en el *tuto* había gente que se metía con él, así que Marcos tenía que defenderle de vez en cuando para evitar que las cosas se pusieran peor.

—¿Y los profesores? ¿Ellos no intervenían?

—Ésos —responde Raúl con un tono despectivo— con leemos el libro de texto y repetimos todos los días lo idiotas y lo incultos que somos ya tienen suficiente. ¿Por qué no te vienes con una grabadora a alguna clase? —me sugiere —. Alucinarías…

El timbre les obliga a abandonarme para volver a su aula. Tras esta breve charla con ellos ya tengo claro que

cualquier contacto con Marcos va a ser imposible. No hay modo de romper la pétrea barrera de protección que su familia ha erigido a su alrededor. Pero ¿qué es lo que se oculta detrás de ese muro gigantesco e impenetrable? Cuanto mayor es su mutismo, más evidente resulta que ese silencio sólo pretende ocultar algo. O a alguien.

La cena del martes con Jaime —tan indigesta como sus palabras— me pesaba demasiado como para poder prestar atención al sinfín de problemas que el miércoles por la mañana me

acuciaban en mi despacho.

Tras un par de clases en calma, una profesora —creo que no es preciso dar su nombre— entró absolutamente desencajada. Marcos, qué sorpresa, iba con ella. La escena, que he intentado reconstruir del modo más fiel posible, fue algo así. Lástima que el alumno con vocación de director de cine no la hubiera grabado con su móvil, tal vez haya algo en ese diálogo que se pasó por alto. Algo que explique lo que sucedió tan sólo unos días después.

Sonia es una mujer rigurosa y

perfeccionista. Al menos, ésa es la impresión que tengo después de haber trabajado con ella en esta peculiar investigación. Una mujer apasionada —en su trabajo, en todo cuanto hace— que trata de canalizar esa vehemencia a través de sus principios. Obstinada en hallar la verdad, necesitó elaborar tres borradores de esta misma escena hasta que, cuando redactó el cuarto, se sintió totalmente satisfecha. «Quería captar todo lo que sentí en aquel despacho durante aquellos cinco o seis minutos. Tampoco duró mucho más. Pero era importante ajustarse a lo que pasó. Y a lo que se me tuvo que escapar sin que

me diera cuenta». Se culpa en exceso y no acepta que los demás intenten convencerla de que no debe hacerlo. En sus cuatro versiones no hay ni una sola diferencia en el diálogo, pero sí en las acotaciones, como si en cada una de ellas tratara de asomarse más a los sentimientos de los interlocutores.

Su relato de esa mañana fue otra de las pruebas de las que se valió el fiscal para dar fe del comportamiento violento del acusado y de su marcada tendencia a la agresión física y verbal. «No sé si sentirme responsable por ello. Tal vez estaba demasiado inmersa en mis problemas como para manejar una

situación delicada. Tal vez fui yo quien le provocó para que ocurriera aquel desagradable incidente. Porque no fue más que eso. Un incidente». Sonia se aferra, de manera casi sistemática, a una visión de la realidad que pareciera sustentarse en el efecto mariposa. «Todo está conectado», insiste.

—¿Qué ha pasado?

La profesora mira al suelo. Se sitúa detrás de mí, lejos de Marcos. Le tiembla la voz y parece francamente asustada.

—Díselo —le ordena—. Vamos,

¡díselo! —Está a un paso de perder los estribos, así que, con un gesto, le pido que se calle y deje hablar al chico. Me da miedo que diga algo inconveniente que el alumno pueda usar en nuestra contra. La imposición de disciplina es un tema muy delicado: cualquier comentario fuera de contexto nos puede salir mucho más caro que todos los insultos y las agresiones que ellos nos dedican.

—Marcos, ¿vas a darme tu versión o no?

Se calla y mira al suelo. En el parte disciplinario apenas hay datos. Un escueto y tembloroso «me ha faltado al

respeto» y una firma que revela nervios y cansancio. Son tantos años en esto que podría cambiar la docencia por el análisis grafológico.

—Marcos, por favor, responde.

Me mira por primera vez. Atisbo algo en sus ojos. ¿Rabia? ¿Desafío? ¿Pide ayuda? No lo recuerdo. Estoy demasiado embotada en mis cosas —Jaime, Elena, la máter maternísima Alicia— como para leer en su mirada. Mastica las palabras y, casi sin querer, al fin las escupe.

—¿Para qué?

Vuelve a mirar al suelo y se coge las manos con fuerza. Aprieta con saña,

como si quisiera evitar moverlas. ¿Piensa en golpear algo? ¿A alguien? No es mal chico, lo conozco desde hace años. Ha llegado a 1° de Bachillerato sin problemas, ahora no debería estropearlo. Nunca ha sido demasiado bueno en nada, no es tan brillante como su hermano Ignacio ni tan constante en el estudio como su hermano Sergio, pero aprueba sin demasiada dificultad y, según con quién, hasta destaca. Sus compañeros lo quieren y sus profesores, desde que pasó lo de su madre, lo hemos tratado con especial deferencia. ¿Es ese trato de favor lo que ahora nos está pasando factura?

—Para defenderte.

Vuelve a alzar la mirada. Ahora sí que veo algo, pero no es en sus ojos. Es en su cuello. Una marca. ¿Un tatuaje? ¿Una herida? Elena trajo una marca a casa en un lugar parecido hace unas semanas. «Un chupetón, mamá. No es más que eso». No sé, no lo vi bien. O si lo vi, no supe lo que era. ¿Por qué no me fijé más en lo que estaba sucediendo esa mañana?

—¿Serviría de algo?

—Me conoces bien, Marcos. Sabes que aquí intentamos ser justos con vosotros. Pero si no me dices qué ha pasado, sólo voy a tener una versión. Y

no sales bien parado en ella.

—Da igual.

Separa y une las manos compulsivamente. Como si agarrándose con tanta fuerza sujetase también su lengua. No quiere hablar. Es evidente que prefiere seguir en silencio para no dar datos que puedan comprometerlo más. ¿Pero qué oculta? Dudo que haya pasado en clase nada que exceda lo habitual. Una salida de tono. Algún insulto improcedente. Nada que no haya sucedido antes. Lo extraño es que sea él, el más carismático de su grupo, el más querido por sus compañeros e incluso por sus profesores. Claro que hay parte

del claustro a quienes les molesta tanta popularidad, pero a la mayoría no. Sabemos que es bueno tener a un chico así de nuestro lado, un alumno simpático y popular con el que contar como mediador cuando las cosas se ponen feas en el aula. No tiene sentido que pierda las formas. Ni el respeto.

—Son demasiados partes en sólo tres días. Nunca te había sucedido esto antes. Por no hablar de lo de ayer. Todavía no me has explicado por qué perdiste los estribos de esa forma en la cafetería.

Silencio. El enfrentamiento con el camarero es un tema tabú desde que

sucedió. Ninguno de los dos ha hablado más al respecto. Sólo sé que se insultaron, que hubo que separarlos, que Marcos se puso especialmente tenso cuando lo mencioné. Ni una pista más.

—¿Y?

Me desafía. Y lo hace con frialdad, de manera casi calculada. Sabe dónde están los límites que no puede traspasar, pero no por ello se amedrenta. Quiere dejar claro que no le importa lo sucedido. Tal vez sea su forma de rebelarse contra el personaje que le hemos adjudicado los demás. Quizá ya se ha cansado de ser la versión doméstica de Zac Efron y prefiere

ponerse un nuevo nombre. O una nueva identidad. Pero a éste no le va lo de rebelde sin causa, no tiene nada de James Dean ni de Robert Pattinson, icono *outsider* —y blandito— de su generación. Estoy tan acostumbrada a requisar revistas de quinceañeras que acabo por conocerlos a todos. No, Marcos no ha nacido para vampiro melancólico, aunque se empeñe en vestirse con camisetas negras de dibujos tétricos, como la que lleva hoy, con la imagen de Heath Ledger en *El caballero oscuro*.

—A ver si tu profesora nos los explica.

Ella resume los hechos con perplejidad y me mira confiando en que la entienda. También ella está sorprendida, sólo quería que Marcos saliera a la pizarra, así que no sabe por qué se ha negado, ni por qué ha dicho que se metiera las órdenes por el coño, ni por qué ha tirado la mochila al suelo con furia cuando ella se ha acercado a hablar con él. Casi le da con ella, me dice, y lo cuenta con la voz temblorosa, aún asustada, impresionada por la violencia de un chico que ahora, ya en los dieciséis, asusta mucho más de lo que él puede saber. Alto, fuerte, apuntando el cuerpo de un futuro hombre

que todavía no sabe medir ni su fuerza ni sus impulsos. Creo que eso mismo lo decía Álvaro, su tutor, y a pesar de su inexperiencia, lleva toda la razón en ello: proxémica, quinésica, tantas palabras que suenan a vacío en medio de las aulas. Cómo se acercan e invaden el espacio, cómo alteran nuestra esfera personal con tan sólo un gesto que, en muchos casos, ni siquiera es intencionado.

Ahora su profesora no piensa en nada de eso. Piensa en la humillación verbal, en verse agredida —de palabra, de mirada— ante toda la clase. Piensa en la mochila tirada con violencia sobre

el suelo. En el segundo en que creyó que él —sin control de su propia fuerza, con unos brazos con los que podría tumbar a muchos de los profesores del centro— se levantaría e iría contra ella. Piensa en si todo esto merece la pena. En si realmente le gusta lo que hace. En si el sueldo compensa el temblor de piernas. La voz quebrada. Los ojos casi a punto de…

—Gracias. Yo me encargo.

Ya no piensa en nada. Sólo se va. Se encierra en el baño. Alguien la oye llorar. Lo demás es historia. Cotidiana, insulsa y repetida. Nada del otro mundo.

—¿No vas a decir nada en absoluto,

Marcos? Son ya dos faltas graves en una semana. Esto no puede seguir así.

Ni siquiera me responde. Sólo se sigue sujetando las manos cada vez con más fuerza, como si intentara arrancárselas de los brazos. Se le marcan los músculos y entiendo el miedo de su profesora. Furioso contra sí mismo —¿debería llamar al director y pedir su ayuda?, ¿seguro que esta situación está bajo control?— y avergonzado de lo sucedido. No sabría definir lo que siente, por primera vez desde que lo conozco no sé qué le ocurre, ni por qué de repente prefiere ser un fúnebre y violento Heath Ledger a

seguir ejerciendo de Zac, o de Pattinson, o de cualquier líder popular adolescente de esos que siempre ha interpretado en el instituto. De repente, es un alumno conflictivo, violento, con las manos atadas para no dar un puñetazo a lo que sea que quiera dárselo.

—Marcos, ¿vas a decirme qué te pasa de una vez?

—¡Que os den por culo, joder! ¡A todos!

Las manos al fin se liberan y, sin que sepa cómo, me empujan y me hacen caer al suelo. En realidad, creo que no ha querido hacerme daño, tan sólo conseguir un hueco para huir. No digo

nada. Pienso en dar un grito, pero estoy bloqueada. Sólo veo correr a Marcos por el pasillo, oigo cómo abre puertas, cómo baja los escalones, cómo sale a la calle. Tengo que levantarme, llamar a su casa y dar parte de lo ocurrido. Pero ahora mismo no me siento capaz. No es que me duela el cuerpo de la caída —no ha sido para tanto, tan sólo una magulladura estúpida—, no es que tenga miedo de que se repita —ése no era Marcos, era otro chico ocupando su cuerpo, como en las series de alienígenas que le gustan a Elena—, no es que me sienta amenazada en mi autoridad —incluso tirada en el suelo sé

que valgo más que muchos de los compañeros que juzgan y vigilan cada una de mis decisiones—; no, no se trata de eso. Se trata de puro terror ante lo que pueda estar pasándole a ese chico que el curso pasado era otra persona diferente. Y ahora, justo cuando mi vida es un interrogante sin demasiada opción de respuesta, se dibuja ante mí algo más que investigar. Algo que puede ser sólo una tontería —¿rompió con la novia?, ¿Sandra ha empezado a engañarlo con otro?, ¿se peleó con algún amigo?— o que puede llevarme por alguno de esos caminos donde no sería la primera vez que me busco problemas. Ya los tuve el

curso anterior y no sé si me quedan fuerzas para pasar, de nuevo, por algo parecido…

Me pongo en pie —me duele la espalda, no caí bien y voy a tener que llamar a mi fisio para que me dé un masaje esta tarde— y busco en el tablón el horario de Álvaro, el tutor de Marcos. Antes, sin embargo, queda un último paso, hay que avisar a Gerardo, el director, y, me guste o no, tengo que notificarle el incidente al padre de Marcos. Cojo fuerzas, marco su número y le relato la situación, intentando no sacar los hechos fuera de contexto.

Roberto se muestra compungido —

juraría que no se sorprendió del todo, pero yo estaba aún en *shock*, así que mi capacidad de análisis es más bien reducida en este caso— y me asegura que hablará con el chico. Los convoco —a él y a su hijo— al día siguiente a las nueve de la mañana para que se reúnan conmigo y con el director. Habrá que tomar medidas severas esta vez. El padre asiente y se despide cortésmente. La medida, me temo, es la expulsión durante unos días, pero aunque tanto Gerardo como su profesora seguramente estimen esta sanción como procedente, dudo que sirva de algo prohibir su entrada al centro. ¿Realmente el

problema de Marcos —que empieza a parecer algo serio— se va a resolver privándole de la asistencia al instituto? Lo malo es que el claustro no querrá pensar en otro mecanismo de sanción. Ni el consejo escolar. La violencia se debe castigar de inmediato. Sin paliativos. Y con toda la dureza que permita el reglamento del régimen interno. Expulsión, dictan las normas. Lo que quizá las normas obvien es que fuera del centro Marcos puede ser todavía más peligroso. O más incontrolable.

Es triste que, sólo unos días después, un terrible asesinato me diera

la razón.

Jueves

Este día tenía que haber sido narrado por el director del instituto, Gerardo Y. R. Sin embargo, fue imposible contar con su ayuda. Tan sólo accedió a una sucinta entrevista que incluyo como apéndice al final del capítulo. Tampoco Sonia estaba dispuesta a revelar los detalles sobre la entrevista con el padre de Marcos, «no me parece ético relatar algo protagonizado por un muerto», así que no hubo más remedio que conformarse con las escuetas declaraciones del director, que traía su discurso bien preparado con el fin de

evitar cualquier tipo de improvisación innecesaria. Tras tantear inútilmente a Daniel, el camarero con el que Marcos había tenido el altercado en sus primeros días, probé suerte con otro de los profesores que lo conocían y que estaban presentes, por distintos motivos, tanto en el incidente de la cafetería como antes y después de la reunión de Sonia y Gerardo con Marcos y Roberto.

Alejandro V. E., profesor de inglés con destino provisional en el IES Rubén Darío. «Es mi segundo año aquí y, según me temo, creo que el último. Me gustaría repetir otro curso, pero será difícil: me faltan puntos». Álex había dado clases a

Marcos el curso anterior y también era su profesor en éste, así que parecía que podía aportar algunos datos de interés que compensaran la ausencia de fuentes más directas. «Eso sí, me da una pereza espantosa escribirlo todo… ¿Te importa si quedamos y grabas lo que necesites que te cuente?». Me hace gracia su sinceridad y quedamos en vemos el jueves 22 de octubre a la salida del instituto. Su testimonio, sin embargo, se complicó debido al estallido de un escándalo que, tangencialmente, volvió a afectar al Darío.

Según se hizo público esa misma mañana, durante la noche del miércoles

21 la policía había arrestado a Eduardo C. L., un docente de Secundaria, por delitos de tenencia y distribución de pornografía adolescente. Se trataba de un profesor de inglés que había trabajado en numerosos centros y que cambiaba con frecuencia de domicilio, de manera que no resultó sencillo seguir su rastro a través de la red. Tras ganarse la confianza de algunas alumnas, las citaba en su apartamento y las grababa en actitudes claramente eróticas. Sus primeros vídeos no pasaban de ser reportajes de chicas desnudas, pero pronto comenzó a exigirles más y a filmar escenas de pareja y de tríos en

los que llegó a participar de manera activa. Eduardo había trabajado durante el curso anterior en el IES Rubén Darío, de modo que en cuanto los medios se enteraron de que existía esa conexión, el centro volvió a aparecer en las noticias. La policía llegó a indagar si existía alguna relación entre estos hechos y el asesinato perpetrado por Marcos, pero pareció demostrarse que entre ambos no había ninguna conexión. Seguía sin hallarse ningún tipo de respuesta para lo sucedido, así que, de momento, la única explicación para el crimen cometido por Marcos consistía en un ataque de violencia gratuita, algo que no todos los

que conocían bien a aquel chico querían aceptar.

A mí lo que más difícil me resulta de todo esto es diferenciar al alumno del criminal. A Marcos no lo tuve en clase más que un año, pero fue suficiente para cogerle cariño y convertirlo en uno de esos chicos especiales a los que se les consiente casi todo. Claro que esto no es del todo bueno ni, para qué negarlo, riguroso, pero seamos realistas: nadie es absolutamente imparcial, ni —desde luego— neutral. Así se lo digo a mis alumnos en cuanto me presento el primer

día de clase:

—Chicos, lo siento, pero mis notas, como la vida, no son justas. Mis notas serán proporcionales a lo bien o lo mal que me caigáis.

Ellos suelen quedarse bastante sorprendidos y, por supuesto, protestan. El año pasado no había terminado de decir mi frase de oro cuando Marcos ya se me había echado encima:

—Eso no se puede hacer.

Es un razonamiento que usan a menudo. La generación ESO es la generación del «no se puede». No se pueden poner límites, ni normas, ni criterios que exijan algo que no estén

dispuestos a asumir. «Eso va contra mis derechos» es otra de sus grandes sentencias. Y la aplican casi a diario. Hacer muchos deberes va contra sus derechos, hacer muchos exámenes va contra sus derechos, hacer —en general — es un verbo que agrede todos sus derechos. Lo bueno de Marcos es que protestaba con una sonrisa, con una pose entre irónica y divertida que no estaba exenta de magnetismo. Y el tío lo sabía…

—Claro que es justo. Me caeréis bien si sois majos, si no dais la lata y si trabajáis. Y me caeréis de pena si hacéis lo contrario, ¿entendido?

Les hablo así, aunque no sé si debería hacerlo, porque en eso cada uno opina de un modo diferente. Yo no me esfuerzo en ser enrollado, yo es que hablo así casi siempre, qué le vamos a hacer. Además, tantas horas aquí metido te vuelven medio lelo, te infantilizan, así que acabamos con dos problemas gordos. El primero es que terminamos hablando como ellos —incluso cuando no queremos— y el segundo es que nos creemos que el instituto —o el *tuto*— es el puto mundo. Entonces es cuando vienen los jaleos y los follones y los murmullos y los cotilleos y toda la mierda que siempre aparece en

cualquier entorno laboral, sólo que aquí se magnifica porque se mezcla con las emociones densas y pegajosas de los chavales, que no saben distanciarse de los problemas —un novio que las deja es un drama, un partido que se pierde en el campeonato interescolar es un drama, un suspenso (cómo no) es otro drama… — y que acaban por hacernos a nosotros cómplices de su cacao emocional.

Aquí, en el fondo, lo que se necesita no son ni pizarras digitales, ni más ordenadores, ni nada de eso, aquí lo que se necesita son psicólogos por un tubo. A cientos. Uno por profesor, porque en este trabajo hay mucho tarado. Con los

años todos terminamos mal de la olla. Lo peor es que hay locos inofensivos y locos cabrones. Como el tío ese que arrestaron ayer. Joder, con lo serio que parecía Eduardo. Todo un señor, con su traje, sus gafitas, sus buenas maneras y sus cincuenta y tantos bien llevados. Coincidimos el curso pasado en el departamento de inglés y, bueno, no lo hacía mal. A mí me caía bien y aquí, digan lo que digan ahora, nadie se imaginaba que fuera un monstruo. Que como no soy psicólogo —soy filólogo y gracias, porque me costó lo mío sacarme la carrera— tampoco estoy seguro de que se le pueda llamar monstruo. A lo

mejor todos llevamos uno de ésos dentro y somos unos cerdos potenciales, sólo que hay quien se controla y hay quien no. No sé, la verdad, no sé cómo se puede hacer algo así, algo tan miserable. Sobre todo porque, en el fondo, lo que tenemos enfrente son puras víctimas. Manipulables cien por cien. Se les convence rápido de todo. De lo mejor y de lo peor. Pura arcilla. Que sí, que se niegan y se rebelan y eso, pero todo les cala.

Me da asco haber tenido al mierda de Eduardo tan cerca, porque como no soy psicólogo no puedo entenderlo ni asimilarlo ni ninguna chorrada de esas

que yo haría si me hubiera leído a Freud, por ejemplo. A mí lo de la reinserción, pues no sé, según los casos. Y un tipo así no sé si es reinsertable. Yo le insertaba un palo por el culo, así de claro. Bueno, si quieres tacha eso, Santiago, a mí me da lo mismo. Cada vez que digo algo así se me tacha de homófobo. Y no, joder, no soy homófobo. Ni gay, como pensaba Álvaro. No, no me importa, pero es que cada vez que ven un tío guapo y que se cuida, hala, ya está, otro más a su lista. Si hasta me hace gracia haberlo leído, pero tiene cojones. Yo, gay. Tengo buenos amigos que sí lo son, claro,

aunque tampoco muchos, su estilo de vida no es el mío y a mí Chueca me pone enfermo: tugurios pequeños, cerrados, cutres y encima, caros, así que no, no voy a hacerme el moderno ahora. No me lo hago ni en clase. A mí fingir, la verdad, se me da de pena.

Mientras transcribo la grabación de Álex, recibo la llamada de los padres de Raúl, el mejor amigo de Marcos desde que llegó al instituto.

—Nos gustaría hablar contigo de todo este asunto. ¿Sería posible?

Accedo sin dudarlo y me alegro de

tener un buen motivo para aplazar, al menos por unas horas, mi aburrida tarea de copista (cómo odio esa parte ineludible de mi oficio). En tan sólo una hora me presento en el domicilio de los padres de Raúl y me tranquiliza comprobar que tanto ellos como su hijo se muestran especialmente amables conmigo. En el fondo, temía que fuesen a pedirme que dejara de contar con la ayuda del chico, lo que habría supuesto una enorme pérdida para mi trabajo.

—Estamos todos muy afectados… —me confiesa Laura, su madre, mientras me ofrece un café.

—Marcos y Raúl eran muy buenos

amigos, ¿verdad?

Su hijo asiente, está a punto de decir algo, pero el inconfundible sonido del Messenger llama su atención.

—¿Puedo?

Noto cómo su madre duda durante una décima de segundo. No quiero mencionar el escabroso asunto del que fuera profesor de inglés del Darío, pero imagino que tanto ella como su marido estarán al tanto de la noticia de su arresto. Tal vez sea ese titular el que le provoca la inquietud que he podido adivinar en su mirada.

—Claro —le responde sin excesiva convicción.

—Ahora vuelvo —se disculpa y se va a su cuarto para ver quién le está buscando en el chat. ¿Sandra, tal vez?

—¿Has conseguido averiguar algo más? —Diego, el padre, no duda en sacar el tema directamente. No parece que sea una de esas personas a las que les gusta perder el tiempo.

—Cosas sueltas… Apuntes. No sé, todo resulta algo confuso.

—Está todo mal —afirma taxativamente Diego, y Laura, sin dudarlo un momento, le da la razón—. No pudo ser como nos lo han contado. Nosotros conocimos a Marcos y, bueno, no es que fuera un chico modelo, pero

tampoco era un criminal. Además, Raúl odia la violencia, no habría soportado tener cerca a alguien así.

La verdad es que el perfil de los amigos de Marcos hace que la versión oficial de lo sucedido resulte cada vez más incoherente. Tanto Sandra como Raúl son, sin duda alguna, dos de los adolescentes más tranquilos de su grupo. «Un encanto», me confirma Álex, «siempre colaboran y aportan cosas. Además, les gusta mucho el cine y la literatura. Tienen más inquietudes que el resto». No parece que ese retrato cuadre con los terribles hechos del domingo negro. ¿Pudo suceder algo en aquella

casa que justificase una reacción tan desmedida? ¿Algo que originase aquella transformación brutal en Marcos?

—Su padre y él no eran grandes amigos, ya me entiendes. —Diego, una vez más, me ahorra muchas preguntas. Mejor así—. Discutían a menudo por los temas habituales en cualquier familia: Internet, los horarios, las amistades… Marcos había empezado a ampliar su círculo de conocidos y, bueno, aquello no gozaba de la aprobación de Roberto. Pero de ahí a masacrarlo… ¿Y a su hermano Sergio? Lo siento, pero no me lo creo. No pudo ser así…

—¿Qué opinión teníais de Roberto?

—Ambos calculan sus palabras antes de responderme. Es una pregunta delicada y no quieren decir nada que pueda estar fuera de lugar.

—Lo tenía muy difícil… —intenta defenderlo Laura—. Se quedó solo con los cuatro. Y son tan diferentes… A nosotros, Raúl a veces consigue sacamos de nuestras casillas y eso que es muy tranquilo. Y sólo uno…

—De todos modos —Diego sigue hablando a pesar de la mirada reprobatoria de su esposa—, Roberto ya era algo especial cuando Ángela todavía estaba viva. Nosotros no tuvimos mucho trato con él, pero las pocas veces que

coincidimos no solíamos estar de acuerdo en casi nada.

—Cada cual educa a sus hijos como puede —le corta Laura.

—Ya, claro, pero tenía un sentido de la moral muy estricto.

—¿Más café?

Laura se siente incómoda. Le resulta de mal gusto criticar a alguien que, lamentablemente, no puede defenderse. Además, tampoco tiene nada claro que se pueda juzgar la labor de un padre en una situación como la de Roberto. Decido ponérselo más fácil y cambiar de tema. Han mencionado algo que me ha llamado mucho la atención y que, tal

vez, pueda abrirme nuevas vías de trabajo.

—¿Quiénes eran esos nuevos amigos de Marcos? Esos que no le gustaban a su padre.

—Ni idea —Laura respira satisfecha, este tema le resulta mucho más sencillo—, eso tendrá que contártelo Raúl. Nosotros sólo nos enteramos de que antes del verano los tres tuvieron una pequeña discusión por ese motivo. Al parecer, él y Sandra estaban algo dolidos porque Marcos hacía demasiado caso a sus nuevas amistades.

—A lo mejor ellos sí saben algo…

—se percibe un halo de esperanza en la voz de Diego.

Se nota que los padres de Raúl también quieren mucho a Marcos y que desean, tanto como todos cuantos le conocían, que la pesadilla actual se deshaga y todo vuelva, de repente, a la normalidad. Lamentablemente, eso ya nunca va a poder ocurrir.

Era el segundo año que le daba clase a Marcos y nunca habíamos tenido ningún problema. Al revés. Me hacía gracia su pose chulesca y él pillaba mejor que el resto mi peculiar sentido

del humor. ¿Que por qué no me di cuenta de que algo iba mal? Pues, la verdad, ni idea.

En mi caso, Santi, me temo que no puedo aportar grandes dramas con los que esconder mi parte de culpa en esta historia. Si es que la tengo, claro, que eso tampoco es evidente. Ni se me ha muerto nadie, ni me estoy divorciando, ni hay nada mínimamente truculento o frustrante en mi vida. Al menos, ahora mismo. Lo he tenido, claro, pero llevo unos cuantos años siendo moderadamente feliz. Incluso, a ratos, obscenamente feliz.

Vivo con mi pareja, Ana, y nos

llevamos bien. Nos odiamos de vez en cuando, desde luego, pero sólo lo justo. Luego nos reconciliamos haciendo el amor y hablando de cosas que, en el fondo, no son tan importantes. Ella es el motor de la relación y yo le pongo ganas, entusiasmo y paciencia. Si los dos tuviéramos su carácter, descarrilaríamos al primer choque. Ella manda, dispone, organiza, prevé y hasta me cuida. No se trata de un rol maternal —me da grima Edipo y toda su movida—, sino de una alianza bien equilibrada. Ana necesita alguien que sepa calmarla en sus arrebatos de furia —mi repertorio de caricias es infalible— y yo necesito a

alguien que tire de mí y me sacuda la pereza que me domina.

Como no tengo ningún drama personal a mis espaldas, no sé cómo puedo explicar por qué no me di cuenta de que uno de mis alumnos favoritos iba a asesinar a su padre y a dejar medio muerto a uno de sus hermanos. Eso sí, el lunes del incidente en la cafetería me quedé sorprendido. No sé, nunca le había visto fuera de sí. Con tanta rabia. Yo estaba tomando algo. Tanteando al personal, viendo quiénes de mis compañeros del año anterior repetían y quiénes habían llegado nuevos. De mi grupo del curso anterior no se había

quedado nadie, así que me tocaba volver a tejer una red social cómoda para, por lo menos, poder tomar café en los recreos. Me fijé en Álvaro, cómo no, y en cómo se comía con los ojos a Dani, el camarero. Un tiarrón, la verdad, con unas espaldas inmensas y cara de chulo de película ochentera. Algo anacrónico, a su modo. A mí me gustaba más la camarera del año pasado, una mulata dominicana simpática y guapísima que nos tenía a todos enamorados. Su novio era todavía más grande y más cachas que Dani, así que nadie se atrevió jamás a cortejarla, pero no nos faltaron ganas, porque era una belleza.

A ver, que me desvío. El caso es que Marcos apareció pidiendo una cocacola. Dani le dijo que esperase su turno (una chorrada, porque en esa jauría humana no hay nada que se parezca a un turno) y Marcos volvió a gritar. Gritaba una cocacola como si gritara otra cosa, pero a mí se me escapaba el porqué. Sí que es cierto que lo miraba como si lo odiara, pero Dani no reaccionaba. Luego le pregunté y me dijo que no había visto a aquel chico en su vida, así que no sabía por qué se había puesto de esa manera. El caso es que de los gritos pasaron a los gestos. Marcos se lanzó sobre la barra y cogió a Dani de la

camiseta. Claro, a Dani le bastó un manotazo para quitarse al chico de encima, como si no fuera más que una mosca. Marcos volvió a levantarse e intentó ir de nuevo a por él, pero en ese momento entró la jefa de estudios, y sus compañeros, viendo que se podía armar una buena, lo sujetaron. No sé, no tengo ni idea de qué relación tiene esto con lo que pasó después, pero sí que es verdad que ocurrió algo extraño esa mañana. Algo que siguen sin explicar. Porque Dani insiste en que no piensa hablar más del tema y en que ya está todo dicho. Que Marcos le faltó al respeto y él se defendió. También lo entiendo, todo esto

le ha venido fatal y él necesita el curro. Está pluriempleado, me parece.

Con Dani no era posible hablar. Ni siquiera quería prestarse, como sí hizo el director del centro, a una sucinta entrevista para resumir lo ocurrido. «No tengo nada que decir. No conocía a ese chico y esa bronca no fue ni mejor ni peor que las que provocan otros alumnos» y zanjó la cuestión así de rápido. En ese punto, la jefa de estudios no duda en darle la razón. «Incidentes como ése ocurren a decenas cada mes. No teníamos por qué preocupamos por

ello. Con una sanción firme, bastaba. Es más, no suelen ser castigos muy duros. Este tipo de asuntos se saldan con un discurso más o menos amenazante y poco más». Álvaro, que también estaba allí cuando ocurrió, ratifica la versión de Álex.

Los amigos de Marcos tampoco entendieron qué pudo pasar. «Estaba muy nervioso, como raro», me cuenta Sandra. «No sé si le ocurría algo. Esa semana casi no nos contaba nada. Andaba como ido». Profesores y compañeros coinciden en esa apatía como uno de los rasgos que caracterizaban a Marcos antes de la

agresión. ¿Pero cómo pudo transformarse esa desidia absoluta en un arrebato de ira tan terrible? ¿Tendrían algo que ver en ese cambio las nuevas amistades de las que me hablaron los padres de Raúl? Las piezas parecían multiplicarse, pero seguían sin encajar.

Su siguiente expulsión no la presencié más que de forma indirecta. Y, por segunda vez, tampoco lo entendí, para qué negarlo. Marcos nunca había amenazado a un compañero y, mucho menos, a un profesor. ¿Por qué se había enfrentado a aquella compañera mía

delante de toda su clase? ¿Cómo había llegado al extremo de agredirla? No me cuadraba… Además, él no da el perfil de tío violento, para nada. Marcos es el simpático, el ligón, el caradura, el chulo. Todo eso sí; pero el salvaje, no. Al menos, hasta este curso. Su hermano pequeño, Adolfo, es otra cosa, el tío está enorme para su edad y se aprovecha de eso para darle caña a más de uno. No te imaginas los líos en que se mete… Aquí, en el *tuto*, cuando las cosas se ponían feas, Marcos se encargaba de sacarles las castañas del fuego a sus dos hermanos. Tampoco tenía que hacer gran cosa, su prestigio bastaba para que

nadie se atreviese a tocarles. Como ves, esto tiene un poco del Far West, Santi. No sé si lo has notado.

El jueves, cuando Marcos vino con su padre para reunirse con Gerardo y con Sonia, yo estaba en dirección, en una de mis horas de colaboración con el centro. Esas horas son una gilipollez, una forma de justificar el sueldo y mantener a los profesores atados al tajo durante más tiempo del que deberíamos. Como todo el mundo se queja de que tenemos pocas horas de docencia, se nos suman estas tonterías. Que si biblioteca, que si guardia de no sé qué, que si colaboración con el centro. Hago, sobre

todo, trabajo administrativo una hora a la semana sin cobrar un euro por ello. Es más barato tener profesores haciendo eso que contratar a alguien más para la secretaría.

Yo andaba rellenando impresos, o poniendo sellos, lamiendo sobres, o haciendo cualquier mamonada por el estilo cuando llegó Roberto con su hijo. Lo conocía del año pasado, de cuando fuimos al entierro de Ángela. Qué putada. Sus hijos se quedaron hechos una mierda. Y ya te digo que no son malos chicos. O no eran malos chicos, no sé. Roberto venía con una cara tristísima, casi más fúnebre que en el

entierro y, cuando pasó a su despacho, Gerardo me pidió que me largara y que avisara a Sonia para que les acompañara durante la reunión. Seguí haciendo lo que quisiera que estuviera haciendo en la sala de al lado y, aunque no del todo, sí que pude oír algo de lo que hablaban. Sólo me enteré de cosas sueltas, pero lo que estaba claro es que entre Marcos y su padre había algún tipo de problema. Era normal que estuviera enfadado con su hijo después de lo que había hecho, pero lo lógico es que Marcos se callara y asumiera la bronca. En eso los adolescentes son muy legales. Ellos se rebelan, porque es su

obligación (si no se rebelan a los quince, ¿cuándo cojones van a hacerlo?), pero luego afrontan las consecuencias. En eso me da pena no ser ya adolescente. Yo ahora me escaqueo rápido. En cuanto puedo. No asumo una consecuencia ni de casualidad.

La reunión duró casi una hora. Llena de gritos, de reproches. De tú, de yo, de más tú y de más yo. Ni un dato concreto, eso sí. No es que no quiera contarlos, es que no escuché nada que me aclarase qué les pasaba. Sólo sé que Marcos estaba rabioso. Que culpaba a su padre de todo. Me resultaba insólito. Y muy infantil. No era propio de Marcos.

Claro, que tampoco es propio de él machacar la cabeza de alguien con una máquina de escribir… A veces creemos conocerlos y no tenemos ni idea de cómo son. En realidad, los profesores y los padres no tenemos ni puta idea de nada.

Marcos aguantó cuanto pudo, pero al final lloró. Sonia intentó calmarlo sin mucho éxito mientras Gerardo seguía increpándolo. El padre salió entre tanto a fumar un agarro. Le dije que no se podía fumar en el centro y me mató con la mirada. Los padres también tienen lo suyo. Deberían damos un plus por aguantarlos. Tiró el cigarro —le faltó

poco para lanzármelo a la cara— y se fue al patio a encenderse otro. Allí tampoco se puede fumar, pero le importaba una mierda. Yo no tenía ganas de bronca, así que me quedé donde estaba. «¿Nos traes un vaso de agua?», me pidió el director. Y eso hice, pedirle a Dani —que estaba ligando con Álvaro, por cierto— un vaso de agua. Entré para dárselo y me encontré con Marcos totalmente hundido, ya calmado, pero con una mirada tan triste y tan herida como cuando murió su madre. Exactamente igual. A lo mejor sigue en *shock* postraumático, pensé, pero —como ya he dicho— no soy psicólogo, ni

pedagogo, ni nada de lo que se supone que somos los profesores. Yo sé hablar inglés y sé hacer que mis alumnos finjan que hablan inglés, pero de psicología, cero.

Vuelvo a salirme del tema, ya lo sé, pero es difícil ajustarse a los hechos. Como cuando pido una redacción de trescientas palabras sobre un tema cualquiera. El tema es siempre una chorrada. El peor de todos: las vacaciones. Cuando era alumno, odiaba escribir una redacción en inglés sobre las vacaciones cada mes de septiembre. Ahora odio corregirlas. Es lo malo de este curro, que no salimos nunca del

colegio, atravesamos la misma etapa indefinidamente. Hasta volvemos locos. Como Eduardo, el psicópata ese de la pornografía infantil, que parecía tan normal y era un sádico y un violador en potencia. O como Marcos, que a saber por qué narices hizo lo que hizo.

Cogió el vaso de agua sin mirarme. Luego me fui de allí y entró su padre otra vez. Desde ese momento sólo hablaron Sonia y Gerardo. Nadie más. Ni Roberto ni Marcos dijeron una sola palabra. Salieron a los diez minutos. Marcos iba cabizbajo, dando patadas a todo, aún enrabietado. Su padre le seguía a unos pasos mientras se

encendía otro cigarro. No dije nada. Me agota poner normas y límites a los demás. «Yo no soy un poli, chicos, no tengo alma de madero», les digo a mis alumnos. Es mi segunda frase el día de la presentación. Con dos frases —dos solemnes tonterías— me los gano a los quince minutos. Este trabajo tiene algo de *showman*; sólo hay que fingir, inventarse un personaje y mantenerlo. Cuanto menos te implicas, mejor te va. Y así, a veces, hasta aprenden algo.

Hoy, en el recreo, no ha venido ninguno de los alumnos. Sólo aparece

Ahmed, que acaba de recibir un parte de uno de sus profesores.

—¿Y esto? —me intereso.

—Nada. —Oculta el papel avergonzado y me dice que si no va a venir nadie más, mejor se larga.

—¿Otra vez Adrián?

—Es un capullo… —Está deseando contárselo a alguien, así que no me cuesta hacerle hablar—. Un gilipollas que lleva desde que empezó el curso dándome la brasa. Hoy se ha pasado tres pueblos y ha puesto «moro de mierda» en la pizarra. No lo había firmado, claro, pero yo sé que ha sido él. Conozco su letra… Ha entrado en clase

Carmen, la de religión, y como nos ha visto en el suelo, me ha llevado a Jefatura.

—¿Sólo a ti?

—Según ella, me paso el día montando bronca… —Arruga el parte que le han entregado con furia. Lo rompería gustoso si pudiese hacerlo—. A ver quién convence a mi padre de que no ha sido culpa mía. De ésta me llevo un mes sin móvil. Como poco.

Le digo que se vaya para que pueda aprovechar los diez minutos que aún le quedan de recreo, sale tras meter el parte en la mochila y yo me quedo solo y pensativo en el aula. No me gusta nada

lo que oigo y tampoco tengo muy claro si debo intervenir de alguna forma. Al menos, me consuelo, ponerlo por escrito será un modo, aunque indirecto, de denunciar ciertas rutinas que parecen más habituales de lo que me gustaría creer.

Extrañado por la ausencia de los demás alumnos, decido llamar a los padres de algunos de ellos. Pruebo suerte con Laura, que me cuenta que Sandra y Raúl han decidido no colaborar más. Se disculpa en nombre de ambos y me explica que Sandra ha tenido un ataque de ansiedad a causa de toda la tensión acumulada tras el terrible

suceso. Ni ella ni su chico —al fin me confirman lo que parecía evidente: Raúl y ella están saliendo— se sienten con fuerzas para seguir hablando, y sus padres —y en ese momento siento que ella habla en nombre de los cuatro— prefieren que les deje un poquito de aire.

—Queremos ayudar a Marcos, Santiago. De verdad… Ya nos oíste ayer… Pero no a costa de la salud de nuestros hijos. Son demasiado jóvenes para afrontar todo esto…

Lo entiendo. De verdad que sí. Estoy dispuesto a conformarme con lo que me han dicho hasta ahora con tal de evitar

males mayores. No puedo forzarles a compartir conmigo algo que les hace tanto daño, algo que —como parece evidente— no han sido capaces aún de procesar. Ni ellos. Ni sus padres. Ni sus profesores. Toda una comunidad educativa que sigue preguntándose dónde están los límites que separan la normalidad de la locura. La calma de la tempestad.

—A cambio, me gustaría que vieras algo…

—Dime.

—¿El lunes a las cinco? ¿En el Café Comercial?

Accedo sin dudarlo. No sé qué

tendrá que enseñarme, pero dudo que Laura vaya a hacerme perder el tiempo.

De aquella semana no puedo contar nada más. O por lo menos, nada nuevo. Sólo hay un detalle que creo que todo el mundo pasa por alto y que a mí, no sé, a mí sí que me llama la atención.

Durante el curso pasado todos nos dimos cuenta de que pasaba algo entre Sandra y Marcos. En el fondo, es el tipo de cotilleos de los que hablamos en la sala de profes. Que si A se ha enrollado con B o si B le ha puesto los cuernos a A. Somos humanos, así que los alumnos

tampoco se libran de ser carne de rumor. El curso anterior todos veíamos con claridad que había algo más que una amistad entre ellos. Incluso llegaron a darse algún morreo en los pasillos. Hubo quien protestó en algún claustro, que si esto es un lugar de estudio, que si se han perdido las formas, que si dónde vamos a ir a parar. Son profesores anteriores al año cero, es decir, anteriores a la era Tuenti, gente que se piensa que sigue dando clase en los ochenta y a los que estos adolescentes les parecen poco menos que marcianos. Que se sienten en los pasillos, enseñen los tangas o se morreen en sus narices es

como si les vomitaran en el último reducto de urbanidad que esos profesores anteriores a la última glaciación exigen, así que este tipo de conductas naturales hasta se debaten en los claustros y dan lugar a polémicas tan estériles como divertidas.

Marcos y Sandra tampoco se excedían; en realidad, sólo los vi morrearse una vez, o puede que dos, pero era innegable que estaban viviendo su particular historia de amor adolescente. Los amores adolescentes, como ha ocurrido siempre, se acaban cuando se acaba el curso. En esto, la generación Tuenti es tan anodina y

previsible como lo hemos sido sus predecesores. Llega el verano, las vacaciones, el viaje con los padres, si hay suerte la escapada con los amigos y, en resumen, un sinfín de excusas para olvidar al novio o al rollo que hayan tenido hasta junio y la ocasión de probar nuevas bocas y nuevos cuerpos. Les entiendo, vaya si les entiendo. A mí la fidelidad me parece un coñazo, aunque la practique, qué remedio… Pero a su edad es diferente. Más rápido. Un asco, eso sí, porque el placer es torpe, las relaciones se hacen cansinas y el entorno pesa con sus límites y sus vigilancias, pero, por lo demás, hay algo

de espontaneidad en ese ir y venir de primeros novios y, sobre todo, una cierta euforia contagiosa.

Por todo eso, el hecho de que Sandra y Marcos no siguieran juntos en septiembre entraba dentro de lo previsible, hasta de lo natural. Pero lo que ya no parecía tan fácil de entender es que ahora no fueran dos, sino tres. Marcos, Sandra y Raúl, un chico más bien apocado y delgadito (nunca he entendido el éxito entre las tías de los enclenques) al que Sandra había escogido como nueva pareja. Que ella, voluptuosa y sensual hasta niveles casi insanos, hubiera cambiado la

corpulencia de Marcos por aquel saco de huesos disfrazado de alternativo ya era un misterio en sí mismo, pero que Marcos no se separase de ellos, me lo parecía aún más. En plena semana de ataque de furia, de rebelión contra todo y contra todos, me resultaba increíble que no se produjese ni el más mínimo enfrentamiento entre Marcos y aquel tipejo que le había robado a su chica. Al revés, no se separaban ni un momento y parecían un trío de amigos más que consumado. Sorprendente e ilógico.

En septiembre son habituales las peleas en el patio por los rollos perdidos durante el verano. En mi

primer año casi me parten la cara entre dos tiarrones de diecisiete que descubrieron que habían salido en vacaciones con la misma chica. Uno en julio y otro en agosto. La chica, desde luego, se había organizado con un espíritu equilibrado y matemático. Casi salomónico. Pero los pretendientes no lo vieron así y se propinaron una buena paliza que me costó lo mío detener.

Claro que lo de Marcos es excepcional, pero la violencia —en mayores o menores dosis— forma parte de la convivencia escolar en cualquier instituto. Chavales que se apuñalan, o que se tiran unas tijeras en la clase de

tecnología, o que le clavan la grapadora en la mano a un compañero, o que pasan droga en la hora del recreo obligados por sus padres o a espaldas de ellos, qué más da. Pretendemos no verlo, porque es cansado luchar contra ello y porque, a su manera, los patrones que sustentan esas conductas son también los nuestros, así que entraríamos en un debate demasiado complejo y a lo mejor, en vez de vigilar a los que se morrean en los pasillos, tendríamos que reflexionar sobre la esencia de la educación y el papel que la sociedad ha de desempeñar en esa tarea. Es más sencillo dejar que se den unas cuantas

hostias en el patio, separarlos cuando pasan a mayores, avisar a los padres y conformarse con que reciban otras hostias más en casa. Un prodigio educativo de principio a fin.

Raúl no le habría aguantado ni medio asalto a Marcos, pero jamás tuvimos que preocupamos por su integridad. Es más, él y Sandra son quienes peor lo están pasando con este tema. Sé que todo esto no es más que una pequeñez, pero tal vez merezca la pena comentarlo. No sé, no creo que a Sandra y a Raúl les importe que lo haga. Están más que orgullosos de su nueva relación y presumen —con morreos

incluidos— de ella por todo el centro. Desde que encerraron a Marcos se les ve más unidos —y también más tristes— que nunca. Supongo que seguirán así, al menos, hasta junio. Luego, cuando llegue el verano, ya veremos qué pasa.

Lo que parecía una simple anécdota fue, sin embargo, un punto de partida mucho más interesante de lo que Álex había previsto. Su comentario se correspondía, además, con lo que yo había ido observando en mis conversaciones con los chicos. De algún modo, confiaba en que Laura me hubiera

llamado para mostrarme algo que nos permitiese entender mejor ese insólito haz de relaciones; pero para ello tendría que esperar, al menos, unos días más.

En cuanto a mi escueta conversación con Gerardo, el director del instituto, me limitaré a transcribirla tal y como tuvo lugar. Me convocó en su despacho el viernes 23 de octubre y se mantuvo firmemente apegado, en todo momento, a la versión oficial de los hechos. Pocos datos añadió que resultaran relevantes, salvo algún comentario que, por casualidad o por culpa del cansancio, se salió de un guión bien aprendido.

P. El pasado jueves 17 de septiembre mantuvo usted una reunión con Marcos, el padre de éste y la jefa de estudios del centro. ¿Me podría contar cómo transcurrió aquel encuentro?

R. Con absoluta normalidad. Había que sancionar a Marcos por su mala conducta en clase y contamos con la cooperación del padre desde el primer momento.

P. ¿Lo conocía?

R. Por supuesto que sí. Marcos lleva cuatro años en nuestro centro y su hermano mayor, Ignacio, cursó con nosotros toda la Secundaria y el Bachillerato. Fue uno de los mejores

alumnos que hemos tenido, así que naturalmente que conocía a su padre, especialmente tras la trágica muerte de su mujer. Aquello afectó a los cuatro hermanos profundamente.

P. ¿Consiguieron que Marcos les explicara por qué había reaccionado de aquel modo tan violento?

R. Prácticamente no habló. De todas formas, no voy a reproducir sus palabras. Me parece que, desde el punto de vista ético, sería completamente erróneo.

P. ¿Intentó, al menos, razonar ante ustedes el porqué de su actitud?

R. No se trataba de buscar el porqué

de una agresión a una profesora, sino de hacerle entender que aquello no podía repetirse. Estábamos muy preocupados, especialmente el padre.

P. ¿Había más motivos para preocuparse?

R. ¿No le parecen ya suficientes?

P. Por supuesto, pero parece que usted apuntaba en otra dirección.

R. A estas edades hay muchas razones que hacen que padres y profesores nos preocupemos por los alumnos. Marcos había vivido una experiencia traumática y eso le había hecho volcarse mucho en sus amigos. Lógicamente, a su padre le preocupaba

que esos amigos no siempre fueran los mejores.

P. ¿Por algún motivo en concreto?

R. No hablamos de eso en la reunión. Yo no trato de sustituir a los padres en su tarea. Simplemente ejerzo de puente de comunicación entre ellos y sus hijos.

P. ¿Puedo deducir que Marcos había cambiado de amistades recientemente?

R. Marcos era muy popular. Se relacionaba con todo el mundo. Dentro del centro, desde luego, no vimos nada que nos llamase la atención.

P. ¿Y fuera?

R. Eso a mí no me incumbe. Mi

labor termina en los muros del instituto.

P. ¿Percibió durante ese tiempo algo especial en la relación entre Marcos y su padre? ¿Algo a lo que le diera significado cuando se enteró de lo que había ocurrido el domingo siguiente?

R. Nada en absoluto. Su relación era difícil desde mucho antes de que falleciese su madre. Marcos tenía debilidad por ella, pero eso tampoco es algo excepcional. En todas las familias hay favoritismos. Los hijos no nos quieren a todos por igual.

R ¿Nada más?

R. Si se refiere a algo que hiciera pensar en un asesinato como el que se

cometió, rotundamente, no. Es cierto que Roberto era un padre muy estricto y de profundas convicciones morales y religiosas, pero también era un hombre muy inteligente. Sus hijos tenían una buena relación con él. Ignacio lo adoraba, y tanto Sergio como Adolfo han hablado siempre bien de su padre. En cuanto a Marcos, se trata de un adolescente que tolera mal las normas, así que es natural que hubiera enfrentamientos de vez en cuando. Pero de ahí a… De ahí a lo que ocurrió, no. No noté nada.

P. ¿Qué tipo de sanción le impusieron?

R. Su falta había sido muy grave… No olvide que agredió en mitad de la clase a una de sus profesoras. Por tanto, estábamos obligados a expulsarle del centro durante, al menos, cinco días. Acordamos con Roberto que el castigo se haría efectivo la semana siguiente, de modo que Marcos no asistiese al instituto desde el lunes 21 hasta el viernes 25.

P. ¿Obligados? ¿No son libres para fijar sus propias sanciones?

R. En cada centro escolar existe un Reglamento del Régimen Interno que ha de respetarse con absoluto rigor. Si pretende insinuar que desde esta

Dirección se toman decisiones arbitrarías en cuanto a la disciplina de los chicos, está usted cayendo en un gravísimo error.

P. ¿Le gustaría añadir algo más?

R. Sólo querría que sus lectores no se llevasen una idea equivocada de nuestro centro y, en general, de nuestro trabajo como educadores. Soy profesor desde hace más de veinte años y dirijo el IES Rubén Darío desde hace ocho; he visto todo tipo de profesionales y vivido toda clase de situaciones, aunque ninguna ha sido tan trágica y horrible como ésta. Sin embargo, creo que sus lectores deben mirar los textos de mis

compañeros con perspectiva: no son más que visiones subjetivas de personas profundamente afectadas por un hecho que ha cambiado la vida del centro más de lo que nos gustaría admitir. En mi modesta opinión, creo que han confundido su invitación con el diván de un psicoanalista, así que no estoy seguro de que ese enfoque sea el más adecuado para abordar una cuestión como ésta. En cualquier caso, sí me gustaría insistir en que sus declaraciones son individuales y no están sustentadas ni apoyadas por el centro como institución. Asimismo, me gustaría aclarar que desde el IES Rubén Darío se hizo todo lo posible por

controlar la situación y que el esfuerzo, el trabajo y la dedicación de nuestro personal son, en todo punto, impecables.

Aunque su última intervención me resulta demasiado extensa, estudiada y propagandística, me parece justo incluirla sin cambiar ninguna palabra. A fin de cuentas, el mero hecho de no oponerse a mi investigación ya constituye un acto de buena voluntad por su parte, así que me veo obligado a responderle del mismo modo. En cuanto a las palabras de Gerardo, Álex no duda en hacerme una matización:

—Tuvieron que hablar de las compañías —me asegura mientras nos tomamos una cerveza en un bar próximo al instituto. Tras mi tensa entrevista con el director, necesito un poco de aire fresco—. Sé que ese tema les preocupaba especialmente a los dos, a su padre y a Gerardo. Te miente cuando dice que no le interesaban las amistades de Marcos fuera del centro escolar.

—¿Y tú sabes algo de todo eso? —Álex hace memoria mientras pedimos otra ronda. Tengo que confesar que me siento a gusto charlando con él. Es más fácil de tratar que Álvaro y no percibo la tensión sexual casi intimidatoria que

me provoca Gema. En el fondo, siento que el de inglés y yo tenemos bastantes cosas en común.

—No sé, Santi… Lo único que puedo decirte es que ese mismo jueves, en el recreo, me fijé en que Marcos estaba hablando con alguien en la acera del instituto. Los de Bachillerato pueden salir del patio, así que con cierta frecuencia se ven con gente de fuera. No conocía a aquel tipo, casi tan alto como él y, seguramente, algo mayor. Iba todo de negro, con una camiseta negra idéntica a la que llevaba Marcos, una con un dibujo de un payaso asesino o algo así, como si fuera un personaje de

cómic. Por razones que a mí se me escapan, la de religión, que tenía guardia de patio esa mañana, fue corriendo a avisar a Gerardo, que no tardó en presentarse allí y meter a Marcos de nuevo en el centro. Aquélla fue una situación incómoda y fuera de lugar. El chico desapareció sin que me diera tiempo a verle bien la cara y mis compañeros fingieron no haberse enterado.

Le invito a otra ronda más y caigo en la cuenta de que necesito encontrar, cuanto antes, al dueño de esa camiseta. Sospecho —y creo que no me equivoco — que ese desconocido personaje ha

jugado un papel fundamental en esta macabra historia.

Viernes

Mayte T. E, orientadora del centro desde el día 1 de septiembre de este curso. Apenas tuvo tiempo de conocer a Marcos, ya que sólo coincidió con él una semana. Sin embargo, Sonia me insiste en que hable con ella.

—Seguro que te puede dar algún dato relevante… Y, al menos, te servirá para entender cómo funciona esto.

Acudo a mi cita sin demasiado entusiasmo, pero después de toda la ayuda que me ha prestado Sonia, no puedo llevarle la contraria en esta ocasión. Tengo una fe enorme en su

juicio profesional, aunque dudo de que Mayte, que tuvo tan escasa relación con Marcos, pueda decirme algo interesante sobre su caso. O sobre su familia. O sobre ese entorno de nuevas amistades —¿quién será ese individuo de la camiseta negra?— que, definitivamente, sí tuvo que influir en el crimen cometido. Confío en que mi reunión de la tarde con Laura, la madre de Raúl, sea más provechosa, de modo que me compense la previsible pérdida de tiempo que me aguarda hoy en el Departamento de Orientación.

Al llegar al Darío me sorprende la cantidad de medios que se agolpan en su

puerta. El director pide a los fotógrafos que se alejen y los alumnos mayores se enfrentan a los periodistas que les agobian con grabadoras y micrófonos. Me abro paso entre ellos y me voy directamente al despacho de Sonia para que me ponga al tanto de lo que está ocurriendo. La encuentro exhausta. Derrumbada. Le tiemblan las manos y ni siquiera es capaz de resumirme lo que sucede.

—Léelo tú mismo.

Me invita a sentarme frente a su ordenador, donde las portadas de todos los diarios digitales coinciden en un mismo titular: el hallazgo, durante la

madrugada del domingo 25 de octubre, del cadáver de Bárbara S. G., una de las adolescentes que había sido filmada y, presuntamente, violada por Eduardo C. L. Al parecer, la joven se ha suicidado tirándose desde la terraza del séptimo piso donde vivía. Según se afirmaba en los medios, Bárbara había sido alumna del Darío durante el curso anterior y, en el mes de abril, pidió a sus padres que la cambiasen de centro, aunque jamás les confesó el auténtico motivo por el que deseaba marcharse. A pesar del traslado, el supuesto pederasta no cesó en su acoso cibernético, sometiendo a su antigua alumna a nuevas y continuas

vejaciones y exigiéndole cada vez vídeos de mayor contenido sexual.

—Lo siento.

—No puedo más, Santiago… No puedo más.

Se abraza a mí y, aunque nunca se me ha dado bien consolar a los demás, dejo que llore en mi hombro durante unos minutos. Siento que acaba de romperse y sólo espero que, tras ese llanto profundo y desgarrador, sea capaz de reconstruirse. Sus alumnos la necesitan. Ahora más que nunca.

—Anda, vete ya. Mayte tiene que estar esperándote…

En efecto, me encuentro con la

orientadora en su despacho y me llama la atención que disponga de un espacio tan grande para ella sola.

—No es bueno, no te creas… Hasta el año pasado había tres orientadores en este centro. Ahora, con la crisis, han pensado que sobra con una sola plaza. Por eso tengo tanto sitio para poner mis cosas… Lo que no tengo es tiempo para atender todos los problemas que aquí se me presentan.

El Darío está demasiado revuelto esta mañana —Paco, el conserje, intenta impedir con la ayuda del profesor de Educación Física el acceso de los fotógrafos a los pasillos del instituto—,

así que me meto directamente en el coche y me voy a mi apartamento buscando algo de calma, dispuesto a leer el texto que Mayte acaba de entregarme en un cd. Además, necesito pensar en cuál va a ser mi siguiente movimiento ahora que ya dispongo de todo el material para mi libro, una obra en la que —para disgusto de mi editora — cada vez hay más preguntas y menos respuestas.

Para mi sorpresa, el documento de Mayte —que yo esperaba que fuera trivial e intrascendente— me obliga a replantearme todo mi trabajo. Y marca —de forma nítida y rotunda— qué debo

hacer ahora. Me da rabia no haber caído en la cuenta antes, pero al menos, aún estoy a tiempo de reaccionar. Dispongo de un mes más antes de que expire el plazo para entregar el manuscrito. Un mes en el que, seamos optimistas, tal vez pueda acercarme a la verdad que unos y otros han querido ocultarme.

Llegué al Darío huyendo del IES Espronceda, mi centro anterior. Se trataba de un instituto bastante conflictivo controlado por un ejército de dinosaurios que habían elegido aquel destino por el simple hecho de que se

encontraba cerca de sus domicilios. Prácticamente nadie estaba a gusto con el alumnado —en su mayoría, inmigrantes recién llegados al país que apenas hablaban castellano—, pero los miembros del claustro tampoco pretendían cambiar ni mejorar la situación de esos chicos. Su única obsesión era tenerlos controlados y conseguir que no les molestasen, así que los expulsaban día sí y día también con la esperanza de desanimarlos para que acabasen abandonando las aulas definitivamente.

En centros tan difíciles como el Espronceda la indisciplina suele tener

dos causas principales: por un lado, el entorno familiar, pues los padres están demasiado sobrepasados por la precariedad de su situación económica y profesional como para involucrarse en la educación de sus hijos; por otra, el elevadísimo nivel de fracaso escolar, ya que los chicos no son capaces de entender prácticamente nada y se encuentran con profesores poco dispuestos a ayudarles en esa tarea. Claro que también hay centros muy implicados con estos alumnos, institutos en los que se pelea por la integración y se realizan toda suerte de adaptaciones curriculares. Pero, lamentable mente,

estos últimos son una minoría. Para qué negarlo.

En mi caso, aterricé en el Espronceda porque deseaba afrontar ese tipo de situaciones. Necesitaba ponerme a prueba y demostrarme que mi labor como orientadora podía ser realmente útil ante un alumnado así. Sin embargo, mi problema jamás fueron los chicos —al revés, agradecían con enorme cariño cualquier muestra de interés por mi parte—, sino mis compañeros. En cuanto llegué allí me di de bruces con un claustro que no estaba dispuesto a permitir ninguna injerencia por parte del departamento de Orientación. Ellos no

querían salvar a los chicos de su fracaso, sino perpetuarlos en él para que abandonasen el centro cuanto antes. La consigna era destruir su autoestima hasta que se marchasen y dejasen de molestarles, quedándose sólo con los alumnos más tranquilos y llevaderos. Mi trabajo, sin embargo, consistía en todo lo contrario, así que el resultado de esa enorme tensión fue un año de intenso *mobbing* que me hizo pedir mi actual comisión de servicio en el Darío.

Supuse que me vendría bien un año en un centro más tranquilo, con un entorno sociofamiliar de clase media y en el que, por tanto, los padres sí que

intervendrían de modo más activo en la formación de sus hijos. Lo que no suponía es que ese instituto aparentemente tranquilo escondía una bomba de relojería entre sus paredes. Admito, eso sí, que sospeché que podía suceder algo…, pero nunca imaginé que pudiese ser tan terrible como lo que finalmente ocurrió.

Me incorporé el mismo día 1 de septiembre, ansiosa por olvidar el curso anterior y con ganas de conocer a mis compañeros. Para mi decepción, sólo vi al nuevo de literatura —con el que pronto iba a tener que hablar sobre cierto alumno—, a la jefa de estudios —

que me cayó bien desde el primer segundo— y a Gerardo, un director que me recordó en exceso a los miembros del claustro del Espronceda. Se encargó de enseñarme mi departamento —la enorme sala donde trabajaría en la más absoluta soledad— y me convocó para una reunión a la semana siguiente. Era preciso que hablásemos de algo antes de que comenzase el curso, me insistió. No me quiso explicar de qué se trataba, así que acudí de nuevo el día 8 a su despacho, deseando saber cuál era ese tema tan importante que teníamos que tratar en privado. El tema, para mi sorpresa, era un alumno. Y se llamaba

Marcos.

Llego un cuarto de hora antes de lo previsto. No hay demasiada gente hoy en el Comercial, así que puedo escoger una de las mesas que dan a la calle y, mientras espero, me distraigo mirando a los transeúntes a través de las cristaleras. Necesito respirar durante unos minutos y distanciarme un poco de todo esto. El texto de Mayte me ha planteado más dudas de las que ya tenía y empiezo a sentir que, en cierto modo, nadie me ha dicho toda la verdad en este asunto. Parece que Marcos no era

solamente el líder popular del que todos hablan. Algo más tiene que haber en su historial como para que el director del centro convocase con tanta urgencia a la nueva orientadora para hablar de su caso. ¿Qué podía justificar esa reunión? ¿Quién más podía hallarse al tanto de todo eso?

Pienso en Sonia, que —como cualquier jefa de estudios— siempre está informada de cuanto sucede en el Darío. Y en Gema, que fue su tutora durante el curso anterior, de modo que también debió de disponer de mucha información al respecto. Y en sus amigos, que tuvieron que compartir con

él más de una confidencia comprometedora. Pienso en todos y me pregunto si no me habrán tomado el pelo entre unos y otros. Intento no flagelarme demasiado mientras los minutos siguen pasando. Laura debe estar al llegar.

Creí que Gerardo y yo hablaríamos a solas, pero, para mi sorpresa, había otro invitado más en aquella reunión.

—Mayte, éste es Roberto, el padre de tres de nuestros actuales alumnos.

Nos presentamos y, para romper el hielo, empezamos a hablar de trivialidades más o menos pertinentes.

El comienzo del curso, la vuelta a la rutina, la brevedad de las vacaciones… Me extrañó la ausencia de Sonia en aquella reunión. No convocar a la jefa de estudios constituía, cuando menos, un hecho insólito y, en cierto modo, irregular.

—Marcos, que este año cursará 1.º de Bachillerato, es un caso especial —me hizo saber Gerardo—. Por eso ha venido su padre, para ponerla sobre aviso.

—En efecto. Quiero que me tengan al tanto de todo cuanto haga mi hijo y, por supuesto, espero que se le sancione siempre que sea preciso. No podemos

tolerar que se repitan los incidentes del año pasado.

—¿Qué sucedió? —pregunté con toda naturalidad.

—Eso no viene al caso —me cortó Gerardo—. Todo lo que necesita saber es que Marcos atraviesa una situación delicada desde la muerte de su madre hace unos meses. Si acude a hablar con usted, póngase en contacto con nosotros inmediatamente.

Después de haber vivido un curso entero de *mobbing* brutal, ahora me encontraba con un centro donde se me exigía que transgrediese el secreto profesional, traicionando la confianza de

los alumnos y convirtiéndome en una espía de la directiva. No daba crédito, así que me limité a asentir a la vez que me prometía que, bajo ningún concepto, colaboraría con ninguno de ellos.

—Si ven algo, avísenme. Por favor.

—Descuide.

Roberto nos estrechó la mano y se fue de allí sin decir ni una palabra más. Gerardo tampoco lo hizo, tan sólo me dio una ficha con la foto de Marcos para que pudiese reconocerlo y me pidió que lo supervisara desde el primer día. Intenté que me contara cuál era ese incidente al que habían hecho alusión, pero se cerró en banda.

—Tenga cuidado con las habladurías y los rumores de sus colegas —me advirtió—. Hay mucha leyenda negra en este centro. Y demasiada gente ociosa también.

Salí de aquella reunión con más preguntas que respuestas, así que decidí llamar a Marcos a mi despacho en cuanto me fuera posible. Para que no resultara demasiado obvio, preparé unos cuestionarios que entregaría a los alumnos de Bachillerato durante los recreos. Como necesitaba que Marcos fuera uno de los primeros en hablar conmigo, deseché el criterio de ir curso por curso —él estaba en el E, lo que me

obligaba a entrevistar a ciento veinte alumnos antes— y opté por convocarles en grupos de diez por orden alfabético. Su oportuno Álvarez me permitió citarlo en mi despacho aquel viernes por la mañana. Y, como imagino que te será de utilidad, te adjunto una copia de la ficha que me rellenó.

Laura se retrasa. Empiezo a impacientarme cuando recibo un sms suyo en mi móvil. Está atrapada en un atasco, así que me pido otra cerveza y enciendo mi portátil. Navego por la red y me encuentro una y otra vez con la

noticia del suicidio de Bárbara. Junto a la crónica, fotos de la adolescente con sus familiares y amigos meses antes del fatal desenlace. Imágenes de una adolescente pletórica y llena de vida que me provocan un nudo en el estómago.

Tal vez alguien vio algo en ese profesor de inglés que pudiera ser sospechoso y, sin embargo, se callaron. Tal vez ese silencio ante la conducta de Eduardo fuera un acto de complicidad con su perversión. ¿No hice yo lo mismo el viernes pasado en el caso de Ahmed y de su (seguramente inmerecido) parte disciplinario? ¿No debería haberle

comentado a Sonia la desafortunada actitud de la profesora de religión hacia ese alumno? Por otro lado, tampoco sé si estoy sacándolo todo de quicio. Como me advirtió Álex, el instituto es un microcosmos que parece tener sus propias leyes y, cuanto más me interno en él, más difícil me resulta encontrar la frontera entre sus paredes y la realidad.

Por otro lado, no puedo dejar de pensar en ese incidente del curso pasado que Mayte menciona en su texto y al que Marcos también alude —de forma críptica— en la ficha que me ha escaneado la orientadora. ¿Qué pudo haber sucedido? Curiosamente, ese

episodio —del que nadie quiere darme una sola pista— tuvo lugar el mismo año que Eduardo estuvo trabajando en el Darío. El mismo año en que Bárbara, alumna de sus clases de inglés, acabaría cayendo en sus perversas redes. ¿No habrá una conexión entre todos esos sucesos aparentemente aislados? Cada vez estoy más convencido de que esa relación existe, pero necesito que alguien me dé alguna pista más para demostrarlo.

Entretanto, abro el archivo que me ha pasado Mayte y decido aprovechar el tiempo de espera releyendo la ficha de Marcos. A ver si soy capaz de encontrar

algo de utilidad en ella, aunque sea entre líneas.

- Nombre: Marcos Álvarez
- Curso: B1E
- Edad: 16

- **¿Has repetido alguna vez**?

No, aunque el año pasado estuve a punto.

- **¿Cuál es la asignatura que más te gusta**?

Este año, creo que lengua. Sólo llevamos cuatro clases, pero de momento no me

duermo… Debatimos mucho y hasta hemos escrito alguna cosa. Pero bueno, estamos empezando, así que ya veremos.

• **¿Cuál es la asignatura que menos te gusta**?

Hasta 4.º, la religión (lo mejor es que en Bachillerato ya no hay). Yo prefería hacer M. A. E., como todo el mundo, pero en mi casa son muy creyentes, así que se da por hecho que yo también tengo que serlo. Tampoco me entendía bien con Carmen, la profesora… No sé, yo el tema de Dios no lo veo

muy claro, la verdad. Soy más de Darwin.

• **¿Qué te gustaría estudiar en el futuro**?

Ni idea. Mi padre quería que hiciese ciencias, como mi hermano mayor, Ignacio. Pero yo me empeñé en coger el Bachillerato de Humanidades (a él le parece que estoy perdiendo el tiempo, claro) y ahora no sé muy bien por dónde tirar. Me gustaría hacer Historia, por ejemplo. O Periodismo. Ya veremos qué escojo al final (y qué me dejan escoger).

• **¿Te gusta leer? ¿Cuál es el último libro que has leído**?

Me gustan los cómics, las novelas de terror (Bram Stoker, Anne Rice, Lovecraft, todo eso) y ahora, por culpa del de literatura, me ha dado también por la poesía. Esta mañana Álvaro me ha prestado una antología del 27 que nos enseñó ayer en clase. Se la pedí porque me encantó un texto que nos leyó sobre los muros y las barreras y la adolescencia. (Me suena que el autor es Cernuda, pero no estoy seguro). Hasta esta semana

no sabía que hubiera poemas como ésos, la verdad. En los cursos anteriores, aparte de eso del rollo de los pastores de Garcilaso y del tío aquel pegado a una nariz gigantesca, no hemos comentado más que chorradas.

• **¿Cuál es la última película que has visto**?

Muchas. El cine es mi mayor pasión. Y la de mis amigos. La última fue *Al este del Edén*, que nos la recomendó el padre de Raúl (el tío es un cinéfilo), Diego, y nos la vimos en su dvd. Me quedé un poco raro después,

la verdad. Cal, el personaje que hacía James Dean, se me quedó grabado. Aún me da vueltas.

- **¿Y tu película favorita? ¿Por qué te gusta**?

Imposible… Hay tantas… Me gustó una antigua, de los noventa, que también nos descubrió Diego. Se llama *Memento* y es alucinante: un tío con una amnesia rarísima que tiene que descubrir un misterio de la leche. Y de las nuevas…, *El caballero oscuro*, que, por cierto, es del mismo director que *Memento*. El Joker de Heath

Ledger es brutal…

• **¿Cuántas horas dedicas a la televisión**?

Ahora, casi nada… Una hora, como mucho. Pero sólo puedo ver «programas autorizados», vamos, lo que mi padre decide que sí se puede ver. Antes, cuando todavía vivía mi madre, me veía muchas series —algunas, con ella— y también me las descargaba en el ordenador y eso.

• **¿Cuántas horas dedicas diariamente a navegar por Internet**?

Desde lo del curso pasado, ninguna. No puedo usar el ordenador para nada. Antes había uno en mi cuarto, pero con toda la movida aquella, se deshicieron de él y ahora sólo está el de la habitación de Ignacio (mi hermano mayor), al que no puedo acercarme ni de broma. A cambio, mi padre me ha sacado del trastero una máquina de escribir para que pase a limpio mis trabajos. Es como viajar a la prehistoria, más o menos.

- **¿Qué tipo de actividades y**

tareas te resultan más sencillas? ¿Por qué?

Las físicas, porque llevo entrenando desde que era un crío. Me gusta el taekwondo y soy muy bueno compitiendo, la verdad. Pero, como desde lo del curso pasado también se ha acabado ir al gimnasio, ahora me conformo con lo que hacemos en Educación Física, que, sobre todo, consiste en dar vueltas alrededor del instituto indefinidamente. Con eso y con no montar mucha bronca, se aprueba la asignatura sin

problemas. El profe, por cierto, suele estar en la cafetería mientras nosotros corremos. En el patio se ve que no está cómodo.

• **¿Se te dan bien los trabajos en grupo**?

Mucho. Me encantan. Así puedo ir a casa de Raúl o de Sandra a hacerlos. Y, de paso, ver alguna serie o alguna peli, claro. Eso es bueno.

• **¿Qué es lo que menos te gusta del instituto**?

Los exámenes. Y la sensación de estar vigilado todo

el tiempo. Desde lo de Eduardo, a mí no me dejan ni respirar. Ayer, por ejemplo, fue demencial la que organizaron en el patio.

Y todo porque vino a verme un amigo de fuera. No es justo.

• **¿Y lo que más**?

El recreo, claro. Y ver a los colegas. Y saber que estoy un montón de horas fuera de casa.

• **¿Qué valores son importantes para ti?**

La tolerancia. El respeto a los demás. El derecho a ser como te dé la gana, sin que nadie te censure ni opine sobre ello.

- **¿Alguna otra observación, idea o sugerencia que puedas aportar**?

Me gustaría que se hiciesen más excursiones y salidas fuera del instituto. Que ciertos profesores no nos leyeran el libro en clase (eso ya sé hacerlo yo solito). Ah, y que para rellenar estas encuestas se pudiera emplear el tiempo de alguna asignatura (total, para lo que sirven la mayoría…), porque hoy, entre esto y la reunión con el tutor, se me ha ido todo el recreo.

No me sorprendió la sinceridad de Marcos al responder el cuestionario. En realidad, basta con prestarles un poco de atención para que se abran por completo; lo que me llamó la atención era la cantidad de información que daba en cada línea y, sobre todo, los gritos de auxilio que se percibían en sus respuestas. Aquella ficha era un gigantesco S.O.S. que revelaba un problema grave de comunicación familiar. Nada que no se pudiese resolver empleando los medios adecuados, pero que, desde luego, aconsejaba una pronta intervención. No sabía si comentárselo a Gerardo —ya

que tanto interés había mostrado en ese caso—, así pensé que lo más sensato era meditarlo durante el fin de semana y tomar una decisión el lunes a primera hora de la mañana.

Eso —y aquí termina tanto mi informe como mi frustrada participación en esta historia— nunca fue posible.

No me extraña que la orientadora quisiera convocar a su padre a una reunión después de leer esa ficha. Mayte me asegura que estaba decidida a mantener una conversación con Roberto y con Marcos, una especie de cara a

cara que, lamentablemente, no pudo producirse.

—Aun así, resulta difícil de entender —me explica Mayte— que los hechos transcurrieran del modo en el que nos los han contado. Llevo varios años en esto y te puedo asegurar que en el cuestionario de Marcos no había un solo indicador de violencia. Se detectaba un problema obvio de convivencia, sí, pero nada que hiciese temer una reacción tan desproporcionada y, mucho menos, contra dos miembros de su familia. Eso es algo impensable, te lo aseguro.

No pongo en duda su juicio —a fin de cuentas, ella es la psicopedagoga— y

me limito a constatar dos hechos, de momento, irrefutables:

1. En efecto, el incidente protagonizado por Marcos durante el curso anterior tuvo que ver con Eduardo, el profesor arrestado recientemente por un supuesto delito de pederastia.

2. Álvaro no me ha dado toda la información de la que disponía. Según él, Marcos jamás le entregó un solo trabajo de clase (lo que se contradice con una de las afirmaciones del alumno, que comenta cuánto le motiva escribir para el nuevo profesor de literatura) y tampoco mencionó esa reunión que, curiosamente, tuvo lugar el viernes

anterior al domingo negro y en la que, al parecer, le entregó uno de los libros que se encontraron en la biblioteca personal de Marcos. Pero ¿qué interés puede tener Álvaro en ocultarme algo así?

—Vaya, qué ocupado te veo.

La voz de Laura me saca de mi ensimismamiento. La invito a sentarse y, como en un acto reflejo, cierro el archivo. Ya lo releeré en cuanto llegue a casa, de momento es mejor que me concentre en lo que mi nueva entrevistada pueda contarme.

—Veo que tienes aquí tu ordenador.

—¿Nos hará falta?

—En realidad, va a sernos bastante

útil… Teclea esta dirección en Internet, por favor.

Escribo la dirección que Laura ha anotado en su agenda y espero a que el wi-fi de mi portátil se digne a mostramos la página. Esta tarde la velocidad de descarga es inversamente proporcional a mi impaciencia.

—Antes de nada, Santiago…

—¿Sí? —Laura baja la pantalla de mi portátil, exigiéndome por un instante toda mi atención.

—Mira, quiero que sepas que no estoy muy segura de lo que estoy haciendo ahora mismo. Tampoco sé si Diego lo aprueba del todo… Hoy hemos

hablado del tema de Internet a raíz de lo de esa pobre chica. Bárbara… No la conocíamos, pero resulta imposible no estremecerse cuando eres madre y escuchas una historia así. Diego y yo, a pesar de nuestros miedos, siempre hemos respetado mucho la intimidad de Raúl y ahora se nos hace muy duro romper esa barrera, aunque sea indirectamente.

—Lo entiendo.

—No lo creo, pero bueno, fingiremos que sí. Si te ayudo con esto es porque tanto los padres de Sandra como nosotros estamos destrozados… Queremos mucho a ese chico. A su

familia. Son muy diferentes a nosotros, incluso al principio pensábamos que eran del Opus o algo así, por su manía con la Iglesia y esos temas. Nosotros somos más bien agnósticos. Pero salvo cuando salían temas de política o de religión, nos llevábamos bien. Eran buena gente. Igual que Marcos. A veces les sacaba de quicio con sus ideas, porque no estaba de acuerdo con casi nada de lo que decían y a Roberto nunca se le dio bien debatir. Nosotros sabíamos cómo manejarlo y, este verano, hasta conseguimos que dejara que Marcos se fuese cinco días a la playa con Raúl y con Sandra. Los tres lo

pasaron en grande… —Necesita hacer una pausa para coger aire—. Por eso quiero intentar buscar alguna explicación a toda esta locura. Por Marcos. Por mi hijo. Y por mí misma.

Levanta la pantalla de mi ordenador y me encuentro con un blog en el que aparecen imágenes medio borrosas y textos entre lo ininteligible y lo indescifrable. Nicks de gente que —por supuesto— desconozco, alusiones a hechos imposibles de adivinar si no se ha estado presente, fragmentos de canciones de grupos diversos y citas de películas ilustradas con algún fotograma del filme del que habían sido extraídas.

—Es de Sandra. Se supone que no sé que existe, pero, bueno, a veces echo un vistazo en el historial de Internet de Raúl. Intento no revisarlo a menudo, pero no puedo negar que me tranquiliza saber por dónde anda… Aunque sea en el sentido virtual.

Me llama la atención el hecho de que todas las fotografías del blog pertenecen a clásicos del cine, lo que coincide con las afirmaciones cinéfilas de Marcos en su cuestionario, así como con parte de lo que la propia Sandra me había contado en una de nuestras entrevistas.

—A Marcos, a Raúl y a mí nos

encantaba ir a la Filmoteca —me dijo —. No se lo decíamos a nadie, claro, para no ser los raros de la clase, pero nos encantaba escapamos allí y ver pelis clásicas. Luego, si nos gustaban mucho, nos las descargábamos. Como la de *El tercer hombre*, que nos pareció estupenda. O las de Hitchcock; las hemos visto todas. Me sé *Rebeca* casi de memoria. Qué tema más moderno para una peli tan antigua. El rollo lésbico de la prota y todo eso. Me ponen esas historias turbias, no definidas. La única peli que no nos gustó fue *Ciudadano Kane*. No sé, nos habían hablado tanto de ella que nos pareció un

poco bluf. Nos gustó más *La dama de Shanghai* y *Gilda*, vamos, el cine negro en general.

En su blog hay también muchas instantáneas de ella y de Marcos en la puerta del cine Doré, esperando a entrar. Enseñando las entradas o los programas de la película. O apuntando al título del film. De vez en cuando Raúl aparece también con ellos. La verdad es que el contraste entre él y Marcos resulta evidente. Todas las fotografías son más o menos idénticas y los textos no aportan ningún tipo de información. Le agradezco a Laura su ayuda, pero tengo la impresión de que no me ha dado nada

excesivamente revelador.

—No sé, Santiago. Tú eres el periodista.

Recojo el guante y, una vez en casa, me pongo a analizar el blog de Sandra con mucha más calma. ¿Merecerá la pena mi esfuerzo? Ni idea… En realidad, ya no estoy muy seguro de casi nada. Tampoco de eso. Y entonces, cuando estoy a punto de tirar la toalla, porque no puedo afrontar más dosis de violencia sin sentido, porque no me veo con fuerzas de seguir leyendo entre líneas en los textos que unos y otros me van pasando, porque estoy cansado de que me omitan datos esenciales para

este caso…, entonces, cuando quiero mandarlo todo a la mierda —aunque eso suponga rendirme y darle la razón a mi editora—, me doy cuenta de que el material que me ha facilitado Laura no es, ni mucho menos, tan banal.

Tras repasar por segunda vez cada una de las fotos en él colgadas —tarea que me lleva más horas de las que había calculado en un principio—, descubro dos hechos que llaman mi atención. En primer lugar, me fijo en un fotograma que parece fuera de lugar en esa antología de cine clásico. Se trata de una imagen oscura y semiborrosa, tratada —seguramente— con Photoshop y llena de

líneas oscilantes que simulan sangre y cicatrices. Todo un poema visual entre gore y neogótico que, además de provocarme cierta hilaridad (la iconografía adolescente no deja de tener su punto *kitsch*), me dificulta identificar la película. Afortunadamente, algo queda del póster del que ha sido tomada.

En efecto, se trata de una imagen del Joker de *El caballero oscuro*. De nuevo, ese curioso personaje del universo del cómic vuelve a atravesarse en mi camino. Como no soy un gran admirador de los superhéroes caigo en la cuenta de que tendré que contar con la ayuda de una lectora habitual del género: Gema.

En el fondo, es una coartada excelente para volver a disfrutar de su compañía…, aunque esté prácticamente seguro de que no tengo nada que hacer con ella, salvo divagar sobre qué nexo puede haber entre ese villano de Batman y aquella semana tan crucial en la vida de Marcos.

Si lo pienso fríamente, llego a la conclusión de que no hay nada de raro en que a Marcos y a Sandra les guste tanto una película que se había convertido en un clásico instantáneo tras la trágica muerte de su coprotagonista, al que Marcos parecía haber erigido en su ídolo particular. A su edad, recuerdo

que no me quité en meses una camiseta de Kurt Cobain después de su suicidio y aún hoy, a los treinta y cuatro, sigo emocionándome como un idiota cuando escucho los acordes de *Smells Like Teen Spirit*.

Sin embargo, ese fotograma cobra un sentido diferente al comprobar que, entre las imágenes del blog de Sandra, hay otra instantánea igual de oscura y borrosa que las demás en la que se puede ver a un animado grupo de adolescentes celebrando un botellón. No soy capaz de identificar a ninguno de los que aparecen retratados, salvo a Marcos y a alguien muy parecido a Raúl (tal vez

no sea él). El *flash* de la máquina es insuficiente y la foto se tomó de noche. Además, alguien se colocó inoportunamente entre el objetivo y los protagonistas de la foto, así que su espalda ocupa parte de la imagen. Una espalda cubierta por una camiseta negra donde, casualidad entre las casualidades, figura —una vez más— la imagen de Heath Ledger caracterizado como Joker. Justo la misma camiseta que Marcos llevó —como un talismán— durante toda la semana que precedió al asesinato. Tal vez todo esto no sea más que una estupidez, pero necesito comprobarlo.

Lo más rápido —y tal vez, lo más productivo— sería intentar hablar con Sandra, pero no puedo traicionar la confianza de la madre de Raúl. Al menos, desde esta noche cuento con un nuevo camino que, quizá, me conduzca a algún otro sitio que me aleje del horror y del absurdo en el que estoy instalado hasta este momento. Resulta triste depositar toda la esperanza en una simple camiseta y una película de superhéroes, pero —en cierto modo— es lo único de lo que dispongo para convencerme de que ese asesinato no es un hecho tan ilógico —¿me estaré acercando a lo que realmente sucedió?

— ni tan arbitrario.

SÁBADO

«Desde lo de Eduardo».

La frase de Marcos me persigue durante toda la semana, así que el sábado, nada más despertarme, tomo una decisión un tanto arriesgada. Necesito averiguar algo más sobre ese profesor y su relación con el Darío. Podría conformarme con preguntarle a Sonia, pero prefiero optar por otra vía que, por una vez, no sea la oficial. No estoy seguro de hacer lo correcto, pero ahora mismo no se me ocurre otra forma de comenzar a encajar las piezas de un puzle que nadie quiere dejarme

completar.

Así que, después de una noche de insomnio (¿no estoy obsesionándome con la historia de Marcos?), salgo dispuesto a entrevistar a los padres de Bárbara, la chica que se suicidó el domingo anterior. Arranco el coche sin sentirme demasiado seguro de lo que hago, con un sinfín de dudas que intento acallar subiendo el volumen de la radio. He llamado al matrimonio desde mi móvil justo antes de salir y he podido hablar unos minutos con Pilar, la madre de la chica. Se nota que está cansada de responder preguntas incómodas, pero, por otro lado, siente que cada una de

esas molestas entrevistas le permite que su hija siga viva, como si la mención pública se la arrebatase a la muerte por unos instantes. Accede a que hable con ellos y sólo me pide que no les haga demasiadas preguntas, tanto ella como César, su marido, se hallan exhaustos.

Sé que debería tener más estómago para según qué cosas y que, a fin de cuentas, tratar con este tipo de asuntos forma parte de mi trabajo. Sin embargo, en investigaciones como ésta nunca estoy seguro de dónde acaba la frontera de la información y dónde comienza la del espectáculo.

—Gracias por recibirme.

—Es lo menos que podemos hacer por nuestra hija… A lo mejor nuestro dolor sirve para poner en alerta a otros padres… —se miente Pilar. Necesita sentir que la muerte de su hija no ha sido inútil.

—Y para que ese cabrón se pudra entre rejas —estalla de ira el padre.

Finjo no haberle oído, no soy quién para juzgar su dolor, y me centro en las preguntas que traigo preparadas. No puedo confesarles que, en realidad, el motivo de mi visita no es hablar de su hija, sino hallar algún nexo entre Eduardo y el verdadero protagonista de mi historia: Marcos.

Ésta no es una conversación sencilla, aunque tanto Pilar como César se esfuerzan por colaborar conmigo y tratan de contestar a todas mis preguntas desde una serenidad que se quiebra a menudo. Se culpan de no haber controlado lo suficiente a su hija, de no saber con quién se comunicaba a través del ordenador, de desconocer la identidad de la gente con la que hablaba a través del Messenger y de su página de Facebook.

—Si le hubiéramos preguntado… —se repite su madre una y otra vez. Me pregunto si los remordimientos la abandonarán algún día o si, en el futuro,

su vida será una eterna acusación de la que jamás será capaz de absolverse—. Si hubiéramos hablado con ella del tema… Ni siquiera podíamos imaginar que quisiera cambiarse de instituto por algo así…

—Cuando nos dijo que quería irse del Darío, los dos supusimos que tenía problemas con alguna compañera, o que el nivel académico del centro le resultaba excesivo… Allí tienen fama de ser muy exigentes… —Su padre da un golpe en la mesa—. Exigentes con nuestros hijos, pero no con sus profesores. No con ese hijo de puta. —César se pone en pie y se encierra un

momento en el baño. Escucho cómo golpea algo. No puedo ni quiero saber qué.

—Está así desde el domingo… —lo excusa Pilar—. Y yo, bueno, yo hago lo que puedo por seguir respirando… Pero cuesta muchísimo. Y tampoco sé si merece la pena continuar haciéndolo…

—Entonces —no me siento capaz de forzarla a que siga hablando…, pero sé que estoy obligado a ello. Sería absurdo haber venido hasta aquí si al final dejo nuestra entrevista a medias—, dígame, ¿cambiaron finalmente a Bárbara de centro?

—Sí… Ella no quería damos más

razones y nosotros teníamos miedo de presionarla. Así que le hicimos caso y la matriculamos en el IES María Guerrero.

—Creíamos que todo iba bien —me explica César, que acaba de regresar del baño con los nudillos de la mano derecha claramente enrojecidos—. Pensábamos que todo iba mucho mejor… Pero esto… Esto no.

—Tal vez podríamos… Quizá habríamos podido…

Condicionales. Hipótesis que no se cierran porque no tiene sentido que lo hagan. Tampoco es posible saber si están en lo cierto, si el problema se podría haber evitado con algún tipo de

control —¿no habría atacado esa supervisión a la libertad individual de su hija?— que, según ellos me cuentan, jamás existió.

—Bárbara era responsable, madura, no creímos que pudiera meterse en nada raro. Que se pudiera dejar manipular así…

Pero el chantaje cibernético sucedió, y con él, el acoso y la violación de una intimidad que se vio consumada con la grabación de aquellas cintas.

—Aún hoy hemos encontrado algún fragmento de esa basura en Internet. —César está comprensiblemente indignado—. La policía ya lo ha eliminado casi

todo, pero la red es un universo demasiado complejo. Esa mierda no desaparecerá jamás. Nuestra hija, sí.

Intento preguntarles por el caso de Marcos, pero se limitan a alzarse de hombros y a admitir que su hija y él nunca fueron compañeros de clase. Según ellos, ni siquiera llegaron a conocerse o, al menos, Bárbara jamás les habló de él. Así pues, salgo de allí sin la conexión que buscaba, un poco más derrotado —por el fracaso en mis pesquisas— y un poco más misántropo —por los terribles hechos que los padres de la víctima me han relatado—. Con el objetivo de agotar todas las vías

posibles, llamo a Gema para que me ayude con el tema de los cómics. Le hace gracia mi propuesta —¿le interesa ayudarme en el caso o simplemente le apetece quedar conmigo?— y me propone hablarlo durante la cena. No sé si debo interpretar su gesto como una sugerencia erótica —¿querrá comprobar qué cuerpo escondo debajo de mis «horteras» camisetas?— o como un mero acto de cortesía, así que prefiero obviar este último interrogante y centrarme en buscar algo más sobre el caso que me ocupa. No dispongo de un plazo demasiado amplio para cerrar mi libro y, de momento, sólo he conseguido

reunir datos dispersos de los que no se deduce lo que realmente andaba buscando desde un principio: el porqué. El maldito porqué.

Mientras me pregunto qué sitio reservaré para mi cena de esta noche —por cierto, ¿qué se pone uno para una cita que, en teoría, no lo es?— repaso mentalmente mi conversación con los padres de Bárbara y caigo en la cuenta de que existe otro camino que, de momento, apenas he explorado. Necesito entrar en la vida de Marcos de alguna manera y es evidente que no he probado una de las más directas: la vía virtual. ¿No tendría Marcos un blog, como

Sandra? Raúl me aseguró (si no me mintió, claro) que su amigo no disponía de ningún perfil en Tuenti o en Facebook (lo que probablemente sea cierto), pero —aun así— debe de haber algún tipo de rastro en la red que me conduzca a Marcos (en algo tenía que ocupar su tiempo en clase de informática), así que dedico lo que queda de tarde a dar con ello. Mi cena con Gema no será hasta las diez, de modo que dispongo de unas horas para ejercer de hacker amateur.

Sin embargo, mis habilidades informáticas, que me impiden incluso piratear el wi-fi de mis vecinos, tampoco se revelan mucho más

provechosas hoy. He tecleado en Google el nombre de Marcos de todos los modos que se me han ocurrido. Añadiendo apellidos, fecha de nacimiento, quitando sílabas, sumando cifras, incluyendo posibles servidores de correo electrónico… Nada, ni un resultado, tan sólo algunos listados de alumnos admitidos en su centro escolar y una foto del equipo de taekwondo con el que participó con cierto éxito en algunas competiciones locales. Ni un solo dato interesante. Ni un perfil en Blogger. Ni una huella virtual que me permita saber algo más. Tampoco encuentro ningún atajo en el blog de

Sandra, ninguna pista de cómo era Marcos fuera del centro. ¿Cómo transcurriría el sábado que antecedió a la noche del crimen? ¿Cómo era un sábado cualquiera en la vida de ese adolescente al que tan difícil parece llegar a conocer? Observo que casi todas las fotos del blog de Sandra donde aparecen juntos en el cine o de botellón en algún parque se corresponden con el viernes. Nada que me permita averiguar cómo pudo ser ese sábado tan próximo a la inminente tragedia. Y nada, tampoco, que pueda deducirse a partir de los testimonios de los testigos entrevistados hasta ahora. Mierda. He tenido una idea,

sí, pero acabo de descubrir que soy incapaz de ponerla en práctica, así que opto por olvidarme de ella y vestirme, por fin, para mi nocita de la noche.

—Bonito lugar, Clark… Me sorprende que tengas tan buen gusto.

Gema está radiante. A su modo, creo que lo es. Interpreta muy bien su personaje de mujer de vuelta de casi todo y a mí cada uno de sus gestos y de sus cruces de piernas me resta un poco más de autocontrol. Afortunadamente, el restaurante escogido resulta ser demasiado ruidoso como para intentar seducirnos durante la cena, así que nos conformamos con hablar de lo que nos

ha traído hasta aquí fingiendo no estar pensando en nada más.

Gema diserta durante un buen rato sobre Batman, Joker y toda la mitología del hombre murciélago. Ni uno solo de los datos que me da me interesan lo más mínimo y, como ella misma sabe, no tienen utilidad alguna para lo que intentamos averiguar. Su monólogo, sin embargo, conjunta muy bien con el ambiente de Halloween que se respira este 30 de octubre en Madrid, donde más de uno ha salido a la calle disfrazado de alguno de esos personajes.

Tras empaparme de sus conocimientos de la Marvel mientras me

la imagino vestida de la mismísima Catwoman, se me ocurre sacar el tema de Internet. Le resumo antes parte de mi conversación con los padres de Bárbara y ella se sonríe con mis intentos fallidos de encontrar a Marcos en la red.

—No es tan difícil. Sólo tienes que buscar con método. —Exacto, me falta rigor y, sobre todo, algún punto de arranque—. Sería genial encontrar un blog escrito por Marcos donde nos explicara todo lo que no entendemos, pero dudo que exista. Querías dar con una vía muy rápida. Demasiado.

¿Debo interpretar su frase como una indirecta sobre mis expectativas para el

resto de la noche? Quizá me quiere dejar claro que estoy precipitándome y dando por sentado algo que no tiene por qué ocurrir.

—¿Sabes? Deberíamos buscar desde algún lugar más sencillo. Más localizable… Desde el único dato que sí conocemos: el blog de Sandra.

Asiento y, luchando por no perder la concentración ante la morbosa mirada de mi interlocutora, saco una carpeta con algunas impresiones de ese mismo blog. Se trata de una serie de entradas de entre enero y septiembre que he escogido al azar y en las que no sé si habrá algún dato que pueda ayudamos a

entender lo ocurrido. Por si acaso, prefiero que Gema les eche un vistazo para asegurarme de que no me he pasado nada por alto.

—Seguro que Marcos dejó algún rastro en ese blog. De momento sólo te has centrado en las fotografías, pero podríamos releer todos los comentarios… ¿Ves? —Gema señala algunas de las respuestas, todas ellas muy breves, que aparecen publicadas bajo los posts de Sandra—. Un bloguero se alimenta de lo que le comentan sus lectores, no creo que Sandra fuera diferente.

Suena tan obvio que me siento

doblemente ridículo. Ridículo por mi torpeza y por no haberlo pensado yo antes.

—Está claro que Sandra no tiene muchos fans. Según esto, parece que hay tan sólo unas quince personas que siguen su blog habitualmente.

—Deben de ser todos amigos y conocidos, ¿no? —Gema me mira gratamente sorprendida: es la primera conclusión mínimamente inteligente a la que he llegado esta noche—. Tal vez algún lector espontáneo, pero no demasiados. Por lo que he visto, tampoco lo actualiza con frecuencia.

—¿Y esto?

A Gema le llama la atención la última imagen colgada en el blog, publicada el sábado inmediatamente anterior al asesinato. No es más que una foto en blanco con un signo de interrogación en el centro. Sandra ni siquiera se ha molestado en añadir un comentario, seguramente no sabía qué escribir.

—¿Crees que guardará alguna relación con…? —le pregunto.

—Sandra es pésima callando… Si hubiera tenido la más mínima idea de que podía suceder algo, no habría dudado en hablar con sus padres. O con Raúl. —Gema niega con la cabeza—. La

interrogación que posteó ese sábado tiene que significar otra cosa.

—Entonces, ¿que colgara en su blog esa imagen justo un día antes del homicidio no es más que una simple coincidencia?

—Puede. ¿Se te ocurre algún signo de puntuación que resuma mejor la adolescencia? Sandra está ahora hecha un lío, igual que todos, sólo que ella es algo más madura que parte de sus compañeros y lo expresa de forma más evidente.

—A lo mejor ese sábado ella intuyó algo que…

—No creo que nadie, ni siquiera sus

amigos más íntimos, pudieran prever lo que iba a suceder al día siguiente. —Gema me corta de raíz. No tiene duda alguna al respecto—. Clark, ¿nos vamos?

Pedimos la cuenta y decidimos probar suerte en mi casa. Me gustaría pensar que su propuesta es un mensaje ambiguo en el que se mezclan sus ganas de investigar con su deseo de llevarme a la cama, pero me temo que esta última posibilidad es más bien remota. Al menos, y ya que parece evidente que no habrá sexo, confío en que sí consigamos algún resultado que me ayude a localizar a Marcos en esa red de identidades

virtuales.

En la pantalla de mi ordenador, un listado de nicks llenos de años insultantes (92, 93, 94… ¿qué coño he hecho yo con mi juventud?), cifras que nos hacen sentimos mucho más viejos de lo que somos y que nos permiten calcular —siempre con el posible riesgo de estar equivocándonosla edad de los visitantes de aquella página.

El nick de Sandra no es, en absoluto, original. Gilda92. No deja de hacerme gracia ese homenaje tan naif a una de las heroínas más consumadas del cine negro. Junto al suyo, un sinfín de nicks igualmente cinéfilos que nos hacen

pensar en una especie de grupo de amigos cibernéticos algo *freakies*, apasionados de las películas en blanco y negro —esas que espantan a sus compañeros de clase— y visitantes más o menos habituales de la Filmoteca, como la misma Sandra me había contado. La lista de lectores de su blog está llena de ricks, ilsas, escarlatas, norman bates y otros tantos apodos de personajes míticos de la historia del cine. Cada nick nos lleva a su vez hasta un perfil donde el único dato que aparece es una imagen relacionada con el apodo escogido. Algunos no tienen icono identificativo alguno, pero la

mayoría están ilustrados con una fotografía del actor o del personaje que les da nombre. Unos pocos, como el tal normanbates92, optan por una alternativa también cinéfila, pero algo menos obvia (en este caso, una imagen de la casa de *Psicosis*).

—Ahora sólo tenemos que saber quién de todos ellos era Marcos. Habrá que fijarse en sus respuestas. En ellas se debe de notar que se conocían y que se veían habitualmente. En los blogs suele ser fácil adivinar con quién se mantiene una relación sólo virtual y con quién hay otro tipo de claves más o menos evidentes. —Me cuesta concentrarme.

Ha sido un día demasiado intenso y prefiero mirarla a ella y perderme en el movimiento casi hipnótico de su melena pelirroja—. Venga, Clark, échame una mano.

Hago un esfuerzo y leemos uno a uno todos los comentarios de las fotos que nuestra Gilda92 ha colgado a lo largo de los últimos siete meses. Tardamos una hora en concluir que entre los visitantes habituales del blog destacan tres nicks. Uno de ellos debe de pertenecer a una amiga de Sandra, ya que ésta siempre le contesta en femenino. Su nick, Toto, es una referencia más que evidente al perro de la —para mí— insufrible *El mago de*

Oz. En cuanto al perfil, la ilustración elegida es un primer plano del personaje de Dorothy, así que resulta más que improbable que se trate de Marcos.

Los otros dos, sin embargo, parecen ser de dos amigos suyos, ya que constantemente se refieren a encuentros o citas previas —«¿recuerdas cómo nos gustó?» o «en el *tuto* lo hablamos»— y, además, sus textos están posteados en horas de clase, lo que resulta coherente con el veto informático que Marcos tenía en casa.

—Como ves, mi asignatura se la toman muy en serio —se ríe Gema.

Tal vez estemos equivocándonos,

pero uno de esos dos nicks debe de ser el de Marcos y el otro, si nuestra intuición no nos falla, el de Raúl.

—Sencillo, ¿verdad?

El problema es que en esos comentarios no hay absolutamente nada interesante. Los nicks tampoco parece que puedan ayudamos mucho. Uno de ellos es un previsible homenaje a otro de los eternos mitos adolescentes, the-new-Dean, convenientemente ilustrado con el mítico cartel de *Rebelde sin causa*, y el otro, un para mí insípido 6.K. que no me dice nada y cuya imagen es una anodina pulsera de conchas. Ni siquiera se me ocurre con qué película

podría relacionarlo.

—Por su conducta, Marcos debía de ser the-new-Dean, ¿no te parece? —deduce Gema—. Lo del rebelde sin causa le va bien a su comportamiento de esa semana.

Sí, claro que puede ser. Es más, recuerdo perfectamente haber leído algo al respecto en la ficha que me ha pasado Mayte… Abro un momento el documento y doy con ello. Cuando le preguntan por la última película que ha visto, Marcos menciona *Al este del Edén* e insiste en cómo le ha impresionado el personaje interpretado por James Dean. De acuerdo, Marcos es

the-new-Dean…, pero ¿y B. K.? ¿Quién demonios es B. K.? ¿Raúl? ¿Y qué pinta un nombre tan simplón y una imagen tan poco sugerente como esa vulgar pulsera en este panteón cinéfilo fundado por la mismísima Gilda92?

—Tiene que guardar relación con algo que a ti y a mí se nos escapa. Una película, una serie… ¿Sabes? A lo mejor ahora necesitas que te ayude otro *freaky* como yo… sólo que más experto en otro campo.

Esta vez, por lo menos, no pregunto ninguna obviedad. Sé perfectamente a quién tengo que consultar. Cuando me despido de Gema —y de mis planes

festivos para esa madrugada—, me planteo si, investigando la identidad de ese tal B. K., no estaremos abriendo una puerta falsa más. Otro callejón sin salida en un laberinto del que, de momento, parece imposible escapar.

Domingo

Leo y releo varias veces mi e-mail antes de enviárselo. Me gustaría decirle que sé que me ha ocultado datos. Que me he enterado de su reunión del viernes con Marcos y que sospecho —cada vez más— que sí que recogió algún trabajo suyo, aunque él me haya asegurado que no lo hizo. Sin embargo, temo que Álvaro reaccione mal si le planteo cualquiera de esas cuestiones y, ahora mismo, no puedo prescindir de los testimonios de ninguno de mis peculiares testigos. Además, tal vez si me limito a preguntarle por esas siglas

—B.K.— consiga matar dos pájaros de un tiro: halagar su ego de «*freaky* telecinéfilo» y averiguar quién se oculta tras ese nick. ¿Raúl? ¿Alguno de esos nuevos amigos que tan poco gustaban a su padre? ¿Aquel chico con la camiseta de Joker que había ido a visitar a Marcos a la hora del recreo? Tal vez en el significado de esas siglas se oculte la respuesta definitiva a los hechos acaecidos el domingo negro. Quizá consigamos aproximamos un poco más a lo que realmente pasó si somos capaces de descifrar esas dos letras que, de momento, soy incapaz de encajar dentro de esta historia.

Al fin, opto por redactar un correo breve y correcto en el que no hago alusión alguna a las omisiones de su primer relato. Eso, de momento, prefiero dejarlo para más adelante. Ahora me conformo con que Álvaro me responda pronto y me cuente, si es que lo sabe, lo que yo necesito saber. ¿Quién demonios es ese tal B. K. en la vida de Marcos? Álvaro —que está tan obsesionado con esta historia como yo— no tarda más que un par de horas en contestarme.

De: Álvaro D. <alvaro_sino@hotmail.com>

Para: Santiago (Prensa) <santiprensa01@gmail.com>

Fecha: 1 de noviembre de 2009 12:44

Asunto: RE: Consulta

Santiago:

Gracias por tu correo. Perdona que no te haya podido escribir antes, pero los domingos suelo dormir hasta muy tarde, sobre todo si la noche anterior ha sido mínimamente intensa… En cuanto a tu e-mail, te confieso que, en el fondo, me alegra saber que hay alguien que todavía no ha tirado la toalla y que, a pesar de todo, sigue intentando

averiguar qué fue lo que realmente sucedió el domingo 20 de septiembre (dudo que alguna vez pueda olvidar esa fecha, ¿y tú?). Ahora, después de leer tu consulta, esa pregunta cobra para mí un sentido aún más profundo. Más terrible. Y, maldita sea, más trascendente.

Supongo que no entiendes nada de lo que te estoy diciendo, pero es que la clave está en ese nick y en esa imagen que, según tú, resultan tan poco interesantes. Un nick que nada tiene que ver con los homenajes al cine clásico de ese grupo de amigos que se reunían los sábados por la tarde para verse dvds en casa de alguno de ellos.

Es curioso, pero sin darte cuenta, acabas de darme un motivo de peso para no abandonar… Justo antes de que llegara tu e-mail, estaba pensando en pedirme una baja por depresión. Alejarme durante unos meses del instituto y replantearme si debo seguir en un trabajo para el que, admitámoslo, no todo el mundo está capacitado… Pero justo cuando ya no puedo más, cuando quiero mandarlo todo a la mierda, cuando me siento el hombre más inútil y más imbécil del mundo, justo en ese instante me haces una pregunta que me revela algo que, en el fondo, intuía. Algo que nos exige —a mí, a Sonia, a

Álex, a Mayte…, a todos los que nos hemos implicado en la vida de Marcos — seguir profundizando en esta historia y, quién sabe, tal vez incluso romper nuestro pacto y empezar a contarte lo que pensamos que sería mejor no decirte.

Entiéndenos, Santiago, aún no te conocíamos. No podíamos estar seguros de cómo ibas a tratar la información que te confiásemos, de modo que preferimos ser cautos. Acordamos con Sonia que evitaríamos narrar ciertos detalles para no perjudicar, bajo ningún concepto, ni a Marcos ni a ningún otro miembro de su familia. Bastante estaban sufriendo ya…

Ahora, sin embargo, creo que nos hemos equivocado callando. Omitiendo. Ahora veo que tengo que llamar a Sonia en cuanto acabe este correo. Porque es necesario romper ese pacto y dejar que las palabras salgan libres de una maldita vez.

Siempre intuí que ese acuerdo existía. Era obvio que Sonia no sólo había elegido a sus cinco testigos para facilitarme el trabajo, sino, también, para poder controlar sus versiones. Eso, en cualquier caso, me parecía sensato. Y comprensible. Era consciente de que

tendría que ir ganándome su confianza poco a poco, hasta conseguir que me viesen como uno más de ellos, como alguien que no buscaba el morbo en aquella historia. Alguien que deseaba poder contarlo, desde luego, pero no para recrearse en la sangre, sino para intentar comprender un sistema —el educativo— que se me escapa por completo y que, me temo, ocupa mucha menos atención mediática de la que debería.

Lo que no esperaba, desde luego, era que un simple nick pudiera tener ese efecto catártico en uno de mis entrevistados. ¿Qué se esconde tras ese

nombre que parece ser tan importante para Álvaro?

Me preguntas cuál de esa lista de nicks podría ser el de Marcos y tu curiosidad me devuelve a otros interrogantes que yo mismo me formulé la semana en que lo conocí. No me dio tiempo a sacar conclusiones y, cuando se cometió el crimen, me pareció improcedente mencionar mis intuiciones —sólo eran eso— en el primer texto que te pasé.

He leído con atención tus conclusiones, Santiago, pero creo que

son erróneas. ¿The-new-Dean? No sé, si tuviera que decidirme por alguien, creo que ese nick se lo atribuiría a Raúl, empeñado en enamorar a Sandra con su pose de hombre sensible y vulnerable. Supongo que debe de ocultar su cuerpo enclenque bajo la chaqueta de cuero negro y el disfraz de una personalidad fascinante, así que ha escogido un antihéroe acorde con su fragilidad física y tan trasnochado en su estética como él en sus gustos. No sé si eso es lo que enamoró a Sandra, pero está claro que su relación funciona. Aun ahora, cuando su mundo se derrumba (con permiso de *Casablanca*), siguen francamente

unidos. Apuesto a que él es el James Dean de esta Gilda adolescente, centro de un triángulo que, si no me equivoco, nunca llegó a serlo.

En mi móvil parpadea el icono de mensaje nuevo. Y, para mi sorpresa, compruebo que acabo de recibir dos sms casi simultáneos. Uno, muy escueto, de Sonia: «Tenemos que hablar. Llámame». Otro, algo provocador, de Gema: «¿No necesitas interrogarme de nuevo, Clark?». Sonrío ante la insinuación de la segunda y me inquieta la petición de la primera. ¿Habrá

hablado ya con Álvaro sobre su pacto, tal y como él mismo me advierte en su e-mail? De momento, prefiero acabar de leer ese correo y, en cuanto averigüe quién demonios es B. K., llamaré a Sonia.

Me pregunto qué habría hecho Carlos en mi lugar. No he dejado de cuestionármelo desde ese domingo. Ahora, esta noche, tengo claro que sí debí actuar. La intuición no es más que eso, un presentimiento irracional, pero en ocasiones hay que escuchar su voz. Y yo no quise hacerlo. Estaba demasiado

sobreestimulado como para atender a nuevas señales de aquella madeja de signos que eran mis alumnos. Marcos se me fue de las manos desde el primer día, así que mis visitas al despacho de Sonia durante esa semana se convirtieron en un acto cotidiano. En mis clases —tuvimos cuatro sesiones de lengua esa semana— se mostró interesado y participativo. Sin embargo, en el resto de las asignaturas no tardó en crearse problemas con la mayoría de los profesores, que, a su vez, lo mandaban expulsado a Jefatura. Cada vez que me sentaba frente a Sonia, me sentía más pequeño, más inútil, más incapacitado para un puesto —el de

tutor— que, evidentemente, me quedaba muy grande… Cuántos signos malinterpretados, Santiago. Cuántas intuiciones confundidas.

Y justo la única idea que mereció la pena escuchar, desoída. Abandonada. Exiliada en el cajón del olvido hasta que tu e-mail ha vuelto a sacarla de allí.

No, Marcos no era the-new-Dean. Marcos, podría jurarlo, tiene que ser tu B. K. Y la clave se halla en esa pulsera de conchas aparentemente vulgar y que, sin embargo, es todo un icono televisivo. El signo distintivo de un personaje joven, triunfador, casi agresivo que se convirtió en el

protagonista de una de las series de culto de la televisión. Basta con saber quién es ese personaje para obtener dos respuestas inmediatas sobre Marcos. La primera, sobre su identidad virtual. La segunda, sobre su identidad real. Porque un adolescente que se hace llamar B. K. nos quiere decir algo. Ese algo que yo creí intuir aquella semana en la que ni siquiera pude llegar a conocerlo. Ese algo que le hizo elegir las siglas B. K. para convertirse en el álter ego virtual de Brian Kinney.

Kinney, Brian. Personaje interpretado por Gale Harold en las cinco temporadas de una serie que

Carlos y yo devoramos en tan sólo un par de meses. Sus episodios no exceden los cuarenta minutos y sus tramas tampoco exigen un esfuerzo desmedido por parte del espectador. A cambio, ofrecen una buena ración de sexo bien rodado y mejor aderezado. Cuerpos apetecibles, situaciones morbosas, normalización televisiva de temas tan tabúes como los cuartos oscuros, los tríos o las orgías en cierto tipo de locales. ¿Necesitas más datos, Santiago? No sé cómo estás de cultura teléfila, pero Kinney es el apellido del protagonista de *Queer as folk*, la serie más vista, comentada y amada/odiada

(escoge tú el extremo) por el público gay. Su impacto fue tal que llegó a ponerse de moda entre los espectadores más jóvenes comprarse la llamada «pulsera de Brian», un brazalete de cuero y conchas que el personaje no se quitó en ninguno de los episodios y de la que puedes encontrar todo tipo de réplicas en Internet. Ahora ya puedes —ya podemos— interpretar todo lo demás. Todos los datos que nos chocaban —incluido aquel peculiar trío con su ex novia y su nuevo chico—, todo lo que parecía no tener demasiado sentido y que, a su modo, podría empezar a cobrarlo. Algo creí intuir aquella

mañana, el día en que les dicté el fragmento de «Ítaca». Nadie me hizo el menor caso, pero hubo un momento en que cierto alumno sí pareció interesarse en lo que decía. Fue cuando hablé de las múltiples interpretaciones del texto y de los símbolos que en él aparecían, de la homosexualidad de su autor, de las connotaciones culturales del poema. Pensé que ese interés era resultado del morbo que les generaba plantearse mi propia identidad. Estaba demasiado ocupado interpretando el análisis que hacían de mí como para darme cuenta de que aquel chico que había mostrado curiosidad no se preguntaba por cómo

era yo, sino que se interrogaba sobre cómo era él. Un gesto que se repitió cuando el jueves aparecí en clase con uno de mis poemas favoritos de Cernuda, «Diré cómo nacisteis». ¿Lo conoces?

Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos
como nace un deseo sobre torres de espanto…

Quería emocionarles con aquellos versos, así que les invité a hacer una lectura muy personal del texto. ¿Cuáles eran esos placeres? ¿Qué torres les

impedían alcanzarlos? Los chicos empezaron a hablar de la libertad, de la identidad, de ser ellos mismos y entre todos conseguimos evitar una interpretación simplista del poema. No quería que lo leyesen como un grito contra la represión de la homosexualidad, sino como un canto a favor de la libertad del ser humano. Quería que ese grito les llegase a todos, que no lo redujesen a una cuestión de pura orientación sexual. Quizá por eso no me sorprendió que Marcos participara —con el mismo entusiasmo que muchos de sus compañeros— en aquella clase. Pero sí tuve una intuición,

una maldita intuición que mandé a la mierda, anclado en mis propios prejuicios: no tiene pluma, no se le nota nada, va siempre con chicas… Aunque me mirara diferente, aunque cuando leímos en clase aquel poema, él aportase algo que sólo yo podía realmente interpretar e incluso me pidiese prestada la antología de la que lo había sacado. Aunque me viera reflejado en algunos de sus movimientos y, sobre todo, de sus miedos. Todo eso resultó insuficiente —¿cómo he podido ser tan idiota?— para hacerme caer en la cuenta de que sus cambios de carácter podrían ser consecuencia de un proceso

de autoaceptación. O quizá no, quizá ya se había encontrado y lo que estaba pasando era algo diferente. Algo que todavía se nos escapa. Que nadie de su entorno parece conocer.

De acuerdo. Marcos era gay. Bien. Tomemos como válido ese razonamiento. ¿Alguien pensaría en que era hetero si hubiera escogido por nick el nombre de otro personaje televisivo? ¿Aquélla no era una deducción sesgada y seguramente infundada? Dejemos a un lado esas ideas y demos por válida la teoría reduccionista de Álvaro.

Estupendo. Marcos acababa de descubrir que era homosexual. ¿Y qué? ¿Eso sirve para explicar algo de lo sucedido?

El e-mail de Álvaro me resulta especialmente insultante. Lleno de una arrogancia que me indigna. ¿Me toma por idiota? Es más, ¿cree realmente que con su miserable análisis catódico ha arrojado algo de luz sobre el asunto? Si me atengo a su propuesta, llego a conclusiones que oscilan entre lo ridículo y lo absurdo. Veamos.

Opción a)

Marcos había descubierto que era gay, y por eso aquella semana intentó

partirle la cara al camarero de la cafetería de su instituto.

Opción b)

Marcos había descubierto que era gay, y por eso golpeó a su padre con una máquina de escribir hasta matarlo.

O, cómo no, opción c)

Marcos había descubierto que era gay, y por eso, tras asesinar a su padre, dejó en coma a su hermano clavándole unas tijeras en el pecho.

Estoy a punto de mandarle a Álvaro estas conclusiones vía e-mail, pero me parece innecesario emplear tanta saña con alguien que, a fin de cuentas, tampoco está pasándolo demasiado bien.

—¿*Bullying*? —Sonia no da crédito. Puedo imaginarme su expresión de incredulidad al otro lado del teléfono— ¿Marcos víctima de *bullying*? No me hagas reír, Santi…

Pero se ríe, por primera vez desde que la conozco. No la había visto en una actitud tan distendida en el tiempo que llevamos trabajando juntos.

—A Marcos no le acosaba ningún compañero. ¡Lo adoraban! Y no sé si sería gay o no, a esas edades están hechos un lío y no todos se definen tan rápido. Puede que él estuviera en pleno proceso…, no sé, no tengo demasiados conocimientos ni experiencia sobre ese

asunto. Pero tanto si era algo conocido por sus compañeros como si lo llevaba en secreto, jamás nadie le gastó la más mínima broma al respecto. Lo querían demasiado.

De eso no me cabe la menor duda. Yo mismo he podido comprobarlo en mis visitas al instituto, donde los alumnos deambulan entre apesadumbrados y rabiosos por los pasillos, intentando negarse lo sucedido y luchando por convencerse de que Marcos no es el monstruo del que hablan con crudeza los medios de comunicación.

—De todos modos, Santiago, creo

que sería bueno que nos viésemos.

—Como quieras.

—Esta tarde tengo que pasarme por el centro… ¿Te viene bien a eso de las siete junto al Mercado de Fuencarral? ¿En el Starbucks?

—Perfecto.

¿Y si Álvaro tiene algo de razón? Puede que ese proceso de autoaceptación guarde relación con el cambio de carácter de Marcos… Me quedan unas horas por delante, así que tengo tiempo de hacer una pequeña averiguación antes de hablar con Sonia. Decido llamar a Jorge, un compañero de facultad que cambió el periodismo por

la psicología y con el que sigo teniendo una cierta amistad. Lleva un par de años colaborando de manera altruista con COGAM, el colectivo de lesbianas, gays, transexuales y bisexuales de Madrid, de modo que seguramente pueda aclararme algunas dudas. A pesar de ser domingo y, para colmo, el Día de Todos los Santos, no duda en ayudarme. «Cuenta conmigo. Te veo en una hora». Estupendo. Puede que la tarde de hoy resulte especialmente provechosa.

Ahora, Santiago, quizá debas preguntarte quién más lo sabía. Aparte

de Sandra, que, por lo visto, miente con tanta eficacia como calla. O prueba con Raúl, que no es más que un James Dean de pacotilla, por mucha pose de chico atormentado y mucha cazadora ochentera que se gaste. Intentaré hablar con ellos estos días. Si me dicen algo que merezca la pena saberse, te lo haré llegar. Lo que me parece evidente es que ese secreto que Marcos guardaba con tanto celo tuvo que ver algo con lo que sucedió después.

—¿Tanto como para justificar un asesinato? —Jorge tiene que contenerse

para no llamarme gilipollas cuando le planteo el asunto—. A nuestra asociación vienen bastantes chicos de la edad de Marcos, aunque no tantos como nos gustaría. Y te aseguro que lo que me estás sugiriendo es una barbaridad.

—¿Y por qué no acuden tantos como quisierais? ¿Les da vergüenza hablar del tema? —Me gano una mirada condescendiente y Jorge intenta contestarme sin perder los estribos.

—Es mucho más complejo que todo eso… Mira, la adolescencia es una edad complicada para aceptar según qué cosas y, desde luego, cualquier tipo de diferencia constituye un obstáculo

demasiado duro para alguien de esa edad. Su necesidad de socializar y ser aceptados les hace negarse todo lo que suponga una traba, y eso incluye su sexualidad.

No parecía ser el caso de Marcos. Ni había hecho pública su condición ni tampoco se molestaba en ocultarla. Podría haber fingido que seguía con Sandra, tanto Raúl como ella habrían aceptado el juego si él se lo hubiera pedido, pero desde un primer momento dejó claro que aquella relación estaba muerta. Incluso permitió que algunos compañeros y profesores, como Álex, por ejemplo, empezaran a imaginar

cosas al respecto.

—Lo intuí, claro, pero no podía escribirlo en el texto que me pediste, tío. Ya fui demasiado explícito en algunos aspectos… —me cuenta por teléfono—. Por cierto, ¿qué tal con los padres de Bárbara? Gema me ha contado que estuviste hablando con ellos… Joder, Santi, yo le daba clase en un desdoble y era estupenda. Algo tímida, pero muy inteligente. ¿Cómo viste a sus padres?

—Bueno —¿de veras espera que pueda describirle un sufrimiento como ése?—, imagínate.

—Ya… Mierda, tío, no consigo quitarme su imagen de la cabeza. ¿Cómo

no pude darme cuenta de que aquel cabrón con el que compartía departamento era un puto salido?

Intuiciones. Prejuicios. Empiezo a darme cuenta de cómo pesan las etiquetas —correctas o incorrectas— en la vida de un centro escolar. Por un segundo, me acuerdo una vez más de Ahmed y de su parte disciplinario por molestar a un compañero. ¿No se trataba de otro ejemplo de un mismo y continuado error? ¿Nadie veía en Ahmed a un superviviente del acoso al que Adrián, entre otros, lo estaba sometiendo? ¿Nadie podía haberse dado cuenta de que la apariencia perfecta y

modélica de Eduardo —todos lo describen como un auténtico caballero — escondía un monstruo? ¿Nadie podía haber adivinado que tras Marcos, el donjuán del Darío, se ocultaba un adolescente aterrado por el descubrimiento de su sexualidad? ¿Tan poca atención prestan los profesores a quienes se sientan frente a ellos cada mañana? ¿Tan poco hablan los padres con sus hijos antes de mandarlos al instituto para que no den la lata en casa? De repente, me sentía tan indignado con el funcionamiento de aquella maquinaria como Jorge con mis insinuaciones.

—Santiago, parece mentira… Lo

que estás sugiriendo es capcioso y, sobre todo, potencialmente discriminatorio. —Jorge está a punto de perder los nervios—. El hecho de que ese chico sea un psicópata, si realmente lo es, no tiene nada que ver con su sexualidad. Claro que se sufre en ese proceso de autodefinición, no es sencillo saberse distinto y asumir que se está fuera del rol prototípico que nos dibuja la sociedad. Puede que ahora haya más modelos en los que verse reflejado, pero aun así, la pregunta por la propia identidad constituye un interrogante dificilísimo, y el homosexual ha de darse una respuesta

muy temprana en un momento vital en el que necesita sentirse parte de algo y, a la vez, individualizarse dentro de ese grupo. Pero ese sufrimiento adquiere muchas formas y, a su manera, no es tan diferente de otras crisis propias de la adolescencia. ¿Comportamientos huraños? Tal vez. ¿Hermetismo? Puede. ¿Problemas de comunicación? Desde luego. ¿Arrebatos más o menos violentos? Seguro. ¿Qué quinceañero no los tiene? Pero relacionar esa etapa con un caso como el tú me cuentas es, simplemente, un despropósito.

Ni siquiera me atrevo a interrumpirle, tengo la sensación de que

ha sido una temeridad por mi parte llamarle, sin haberme tomado la más mínima molestia de investigar algo antes de plantear mis teorías psicóticas…

—Lo que propones me recuerda a los argumentos potencialmente homófobos de muchos *thrillers* de los años noventa, en los que usaban la homosexualidad como gancho morboso para luego estigmatizarla como germen de los crímenes más atroces. Desde el transexual de *El silencio de los corderos* hasta las lesbianas de *Instinto básico*, ¿no los recuerdas? —Cómo olvidar el cruce de piernas de Sharon Stone, por favor…—. Todo eso

responde a una misma visión de la realidad que, afortunadamente, estamos empezando a romper.

Me llama la atención ese verbo, «empezando», así que no puedo reprimirme y arriesgo con otra pregunta que quizá sea tan tonta como las anteriores:

—¿Tan al principio estamos?

—No esperes que te haga un mitin. No es mi trabajo ni creo que sea lo que tú buscas. Pero sí, empezamos a cambiar cosas. Y en cuanto a la adolescencia, este mismo año, justo al final del curso pasado, convocamos una manifestación por la visibilidad en la escuela. Nuestra

idea era que los institutos nos ayudaran y se volcaran con nosotros. ¿No les dan charlas sobre drogas o protección de datos en Internet? ¿Sobre educación sexual? En esas charlas sólo les preocupa que no se queden embarazadas, ¿pero qué pasa con nosotros? ¿No existimos?

—¿Y cómo fue la experiencia?

—Bueno… La manifestación se hizo, pero, si te soy sincero, casi rozó la palabra fracaso. Los centros educativos no nos ayudaron, los padres no quisieron implicarse y no hubo demasiados chicos ni chicas que colaborasen… Por eso insisto en que estamos empezando, hay

mucho por hacer. Y por normalizar.

Caminando por Fuencarral me parece mentira que eso sea necesario. Mientras me dirijo al lugar donde he quedado con Sonia me cruzo con numerosas parejas que viven abiertamente su homosexualidad, aunque no puedo evitar preguntarme si esa apertura no tendrá límites fuera de este espacio —casi virtual— que es el barrio de Chueca. De nuevo, como ocurre con las paredes del instituto, me encuentro ante otro ejemplo de jaula de cristal donde todo parece natural y sencillo, pero que seguramente no comparte leyes ni mecanismos con el

mundo exterior. Después de hablar con Jorge me cuestiono si esa normalidad de la que yo estoy tan seguro no es más que un espejismo.

—Llegas tarde.

Sonia me regaña como si fuera uno de sus alumnos y me invita a sentarme junto a ella, en uno de los cómodos sillones del café. Noto que tiene algo importante que decirme, así que me limito a callar y espero a que sea ella quien me lo diga. Sin embargo, no está dispuesta a ponérmelo tan fácil e intenta dar un rodeo antes de centrarse en lo que sea que nos ha traído hasta aquí.

—¿Y eso? —señala un pequeño

panfleto que me ha dado Jorge. Se trata de uno de los folletos que distribuyeron en los institutos para anunciar la manifestación del pasado junio.

—¿No te suena? —Sonia lo reconoce al instante y se arrepiente de haberme preguntado. Su supuesto rodeo le va a resultar más incómodo de lo que pensaba.

—Sí, ya lo había visto. —Quiere cambiar de tema, pero no pienso dejar que lo haga.

—¿Los llevaron también al Darío?

—Claro, pero… —Capta mi mirada reprobatoria y trata de justificarse—. Mira, Santi, todo esto de la marcha nos

llegó en mayo, el peor mes posible en Jefatura: exámenes, evaluaciones, matrículas para el siguiente curso… Estaba desbordada, así que no pude hacer mucho caso a la iniciativa. Creí que sería bueno participar, pero mi director opinaba exactamente lo contrario. Gerardo no dudó en tirar la convocatoria a la basura y decirme que no era una idea positiva para el centro.

—¿Y los folletos? ¿Tampoco se distribuyeron?

—Por supuesto que sí. Yo misma me encargué de ponerlos en el vestíbulo para que los alumnos los cogiesen, pero…

—¿Gerardo, otra vez?

—No, en este caso fue Carmen, la de religión. En cuanto los vio, se encargó de llamar a la presidenta de la AMPA para contárselo y los de la AMPA, cómo no, nos exigieron que nos deshiciésemos de aquella «propaganda proselitista». Así, como te lo cuento… A ver, Santi, ¿qué quieres que te diga? Yo no estaba de acuerdo, pero no podía hacer absolutamente nada. Además, bastantes problemas tenía ya con…

—¿Si? —Ahí está, otro desliz. Todos mis entrevistados llevan muchos días controlando cada palabra que me dicen y ahora, al fin, su discurso

comienza a desbordarse. Necesito que lo hagan. Que me cuenten aquello que, por el motivo que sea, aún no me han querido contar.

—Con el tema de Eduardo.

Vaya, al fin ha salido. Estaba seguro de que existía algún tipo de relación entre ambas historias y ahora confío en que, antes o después, llegaré a conocerla. En cuanto a la manifestación organizada por COGAM, no me sorprende que Gerardo y la AMPA se negaran a promocionar aquella marcha a favor de la visibilidad en la escuela. No creo que de ese hombre con alma de burócrata se pueda esperar mucho más.

—Prácticamente ningún centro se implicó de manera directa o, al menos, de manera conjunta… Ya sé que eso no nos exime de no haber querido tomar partido, pero hay demasiados frentes que atender en nuestro día a día. No podemos abanderar todas las causas, Santi. Sería agotador.

Sonia se defiende y yo, deseoso de encontrar respuestas inmediatas, cometo un error de principiante y le lanzo una pregunta estúpida e inabarcable:

—¿Qué piensas de todo esto?

Suspenso en primero de Periodismo por plantear semejante tontería. Hay que ser concreto, forzar la información,

buscar las respuestas que queremos obtener. En el fondo, quiero que me diga que el director presionó a Marcos, que el centro siguió directrices homófobas, que Marcos estalló porque había sido acosado durante toda esa semana, cinco días de los que ninguna de las personas que me escribieron aquellos informes me dijo una sola verdad.

—No sería justo buscar un culpable, Santiago. Puede que tampoco nosotros te lo hayamos contado todo…, es más, por eso te he citado hoy, para disculparme por nuestras omisiones… Pero Gerardo no tiene la culpa de lo que pasó en aquella casa. Sólo hizo lo que pudo. Lo

que creyó que debía hacer. Nadie presionó a Marcos en el centro. Te lo aseguro.

Siento que me mienten, que me han manipulado. Empiezo a pensar que no he sido más que una presa fácil para cinco personas deseosas de limpiar sus propias conciencias, ansiosas por verter sus demonios a la vez que me contentaban con las migajas de una verdad que todavía se guardan para sí. Por eso hablaron, por eso se abrieron conmigo, porque les serví en bandeja el chivo expiatorio para sus conciencias y sus propios tormentos. Antes, imagino, hablarían entre sí, sellarían un pacto de

silencio y acordarían qué se podía contar y qué era mejor dejar a un lado.

—Acepto tus disculpas, pero quiero volver a hablar.

—¿Con quién? —reacciona sorprendida.

—Con todos.

No dice nada. Supongo que, a su manera, Sonia confiaba en que me conformaría con lo que me habían dicho hasta el momento. Pero se equivoca: no he llegado tan lejos para dejarlo todo a medias, contentándome con conclusiones parciales y, seguramente, distorsionadas. Ahora que ya me han narrado los hechos oficiales de aquella semana necesito que

me describan los extraoficiales. Los que se han guardado celosamente para sí.

—Sólo una vez más, te lo aseguro… Un texto más de cada uno de vosotros. ¿No te das cuenta, Sonia? —Me mira escéptica y me doy cuenta de que necesito un argumento de peso para convencerla—. Al unir vuestras cinco versiones ha salido a la luz una pieza fundamental de este siniestro puzle. ¿Qué pasaría si todos contaseis lo que aún calláis? A lo mejor completábamos el maldito rompecabezas, entendíamos que sucedió ese maldito domingo y, de paso, ayudábamos realmente a Marcos.

—Eso te vendría bien para tu libro,

¿no es cierto? Cuanto más morboso, más ejemplares… —E intenta levantarse.

—No se trata de eso. —Arriesgo cogiéndole la mano, pero ella se zafa de mí con brusquedad—. Mira, Sonia, esto empezó como un libro, sí, pero ahora es algo más… Algo personal, ¿no te das cuenta? Yo estudié en ese mismo instituto. En el Darío… En ese lugar donde llevo ya más de un mes hablando con alumnos y con profesores para comprender qué demonios está ocurriendo allí… No puedo concebir que mi centro escolar pueda convertirse en el germen de algo tan horrible y tan violento como lo que le ha sucedido a la

familia de Marcos, ¿no lo entiendes?

Sonia sigue dudando y, al cabo de un segundo, vuelve a sentarse junto a mí. Tengo la sensación de que, en su fuero interno, se debate entre sus ganas de descubrir la verdad —no puede ocultar el cariño que siente hacia Marcos— y su necesidad de cerrar para siempre esta historia.

—No busco culpables —le aseguro—. Ni escenas morbosas. Únicamente quiero entender qué pudo pasar en sólo cinco días para que un chico de dieciséis años cometiera la atrocidad que cometió. No se trata tan sólo de mi libro, Sonia. Es mucho más que eso…

Se trata de cuatro adolescentes a los que la vida ha golpeado con tanta dureza que, si nosotros no lo hacemos por ellos, dudo que sean capaces de intentar defenderse por sí mismos.

—Pero es que la AMPA ya se ha enterado de lo que estás haciendo, Santiago, y algunos de ellos han puesto el grito en el cielo cuando han sabido lo de tus reuniones con los chicos. Estoy segura de que, si no paramos esto, en breve presentarán una queja formal. Yo no puedo arriesgarme a que…

—Cinco días, Sonia. No necesito más. Dame tan sólo cinco días para volver a hablar por última vez con todos

y cada uno de vosotros. Desde este limes 2 hasta el viernes 6.

—Pero la AMPA…

—Olvídate de ellos por un minuto. Y piensa en Marcos.

—¿Y tú? —Alguien nos mira en la mesa de al lado. Ella se da cuenta y trata de controlar los nervios y bajar la voz —. ¿En quién estás pensando tú? ¿En él o en ti?

—Te prometo que el 6 de noviembre será el último que iré al Darío. Tienes mi palabra. —Sonia, sin saber qué decir, esquiva mi mirada—. Sólo te pido eso… Sólo eso, de verdad.

No quiere escuchar ni una palabra

más. Descompuesta, se pone de nuevo en pie. Saca de su bolso unas enormes gafas de sol para ocultar sus lágrimas y sale del local tan rápido como le es posible. Madrid la devora con la voracidad acostumbrada y yo me quedo solo y anónimo en este café, interpretando las palabras y, sobre todo, los silencios que he ido recopilando en estos días. En mi cabeza, no deja de atormentarme esta obsesión, esta maldita obsesión que ya no creo que pueda abandonarme jamás. Regreso a casa y, justo antes de acostarme, recibo un sms. Miro con curiosidad la pantalla del móvil y me encuentro con un escueto

mensaje de Sonia.

«Adelante».

Lunes

Llego al instituto un poco más tarde que de costumbre. Me he retrasado acabando de organizar todo el material recopilado hasta la fecha y tomando nota de cuanto necesito que me cuenten en su segunda ronda de testimonios. Deben de ser las once y cuarto cuando me presento en el Darío para poder hablar con Álvaro. De camino a su departamento paso por delante de Jefatura y escucho un sonoro portazo. Me vuelvo alertado por el ruido y cruzo mi mirada con la de Ahmed, que sale del centro acompañado por su padre. Sé que me estoy metiendo donde

no me llaman, pero llamo a la puerta de Sonia para ver si me puede explicar qué ha sucedido.

—¿Qué ha pasado? Acabo de ver a Samir marcharse de aquí hecho una furia.

—Buenos días, Santi… Nada del otro mundo.

—¿Seguro?

—Su hijo es un alumno bastante conflictivo y hemos tenido que tomar medidas al respecto.

—¿Ahmed?

—Sí, es la cuarta vez que agrede al mismo alumno desde que empezó el curso.

—¿Adrián?

—Exacto. —Me mira sorprendida—. ¿Hay algo que quieras comentarme sobre este asunto? Creía que tu único interés aquí era indagar sobre el caso de Marcos.

—Pero tú sabes que los padres de Adrián son unos impresentables.

—Lo sé. ¿Y qué? Eso no tiene nada que ver con las agresiones que se cometen contra su hijo. Yo no estoy aquí para juzgar a los padres, Santi, sino para velar por mis alumnos.

—¿Estaban en clase?

—Sí, la agresión tuvo lugar en el aula, durante una guardia de Carmen.

¿Por?

—Vaya, qué casualidad…

—¿Puedo saber por qué te interesa tanto todo esto?

—Me interesa.

—Ya.

¿Y por qué se ha ido Samir tan enojado?

Sonia se da cuenta de que no voy a parar hasta que me lo cuente todo y, antes de que yo pueda llegar a alguna conclusión errónea, prefiere cubrirse bien las espaldas.

—Solo he cumplido órdenes, Santi.

—¿De Gerardo?

—¿Pero a ti qué te pasa hoy?

—¿Y qué sanción le habéis impuesto al chico?

Sea la que fuere, es evidente que ella no está de acuerdo. Después de casi mes y medio ya he empezado a leer algunos de los signos —aparentemente imperceptibles— de su lenguaje corporal. Me he dado cuenta, por ejemplo, de que se muerde el labio inferior cada vez que su cargo la obliga a defender una decisión contraria a sus ideas. No tiene que ser fácil trabajar a las órdenes de alguien como Gerardo, aunque, por otro lado, no me cabe duda de que ese contrapunto —el que con tanto esfuerzo desempeña Sonia en este

centro— es esencial para que todo funcione mínimamente bien en el Darío.

—Es una situación reiterada, Santiago… —Ahí está: acaba de morderse levemente el labio. No sé aún qué han hecho, pero ella no está de acuerdo—. Así que hemos tenido que invitar a Ahmed a abandonar el centro.

—¿Vais a hacer lo mismo con el otro?

—El otro es un buen alumno. Algo macarra sí, pero aprueba casi todo con facilidad y apenas lo han expulsado un par de veces en todos los años que lleva aquí, mientras que Ahmed no hace nada y no deja de damos problemas desde

que ha llegado al centro. Además, Ahmed es…

—¿Marroquí?

—Iba a decir nuevo. Para el poco tiempo que lleva con nosotros, nos ha causado demasiados conflictos.

—¿Seguro que es por eso?

—No te equivoques, Santi.

—Tranquila, aquí la que te equivocas eres tú.

Salgo de su despacho y le doy, sin poder controlarme, el segundo portazo de la mañana. Cuando llego al departamento de Álvaro, éste me recibe sin demasiado entusiasmo. En la mesa de enfrente veo al «innombrable», que

puntúa, sin mirarlos siquiera, un fajo de exámenes. En cuanto a Álvaro, no sé si se avergüenza de haberme ocultado información o si lo que le sucede es que se siente abatido por no haber podido ayudar a tiempo a Marcos. Quizá, en el fondo, su desánimo de esta mañana no sea más que una mezcla de ambas cosas. Me entrega su nuevo texto —esta vez impreso— y me asegura que es lo último que escribirá para mí. En realidad, si ha sido completamente honesto en esta ocasión, tampoco creo que necesite que me cuente mucho más.

Intenté ser sincero, Santiago, pero la verdad es que estaba demasiado afectado por lo ocurrido como para decidir qué debía contarte y qué era mejor callar. Y yo, lo lamento, callé.

Lo primero que te omití fue una intuición sobre Marcos, apenas nada. Una intuición no es algo que se pueda compartir, sobre todo si atañe a la identidad sexual de alguien. La búsqueda de uno mismo es un proceso demasiado complejo y personal, un camino que varía en sus formas según quien lo transita. A veces es una verdad

inmediata, una certeza desde la infancia. A veces es un interrogante que encuentra respuestas en la adolescencia o en una primera y turbulenta juventud. Y a veces es una sombra que convive con su dueño hasta que, ya adulto, descubre que esa sombra tiene una vida diferente a la que él se ha construido. No se trata de mentir, ni de fingir, ni de ponerse máscaras. Se trata de algo tan delicado y tan abstracto como la identidad. Sería ridículo pretender que encontramos respuestas a quiénes somos en nuestra primera indagación. Igual de ridículo que limitamos a las etiquetas y convertirnos en hetero, bi o gay sin

habernos buscado. Sin habernos vivido. Por eso no podía —ni pienso hacerlo tampoco ahora— afirmar nada tajante sobre Marcos. Porque sería un acto estúpido. Y, sobre todo, arrogante.

Mi segunda omisión tampoco fue gran cosa. Simplemente evité describirte una reunión que tuvo lugar justo después de mi primera mañana en el centro. Una entrevista con mi director que imagino que callé para evitarme posibles problemas en mi trabajo. No es agradable tener a un jefe en contra, y mucho menos si el jefe posee una personalidad tan opaca como la de Gerardo. Si tuviera que describirlo, lo

haría como una mezcla entre el comisario Rawls, el jefe de McNulty en *The wire*; y el Roger Sterling de *Mad Men*. Viste como ellos —sólo que las chaquetas le sientan mucho peor— y, lo que es realmente peligroso, también suele pensar como ellos.

No puedo dejar de relacionar el retrato que Álvaro me hace de Gerardo con lo sucedido esta mañana con Ahmed. ¿Realmente se puede dejar la dirección de un centro en manos de alguien así? Siento una rabia inmensa y trato de serenarme tomando algo en la

cafetería, pero tampoco así consigo relajarme. Dani, el camarero, me mira con desconfianza, aunque —por primera vez desde que empecé este trabajo— noto en él una cierta disposición a hablar. No está seguro de que deba contarme nada, pero es evidente que necesita hacerlo, como si llevara consigo una carga demasiado pesada desde que estalló todo. Tal vez sólo tenga que presionarle un poco para conseguir que hable conmigo.

—¿Se puede saber a qué ha venido lo de antes? —Sonia, hecha una furia, se sienta junto a mí. Está realmente alterada y exige que le dé una

explicación—. ¿Has querido acusarme de algo?

—No me malinterpretes, Sonia. Yo sé que tú no eres… —esquivo el adjetivo racista y trato de sustituirlo, rápidamente, por cualquier otro— injusta.

—Ya, pero mi decisión sí te lo ha parecido, ¿verdad? Te ha parecido que hemos cometido una injusticia.

—Honestamente, sí.

Sonia pone encima de la mesa una colección de partes disciplinarios que abarcan desde abril de 2009 hasta hoy mismo. Todos van destinados a Ahmed y, aunque siempre están firmados por los

mismos profesores —Carmen, Isma, «el innombrable»…—, en ellos se pueden leer motivos de expulsión de lo más diverso: por hablar en clase, por no traer el material, por molestar a un compañero, por interrumpir el ritmo normal de la asignatura, por faltar al respeto a un profesor, por agredir a otro alumno…

—¿Ves? Esto es lo que tengo sobre Ahmed desde que llegó al centro el curso pasado y esto —y me enseña una carpeta con tan sólo dos partes— lo que tengo sobre Adrián en cuatro años.

—Pero los partes de Ahmed vienen siempre de los mismos profesores.

—¿Y qué quieres que haga? Yo no estoy en el aula cuando suceden esos hechos, así que tengo que creerme lo que me cuentan. Así de fácil.

—Eso es corporativismo.

—A mí no se te ocurra acusarme de eso. —Acaba de fulminarme con la mirada—. Si alguien ha demostrado aquí que no es nada corporativista, soy yo.

¿A qué se refiere exactamente? ¿Tal vez al caso de Eduardo? Me anoto la pregunta y confío en que me responderá a esas dudas en su nuevo texto.

—Mira, Santi, si lo que quieres saber es si hay profesores racistas, pues sí, los hay. Y misóginos. Y homófobos…

Hay de todo, como en cualquier trabajo, sólo que aquí su labor resulta el doble de nociva. Pero las pruebas son las pruebas y Ahmed ha acumulado todos estos partes desde que empezó el curso. Por eso tengo que tomar medidas contra él y no contra Adrián: es mi trabajo.

—¿Y controlar a tus compañeros no lo es?

—No me hagas reír, por favor. Ya lo hago… —Me pide que la acompañe discretamente a su despacho. Cierra la puerta y me enseña una caja llena de dosieres sobre muchos de los profesores que han ido pasando por el centro—. Abre uno, el que quieras. Todos han sido

desechados por la Inspección y no han servido para nada. Y aun así, como soy una imbécil, no me rindo… Siempre ocurre lo mismo: yo empiezo el trámite ante las quejas de algún padre o incluso de algún compañero, investigo cuanto puedo, reúno todo el material del que soy capaz y luego, cuando llega el momento de la verdad, aquí no firma ni testifica nadie. Se echan atrás enseguida y todo mi esfuerzo se queda aquí. En este maldito cajón.

Cojo una carpeta al azar. Se trata de un profesor de lengua que, durante el curso anterior, ocupó la plaza que hoy tiene Álvaro. Según consta en el

informe, los alumnos de Bachillerato se quejaron de su actitud con las chicas —a las que, tal y como se dice allí, «decía piropos improcedentes en el aula»— y de su forma de referirse a los autores homosexuales —«se refiere a Lorca llamándolo la Federica», afirmaban los chicos— e hispanoamericanos —«nos dice que vamos a estudiar textos de los panchitos».

—¿Esto es real?

—Sí, tal y como lo estás leyendo. Pero cuando el inspector vino al centro, nadie de su departamento quiso firmar la denuncia. Por otro lado, no había grabaciones ni documentos escritos,

aparte de los apuntes de los alumnos, que atestiguasen nada, así que todo esto se archivó y lo único que pude hacer fue conseguir que se sintiera incómodo para que este año se cambiase de centro. Lo triste es que ahora seguirá diciendo esas barbaridades en otro instituto…

—¿Fue algo así lo que pasó con Eduardo?

Sonia me quita el dosier de las manos y lo guarda bruscamente en su cajón.

—De eso no quiero hablar ahora… Te prometo que cuando te dé mi texto vas a entenderlo todo. De verdad.

Acababa de salir de mi primera clase y no dejaba de preguntarme cómo podía haberlo hecho tan mal. Kavafis estaría revolviéndose en su tumba después del uso que le había dado a su poema más emblemático… Mientras me mortificaba con mi torpeza, Gerardo me dio sutilmente en la espalda y me pidió que lo acompañara. Lo seguí hasta su despacho y me hizo unas cuantas preguntas sobre mi tutoría. «¿Qué tal con su grupo, qué primeras impresiones ha tenido, qué le ha parecido…?». Quería que le describiese a mis tutorandos y su torpe interrogatorio me recordó a mí mismo en esa primera clase. Hacía

preguntas propias de un comentario guiado, intentando trampear mis respuestas para llegar al punto al que se había propuesto conducirme desde un principio.

No tardé en darme cuenta de que aquella entrevista tenía un único objeto: alertarme sobre algo. O sobre alguien. Gerardo daba rodeos constantemente, salpicando su monólogo con consejos educativos vacuos, sentencias bienintencionadas y anécdotas personales que parecían sacadas de algún manual de pedagogía de los años cuarenta. Aquella versión rediviva de *El florido pensil* no acababa de centrar su

discurso hasta que, sin saber muy bien cómo, consiguió arrancarme el pequeño incidente de mi primera clase.

—Entonces, por lo que veo, ha ido todo como la seda.

—Casi todo, sí.

—¿Y ese *casi*?

—No sé, supongo que es lo normal el primer día…

—¿Le han faltado al respeto?

—No, no, en absoluto. Sólo una bobada.

—Cuéntemela.

—Ha sido una chiquillada. Un alumno que no quería salir a la pizarra, pero vamos, enseguida me he hecho con

ellos.

—Marcos, ¿verdad?

Asentí sorprendido —acababa de descubrir quién era el verdadero protagonista ausente de aquella entrevista— y Gerardo hizo un prolongado (y estudiado) silencio de casi un minuto. Sesenta segundos callados, admitámoslo, son un arma muy eficaz en cualquier diálogo. Y no es que mi director sea alguien excesivamente maquiavélico, pero sí se trata de un hombre con muchos más recursos de los que se ven a primera vista, bajo esa fachada pusilánime y anticuada. Puede que no sepa imponerse con su tono de

voz, pero sabe dejar inerme a su oponente a base de silencios. Los maneja con una habilidad que roza lo sádico, como el bisturí en las manos de los cirujanos de *Nip / Tuck*.

—Ya, Marcos. No podía ser otro…

Ahí fue cuando llegamos a lo que realmente quería decirme. A su relato —sesgado y seguramente también intuitivo— sobre Marcos:

—Es un chico algo especial. Toda una estrella entre sus compañeros de clase, ¿no lo ha notado? Aunque desde el año pasado no es el mismo… Todos coincidimos en que lo vemos un poco más apático, más triste… Algo

comprensible, desde luego.

—¿Por?

—Ah, cierto, supongo que todavía no ha tenido tiempo de leer las fichas de sus alumnos. —Interpreté un claro reproche en esa frase.

—Ni siquiera me las han dado —me defendí—. La orientadora no las tiene listas aún, está desbordada de trabajo…

—Ya. —Y anota algo en su agenda: intuyo que en breve llamará también a Mayte a su despacho—. Marcos es el segundo de cuatro hermanos y todos han pasado por este centro. Ignacio, el mayor, acaba de empezar Ingeniería. Es un fuera de serie. Los otros tres siguen

aquí, en diferentes niveles. Adolfo, en 1.º de la ESO, Sergio en 4.º y Marcos, como ya sabe, en Bachillerato. En el claustro nos hemos volcado con todos ellos después de la muerte de su madre. La tragedia sucedió el año pasado, en enero. —Nueva pausa, esta vez creo que quiere dejarme unos segundos para que asimile toda la información—. Un accidente de coche. Terrible.

—Entiendo.

—Después de eso, la actitud de Marcos empeoró sensiblemente.

Le pregunté si había presenciado algún episodio violento o especialmente conflictivo protagonizado por mi

alumno, pero él lo negó tajantemente.

—Sólo tuvo problemas con un profesor que ya no trabaja con nosotros. Por lo demás, todo normal. Aunque, fuera del instituto, es diferente.

Nuevo silencio. Quería alimentar mi curiosidad y provocar mi imaginación. No sé qué pensé en ese instante, pero tampoco fui capaz de imaginar gran cosa. Gerardo volvió hacia atrás y me describió el accidente de la madre de Marcos seleccionando las palabras con extremo recelo y evitando cualquier posible alusión a un posible suicidio, hipótesis barajada por la policía —según me contaría Sonia unos días

después— y desechada por la familia, dispuesta a negar cualquier otra teoría distinta a la de un hecho desgraciado y fortuito. Me explicó que Marcos había empezado a relacionarse con otras personas (nunca especificó cuáles), compañías poco recomendables y potencialmente violentas. Sólo se me ocurrió preguntar que cómo habían deducido el carácter violento de dichas compañías y, tras una nueva pausa, Gerardo recurrió, como no podía ser menos, a esa verdad irrefutable que es la intuición:

—Hay cosas que se saben… —y completó su perla filosófica con el

segundo gran criterio que, a su manera, fundamentaba la existencia del primero — por experiencia.

Yo no conocía ni a Marcos ni su entorno, así que no podía rebatirle absolutamente nada. Insistí, eso sí, en que me hablara de esos incidentes con cierto profesor del centro, pero Gerardo sólo me respondía con evasivas. Finalmente, acorralado por mi insistencia, hizo un relato deshilvanado y caótico en el que sólo saqué en claro que, al parecer, Marcos —con la ayuda de sus nuevas amistades— había rayado el coche de aquel profesor hasta dejarlo prácticamente destrozado. Sin embargo,

el discurso de mi director fue tan confuso que no supe si aquella acusación había sido demostrada o si tan sólo era una hipótesis que él había convertido en certeza.

Cansado de mí —casi tanto como yo de él, supongo—, me pidió que le avisara si notaba cualquier conducta extraña y me despidió dejando claro que ni le gustaba yo ni le tranquilizaba lo más mínimo que fuese el tutor de ese chico durante el presente curso. Salí del despacho desconcertado y, sobre todo, con una extraña sensación de incomodidad. ¿Y si mi intuición sobre Marcos era cierta? En ese caso, quizá

esas compañías de las que Gerardo sugería comportamientos próximos a los de un grupo terrorista —jamás pronunció nada semejante, pero sus pausas estaban llenas de esas palabras no dichas— no fueran más que alguna relación con la que el chico hubiera empezado a definirse. De nuevo, sólo intuyo, así que mi probabilidad de error es exageradamente alta.

Se me ocurrieron muchas preguntas a raíz de este texto de Álvaro y me di cuenta de que tenía que a hablar con Gema cuanto antes.

«Desde lo de Eduardo». Ahora ya sabía cuál era ese incidente al que Marcos había hecho alusión en la ficha que le había entregado a la orientadora, ese episodio violento que, sin duda, había condicionado las relaciones con su entorno tanto dentro del centro como fuera de él. A fin de cuentas, Gema había sido su tutora durante todo 4° de la ESO, así que tuvo que conocer ese incidente con detalle, aunque ella también hubiera optado por omitirlo en la primera serie de e-mails que me escribió.

¿Mi tercera omisión? Ésa es la única de la que, realmente, me arrepiento. Me avergüenza no haberlo contado —¿habría servido de algo?— y me duele, sobre todo, no haber sabido estar a la altura de unos acontecimientos que se encontraban a punto de desbordarse… Pero la verdad —la dura y amarga verdad— es que cuando aquel lunes nos enteramos de lo que Marcos había hecho, yo no pude dejar de preguntarme si mi conversación del viernes con él habría tenido algo que ver en todo aquello.

No sé si te lo habrá comentado Mayte —es la única persona a la que le he hablado de ese encuentro—, pero ese viernes le pedí a Marcos que se reuniera conmigo justo antes del recreo. Le dio rabia perderse parte de su escaso tiempo libre («La orientadora también quiere que le rellene un cuestionario hoy mismo», se quejó) y, para compensarle, le prometí que le llevaría la antología poética del 27 que tanto había llamado su atención. No me importaba prestarle o incluso regalarle aquel libro con tal de poder verlo cuanto antes.

¿Por qué hablar con él era tan importante para mí? Por culpa de uno de

los trabajos que —y ahí sí te mentí— Marcos me había entregado esa semana. Después de mi pequeño gran fracaso del lunes, el martes opté por acercarme a ellos desde otra perspectiva. Les llevé a clase unos ejemplos de corrientes de conciencia —un par de fragmentos sencillitos de *En la carretera*, que les parecieron muy curiosos— y les pedí que intentaran hacer algo parecido, de modo que me describiesen su entorno familiar siguiendo esa técnica. Para ello, les di unos cuantos criterios muy simples: tenían que intentar describir cómo era un día cualquiera en su familia y plasmar todas sus impresiones al

respecto. El miércoles me encontré con un montón de trabajos de lo más variopinto sobre mi mesa —es impresionante lo que pueden llegar a hacer cuando están motivados—, pero el que más me impactó fue, sin duda, el de Marcos.

Su texto era demasiado duro como para no intervenir, así que el jueves, nada más llegar a clase, le pedí que viniese a hablar conmigo al día siguiente. Tenía grabadas algunas de las frases de su trabajo, especialmente la primera, de una rotundidad casi espeluznante.

«Hace mucho tiempo que nos

odiamos».

Así de simple. Y así de rotundo… Podía habérselo pasado a Mayte, la orientadora, pero decidí jugar a ser un héroe y afrontar yo solo el problema. Así que convoqué a Marcos a una reunión para ese viernes y esperé saber resolver algo que, sin duda, me superaba.

—No es cierto… Sí que acudió a mí —confiesa Mayte—. Se pasó el jueves por mi despacho, pero me encontró rodeada de papeles y de trabajo por hacer. Gerardo se había quejado de mi

retraso con las fichas de los alumnos y tuve que hacer horas extras para intentar ponerme al día sin mucho éxito… Santiago, ya te comenté que, por culpa de la crisis, habían recortado las plazas, así que ahora me toca hacer a mí sola lo que antes hacían tres orientadores. Una barbaridad… Cuando Álvaro vino a mi despacho y me habló de esa redacción, no le hice mucho caso, a fin de cuentas, los relatos de los adolescentes suelen ser muy violentos, al menos, los de ahora. Me pareció que exageraba y, sobre todo, que su inexperiencia le impedía discernir lo ficcional de lo real, así que le pedí que me dejara una copia

del relato encima de la mesa.

—Pero ¿no te había pedido Gerardo que le dieses máxima prioridad a cualquier asunto relativo a Marcos?

—Sí… Lo que ocurre es que Álvaro jamás mencionó ese nombre. Pecó de excesiva discreción y se limitó a decirme que quería que le echase un vistazo a la redacción de «uno de sus alumnos». De todos modos, tampoco fue culpa suya. No es culpa nuestra que haya tan pocos medios, tan poco dinero y tantos intereses en cargarse la enseñanza pública a favor de la concertada.

—¿Lo llegaste a leer?

—Sí, ese domingo… —Noto cómo,

al recordarlo, un escalofrío recorre su cuerpo—. Es extraño. Leí ese texto casi a la misma hora a la que, según la policía, se estaba produciendo el crimen. Y lo cierto es que cuando llegué a la última línea tuve la certeza de que había cometido uno de los mayores errores profesionales de toda mi vida. Ese texto dejaba claro que Marcos estaba afrontando un problema familiar grave… Lamentablemente, todo estalló unas horas antes de que yo pudiera hacer o decir nada.

Cuando el viernes vino a hablar

conmigo, Marcos me insistió en que aquello no era más que un relato. Un simple trabajo de clase al que no había que darle más importancia.

—No te rayes con eso, de verdad.

Eso fue lo que Marcos me dijo. Que no me rayase… Sin embargo, a mí me parecía imposible obviar la realidad que se dibujaba en cada uno de los párrafos de su narración, tecleada con esfuerzo en la misma máquina de escribir que, sólo unos días después, destrozaría el cráneo de su padre. Por eso le insistí en que era importante que hablase con él, en lo necesario que era el diálogo en cualquier familia, en lo

fundamental que resultaba ponerse en el lugar del otro para ser capaces de aproximar posiciones. Por eso, en un arrebato entre redentor y moralista, mencioné de nuevo el poema de Cernuda y le recordé que es necesario buscarse a uno mismo y defender la identidad individual aunque los demás no nos entiendan del todo. Por eso le animé a que mantuviese una larga conversación con su padre y a que le expresase lo que sentía, lo que le estaba atormentando… Incluso le sugerí que le diese una copia de su redacción para que él pudiera saber qué era lo que sentía su hijo y tratar de buscar, entre ambos, posibles

soluciones.

Ése fue mi papel en aquel encuentro de, apenas, unos diez minutos de duración. Entonces creí que Marcos no había hecho mucho caso a ninguna de mis indicaciones, pero cuando el lunes tuvimos noticia de la tragedia, no pude dejar de preguntarme si mis palabras no habrían tenido algo que ver en el desarrollo de los hechos. ¿Y si el asesinato se había producido justo después de un intento fallido de diálogo? ¿Y si todo explotó porque Marcos se empeñó en hacerme caso —a mí, que sé mucho de morfemas, y de métrica, y de la Generación Perdida,

pero que no tengo ni puta idea de nada más— y llevó hasta las últimas consecuencias mis consejos? ¿Y si mi error de principiante había tenido, sin que yo pudiera preverlo, unas consecuencias catastróficas?

Por eso callé, Santiago. Porque estaba —y estoy— literalmente destrozado. Porque no hay día en que no me pregunte si se pudo evitar. Si tuve la ocasión de impedir la tragedia. Si, en mi afán por ayudarle, no acabé destruyendo su vida y, con él, la de toda su familia.

Álvaro incluye en su carpeta una

fotocopia de la redacción de Marcos. Ahora, después de todo lo ocurrido, resulta estremecedor leer ese texto. Me pregunto si debo reproducirlo en este libro y, tras darle muchas vueltas, decido que sí, que es necesario que el protagonista de mi historia tenga voz. Aunque esa voz nazca de una vieja Olivetti y suene como un grito sordo y desgarrador entre gentes incapaces de oírlo. Un grito que anuncia la sangre y la muerte que estaban a punto de inundar aquel vulgar domicilio madrileño muy poco después.

Martes

De: Gema A. <gema_aj@gmail.com>

Para: Santiago (Prensa) <santiprensa01@gmail.com>

Fecha: 3 de noviembre de 2009 20:32

Asunto: (sin asunto)

Tres horas delante del ordenador para no ser capaz de escribir ni una sola línea. Tres malditas horas perdidas frente a una pantalla en la que no sé qué decirle, señor Kent. ¿Sabes? Me aburre hacer memoria. Me agota… He tachado demasiadas veces este primer párrafo.

No pienso hacerlo más. Me siento incapaz de redactar nada que no suene culpable. O autocomplaciente. Porque claro que hubo cosas que no conté. Claro que hubo partes de la historia que guardé para mí. ¿Tenía alguna razón para hacerlas públicas? Ni siquiera la tengo ahora.

Hace bastante tiempo que no me divierte contarle nada a nadie, Clark. Hace siglos que mis conversaciones con la mayoría de los hombres son sólo un preámbulo necesario para acostarme con ellos. He aprendido a distinguirlos y a clasificarlos rápidamente, así que suelo ser hábil diciéndoles exactamente lo que

esperan. Ellos no me piden que les escriba nada. Eso lo hace más fácil. Hombres —a ser posible más jóvenes que yo— con los que pueda divertirme. Sin perder ni un minuto… A mi edad no se tienen ganas de malgastar el tiempo. Cuarenta y dos. No me importa decírtelo, Clark. Tampoco a mis alumnos. En el fondo, me gusta ver cómo se sorprenden. Cómo sueltan su nada diplomático «¡tantos!» que, a su torpe modo, es todo un halago. La genética y el *spinning*, supongo.

Ya te he dicho que no me gusta ser profesora. Tan sólo es una circunstancia (no deseable) para poder ser persona en

mi tiempo libre. Así de fácil. Pero lo qué realmente odio —por encima de todo— es ser tutora. No soporto saber que, académicamente, se me hace responsable del devenir de treinta y tantos alumnos a los que no conozco y que pertenecen a otras treinta y tantas familias de las que no sé nada. ¿Cuál se supone que es mi función? Nadie lo sabe. Cada cual lo hace como le viene en gana y el grado de implicación depende, normalmente, del propio tutor. Yo escojo el método huidizo, evitando las reuniones con los padres y reduciéndolas a su mínima expresión. ¿Qué quieren que les diga cuando vienen

a hablar sobre sus hijos? ¿A pedirme consejo? No tengo nada que ofrecerles. Nada absolutamente que decirles. Y ellos insisten, y piden soluciones, y hasta creen que tú puedes resolver sus problemas de convivencia en casa, cuando tú no eres más que una extraña que apenas los conoce. ¿Cincuenta minutos de clase? ¿Y eso es suficiente para emitir un juicio de valor? ¿Para tutelarles? Es todo una mentira. Una gigantesca mentira que nos tenemos que creer, pero que, por supuesto, no funciona.

Hay quien presume de que sí. Confunden el hecho de ser tutores con un

falso colegueo del que los chicos se valen para hacer cuanto les viene en gana. Son los profesores que les dan su e-mail, o su Facebook, o su contraseña de MySpace. Los que se han creído que la tecnología es el gran gurú para comunicarse con la nueva generación, cuando sólo se trata de nuevos canales para seguir haciendo visible la fractura entre nosotros y ellos. Nada sirve de nada. Así de simple.

Y si no, explícame cómo es posible que yo fuera tutora de Marcos durante todo un año y no fuera capaz de prever lo que pasó después. ¿Crees que no me he interrogado por ello? ¿Piensas que

este tipo de asuntos desaparecen por sí solos? ¿Que se olvidan? ¿Sabes? Llevo semanas dándole vueltas Analizando cada detalle. Fingiendo que paso de todo, que lo veo con frialdad, que no me afecta. Ahora, Clark, es cuando tendría que decirte que no te mentí en nada. Que tan sólo omití algún detalle. Pero no soy tan cínica. Ni tan cobarde. Así que es cierto que no te dije toda la verdad. Que cambié las circunstancias de dos de los hechos que te relaté. Dos reuniones que ocurrieron tal y como dije, pero no en el contexto que se sobreentendía.

Nada tengo que añadir sobre Marcos. Ni sobre sus compañeros. No

sé si es cierto que, como tú me has sugerido esta misma mañana, Sandra era algo así como una tapadera. En caso de que lo fuera, fingía el papel a la perfección. Ya te he dicho que a mí nunca me chocó nada en aquella historia y tampoco sus padres me hicieron la más mínima sugerencia al respecto. Pero sí es cierto que mis reuniones con Ángela y Roberto —a los que siempre recibí por separado, jamás juntos— tuvieron unas connotaciones especiales. En el momento no me lo parecieron tanto, pero después de analizar obsesivamente cada uno de aquellos detalles, quizá sí lo fueron.

En cuanto a la relación entre Marcos y Sandra, me sorprende la falta de intuición de Gema (¿no seguirá negándose a reconocer lo evidente?), pues resulta inevitable no hacer dobles interpretaciones de algunos de los microtextos del blog de Sandra. Puede que Gema no notase nada extraño entre ellos, tal y como me asegura en su correo, pero basta con leer algunos de esos posts para adivinar la confusión que estaban viviendo ambos adolescentes. Y el dolor, callado pero contundente, que esa búsqueda de sí mismos les hizo afrontar juntos.

Miedo

Sentir miedo es normal. Supongo. A mí no me da miedo la oscuridad. Ni los fantasmas. A mí me da miedo morir muy joven y no poder hacer más cosas contigo. Morir sin haber vivido todo lo que nos hemos prometido que vamos a vivir. A mí lo que me da miedo es que te alejes. La oscuridad, no.

Posteado por gilda92 el 2 de agosto a las 19:25 h.
(Nota: este post aparece junto a un fotograma de *Los cuatrocientos golpes*)

El mundo se derrumba…

… y nosotros nos enamoramos. O no. Ya no lo sé. Yo me enamoro de ti. Y tú… Bueno, tú me prometes algo. Tú me dices que sí y yo te digo que voy a ser tu Ilsa y que me gustaría que tú fueras mi Rick. Miro para otro lado y finjo que me creo que esto es verdad. Luego llega el *The End*. ¿Habrá un final feliz?

Posteado por gilda92 el 23 de junio a las 18:13 h.
(Nota: este post aparece junto a un fotograma de *Casablanca*).

Pero no hubo, lamentablemente, un

happy end. Por eso, supongo, Sandra parece haber abandonado para siempre el blog y no ha vuelto a publicar nada después de esa gigantesca interrogación con la que resumió —sin palabras, pero con una contundencia brutal— cómo se siente desde que su mundo, tal y como había dicho el mismísimo Bogart, se derrumbó.

En cuanto a mi reunión con su madre, Ángela, su visita fue tal y como la describí. Agradable. Distendida. Ni una sola palabra que destacar de todo ese diálogo. Tampoco era la primera vez

que charlábamos. El curso anterior habíamos hablado por teléfono acerca de aquel ocho y medio que tanto molestó a su hijo Ignacio. Su padre presentó una reclamación en mi departamento y Gerardo me acusó de mala praxis, empleando, eso sí, su cortesía habitual y su rigurosa tercera persona. Finalmente, llamé a los padres y hablé con Ángela, que se mostró mucho más comprensiva de to que yo esperaba. Entendió perfectamente mis criterios de calificación y se encargó, personalmente, de retirar la reclamación. Gerardo no se molestó en disculparse e Ignacio me detestó

cordialmente desde entonces.

El resto del curso transcurrió dentro de una tensa tranquilidad que se deshizo cuando, ya en junio, convertí su ocho y medio en un nueve, no sé si porque lo merecía, porque quería ayudarle en su media para la Selectividad o porque deseaba tener un verano tranquilo y evitarme líos con la inspección. La figura de aquel alumno era tan gigantesca en el centro que ese medio punto podría haberme supuesto un sinfín de problemas estúpidos. Gerardo me felicitó por haber hecho lo correcto y yo me volví medio punto más cínica. Por eso me pareció tan injusto ser tutora,

sólo un año después, de su hermano Marcos. No sé si se trataba de un sutil castigo impuesto por mi director, pero, en cualquier caso, sí que me sentí ofendida y, peor aún, sancionada. Asumí la imposición, pero me prometí que no me implicaría en absoluto con aquella familia, deseando no tener nuevos problemas con el padre de esos chicos tan queridos por todos.

No hubiera querido volver a llamar a aquella casa, pero tuve que hacerlo. Alguien había destrozado el coche de un profesor del claustro y Gerardo estaba seguro de que Marcos era el responsable. Al parecer, había tenido

algún encontronazo verbal con el dueño del automóvil, así que parecía probable que hubiese ido un paso más allá. Gerardo, que parecía bastante alterado con este asunto, me pidió que indagase si Marcos tenía nuevos amigos, gente que pudiera estar influyéndole negativamente, y a mí aquello me pareció una completa estupidez. ¿Qué pintaba yo metiéndome en su vida fuera del instituto? Además, el profesor al que supuestamente había rayado el coche me caía como una patada en el estómago, así que no me preocupaba lo más mínimo lo sucedido. Ahora, un año después, podría haberle destrozado su

coche yo misma. En aquel momento, sólo intuía que Eduardo era un baboso, uno de esos que te saludan mirándote las tetas y a los que se les va la mano de vez en cuando. Pero ahora sé que, ante todo, era un acosador, uno de esos cabrones que se valen de su posición para aprovecharse de gente más débil que ellos. Ojalá llegue a pudrirse en la cárcel… El caso es que tuve que llamar a Ángela para decirle que viniera al instituto porque quería charlar con ella. Gerardo me pidió que fuera cauta y que no acusase a Marcos de manera directa. Y así lo hice.

Ya, Clark, ya sé que te dije que me

limité a hablar con ella por teléfono. Pero si tergiversé ese dato no fue por mala intención, ¿sabes?, sino porque me daba miedo difamar a alguien que ya no puede defenderse. Alguien que, a pesar de mi contumaz fobia a los padres de mis alumnos, sí que me caía relativamente bien.

Mi entrevista con Ángela tuvo lugar a mediados de diciembre y, en términos generales, no fue del todo mal, pero he rescatado la grabación para volver a escucharla con detalle y hay algo en ese diálogo un tanto extraño. Algo que, de nuevo, preferí omitir —por pura discreción— en mi primer relato.

—¿Ángela? —La encuentro en medio del pasillo, buscando la sala de profesores como si nunca antes hubiera venido a nuestro instituto.

—¿Sí?

—¿No te acuerdas de mí? Soy Gema, la tutora de Marcos.

—Ah… —duda—. Hola, ¿qué tal?

—Bien, pasa aquí y hablamos.

—¿Me esperas un segundo? —En la cinta hay un prolongado silencio. Creo recordar que fue al baño, pero de ese detalle no me acuerdo—. Ya, perdona.

—Mira, hemos tenido un problema con Marcos.

—¿Está bien? —se alarma.

—Sí, sí, él está bien. Es otro tipo de asunto.

—¿Pero está bien? —No consigue calmarse. Es como si en ella hubiera saltado alguna especie de resorte que le cuesta controlar—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Tranquila, Ángela, que Marcos está bien. El problema ha sido con un profesor del centro.

—No está pasando un buen momento…

—Lo hemos notado, por eso queríamos hablar contigo.

—No está pasando un buen momento —se repite. Noto que se traba levemente

al hablar—. Yo quiero ayudarle, pero a veces… —En la grabación se la escucha llorar. Después, vuelve a calmarse. Sus reacciones son excesivas y atropelladas. Demasiado.

—A ver, Ángela, vamos a tener que sancionarlo. Creemos que ha rayado el coche de Eduardo, su profesor de inglés.

—Pero… ¿pero él está bien? —Ahora no sé a quién se refiere. ¿A Eduardo? ¿A Marcos? Me quedo descolocada y sin palabras durante unos segundos.

—Sí, no se han enfrentado directamente. Tan sólo ha sido lo del coche, pero entenderás que…

—No se lo digas a su padre todavía, por favor. —Nunca olvidaré la mirada de pánico con la que me hizo ese ruego —. Espera… —casi me lo suplicó—, espera a que hable yo con él. Marcos no atraviesa un buen momento —se repite otra vez—. Marcos no está bien…

—Tranquila. Lo haremos a tu modo. No queremos causaros ningún problema, pero entiende que el centro no puede quedarse de brazos cruzados ante un hecho como éste.

—No está bien… Ahora no estamos bien.

Dejé de grabar en ese momento, porque Ángela era incapaz de controlar

el llanto y tuve que dar por terminada nuestra conversación. ¿Debería haberte contado todo esto en mi primer relato? ¿Realmente tenía que parecerme tan insólito haber recibido a una madre que, por lo que pude intuir, quizás había bebido algo más de la cuenta? No lo creo. ¿Sabes? Me reúno con padres que me insultan —de ahí la grabadora, como ya te expliqué—, con padres que apenas hablan nuestro idioma y con los que tengo que ingeniármelas para decirles lo que debo, con padres que no saben mantener las formas, con padres que me responden agresivos a toda crítica que hago hacia sus hijos… De entre toda esa

fauna, la madre de Marcos era, a pesar de todo, uno de los casos más discretos y anodinos con los que me había enfrentado en mi trayectoria profesional.

Nerviosa, sí. Dubitativa, también. Asustada cuando empecé a hablarle de aquel incidente del coche, puede ser. Pero no había motivo para darle ningún tipo de relevancia a aquellos mínimos deslices. Fue educada. Muy amable. Cruzaba y descruzaba las piernas continuamente. No encontraba de qué forma sentarse. Me interrumpía a menudo. Pero me cayó bien. Era como hablar con una amiga en un bar. Sólo nos faltaban un par de copas. O quizá no era

eso. Quizá es que las copas ya las traía consigo.

No sé, Clark, no creo que se pueda decir que alguien es alcohólico sólo porque se cambie mucho de postura, se ría y utilice unas palabras por otras. Creí percibir algo en su aliento. En su conducta. Pero no debió de ser tan obvio cuando no dije nada entonces. He visto a madres realmente borrachas. A madres ludópatas. A madres esquizofrénicas. Las he visto porque son ellas las que pelean con sus hijos mientras los padres siguen enrocados en sus posiciones antediluvianas. Por eso, el comportamiento de Ángela no me

extrañó tanto. Una copa de más. Sí, era muy temprano. Las once de la mañana de un día cualquiera de diciembre. Pero yo no estaba en su vida. Ni en su familia. A lo mejor Ángela hacía igual que yo y pasaba alguna que otra noche fuera con amantes esporádicos, tomando unas copas, apurando la vida antes de que se la robase la inercia del matrimonio. Yo qué sé.

En enero murió. No mucho después de aquello. Creo que en el informe policial se decía que conducía con un exceso de alcohol en la sangre. Aquí se echó tierra sobre el asunto por respeto a sus hijos. Roberto, el padre, se encargó

de ello y todos hicimos caso a su petición. Puede que yo hubiera visto un síntoma de aquello. Quizá debería haber dicho algo. Pero me limité a callarme. No era más que una historia graciosa. Una madre que venía medio bebida a charlar sobre su hijo. No dijo nada inconveniente. Ni fue grosera. Sólo me insistió en que no le dijese nada de lo del coche rayado a su marido.

Y no lo hice. Pero Gerardo se encargó de hablar con él. Ángela me llamó indignada, sentía que la había traicionado.

Y aunque no era verdad, no tuve fuerzas para contradecirla. Por eso, la

primera vez que me pediste que te contara lo que recordaba me pareció que no tenía derecho a decirte ciertas cosas. ¿Sabes? Ahora puede que lo vea de forma diferente. Quizá lo que yo noté aquel día era un síntoma de otro problema. Una especie de cadena de causas y efectos que no sé ni dónde empiezan ni dónde acaban. Mejor dicho, que sí sabemos dónde acabaron y que quizá nunca lleguemos a saber dónde dieron comienzo.

No encuentro ningún tipo de información útil en los comentarios que

Marcos escribía en el blog de Sandra. Su álter ego, B. K., jamás alude a su vida familiar, ni a los problemas que Gema sugiere haber percibido en el caso de su madre, Ángela, ni tampoco a los conflictos con sus padres o sus hermanos. Compruebo, eso sí, que todos sus comentarios están enviados en horario escolar, lo que demuestra que —tal y como Gema aseguraba— Marcos empleaba sus clases de informática para entrar en las páginas que su padre le había vetado en casa. En cuanto a su contenido, la mayoría de sus textos sólo son opiniones más o menos entusiastas sobre las películas que veían juntos,

además de alguna que otra lacónica alusión a la relación que había entre él y Sandra, que —evidentemente— se había visto alterada desde la irrupción en escena de sus nuevos amigos:

> 1 comentario enviado el 5 de mayo a las 10:04 h. B. K. dice… La novedad no implica olvido, Gilda. Soy yo. Soy siempre yo. Es sólo que ahora soy yo de verdad. He tenido que conocerlo a él para darme cuenta. Entiéndelo. Tkm.

> 1 comentario enviado el 3 de

junio a las 10:23 h. B. K. dice… Me gustan tus cuentos, pequeña. Me gustan porque son tan de verdad como tú. Él dice que tengo mucha suerte de haberos encontrado. De que estés en mi vida. Y tiene razón.

Estoy seguro de que ese *él* al que se refiere Marcos en sus comentarios es el chico de la camiseta de Joker. El mismo que aparecía, de espaldas, en esa fotografía borrosa de una noche de botellón. Vuelvo a repasar las imágenes colgadas por Sandra con calma y, aunque la mayoría pertenecen a escenas

de películas clásicas, me hago una carpeta con el diminuto porcentaje de fotos personales que sí incluyó en su blog. Al revisarlas una a una, me doy cuenta de que hay dos grupos claramente diferenciados: por un lado, las imágenes de los tres amigos en las puertas de la Filmoteca o de algún otro cine madrileño y, por otro, las capturas de ciertas tardes de botellón donde se les ve con otros jóvenes, tanto de su edad como mayores que ellos. En el caso de estas últimas tengo la sensación de que todas las fotos se han tomado en el mismo lugar: un parque del que aparecen diversos detalles en cada una

de esas instantáneas. Debo averiguar de qué lugar se trata —puede que allí sea posible dar con ese misterioso Joker— y para ello necesitaré la ayuda de los chicos. Lo malo es que no puedo preguntarle ni a Sandra ni a Raúl —traicionaría la confianza de Laura si les enseño las imágenes del blog— y dudo que Ahmed, que parece haberse integrado tan poco en el centro, disponga de los datos que necesito. Lamentablemente, voy a tener que tragarme mi orgullo y preguntarle a Meri, «la choni del Darío», según Sandra, quien la define como «la archienemiga del buen gusto» en un

apodo de lo más cinematográfico. Cómo no.

—¿Eso? —Meri no está segura de si debe o no darme la información que le pido. Me sigue guardando rencor por el episodio con su chico, aunque, por otro lado, se muere por sentirse importante y demostrarme lo mucho que sabe de su instituto—. ¿No sabes dónde está?

—Ni idea. ¿Y tú?

—Tío —me responde mientras masca chicle ostensiblemente—, eso es el Kansas.

No puedo evitar sonreír al escuchar ese nombre y noto que a Meri no le hace ninguna gracia mi reacción. De algún

modo, siente que me estoy burlando de su mundo, o de sus referencias, y me devuelve una mirada de indignación que intento calmar cuanto antes. No puedo permitir que se enfade conmigo antes de saber dónde está exactamente ese sitio.

—Es un nombre curioso.

—Es lo que es. Se llama así de siempre. Y punto.

Me hace gracia lo tajante que suenan sus afirmaciones. Supongo que a esas edades uno necesita ciertos puntos de referencia claros y evidentes. Así que el Kansas no es más que eso: el Kansas. Y nadie se pregunta por qué ni quién le puso el nombre. Eso da igual. Lo

importante es que pueden reunirse allí todos los viernes después de las clases. Una costumbre que debe de ser posterior a mi época y que, sin embargo, ha convertido al Kansas en toda una institución dentro del Darío.

—Los viernes por la noche está petado. Y los sábados también, pero no tanto. El Kansas es más de los viernes.

—¿Queda cerca de aquí?

—A cinco minutos. ¿Te llevo?

Prefiero evitarme el paseo y me conformo con que Meri me marque con una equis en un plano el lugar exacto donde se encuentra. Interpretar el plano le resulta toda una odisea —un ejemplo

más de que quizá el sistema educativo no está funcionando demasiado bien— y al final optamos por ubicarlo gracias al Google Maps. Ahora que ya sé dónde está el Kansas decido que tal vez no sea una mala idea dejarme caer por allí este viernes. No sé qué voy a encontrarme, pero, de momento, no se me ocurre una forma mejor para localizar a ese anónimo amigo de Marcos que, tal vez, pueda darme una nueva clave para entender esta siniestra historia.

El incidente con el coche de Eduardo se repitió a principios de junio.

Y esta vez fue aún peor: pincharon las ruedas y le rompieron todas las ventanillas. A mí no me dijeron nada del tema, pues Gerardo se encargó de llamar personalmente a Roberto para informarle de lo sucedido. No sé qué hablarían ni cuál fue la sanción. Supongo que acordaron algún tipo de castigo en casa. No sé. Me cabreó tanto que me mantuviera al margen que preferí no preguntar. Por eso me sorprendió tanto que Roberto viniera a finales de junio a hablar conmigo.

Según él, quería darme las gracias por mi gestión como tutora. Y fue correcto. Y educado. Y distante. Tres

adjetivos que normalmente me parecen espléndidos y que exigiría en todos los padres con los que me reúno. Sin embargo, en su caso, aquella frialdad me resultó algo cortante, casi impositiva. Eso no me sorprendió del todo, a fin de cuentas, habíamos tenido un pequeño desencuentro el curso anterior y Roberto, si no me equivoco, parecía una persona rencorosa. Quizá no vengativa, pero poco proclive a olvidar y enterrar las afrentas. Mantuve el tipo e incluso le pregunté por Ignacio, por cómo le iba en su primer año universitario. A su padre se le iluminó el rostro y empezó a ponderar las excelencias académicas de

su hijo mayor, restregándome sus logros y recordándome, a su manera, mi incapacidad para percibirlos cuando tuve el honor de darle clase.

—Ojalá Marcos fuera un poco más como él… Porque a Sergio le cuesta, pero Marcos…

¿Sabes, Clark? Creo que no debe de resultar fácil ser Sergio en esa familia. Está claro que, de todos los hermanos, a él le han asignado el rol del simple, del gris, así que se le da tan poco como se espera de él. Sobre Marcos, sin embargo, sí que hay expectativas y, por tanto, exigencia. Y sobre Adolfo…, no sé, tan sólo una actitud indulgente con la

que se tapan todas las estupideces que hace y dice en clase. Es el menor, el más afectado por la muerte de su madre, el más sensible… Hasta Gerardo recurre a estos tópicos de la psicología más ínfima para justificar lo injustificable. Pero de Sergio nadie se esfuerza en justificar nada. Ni en elogiar nada. Ni en criticar nada. Se le despacha con un «se esfuerza mucho» que resume todo lo que los demás piensan sobre él. Ha sido invisible hasta que Marcos le clavó esas tijeras. Es extraño, ha conseguido ser popular gracias a estar en las mismísimas puertas de la muerte… Supongo que, si sale de ésta, también se

hará —como me hice yo— medio punto más cínico. O incluso medio punto más cabrón. Al menos, espero que sea medio punto más listo y deje de creerse las mentiras que le contaban sus hermanos mayores.

Tenías que haberlos visto, Clark. Los tres hermanos eran como una piña. Sobre todo alrededor de Marcos, porque Ignacio prefería ir con su grupo de estudiantes diez (o de nueve y medio, según los casos), mientras Sergio seguía a Marcos como el escudero fiel que sirve a su señor. Quizá fue eso lo que pasó. Quizá Sergio no pudo soportar ver al Marcos real. Al Marcos violento que

mató con saña a su propio padre. Quizá eso explique que se enfrentara a él y que Marcos, para quitárselo de encima, le clavara aquellas tijeras. Todos insisten en que ése es el acto más incomprensible. Pero no es cierto. Es fácil entender que se quiera matar a alguien a quien se ha admirado tanto. Alguien que se convierte en un monstruo justo delante de nosotros. ¿No leía Marcos *La metamorfosis*, según escribiste tú mismo? A lo mejor lo que ocurrió fue exactamente eso: Sergio vio cómo su hermano mayor se transformaba en una gigantesca cucaracha y no tuvo más remedio que enfrentarse a él. Sólo

que, en el caso de Kafka, la familia sí pudo librarse del monstruo porque éste no tenía unas tijeras con las que atacarles.

En cuanto a mi reunión con Roberto, sólo hubo un hecho que me desconcertó: su afán por agradecerme cosas que nunca había hecho y, peor aún, de las que ni siquiera tenía noticia.

—Gracias por controlar esas visitas… Me preocupa que esos chicos influyan en él. Desde que se repitió el incidente del coche he sido mucho más estricto con Marcos. Espero que haya aprendido algo de todo esto.

Quise preguntarle a qué se refería

con ese supuesto control, pero evité hacerlo por puro orgullo: odio que me tomen por idiota. Cuando se fue, me reuní con el director. Sabía que habían hablado más de una vez a lo largo del curso, así que estaba convencida de que Gerardo me podría explicar qué había querido decirme Roberto. ¿Gracias por controlar el qué? Gerardo esquivó el tema, como de costumbre, y me pidió que le dejara trabajar.

—Ya conoce usted a los padres… A menudo, no hay quien les entienda.

Con aquella respuesta me invitó a salir rápidamente de su despacho. Pero en ese mismo instante fue cuando mi

curiosidad se convirtió en auténtica necesidad de saber qué estaba pasando. Nunca he soportado que me cierren una puerta, así que decidí que me encargaría de abrirla a empujones si era necesario.

Afortunadamente, no fue necesaria tanta violencia. Bastó con buscar a Sandra, fingir que me interesaba lo que estaba haciendo en ese momento y jugar mi carta de tutora simpática. No sé si ellos son conscientes de que se trata de un papel, pero —lo sepan o no— a veces sí funciona. Sandra me contó un sinfín de minucias que no me interesaban lo más mínimo y, cuando vi la oportunidad, dejé caer mi pregunta.

¿Qué tal estaba Marcos con su padre? ¿Habían discutido por algo ese año? Sandra intentó callarse, pero a su edad tanto secreto les resulta excesivo. Son buenos apoyos de sus amigos en tanto que lo escuchan y lo absorben todo, pero también son unos pésimos confidentes, ya que les resulta imposible contener toda esa información sin que se desborde.

Sandra acabó contándome que Marcos había conocido a unos amigos en el parque donde solían ir algunos viernes, me confesó que a ella no le entusiasmaban, pues pasaba mucho tiempo con ellos, y que habían quedado

todos juntos un par de veces, pero que a su padre no le gustaban y le había prohibido a su hijo volver a quedar con ellos. No me dio nombres, ni datos concretos, ni tampoco me explicó qué había en ese nuevo grupo que pudiera disgustar tanto a Roberto. A Sandra le molestaba hablar de esa gente, supongo que por celos. Imagino que el chico que vino a ver a Marcos en el recreo de esta primera semana del curso pertenecía a ese grupo. Quizá por ello Gerardo acudió tan deprisa y Marcos reaccionó de aquella forma. Sigo sin saber quién era y qué hacía aquí, pero probablemente Roberto me dio las

gracias por haberlo mantenido alejado de su hijo a pesar de que yo ni siquiera sabía de su existencia. Y sí, supongo que ya habrás pensado que ese chico debe de ser el Joker88 de su chat. Si Roberto hubiera sabido que Marcos hablaba asiduamente con él en mi hora de informática, puede que no me hubiera dado las gracias aquella mañana. Es más, seguramente me habría ganado mi segunda reclamación y, en este caso, un expediente disciplinario firmado con gusto por la dirección de mi instituto.

Por lo demás, de la conversación con Sandra deduje que Roberto estaba, literalmente, desbordado ante esos

cuatro adolescentes a los que no sabía cómo manejar. ¿Sabes? Imagino que el hecho de que Marcos, el líder nato, se rebelara contra las normas domésticas tuvo que hacer temblar los cimientos de la convivencia familiar. Y quizá por eso Roberto se obsesionó tanto con controlarlo todo. Y a todos… No tengo ni idea de si su padre actuó correctamente, pero tampoco estoy segura de qué habría hecho yo en su lugar. ¿Aliarme con Ignacio para no sentirme sola frente a los otros tres? ¿Asustar a los dos menores dando algún que otro escarmiento a Marcos? ¿Fingir no ver absolutamente nada para no tener

que tomar medidas de ningún tipo? Ni idea, la verdad.

Si lo analiza fríamente, señor Kent, no le he mentido mucho. Una mujer que había bebido más de la cuenta, un par de coches rayados (nada del otro mundo), una discusión por medio punto en un examen y un padre que prohíbe que su hijo se vea con amigos mayores que él (el tal Joker88 debe de tener unos veintiuno, si hacemos caso a su nick). Nada que no haya visto mil veces en los quince años que llevo dando clases. ¿Sabes? En realidad, estaba segura de haberlo visto todo hasta este curso. Este jodido año en el que por primera vez

siento que he escogido el trabajo más equivocado posible.

Y el más cabrón.

Miércoles

Tras una noche más llena de pesadillas casi buñuelianas (¿realmente he superado al adolescente acomplejado de unos años atrás?), me despierta una madrugadora llamada al móvil. Reconozco inmediatamente la voz de Sonia, que me cita para un café.

—Prefiero entregarte mi texto en mano, Santiago. —Aprovechando que tiene una hora libre justo antes del recreo, quedamos en una cafetería a un par de calles del instituto—. Necesito alejarme de todo… Y un poco de aire fresco.

Después de nuestro desencuentro a raíz del asunto de Ahmed, me apetece quedar con ella. Estoy más que arrepentido de haber cargado contra Sonia la ira que, en realidad, me despierta todo un sistema que, por lo que veo, no termina de funcionar. Siento haber sido tan duro contra una de las pocas personas que se dejan la piel en su trabajo y que creen, firmemente, en el poder de las tizas para cambiar las cosas. Además, en su tono de voz percibo que realmente necesita ese café —conmigo, con quien sea— para salir del pozo en el que parece estar cayendo.

Acudo puntual, pero ella ha llegado

mucho antes y me espera sentada en una mesa al fondo del local. Hace tiempo fumando con un poco de rabia y un mucho de ira. Observándolo todo desde una distancia infinita, sin ver realmente nada ni a nadie, escudriñando el lugar con sus profundos ojos verdes y dejando que el humo nos convierta en fantasmas a quienes la rodeamos. Saca de su bolso el texto prometido y me lo deja encima de la mesa.

—¿Cómo estás, Sonia?

—¿Cómo estoy? —Hace una pausa y medita lo que está a punto de decirme—. Quizá pida una baja.

Estaba a punto de empezar a escribir este texto cuando sonó mi móvil. Esperaba que fuera mi hija y confiaba en que su llamada me ayudara a recobrar parte de la autoestima que he perdido este último mes. Y sí, es ella, pero sus palabras no me sirven para arreglar nada. Más bien, al revés. No sé a cuento de qué, pero en un momento de la conversación Elena dice que no me echa de menos. Y lo hace con un tono especialmente amargo, marcando cada sílaba. «Claro que estoy feliz, mamá. Alicia es muy maja conmigo. Mola un montón». Se mudó con ellos hace apenas unos días y, sin embargo, mi hija ya

tiene clarísimo su veredicto. Es mucho más feliz ahora.

Y Alicia, también.

Lo que Alicia no sabe —y tú tampoco, Santiago: es uno de los datos que omití en mi primer informe— es que la relación entre Jaime y yo no es tan lejana como parece. Es más, en cierto modo, esa proximidad —turbia, no asumida— tuvo mucho que ver en mi falta de reflejos de aquel miércoles por la mañana. Porque el martes no llegué a casa tarde y sola después de la cena con él. El martes —en realidad— ni siquiera pegué ojo, porque Jaime y yo lo pasamos haciendo el amor como

salvajes, repitiendo un error que no deja de sucedemos una y otra vez. Un maldito bucle del que ninguno de los dos —ni él ni yo— es capaz de salir.

Aunque le odie por robarme a mi hija. Aunque él se empeñe en que no me sienta nada bien este pelo rabiosamente corto. Aunque insista en que Alicia es la mujer perfecta y yo, una fanática del trabajo que jamás supo anteponer la pareja a su vocación. Aunque me jure a mí misma que ésta será la última vez que me acostaré con él. Que le dejaré acostarse conmigo. Pero el deseo es aún mayor ahora que ya no puede realizarse, así que nos buscamos convertidos en los

dos amantes que nunca fuimos. En esos momentos olvido que le odio, que le desprecio, que no soporto que se haya convertido en el hombre cobarde y mediocre que es ahora. Y él tampoco recuerda que le acomplejo, que le asusto, que le sigue provocando terror mi carácter y mi necesidad de independencia.

Todo eso da igual, porque en cualquier momento llega un sms que nos estremece, que nos obliga a fingir que no hay nadie al otro lado del móvil, que nos hace salir y escondernos en cualquier pasillo para mantener una conversación breve, tensa, morbosa. Y nos llenamos

de palabras que no nos dijimos entonces, porque construimos un amor correcto y apropiado, sin la suciedad con la que ahora nos gusta adornar las nuevas noches, las que compartimos en algún hotel para sentirnos aún más culpables y retorcidos.

Aquel martes, tras nuestra cena, vivimos uno de esos momentos. Creo recordar que nos emborrachamos. Que nos acostamos. Que hicimos el amor con rabia en cualquier hotelucho del centro. Que acabé agotada de alcohol y sexo. Que nos fuimos de allí sin despedirnos y que, cuando llegué a casa, le odiaba y le deseaba un poco más. Luego, al día

siguiente, me tocó lidiar con la resaca y los remordimientos, y quizá por eso no me di cuenta de la gravedad de lo que sucedía a mi alrededor. Puede que ahora, si añadimos este diminuto detalle, tenga más sentido que me sintiera confusa y agotada aquel maldito miércoles.

Llegamos al Darío quince minutos antes de que suene el timbre del recreo. Alumnos y profesores están encerrados en sus aulas, de las que proviene un rumor cada vez más intenso. Casi estridente.

—Cuanto más se aproximan las once y diez, mayor es el ruido. Resulta casi imposible hacerles callar…

Cuando estamos a punto de entrar al instituto nos llama la atención un nuevo graffiti pintado en el muro del Darío.

—Lo que me faltaba…

Alguien ha escrito con espray negro y en mayúsculas un rotundo «La jefa de estudios = bollera» que ahora Paco, el conserje, tendrá que hacer desaparecer con un par de capas de pintura.

—Se ve que hay a quien no le ha gustado mi nuevo corte de pelo… —Ella intenta restarle importancia a lo que, en el fondo, puede que no sea más

que una broma de mal gusto, pero le cuesta disimular su rabia—. Estoy cansada de tanta gilipollez, Santi, de verdad. Me gustaría explicarles a esos energúmenos lo jodido que resulta venir a trabajar aquí cada vez en peores condiciones: menos sueldo, más horas, más alumnos, menos medios, más exigencias… Y todo a cambio de esto. De que nadie se moleste en valorar nuestro trabajo, ni en diferenciar a la bazofia, que la hay, de quienes nos creemos esto de la educación y nos implicamos cien por cien en ello. Yo me implico, joder. Me implico mucho, Santi… No me lo merezco, maldita sea.

Yo no me lo merezco.

Paco reacciona deprisa y consigue hacer desaparecer el graffiti antes de que los chicos salgan al patio. Por un instante me acuerdo de esa profesora lesbiana —¿quién será?— que, según me dijo Álvaro, se iba a casar en secreto con su novia. Ahora entiendo que, lamentablemente, ese tipo de cautela es necesaria. Los chicos no saben medir siempre sus palabras y son capaces de hacer más daño del que se imaginan.

—No siempre son ellos, Santi —los defiende Sonia. No puede evitarlo, a pesar de todo, los quiere de verdad—.

Ellos repiten lo que escuchan en casa.

—Es cierto. —Álvaro, que se ha unido a nosotros en la cafetería, le da la razón. El incidente del graffiti lo ha vivido, en cierto modo, como algo personal—. Reproducen lo que dicen sus padres. O lo que ven por la tele en todos esos programas de mierda que se tragan por las tardes. Total, como no hay nadie en casa, ellos se sientan y fagocitan esos bodrios en los que se extienden rumores sobre vidas ajenas. ¿Cómo no van a imitar esos mecanismos? ¿Cómo no van a usar esos mismos insultos cuando están tan habituados a verlos diariamente?

Suena el timbre del final del recreo y los dos me abandonan para volver a sus obligaciones. Yo me quedo un rato más leyendo el texto de Sonia y preguntándome cuánto tiempo podrá seguir aguantando sin romperse del todo.

Esa semana fue un completo desastre, una de las peores que recuerdo desde que llegué al Darío. Y como si la tragedia de la familia de Marcos no fuera suficiente, apenas unos días después me enteré de que acababan de detener a un profesor de inglés al que acusaban de realizar y distribuir vídeos

pornográficos con sus alumnas. Supongo que ante una noticia como ésa, todas las madres (¿también los padres?) tenemos que hacer un esfuerzo para no pensar inmediatamente en nuestras hijas e imaginarlas como víctimas de esos depredadores. El día que dieron la noticia en el telediario, Elena aún vivía conmigo, así que cuando hablaron de ello me contuve para no mirarla y subí el volumen del televisor.

Yo conocía a aquel tipo. Igual que Elena. Ambas lo reconocimos a pesar de que él intentara esconderse debajo de la cazadora. No era posible. Se podían adivinar los rasgos de Eduardo, un

profesor que había pasado por nuestro centro el curso anterior. Mi hija no hizo ningún comentario al respecto, a pesar de que yo habría agradecido un «tenías razón» o, simplemente; una breve disculpa. A ella le gustaba, le parecía simpático, así que nunca entendió por qué me irrité tanto cuando supe que le había agregado en su Facebook. «Es un profe enrollado, mamá», así fue como zanjó aquella cuestión.

Era un profe enrollado, por eso facilitaba su perfil de Facebook a ciertas alumnas para que pudieran estar en contacto con él. No me habría extrañado si aquello fuera algo general,

si toda la clase dispusiese de esa dirección. Hay profesores que prefieren romper la barrera del estrado y situarse en la misma pantalla que sus alumnos, como si en esa acrobacia virtual consiguieran una proximidad que sirviese de atajo al éxito. En realidad, sólo sirve para generar un clima de falsa confianza que se diluye en cuanto el curso se termina, justo cuando todos esos profesores enrollados se convierten en uno más de los cientos de amigos que los adolescentes suman entre Facebook, Tuenti y MySpace. No es más que un proceso de pura higiene mental que nosotros ejercemos en cuanto llega julio.

Olvidamos caras, nombres, apellidos y calificaciones. Lo desechamos todo para dejar espacio a los que vengan, dispuestos a llenar con sus nombres las casillas antiguas. El empollón, el simpático, el popular, el conflictivo… Normalmente, todos encajan en este peculiar lego de prejuicios y eso, admitámoslo, nos facilita mucho la tarea. Por eso no creo que tenga sentido acercarse demasiado a ellos, convertirlos en personas reales, cuando en el fondo no son más que alumnos, adolescentes en construcción, con demasiado que cambiar de sí mismos como para creer que en ellos hay

posibles amigos. De Facebook o de cañas, da lo mismo.

Pero Eduardo era un profe enrollado, me decía Elena, y yo me habría callado si no fuera por la peculiar selección de alumnas que había hecho. Tuve que entrar en el ordenador de mi hija, desde luego, pero era necesario hacerlo para obtener respuestas. Por eso entendí que Roberto hiciera lo mismo cuando Marcos comenzó a preocuparle. Cuando —como me ocurrió a mí— creyó que su familia estaba en algún tipo de peligro. Y no, Santiago, no sé si esto es válido y ético, pero si alguien conoce un método mejor

que me lo haga saber. Hace tiempo que no tengo claros los límites entre el derecho a la intimidad de Elena y mi derecho —y mi deber— de protegerla.

No encontré nada interesante. Sólo un par de comentarios inofensivos que no revestían segunda intención alguna. Hablé con Elena del tema y, lógicamente, aquél fue el principio del fin. A partir de ese momento, Jaime sólo tuvo que presionar lentamente hasta que ella misma decidió irse con él, convencida de que yo había irrumpido en su vida privada robándole sus secretos más íntimos. Lamentablemente, ni siquiera entendí bien esos secretos,

porque se me escapaba el lenguaje con el que se comunicaba con aquellos amigos en el muro de Facebook. Solo entendí los mensajes de Eduardo y decidí obrar en consecuencia.

Mantuvimos una conversación breve a finales de noviembre. Especialmente desagradable. No era sencillo pedirle que cortara de raíz aquellos mensajes con alumnas sin dejar de insinuar que existía un propósito perverso en ellos. Por otro lado, él tampoco parecía responder a ese tipo de perfil. Sobrio, educado, elegante. No resultaba sencillo sacar el tema sin ofenderle, así que aquellos quince minutos fueron tensos y

espinosos, llenos de palabras no dichas y de silencios complicados. Eduardo pareció acceder y evitó cualquier tipo de polémica. Fingió sorprenderse ante mis comentarios y resumió el asunto en una diferencia de métodos sin mayor trascendencia. A mí no me convenció su reacción, pero hasta ahí llegaba todo cuanto podía hacer. Al menos, de momento.

Sin embargo, sus buenas palabras se quedaron exactamente en eso: en palabras. Sólo unos días después recibí la llamada de unos padres intrigados por los correos que se intercambiaba su hija con cierto profesor de inglés. «Nos

parecería bien si ella no reaccionara como lo hace…, no sé, la notamos algo más alterada de lo que debería, como si esperase que el e-mail fuera de otra persona…». Eran los padres de Sandra, uno de esos matrimonios que jamás se quejan ni protestan si no tienen una razón para ello. De nuevo había que reunirse con Eduardo y, esta vez, parecía necesario ser más directa.

No había imaginado que Sandra hubiera podido tener relación alguna con ese individuo. Ahora que lo sé, vuelvo a revisar con atención su blog. No

encuentro apenas nada relacionado con ese tema, salvo un microrrelato inspirado en uno de los grandes clásicos de Kubrick.

I'm not your babe

—Merece la pena vivir por ver a chicas como tú.

—Me alegras la mañana, bonita.

—Quiero que me regales una sonrisa cada día.

—Tengo ganas de saber más de ti.

Él siguió intentando derribar, con palabras como ésas, su muro de Facebook. Y ella, que no quería dejarlo pasar, se protegió con el silencio. Hasta que él consiguió hacerse con su e-mail y encontró, de esa forma, un hueco para acceder al muro.

Ahora, acorralada por las palabras, ella sólo quiere que él desaparezca. Y para siempre.

Posteado por gilda92 el 3 de diciembre a las 17:08 h.

(Nota: este post aparece junto a un fotograma de *Lolita*).

Es evidente que no fue casual que Marcos rayara el coche de Eduardo. Seguramente, su relación con Sandra tuvo que ver algo en todo aquello. En su momento, pareció tratarse de un simple acto de vandalismo adolescente, pero, a la luz de los nuevos datos, quizá ya no se pueda resumir ese doble episodio en algo tan simple como eso. Tal vez esos ataques fueran una llamada de atención con la que Marcos intentaba proteger a su amiga, una conducta errónea, pero ¿comprensible?

En ese post, tan sólo dos comentarios. Uno de Raúl y otro, escueto pero contundente, de Marcos:

1 comentario enviado el 4 de diciembre a las 8:37 h.

The-new-Dean dice… Denúncialo de una vez. Esto no puede seguir así, Gilda. Ya no.

1 comentario enviado el 4 de diciembre a las 9:26 h.

B. K. dice… Lo mataría.

Es la única vez que Marcos emplea un verbo tan violento en todo el blog. Pero su «lo mataría» resulta demasiado duro como para no estremecerse ante él. ¿Y si no supo ni pudo contenerse más? ¿Y si ese asesinato que jamás cometió contra Eduardo alimentó, de algún

modo, la violencia que luego estallaría contra su propia familia? ¿Y si fue capaz de controlarse durante todo un curso hasta que su capacidad de aguante se vio desbordada por la dureza de los acontecimientos? Tal vez todo se deba a una cadena de errores —y de represiones— que acabaron conduciendo a un adolescente aparentemente normal a vivir una reacción extrema. Y fatal.

Aquél fue un curso infame. Un curso en el que no paré de rellenar papeles e informes —¿recuerdas los dosieres que

te enseñé en mi despacho, Santiago?— para que la inspección tomara una decisión sobre Eduardo, que no dudó en acusarme de acoso laboral. Contra él, no había nada académicamente relevante. Ni era impuntual. Ni faltaba a sus clases. Ni decía ningún tipo de inconveniencia en el aula. Se mostraba respetuoso con padres y alumnos y no incurría en ningún tipo de error deontológico en el ejercicio de su labor. Para colmo, en el mes de junio su coche apareció, por segunda vez, completamente rayado. Y, esta vez, además, habían destrozado los neumáticos y las ventanillas. Eduardo

llegó a insinuar que podía haber sido obra de ciertos miembros del claustro, a pesar de que tanto Gerardo como yo estábamos convencidos de que el responsable tenía que ser un alumno. Es más, ambos sabíamos de qué alumno se trataba.

Gerardo decidió no informar a la tutora y llamó personalmente a Roberto para hablarle del destrozo del coche. No me convocó a aquella reunión y se limitó a informarme de las medidas disciplinarias que se iban a adoptar, independientemente de cuál fuera mi opinión al respecto, para sancionar a Marcos. Cuando me lo comunicó, me

sentí profundamente insultada. Gerardo estaba obligado a citarme en ese tipo de reuniones, no podía ningunear a la jefa de estudios de modo tan flagrante. Indignada, le advertí que si volvía a hacer algo parecido, dejaría mi cargo a su disposición.

En cuanto a Eduardo, la inspección se mantuvo de su lado durante todo ese curso y a mí se me advirtió de que un nuevo error de esas dimensiones podría tener graves consecuencias. ¿Consecuencias? Las hubo. Una detención, la de Eduardo, y un suicidio, el de Bárbara. Una tal Bárbara que pudo haber sido Sandra, o hasta mi propia

hija. No sé qué pensará ahora aquel inspector. ¿Se molestaría en revisar su historial? ¿En comprobar cómo se había comportado en otros centros? No he querido remover más el tema, pero sí sé cuánto me desgastó aquella lucha. Cuánto me quemó dejarme las fuerzas en una batalla donde nadie quiso darme la razón. Por eso, supongo, ahora trato de sacar menos conclusiones que antes.

Y por eso, supongo, no me di cuenta de que la semana en que Marcos se rebelaba nos estaba dando una severa llamada de atención. Nos estaba gritando que le sucedía algo. Que se encontraba a punto de cometer una

atrocidad tan sólo unos días después.

Pero para darme cuenta de algo así debería haber hecho caso de signos poco fundamentados, de pruebas inexistentes y de juicios de valor basados en mi instinto. Todo aquello me había costado una sanción hacía sólo unos meses, por no hablar de la pérdida de autoridad ante mis compañeros y de la sensación de ridículo cuando tuve que soportar que Eduardo se quedara con nosotros hasta el último minuto de aquel curso. No podía caer en la misma trampa. Otra vez no. A pesar de signos tan obvios como los gritos que Marcos dio aquel miércoles cuando salía de mi

despacho… Aún hoy me resulta imposible olvidar cómo me miró justo antes de tirarme al suelo.

—¿Por qué no hiciste nada, joder? ¡No hiciste nada!

Soltó aquellas frases como si las hubiera estado conteniendo durante semanas, quizá meses. Quise acercarme a él. Incluso forcé una caricia. Pero la rechazó con la misma violencia con la que me empujaría segundos después. No tuve miedo. No podía tenerlo ante aquel chico al que conocía desde hacía cuatro años. Me era inevitable seguir viendo en él al niño y no al adolescente violento que parecía querer agredirme. Sabía que

no lo haría. Yo no era el problema. Yo, de repente, parecía haber sido una posible solución. Una respuesta fallida que no se comportó como él esperaba.

—¿Por qué no hiciste nada, joder? ¡No hiciste nada!

No reaccioné. No le pregunté a qué se refería. No pude hacerlo. Me sentía completamente bloqueada, superada por todo y por todos. Marcos aprovechó mi desconcierto y, tras tirarme al suelo, salió corriendo del despacho. Antes, eso sí, se volvió hacia mí con el rostro desencajado:

—¿Y ahora también vas a ponerte de su parte?

Sólo cuando mantuvimos la reunión con su padre al día siguiente entendí a qué se refería. Quería saber si yo también estaba en contra de que recibiese visitas de ciertos amigos mayores de edad en horas de instituto. Según Roberto, se trataba de unos chicos a los que Marcos había conocido por Internet y que no eran una buena influencia para su hijo. Yo me limité a decir que no era nuestra labor controlar con quién se veían los alumnos, pero Gerardo puntualizó que sí lo era si esos encuentros tenían lugar en horas de clase.

En realidad, sus argumentos se

resumían en tres puntos: Marcos había empeorado notablemente su actitud, aquellos chicos eran mayores de edad y, por último, su aspecto parecía agresivo y provocador. La lectura de los hechos por parte de Gerardo sí que era una evidente suma de prejuicios que me recordaban otros tiempos y otros métodos mucho más oscuros y bastante alejados de la era de la pizarra digital. Creí que todo aquello estaba completamente fuera de lugar, así que intenté que centráramos el tema de aquella reunión y hablásemos con Marcos sobre lo que había pasado, en vez de analizar con quién iba o dejaba

de ir. Aquello formaba parte de su esfera familiar, no de la nuestra, por mucho que Gerardo se empeñase en afirmar lo contrario.

No recuerdo de qué más hablamos, porque Marcos no abrió la boca más que una vez para, literalmente, mandarnos a todos a la mierda. Tuvimos que pedirle a Roberto que saliera del despacho un minuto para evitar que lo abofeteara allí mismo. No sé cuánto duró aquella visita, pero cada minuto gastado en ella fue una absoluta pérdida de tiempo. Sólo me quedó claro que ocurría algo entre Marcos y su padre y que, al fin lo había entendido, él me acusaba de haberme

posicionado del lado de Roberto en una cuestión que yo no recordaba haber dirimido.

Al menos, pensé, ahora le estaba demostrando que no le daba la razón en lo que no me parecía justo y mantenía, ante él y ante su padre, un criterio autónomo e independiente. Quizá estaba tan empeñada en demostrarle a Marcos todo eso que me olvidé de prestarle atención, así que limpié mi conciencia, me aseguré de dar una imagen de convincente y ecuánime jefa de estudios y salí de aquel despacho sin haber hecho nada mínimamente útil o productivo, pero con la autoestima mucho más firme

que veinticuatro horas atrás.

Aprecio la valentía del texto de Sonia, que no se ha guardado ni un solo detalle en su nuevo relato. En el fondo, creo que lo hace más por ella que por mí —necesita una expiación, aunque sea verbal—, pero se lo agradezco igualmente. No todo el mundo sería capaz de hacer un análisis tan severo de sí mismo.

—¿Otra vez por aquí? —Son ya más de las tres y Sonia está a punto de subir a su coche para volver a casa.

—Sí, pero tranquila. Esta vez no

vengo a preguntarte nada.

—¿Y entonces?

—Acabo de leer tu texto y, bueno, quería darte las gracias, Sonia. De verdad.

—Es lo justo, Santi… Creo que te lo debíamos. A fin de cuentas, te has tomado esto como algo personal.

—Ya casi lo es… ¿Has averiguado quién ha sido el del graffiti?

—No, y tampoco voy a investigarlo… Gerardo no está por la labor, se ve que a él eso de bollera no le parece especialmente peyorativo…

—Pero no puedes dejar pasar por alto algo así.

—Ahora mismo, si te soy sincera, sí que puedo. He llegado a un límite que desconocía, Santi, y no quiero sobrepasarlo más… Por cierto, mañana deberías pasarte también por el centro. Adolfo va a volver a clase. Escoltado por su tío, desde luego, pero, al menos, nos han notificado que, de momento, sí regresará al Darío.

—¿No iban a cambiarlo de instituto?

—Están en ello, pero el trámite no es tan rápido. Les llevará una semana más. Como mínimo.

Le agradezco la información y me despido de ella, preguntándome si será capaz de seguir resistiendo o si, como

me temo, acabará rompiéndose del todo. Es una mujer fuerte y, más aún, muy valiosa. Ojalá sea capaz de superar todo lo que ahora mismo la desborda. Por su propio bien. Pero, sobre todo, por el de sus alumnos. La necesitan.

Jueves

—Adolfo, ¿te acuerdas de mí?

Hoy he venido muy pronto al instituto para que Álex pueda darme su texto a primera hora. Me pasa un cd con el archivo y me pide que, en adelante, no le pregunte nada más. Necesita poner un poco de distancia entre los hechos y su trabajo para no enloquecer del todo. Hago tiempo leyendo su documento hasta que, a las once y diez minutos, suena por fin el timbre del recreo. Mi misión de este jueves consiste en localizar en el patio al hermano pequeño de Marcos y, aprovechando que en ese

momento no estará vigilado por su tío, lograr hablar con él. Adolfo me reconoce enseguida y trata de esquivarme. Lleva un buen rato dándole patadas a un balón, solo y lejos de sus compañeros, como si no quisiera que nadie se le acercase.

—¿Unos pases?

—No jodas. —Está claro que mi intento de acercamiento ha sido lamentable. Tiene doce años, de manera que ni es un adulto ni es un niño. Me pregunto cómo se trata con alguien de su edad y pienso que quizá Álex tiene razón: ser claro y honesto es la medida más eficaz de todas.

—Mira, Adolfo, sé que tu tío no quiere que digas nada, pero yo creo que eso es un error. —Tampoco sé quién soy yo para meterme en su familia, pero obvio ese pequeño detalle y sigo hablando cargado de una razón que no poseo—. Tus hermanos se merecen que nos cuentes todo lo que pueda ayudarles.

—Yo no puedo ayudarles. Yo no puedo ayudar a nadie. —Y chuta el balón con tanta fuerza que lo lanza fuera de la verja del instituto. Tampoco parece importarle que se pierda. En realidad, da la sensación de que no le importa absolutamente nada.

—Claro que puedes.

—Ya he dicho lo que sé. Se lo he dicho a la policía —sube la voz progresivamente. Empieza a sentirse incómodo por mi culpa—. Se lo he dicho a mi tío. Se lo he dicho al juez.

—¿No puedes contarme nada sobre tu padre?

—No. —Intenta alejarse y zafarse de mí, pero yo le bloqueo la salida—. De eso no hablo.

—¿Ni de tu madre?

No sé qué resorte he tocado, pero Adolfo pierde por completo el control, se lanza furioso sobre mí y trata de tirarme al suelo. Afortunadamente, consigo esquivar su primer golpe e,

impulsado por su propia fuerza, es él quien termina en el suelo. Los alumnos que están cerca de nosotros no tardan en venir y escucho cómo gritan «¡pelea, pelea!» mientras encienden las cámaras de sus teléfonos móviles. Adolfo se pone de nuevo en pie y duda un momento. No sé si quiere volver a intentarlo o si, por el contrario, prefiere desistir. Tampoco llego a saber cuál habría sido su siguiente reacción, porque la profesora que está de guardia en el patio acude enseguida y se interpone entre ambos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —Por sus orondas formas

reconozco enseguida a Carmen, la de religión, con la que apenas he cruzado más de un par de frases en estas dos semanas.

—Nada, un malentendido.

—¿No sabe que no puede hablar con los alumnos sin la autorización de sus familiares? —Me fulmina con la mirada y se lleva al hermano pequeño de Marcos—. Ahora mismo voy a dar parte de esto en dirección. Y como vuelva a acercarse a este alumno, tendrá que atenerse usted a las consecuencias.

Claro que firmé aquel informe,

Santi. Como hicieron todos los demás. Quien diga que esos asuntos se toman de manera objetiva miente como un cabrón. Es igual que las notas, por eso se lo advierto a los chicos en cuanto me presento. Porque las cosas no funcionan de manera justa ni transparente, como ellos quieren creer. Eso se piensa a su edad, supongo, luego uno se deja llevar por el cinismo para salvar el pellejo y hacer que los días pasen más fáciles. Y hasta más rápidos. A mi chica le pareció que firmé aquel documento a la ligera, sin pensarlo ni un puto segundo. ¿Y qué iba a hacer? No había nada que les diese la razón sobre Eduardo. Nadie me

presentó ni una sola prueba mínimamente convincente. Se quejaban de que hablaba con las alumnas. ¿Y qué? ¿Yo no lo hacía? Pues sí, claro que lo hago, y tampoco con todas. Sólo con las simpáticas, con las que molan. No me apetece que me escriban las plastas, ni las empollonas, ni nada de eso. Me gusta que me escriban las macarras, las atrevidas, las que me hacen gracia. ¿Eso también debe ser denunciable? Yo creo que no lo es. No hay ningún tipo de interés, tan sólo me divierten.

Eduardo me convenció de que a él le pasaba lo mismo, de que aquello era una caza de brujas, de que Sonia había

estado en su contra desde que llegó al instituto. Me convenció de que él no había hecho nada y yo, bueno, yo sí firmé, joder, pues claro que firmé. Atestigüé que aquel profesor cumplía su horario y sus obligaciones, que jamás le había visto faltarle al respeto a nadie y que todo lo que se había dicho contra él no eran más que calumnias de dudosa procedencia.

También me aseguró que un alumno le molestaba desde Que la jefa de estudios había empezado a culparlo de algo de lo que no era responsable. Me extrañó que Marcos hiciera algo así, pero Eduardo lo tenía clarísimo y,

cuando pasó lo del coche, llamaron enseguida al padre para culpar al chico.

A raíz de aquello, Marcos faltó dos o tres días a clase, no lo recuerdo exactamente, y supongo que pensé que le habían castigado con una paliza. Así de simple. Pero no dije nada. ¿Qué cono iba a decir? No sabía si era cierto lo que había ocurrido, ni si la paliza había existido, ni si Eduardo era el tipo que Sonia decía que era. Marcos volvió al centro como si nada, así que me olvidé del tema y punto. Yo no he nacido para involucrarme en estas mierdas.

El incidente con Adolfo me ha dejado un pésimo sabor de boca. ¿Ha sido culpa mía? Me flagelo por mi torpeza y decido que lo más sensato es largarme del Darío y trabajar desde casa el resto del día. Está claro que yo también necesito un poco de distancia si no quiero enloquecer con esta historia.

—Perdona. —Un profesor con el que no he hablado todavía me detiene justo antes de salir—. Tú eres el periodista, ¿verdad?

—Sí, eso creo. —Nos reímos y me tiende la mano.

—Íñigo, de sociales.

—Santiago.

—¿Me acompañas un momento o tienes mucha prisa?

No sé qué es lo que va a contarme, pero sería poco profesional desperdiciar la ocasión de conseguir más material. Lo sigo a través del patio y, mientras caminamos, me fijo por primera vez en cómo se distribuyen los chicos en él. En general, tengo la sensación de que estamos cruzando una versión adolescente de la ONU, donde los alumnos se reúnen con sus compatriotas sin el más mínimo interés en mezclarse entre sí. Dominicanos con

dominicanos, colombianos con colombianos, marroquíes con marroquíes, chinos con chinos, españoles con españoles… Algunos de ellos —los menos— sí desafían esa triste uniformidad, pero no observo un excesivo mestizaje. Confiaba en que la globalización —esa palabra tan manida y cada vez más vacía de significado— hubiese llegado de algún modo a las aulas. Iñigo me confirma que, lamentablemente, no es así.

—Vienen con los prejuicios de sus padres… En primaria sí se mezclan más, a fin de cuentas, están en la etapa del juego, de lo lúdico, así que no hacen

grandes diferencias. Pero en cuanto llegan al instituto, todo cambia. Heredan, sin darse cuenta, muchas de las ideas que oyen en casa y tienden a buscar a sus iguales.

—Pero en el centro se trabajarán esas cuestiones.

—¿Con una orientadora para novecientos alumnos? Imposible… Y si el claustro fuera diferente…, pero ya nos vas conociendo. Aquí, la mayoría sólo aspira a cumplir sus horas y a largarse a casa cuanto antes. Dinamizar la convivencia supone un tiempo extra y, como casi todo en este trabajo, no remunerado, así que somos muy pocos

los que nos encargamos de ello… Nadie se plantea algo tan lógico como pagarnos un plus por cuestiones como ésa, así que todo recae en el voluntarismo de unos cuantos.

—Tampoco cobráis tan mal, ¿no?

—Depende de cómo lo mires… Digamos que nuestro sueldo es el mismo si lo haces bien o si lo haces mal. No hay extras más allá de tareas tan anodinas como la de corregir pruebas de selectividad, por ejemplo. Eso sí que se paga bien, pero cualquier otra iniciativa que repercuta en una mejora de la calidad de la enseñanza, como montar un grupo de teatro o una revista escolar, es

algo que depende únicamente de las ganas que tú quieras ponerle. Ni medios, ni horas extra, ni compensaciones en tu horario de trabajo. Nada.

—Pero si es bueno para los chicos…

—¿Tú sueles trabajar más horas de las que te pagan por el mero hecho de que «es bueno para tus lectores»? Pues aquí pasa algo parecido. El sueldo es bueno, sí, pero no invita a implicarse más. Y si te involucras, no te premia nadie. Es más, con un poco de suerte, incluso te castigan. Eso de fomentar el pensamiento crítico está muy mal visto y a los padres tampoco creas que les gusta

mucho…

Íñigo me invita a pasar a lo que, supuestamente, es el aula de prensa, tal y como se indica en la puerta gracias a un cartel improvisado y cutre, un letrero pintado con rotulador negro sobre un folio con el membrete del centro.

—En realidad, es un aula normal y corriente…, pero conseguí que Gerardo nos la cediera a los que trabajamos en la revista.

—¿Tenéis una revista? —Ahora entiendo mejor por qué se quejaba de la falta de estímulo externo que reciben ciertas iniciativas docentes.

—Bueno… Algo parecido. Hacemos

lo que podemos y sacamos un número por curso. Mira, aquí tengo el último.

Lo ojeo con curiosidad y me encuentro con una publicación anárquica, maquetada de forma deficiente y llena de errores que un buen corrector habría detectado inmediatamente. Sin embargo, pese a todos esos fallos, me llama la atención la heterogeneidad de los textos que allí aparecen. Poemas, relatos, columnas de opinión… Puede que los chicos no sean todavía muy buenos maquetando y que, como parece obvio, no dominen la ortografía ni la puntuación, pero en esas páginas queda claro que, como ya me

contó Álvaro, sí que tienen mucho que decir.

—La fundamos entre otra profesora y yo hace cuatro años. A ella la mandaron a otro centro, total, a la Administración le importa un bledo mantener una plantilla mínimamente estable que beneficie a los alumnos, y yo me quedé solo con todo este marrón… No te imaginas las horas que lleva sacar esto adelante y la de problemas que trae consigo.

—¿Hay algún tipo de censura?

—Por supuesto… Gerardo se lee cada ejemplar línea a línea y luego, si encuentra algo que le parece

«discutible», envía una copia a la presidenta de la AMPA. Como ellos son los que ponen el dinero, si a los padres de la Asociación no les gusta algo, hay que quitarlo. Y punto. El año pasado, por ejemplo, nos censuraron un anuncio de una marcha de COGAM a favor de la visibilidad gay y lésbica en los centros escolares. Me amenazaron con cerrar la revista si no lo retiraba.

Íñigo me cuenta alguna anécdota más vivida por culpa del periódico en estos cuatro años. De todas ellas, se queda con el lío que armó un artículo de opinión escrito hacía un par de cursos por una alumna de 3.º de la ESO. La

chica sólo pretendía quejarse de los criterios de evaluación de la asignatura de plástica y aportaba unos argumentos dudosos, pero, en cualquier caso, respetables. Sofía, la jefa de departamento, se sintió atacada y contestó con otro artículo incendiario en el que no sólo respondía a su alumna, sino también a todo el claustro, afirmando que estaba harta de que su asignatura fuera considerada «una maría» y que no soportaba más «la pedantería, la estupidez y el aire de superioridad» que, según ella, reinaban en el Darío. Por supuesto, ese segundo artículo dio pie a una encarnizada guerra

entre dos bandos: Sofía y su pequeño grupo de afines frente a Gerardo y su coro de aduladores.

—Yo me quedé al margen, desde luego, porque si tomaba partido corría el riesgo de que me cancelaran la revista. A la alumna, por cierto, la suspendieron en junio y septiembre, de modo que pasó a 4.º con la plástica pendiente. Curioso, ¿verdad?

—Pero, a pesar de todo esto, ¿te compensa?

—La verdad es que sí… Y te voy a dar dos motivos. El primero son esos textos y esas imágenes. Ya sé que parece todo muy precario, Santiago, pero si te

lees el ejemplar que acabo de darte, te darás cuenta de que hay un montón de ideas interesantes ahí dentro.

—¿Y el segundo?

—Mira. —Abre la revista y me señala la página de créditos—. Lee.

—¿El qué?

—Esto.

Íñigo me señala el recuadro donde aparecen los alumnos que componen el consejo de redacción de la revista. Tiene gracia el hecho de llamar «consejo de redacción» al grupo de chicos que colaboran en esta iniciativa, un nombre de lo más pretencioso que —supongo— posee una intención

claramente motivadora.

—Elena, Bryan, Ingo, Marta, Ahmed, Federico, Yussuf, Raúl, Xiaomei, Marcos…

—¿Te das cuenta? Se mezclan… Si consigues involucrarlos en un proyecto común, hasta se olvidan de las dichosas fronteras mentales con las que nos vienen de casa.

En ese «consejo de redacción» tan peculiar hay un nombre que llama mi atención: Marcos. Los alumnos aparecen citados sin su primer apellido, así que no sé si se trata de él o si, por el contrario, es otro chico del Darío. Por si acaso, lo intento.

—¿Este Marcos es…? —No hace falta que complete la pregunta, sabe perfectamente a quién me refiero.

—Sí, por eso quería hablar contigo.

—Así que Marcos colaboraba en la revista…

—No mucho, la verdad —me explica Íñigo—. El que realmente curraba aquí era Raúl, pero como los dos eran tan amigos, se venían juntos muchos recreos y Marcos, por pura inercia, empezó a tomar partido en las reuniones.

—¿Y por qué lo pusiste en los créditos del último número?

—Porque me prometió que iba a

entregarme un relato.

—¿Lo hizo?

—No… Pero yo sabía que, antes o después, escribiría algo. Necesitaba hacerlo.

Busca un papel en su cajón y me entrega un sobre en el que sólo figura un destinatario («Para la revista») y un remitente («B. K.»).

—Lo recogí del buzón del periódico justo después del asesinato. Casi es un buzón simbólico, porque la mayoría de los chicos que quieren que les publiquemos algo me lo envían por e-mail. Aun así, de vez en cuando hay alumnos que nos dejan dibujos o

imágenes que les da pereza escanear y que prefieren entregarme en papel. El caso es que cuando vi este sobre firmado con seudónimo no supe de quién era. Hasta que lo abrí y me encontré con un microrrelato escrito a máquina. Con una Olivetti que ya nadie usa… *Cuestión de gustos*, se titula. No puedo demostrarlo, Santiago, pero estoy seguro de que este texto es de Marcos y, sinceramente, me gustaría que lo incluyeras en tu libro.

Cuestión de gustos

A Dios no le gusta cómo soy.

Mi padre tiene muy claro que no cumplo los criterios divinos, así que ha empezado a mantener largas charlas conmigo para convencerme del modelo de personalidad que debería adoptar de aquí en adelante.

Yo, por si acaso, he intentado ponerme en contacto con Dios para ver qué opina de todo esto, pero no he conseguido que me responda al móvil. Ni que me conteste a uno solo de mis e-mails.

Según los que sí tienen línea directa con Él, a Dios no le

molesta mi forma de vestir. Ni mi forma de hablar. A Dios lo que le molesta es mi forma anormal de sentir. Estoy yendo a un psicólogo para que la forma anormal se convierta en normal, pero, de momento, no hemos conseguido ni un avance. Es una pena, porque a pesar de todo el dinero que nos dejamos en su consulta, sigo siendo anormal.

Esta noche voy a intentar hablar de nuevo con Dios para discutir este pequeño asunto. Es más, creo que ya sé lo que voy a decirle en cuanto se digne a

cogerme el teléfono:

—Dios, siento no gustarte, de verdad, pero si somos francos, creo que debería confesarte una cosa: a mí tampoco me gustas tú.

B. K.

Le agradezco a Íñigo su ayuda y le prometo que publicaré ese relato. Ya que Marcos se ha negado a hablar desde que tuvo lugar la tragedia, parece justo que aquellos que se preocupan realmente por él le devuelvan —aunque sólo sea en parte— su verdadera voz.

En diciembre, Sonia habló por primera vez con la inspección y con ciertos miembros del claustro sobre Eduardo, justo antes de que su coche apareciera rayado por primera vez. Ninguno quisimos creer su versión, pero la duda caló hondo entre nosotros, lo que hizo que el resto del curso resultara especialmente tenso.

Hubo algún anónimo en su casillero, algún comentario inoportuno en la cafetería, alguna que otra mirada hostil en los pasillos. Yo fui el más gilipollas —cómo no— y me acerqué a Eduardo para ofrecerle mi amistad. Eso no te lo dije, Santi, pero es que no resulta fácil

asumir que no sólo te has equivocado, sino que te has dejado engañar como si no fueras más que un crío estúpido e inexperto. Y sí, quizá lo soy. Quizá no soy más que un puto niño y por eso me entiendo tan bien con los alumnos y tan mal con mis compañeros, porque soy de esos treintañeros que nos hemos creído lo del síndrome de Peter Pan y toda esa mierda de los psicólogos para justificar por qué no asumimos ni la madurez, ni las nuevas etapas, ni los compromisos. Yo no asumo nada, ya lo ves.

Alguna vez me fui de cañas con Eduardo. Necesitaba alguien con quien desahogarse, así que me ofrecí como

voluntario. No es que yo sea un tío altruista, pero nunca he sabido cómo comportarme cuando alguien se desmorona cerca de mí. En esos casos siempre recurro al mismo truco: la cerveza. De esa manera nunca ayudo a nadie, pero como están deseando hablar, acaban emborrachándose a mitad de su monólogo. Ellos tienen la sensación de haberlo soltado todo, yo sólo me entero de parte de su historia (odio conocer los secretos ajenos) y al final todos nos vamos a casa más o menos satisfechos. El ritual, por supuesto, es tan inútil como cualquier otro, pero nunca he sabido reaccionar de otra manera y, por

mucho Peter Pan y demás gaitas, ya es algo tarde para aprender a reinventarme.

De aquellas cañas nunca saqué un solo dato que me hiciera dudar de mi compañero. Una simple víctima perseguida por una jefa de estudios empeñada en hacerle la vida imposible. Luego, según el número de cervezas, salía la palabra *mobbing* en diversas variantes. Todo dependía de la capacidad que tuviéramos para pronunciarla con un mínimo de dignidad (dos o más profesores juntos, un viernes después de clase, pueden ingerir cantidades indecentes de alcohol). Las jornadas etílico-catárticas se sucedieron

con normalidad hasta final de curso. Hasta aquel viernes de junio en el que Eduardo estaba más nervioso que de costumbre. Durante aquellos meses su rabia se había ido limando hasta quedarse convertida en una especie de rencor sordo e inofensivo al que noqueábamos a la segunda caña. Pero aquella tarde el odio parecía renovado, igual que sus ganas de hablar y de seguir bebiendo.

Le habían vuelto a rayar el coche y esta vez, además, le habían pinchado los neumáticos y roto las cuatro ventanillas. Según me dijo, no sabía a quién acusar, así que, conforme sumamos cervezas,

los fue acusando a todos. A Sonia, que era una cabrona, a nuestro jefe de departamento, que lo odiaba, a los alumnos, que eran unos imbéciles, y a sus padres, que eran unos tremendistas y unos malnacidos. Las cervezas, según cómo sea la catarsis, tampoco ayudan mucho a edulcorar el léxico. Yo le escuchaba insultarnos a todos —creo que también me cayó algo de aquella mierda— y gracias a ese silencio él empezó a perderse en su propio discurso. Nada mejor que callar para que el contrario se confunda y se extravíe entre sus palabras. Sólo hay que esperar, cerveza en mano, a que el

laberinto sea tan confuso que se necesite una verdad, por mínima que sea, para salir de él. Y su primera verdad fue que sí intuía quién o quiénes le habían rayado el coche. Y no era ni Sonia, la culpable del *mob*, del *mop*, de lo que coño fuera que le estaba haciendo. Ni nuestro jefe de departamento. No, qué va. Era aquel niñato que se la tenía jurada desde que salió el tema. El predelincuente aquel que se pasaba las horas morreándose con la guarra de su novia. La descripción tampoco era especialmente lírica, pero su nivel de poesía descendía a la vez que aumentaba su índice de alcohol en la sangre.

Le pedí que bajara la voz —habíamos empezado a llamar la atención en el bar— y le pregunté por qué sospechaba de ellos. Entonces empezó a decirme que recibía e-mails supuestamente anónimos llenos de insultos, que el niñato ese había llegado a empujarlo en un pasillo aprovechando un momento de confusión. No era la primera vez que Marcos hacía algo así, de modo que su teoría me pareció, lamentablemente, muy verosímil.

—El mamón ese. El niñato de los cojones. Y todo porque me escribí con su novia. Con la puta esa que me escribía unas guarradas increíbles. Son

todas iguales. Unas zorras. Van de mosquitas muertas. Eso es lo que hacen. Ir de mosquitas muertas. Pero están salidas. Y me calientan. Me ponen a mil porque les gusta hacerlo. Luego se morrean con sus novios en la puerta de clase. Pero saben que ellos son unos mierdas. Unos putos críos con los que no se correrían ni una sola vez. Como el gilipollas que me ha rayado el coche. Ni media hostia. No tiene el tío ese ni media hostia, ¿te enteras?

No fue la cerveza —yo no había bebido tanto como él—, pero tuve que ir al baño a vomitar. La culpa. El asco. No sé qué me pasó. Simplemente fui al baño

y me encerré allí unos minutos. Luego dije que no me sentía nada bien y que teníamos que irnos. Deseé que cogiera su coche rayado y se estrellara contra cualquier cosa. Tuve pensamientos homicidas —soy un cobarde pragmático, pero un temerario mental— y después me dediqué a autofustigarme por haber sido tan necio y, sobre todo, tan ingenuo. Esa misma tarde hablé con Sonia y llamamos a la policía. Seguíamos sin pruebas, pero conseguimos que se comprometiesen a iniciar una investigación en serio.

A mí me pidieron que, durante las dos escasas semanas de curso que nos

quedaban, no cambiase mis costumbres. No querían que se diera cuenta de que pasaba algo. Eso lo habría estropeado todo. Así que aprendí a controlar las ganas de vomitar y soporté su compañía durante dos viernes más. Luego, cuando lo cambiaron de centro, Sonia y yo discutimos sobre si debíamos avisar o no a la dirección del nuevo instituto. La policía nos pidió que callásemos y nos aseguró que lo mantendría bajo una estrecha vigilancia. No debió de ser tan estrecha cuando le dio tiempo a seducir y chantajear a otra chica más. Su encarcelamiento habría calmado mis remordimientos si esa pobre chica no

hubiera decidido suicidarse. Si no me sintiera cómplice de una muerte de la que no sé si soy responsable. Porque yo sí firmé. Claro que yo firmé aquel jodido informe donde decíamos que Eduardo era un tío competente. Un profesor cojonudo que chantajeaba a sus alumnas y las trataba como si fueran basura sin que nadie se diera cuenta de ello.

El artículo de Marcos me ha destrozado. Y no sólo por la amargura que expresa, sino, sobre todo, porque me conduce irremisiblemente a mi

propio pasado. Me veo a mí mismo con su edad, en estas mismas aulas, tratando de ser el hijo que mi padre siempre había soñado y que jamás encontró en mí. Creía que, con los años, había superado ese fantasma, pero al leer el relato de Marcos me doy cuenta de que esa victoria no es real, ni siquiera su muerte hace ya casi cuatro años me ha librado del peso de sus opiniones —siempre destructivas— sobre mí.

Recuerdo cómo me hacía saber —directa e indirectamente— que le parecía un chico demasiado débil, demasiado vulnerable y, para colmo, demasiado progresista. No sé si los

profesores de Marcos se imaginan lo castrante que puede resultar ser educado en un ambiente profundamente conservador y represivo, un entorno donde todo lo que se sale de esas normas constituye una provocación. Especialmente cuando otro de tus hermanos —en mi caso, era el menor; en el de Marcos, el mayor— sí que encama el ideal al que tú no puedes ni podrás jamás acercarte.

Yo no tuve demasiada suerte entre las paredes del Darío. No hubo ningún profesor que me marcara —ni para bien, ni para mal— en todo el BUP. Ningún Álvaro, ninguna Sonia, ningún Íñigo que

supiese motivarme, así que tuve que esperar unos años para empezar a fortalecer mi identidad a pesar de no contar con la aprobación de mi padre, esa que jamás dejé de buscar sin ninguna fortuna. Quizá si hubiese encontrado mi personalidad tan pronto como Marcos las cosas hubieran sido muy distintas. Mucho más complicadas. Puede que ésa sea la gran diferencia entre nosotros dos, que yo no tuve el valor de afianzar mi forma de ser hasta que —pasados unos años— pude alejarme de la sombra de mi padre, mientras que él reclamó su derecho a ser quien deseaba ser demasiado pronto, cuando los demás

todavía lo consideraban poco menos que un crío.

Durante aquellas dos semanas de silencio obligado se demostró que Marcos era quien había rayado el coche las dos veces, así que hubo que sancionarlo oficialmente. Tanto Sonia como yo estábamos convencidos de que se estaba cometiendo una injusticia, pero ni podíamos alentar a los alumnos a que se tomasen la revancha por sí mismos ni era aconsejable alertar a Eduardo de que estaba ocurriendo algo más a sus espaldas. Así que, por el bien

de la investigación y de la educación ético-cívica de nuestros alumnos, ni Sonia ni yo dijimos nada. No podíamos llamar a su padre y contarle que la violencia de su hijo respondía a una causa, que ese vandalismo supuestamente injustificado sí tenía un porqué. Desde ese momento se agravó el estado policial en el que Marcos viviría hasta el domingo negro.

No sé. Intento ponerme en la piel de su padre y supongo que estos temas te desbordan. A nosotros también nos pasa en el aula, cuando se te ponen chulos y no sabes cómo coño pararles. En esos momentos se te cruzan mil locuras por la

cabeza y hay que tener mucha sangre fría para no soltar una barbaridad ni cometer un disparate. Demasiadas energías en muy poco espacio, supongo. Tal vez a Roberto le pasó un poco eso. Era la segunda vez que le llamaban desde el centro por el mismo asunto. Dos veces en las que su hijo había actuado contra un profesor intachable sin motivo alguno. Dos sanciones por un mismo acto de violencia. Demasiado para cualquier padre, sobre todo si ese padre era tan estricto y férreo en sus principios como Roberto.

No sé si Gerardo dejó que Marcos se explicara, pero —conociéndolo—

apostaría a que no. Lo intimidaría con sus preguntas y su maldito usted hasta noquearlo verbalmente. Luego daría la verdad por sentada y zanjaría la reunión con alguno de sus discursos sobre el orden y el civismo y toda esa mierda que predica desde una actitud hipócrita y cobarde… Ni Sonia ni yo podíamos abrir la boca para defender a Marcos. Ni siquiera ante Gerardo. A la policía le preocupaba que Eduardo tuviera más información de la necesaria, así que nos pidieron que siguiéramos «como si nada». Lo jodido es que ese «como si nada» incluía a Marcos. Y a su familia. Así que su padre tuvo que oír cómo su

hijo destrozaba coches «como si nada». Sin motivo alguno. ¿Cómo coño te iba a contar eso, Santi? ¿Cómo narices querías que te lo contara sin sentirme un completo gilipollas? Un cómplice —por omisión— en toda esta historia.

Desde el incidente del coche, Marcos empezó a vivir en una especie de cárcel. Como en la que se encuentra ahora, pero en versión doméstica. Sin poder usar su móvil. Ni Internet. Ni coger el teléfono fijo de su casa. Siempre debía estar acompañado de, al menos, uno de sus hermanos o, en su defecto, de su tío. Al parecer era Ignacio, el mayor de todos, quien se

encargaba de echarle un cable a Roberto en el tema de la vigilancia. Supongo que eso complicó aún más las relaciones en aquella casa, pero de ahí a… No sé, sigue sin tener mucho sentido, sobre todo porque no me creo que Sergio se pusiera del lado de su padre. Era obvio que admiraba a su hermano Marcos, e incluso que lo tenía como modelo. Hasta yo, que he dejado bien claro que de genio tengo poquísimo, me di cuenta de ello. Por eso no entiendo que lo atacara con esas malditas tijeras. Por eso sigo sin entender una mierda.

Después de aquello, Sonia y yo nos consolamos con la esperanza de que el

nuevo curso nos diera razones para felicitar al padre de Marcos por la buena conducta de su hijo. Acordamos que, en cuanto fuera posible, llamaríamos a Roberto para hablar con él y que le retirase el castigo. Pero no podíamos hacer nada hasta que Eduardo estuviera ya fuera del centro. Ambos conocíamos a Roberto y éramos conscientes de que necesitábamos argumentos para que dejase respirar a su hijo, devolviéndole la confianza que había perdido en él. Aquellas amistades de las que hablaba le preocupaban en exceso y, al parecer, creía que debía de haber sido idea suya agredir a Eduardo.

«Son violentos. Unos indeseables». No tenía más argumento que su aspecto, así que ni Sonia ni yo podíamos darle crédito, sobre todo porque Roberto no sabía que sí que había un motivo en aquel acto de supuesto vandalismo indiscriminado. Marcos no había rayado cualquier coche. Había rayado el coche de Eduardo. El del tipo que se había acercado peligrosamente a Sandra, su mejor amiga y supuesta novia.

A esos amigos tan violentos y peligrosos a los que odiaba Roberto debía de pertenecer, supongo, el chico que apareció el primer jueves de este curso. Un chico mayor que Marcos con

quien mantuvo una breve conversación cerca del instituto. Seguramente los dos sabían que no debían verse y que, si alguien lo descubría, Marcos tendría problemas. ¿Era posible agravar aún más su situación de aislamiento en casa y fuera de ella? No vi nada, creo que escribí. Y no mentí del todo. Porque vi un intento, pero nunca llegó a consumarse. Marcos se acercó a su amigo y trató, imagino, de darle un beso. O eso me pareció. El otro apartó la cara y le dio un abrazo. Marcos se separó con rabia y lo empujó lejos de sí. Su amigo intentó acercarse de nuevo, pero entonces fue cuando apareció Gerardo

dispuesto a llevarse a Marcos a su despacho.

Apenas he llegado a mi apartamento cuando suena mi móvil. Es Gema. No es más que la una y media, así que imagino que todavía debe de estar en el instituto. Durante un instante pienso que me llama por culpa de mi incidente de esta mañana con Adolfo. Seguramente ya se ha corrido la voz de lo que ha pasado en el patio y ahora Gerardo estará pidiendo mi cabeza… Sin embargo, no pretende hablarme de eso. Nada más descolgar, noto que su voz suena muy diferente. No

hay nada sensual hoy en ella. Ni un rastro de su cómplice «¿sabes?». Tan sólo un deje triste y un timbre roto y entrecortado.

—Es terrible… —Y rompe a llorar sin que pueda calmarla. No consigo que me cuente lo que sucede y sólo insiste en que vaya a verla—. Estoy aún en el trabajo —me dice. Y cuelga.

Llego en veinte minutos al instituto y me encuentro un panorama desolador. La sensación de abatimiento es generalizada y los chicos se agrupan en círculos apenas audibles. Alguien llora. Pero son los menos. La mayoría se limita a mirar al suelo. A dar patadas a

la tierra. A las paredes. La rabia, aunque sorda, se hace física a cada paso.

—¿Qué ha pasado, Gema?

Se abraza a mí por primera vez desde que nos conocemos. Dejo que llore. Solloza mientras yo miro de reojo a mi alrededor.

—Sergio, es Sergio… —Y vuelve a llorar. Entonces lo veo claro—. Ha muerto hace una hora.

Ya no soy capaz de calmarla, así que me limito a llevarla a mi coche para acompañarla hasta su casa. Me pide que me quede un momento a su lado y, sin demasiada convicción, la obedezco. Me estoy implicando. Demasiado. Ella

habla de manera caótica. Desordenada. Recuerda que le dio clases a ese chico de quince años a quien ha matado su propio hermano.

—Con unas tijeras. Unas putas tijeras. —Y llora como no había imaginado que pudiera ser capaz de llorar.

Gema saca toda la rabia que ha acumulado durante estas semanas y se aferra a mí como un náufrago que quiere que lo lleven a la orilla. Permanezco casi una hora junto a ella y confío en que eso sea suficiente para calmarla. Me alejo en silencio y vuelvo a mi apartamento cargado de interrogantes. Y,

para qué negarlo, de ira y de impotencia.

Viernes

8.15. En mi coche, frente al Darío. Preguntándome qué hago realmente aquí. Intentando decidir si puedo averiguar algo que merezca la pena o si hoy, precisamente hoy, mi presencia sólo contribuirá a agravar las heridas. A reavivar temores. En el vestíbulo, una masa informe de alumnos y profesores caminan pensativos y cabizbajos. Esta mañana no resulta fácil distinguirlos. Sus siluetas se amontonan tristes sobre el fondo gris de este día densamente otoñal.

Bajo del coche y entro en el instituto

por última vez —así se lo prometí a Sonia: hoy expira nuestro acuerdo— con la esperanza de poder hablar con Gema. O con Álex. O con alguien que pueda decirme algo que todavía no me hayan contado. Camino por los pasillos del centro y tropiezo con una rabia pegajosa que se traduce en murmullos apenas audibles. En las palabras de los alumnos se adivina, de vez en cuando, un no lo entiendo, un por qué, un qué ha pasado. Sólo tienen preguntas a las que esperan que alguien —¿quién?— les dé alguna respuesta, pero eso, evidentemente, no ocurrirá jamás.

Me siento en la cafetería y decido

ponerme a leer el borrador de los textos que me han ido entregando hasta ahora. Pronto llegan un par de colegas dispuestos a cubrir la noticia, aunque ya sólo se trate de una breve reseña en la sección de sucesos. Sergio no va a ser primera plana. Ni siquiera dispondrá de un titular destacado en la sección local. Sergio hoy sólo es una víctima de la que apenas queda un nombre propio, no un protagonista. Quizá por eso mis compañeros hacen sólo un par de preguntas sin demasiado interés y se van en menos de un cuarto de hora.

En cambio, yo decido quedarme aquí un rato más, peleándome con mis notas y

mis ideas mezcladas. Cada vez más confusas… A mi alrededor, casi todo es silencio. Nada que tenga que ver con el ambiente habitual de los viernes. Nada que se asemeje a esa euforia contagiosa que los adolescentes traen consigo ante la inminencia del fin de semana. Y es que este no es un viernes más. Por eso, supongo, no se habla demasiado en la cafetería. Nadie tiene ganas de volver a sacar el tema que ha alterado, sin remedio, el ritmo de este curso. Sólo intentan afrontar este huraño 6 de noviembre con una calma impostada y, sin embargo, necesaria.

Dani tampoco habla. Sirve los cafés

como si ni siquiera estuviera aquí. Como un autómata al que hubieran programado para atender a los clientes sin ofrecer la más mínima muestra de empatía. Tan solo charla un poco con Álvaro, aunque enseguida se callan. Justo cuando Dani le hace un gesto indicándole que me encuentro sentado detrás de ellos. El saludo es cordial, pero frío, y no me cuesta darme cuenta de que no les ha gustado encontrarse conmigo.

Tampoco hay que ser especialmente listo para adivinar que ocurre algo entre ellos. A su manera, hacen buena pareja. Quizá porque los dos tienen un físico

similar. Altos. Atléticos. Más imponente Dani —seguramente, también más hormonado— y algo más elegante Álvaro. Esta mañana Dani lleva una camiseta negra exageradamente ceñida marcando todos y cada uno de sus músculos. Da algo de miedo con su expresión ausente y esos brazos descomunales.

No puedo evitar pensar en la mañana en la que Marcos se lanzó contra él. ¿Contra aquella mole? Sigue sin tener demasiado sentido que hubiera medido tan mal sus fuerzas, por muy temerarios que sean los adolescentes. Dani lo habría podido tumbar de un simple

manotazo, así que no acabo de entender por qué Marcos decidió ir precisamente a por él. ¿No había otro posible adversario con el que descargar su furia? Mi pregunta me lleva a tomar la decisión éticamente equivocada. No es la primera, pero sí quizá la que me obliga a darme cuenta de que esta historia ya no es simplemente un libro de investigación. Es una obsesión. Una maldita obsesión que no podré quitarme de encima hasta que recomponga el puzle.

—Nunca tendrá todas las piezas, señor Kent —me advirtió Gema nada más conocerme con su habitual

insolencia pelirroja.

Puede que lleve razón, pero prefiero consumirme buscándolas a consumirme interrogándome por su existencia. Por eso, decido que voy a sentarme en mi coche y a esperar a que Dani termine su turno. Sólo he de aguantar un par de horas para poder seguirlo y, si veo algo que me resulte interesante, tratar de hablar con él. El plan me resulta tan idiota como arriesgado —nunca he seguido a nadie: mi trabajo no me exige semejantes alardes policiales—, pero no se me ocurre nada más. Quizá si consigo entender qué le pasó a Marcos en la cafetería pueda atar algún otro cabo.

—¿Y si no hay nada que entender? ¿No has pensado en esa posibilidad? —Gema intenta ejercer de escéptica, pero no lo consigue. Ella también cree que hay algo más debajo de todo esto. Algo menos evidente—. Puede que sólo sea lo que parece. Un doble asesinato violento y brutal. ¿Sabes? Puede que estés buscando una verdad que ni siquiera existe, porque quizá esa verdad es la que vemos. La que tenemos delante de nuestras narices.

No sé si el escepticismo de Gema es real o si sólo se trata de la consecuencia más que comprensible de su agotamiento. Está exhausta. De recordar.

De interrogarse. De afrontar cada nueva hora de clase como si jamás hubiera ocurrido nada. Como si se pudiera abrir el libro de texto por la misma página y fingir que la vida está modélicamente dividida en unidades teóricas y prácticas. Sin nada que la interrumpa. Ni que la emborrone.

Dani sale a las dos y media y coge su moto. Lo sigo a duras penas y, como no podía ser de otra forma, se da cuenta. Al cabo de unos veinte minutos aparca. No le resulta difícil encontrar un hueco. Yo, sin embargo, desearía poder volatilizar mi coche ahora mismo. No veo ni un sitio libre y me siento

especialmente inútil. Nunca había pensado que una persecución pudiera frustrarse por no ser capaz de hallar aparcamiento. Eso no pasa en el cine negro. Eso no creo que le pase a nadie más que a mí.

—¿Me estás buscando?

Ahora sí que impresiona. Lo tengo enfrente, sin ningún tipo de barra que me separe de esta montaña a la que me parece que debo de haber cabreado.

—¿Me vas a decir lo que quieres?

A su modo, es un borde simpático. No quiere asustarme. Ni siquiera creo que esté enfadado. Juraría que intenta controlar la risa tras haber sido testigo

de mi lamentable peripecia automovilística. Debo de darle algo de lástima.

—¿Me lo cuentas o no?

Como tampoco tengo mucho que contar, le respondo de forma lacónica. Le digo que me gustaría saber si hay algo más, algo que explique por qué Marcos se enfrentó a él dos veces en la misma semana. Niega con rotundidad haber mentido y me cuesta explicarle que no busco mentiras, sino omisiones, pero el debate semántico no le interesa lo más mínimo. Se siente insultado, así que tengo que calmarle para evitar que se vaya y me deje tirado sin las

respuestas que necesito que me dé. Sé que está guardándose algo y me gustaría que me lo dijese, que me dejase valorar a mí si es pertinente o no para comprender lo sucedido.

—Sí, estaba cabreado. Mucho. Marcos estaba cabreado de cojones conmigo. Pero lo que pasara entre nosotros no tiene nada que ver con lo que tú investigas. Yo no conocía ni a su padre, ni a sus hermanos, ni a nadie de esa familia, joder. ¿Tan difícil es entender eso?

Sigo insistiendo. Tal vez si llego a agotar su paciencia me dirá lo que necesito. Puede que sólo se trate de un

ejercicio de constancia, una de las escasas virtudes de las que no carezco. Sabe que no va a librarse de mí de momento, así que propone, al menos, hablar con una cerveza delante. No es mala idea. Ha sido una noche difícil y quizá algo de alcohol me venga bien para retomar fuerzas. No conozco mejor reconstituyente que la cerveza, así que buscamos un bar y nos sentamos en una pequeña mesa al fondo. Gema se sonreiría si nos viera aquí a los dos. Su Clark Kent delgaducho junto al camarero fornido y más deseado de su instituto. Creo que alguien en la barra hace un comentario despectivo. Algo así

como «maricones de mierda».

—Nada que no sea habitual —se ríe Dani. Luego se levanta y le echa una mirada gélida al tipo de la barra. Se calla y mira su copa temiendo que le den un puñetazo, pero eso no sucede. Acaba de dejármelo claro: Dani no es, ni de lejos, un camorrista.

—¿Qué quieres? No puedo partirle la cara a todos los que siguen siendo homófobos. Y son muchos más de los que tú crees. Todo el mundo se piensa que con la nueva ley ahora esto es más sencillo. Y no lo es, joder. Ahora es legal, sí, pero no sencillo. Mucha gente sigue dudando de que el matrimonio gay

sea válido. Lo ponen en duda con sorna, como si no dijeran nada, pero en el fondo están atentando contra un derecho que ha costado mucho tiempo conseguir. Los maricas casados estamos menos casados que los heteros, así de simple. Así de imbéciles son. Y ésos son los peores. No estos gilipollas que te insultan. Porque a éstos se les contesta y se les calla con un par de miradas. Son todos unos cobardes, así que no hay nada que temer al respecto. Pero los que se callan sí que son unos auténticos cabrones. Son los que te marginan en un curro. O los que te la clavan por la espalda en cuanto pueden. Pero ellos

van de guays y de modernos. Eso es lo que ha cambiado. Que ahora hay mucha más gente que se finge tolerante, pero poco más. No creas que las cosas son muy distintas de un tiempo a esta parte.

El tipo de la barra se marcha del bar. Probablemente nos ha escuchado. Dani ha subido la voz lo suficiente como para dejar clara su posición ante todos los que están en este sitio. Puede que no sea un camorrista, pero sí tiene un punto de provocador.

—Y una mierda. Yo no provoco a nadie. Yo me defiendo. ¿He sido yo el que ha insultado?

No quiero perder más tiempo

hablando de esto, así que le doy la razón y le pido que me responda a la pregunta que nos ha llevado a fingir que somos pareja de hecho en ese bar.

—¿Yo contigo? No creo. Demasiado delgado para mí…

Se ríe por primera vez en toda la mañana. No es que me acabe de gustar que mi cuerpo sea el motivo de su chiste —siempre pensé que resultaba atractivo a la mayoría de los gays—, pero prefiero que se relaje un poco. Si no, esta vez tampoco conseguiré que diga nada.

—Lo de seguirme no ha sido una buena idea, Santi. Estabas ridículo.

Aunque quizá por eso estoy sentado ahora mismo contigo. Porque hay que ser un ingenuo para hacer algo así y yo, lo que no quiero, es hablar con alguien que pueda darle la vuelta a lo que pueda contarle. El tema es delicado. Una tontería, en realidad, pero en este puto instituto hay que tener cuidado con todo lo que se dice.

Pido otro par de cervezas y siento la necesidad de advertirle. Temo echar por tierra el testimonio que he perseguido toda la mañana, pero es justo que sepa que todo lo que me diga va a ser escrito y publicado. No puedo dejar que se juegue su puesto de trabajo sin que tenga

conciencia de ello. Mi obsesión no justificaría algo así.

—No importa. Voy a dejar la cafetería del Darío de todos modos. He encontrado otra cosa. Creo que hasta voy a cobrar un poco más.

Me alegra oír eso, así que le felicito mientras saco la grabadora. Él mira su reloj y me dice que tiene prisa. No sé si es una excusa, pero me niego a perder la oportunidad de contar con su testimonio. De algún modo, intuyo que no es tiempo lo que necesita, sino valor. Necesita hacer un esfuerzo enorme para abrirse a mí y explicarme lo que yo necesito saber. Seguramente este bar no sea el

mejor lugar para un testimonio como el que él puede darme, así que decido arriesgar y hacerle una peculiar oferta. Con un sí, bastará.

—¿Que me la lleve? —Coge la grabadora con desconfianza. No está muy seguro de que sea una buena idea seguirme el juego.

—Exacto. Llévatela y esta tarde, cuando tengas un momento, habla sobre todo lo que recuerdes de Marcos. Cómo lo conociste, qué pasó entre vosotros, por qué te atacó de ese modo en el Darío…

—Se me hará raro hablar con este trasto…

—Pero es más rápido y más cómodo que escribirlo, ¿no te parece? —Dani asiente—. Y también menos violento que contármelo aquí y ahora, cara a cara.

—Ya… ¿Y por qué debería hacerlo, Santiago?

Soy consciente de que necesito implicarlo emocionalmente en mi historia si quiero que colabore conmigo. Así que, en vez de volver a argumentos más o menos neutrales, opto por sacar partido del pequeño incidente que acabamos de vivir en este mismo bar. Tal vez así pueda entender hasta qué punto debería comprometerse con lo que le ha sucedido a Marcos.

—Porque me gustaría poder dar una visión sincera de esta historia y porque creo que, en el fondo, lo que nos acaba de pasar —señalo el lugar donde se encontraba el tipo que nos ha insultado— no está demasiado lejos de la verdad que se oculta tras los hechos de este caso. Ya ni siquiera sé si Marcos hizo lo que dicen que hizo, pero lo que sí sé es que, desde que manifestó su homosexualidad, nadie se lo puso demasiado fácil.

—Eso me suena.

La mirada de Dani se vuelve amarga de repente y me revela que, en su pasado, hay una historia no demasiado

lejana a la que pudo haber vivido Marcos. Ese cruel juego de espejos le hace reaccionar y, finalmente, se lleva mi grabadora. Está claro que ahora sí que ha encontrado los motivos que necesitaba para abrirse y contarme todo lo que sabe.

—¿Dónde te la devuelvo?

—Aquí mismo. Hoy a las diez. ¿Te parece?

—Hecho.

Salgo de allí con la sensación de haber dado un paso importante en este laberinto y regreso a mi apartamento dispuesto a afrontar una noche en la que, de nuevo, jugaré mis cartas de detective

de segunda fila. En esta ocasión no se tratará de seguir a nadie por medio Madrid —actividad en la que ya he dejado clara mi torpeza—, sino de encontrar a alguien en cierto lugar. Quizá ese encuentro, sumado a la grabación de Dani, me ayude a entender cómo se produjo ese doble asesinato que cada vez me cuesta más atribuir a Marcos.

En un mes dejo el instituto, Santi. Me han ofrecido currar como monitor en un gimnasio. El sueldo no es gran cosa, pero sí mejor que lo que tengo ahora. Y

sin poner ni un puto café más. No los soporto. Hay gente maja, como Álvaro o Sonia. Pero la mayoría de los profesores que he conocido son unos gilipollas. Te miran por encima del hombro, como si fueras una mierda. No entiendo ese clasismo en un sitio así. Igual que el director, ése sí que es un indeseable. Tenías que haber visto cómo me miró cuando nos presentaron. Creo que hasta le pidió a mi jefe que buscara a otra persona para reemplazarme, pero en la agencia no había nadie disponible en ese momento y tuvo que aguantarse conmigo. Por eso te he evitado estas semanas, porque lo último que me hacía falta era

hablar del asunto de Marcos y darle motivos para largarme a casa.

Ahora que voy a dejarlo ya sí que me da igual. Lo del gimnasio promete. No mucho, para qué vamos a engañarnos, pero al menos es la primera vez que voy a trabajar en algo relacionado con lo mío. En el fondo, lo único que realmente me gusta es el balonmano, pero desde que estoy aquí ni lo practico. No encuentro ni el tiempo, ni el momento, ni las ganas. El pluriempleo se lleva las horas y los brazos se quejan al verse tan desaprovechados. Ya, ya sé que se nota que me los he currado. En el bar donde

trabajo por las noches a más de uno se le van las manos, para eso me contratan. Para dejar que me babeen encima de vez en cuando.

El balonmano sí que era lo mío. Lo único en lo que me sentía especial. Lo único en lo que sabía que no era vulgar. Que no soy tan vulgar… Pero desde hace meses, desde que estoy aquí, no puedo jugar. No encontré equipo. Ni compañeros. Ni motivación. Y tampoco echo de menos lo que dejé atrás. Una ciudad pequeña. Una familia que ni me entiende ni pretende llegar a hacerlo. Unos amigos de cervezas y partidos por la tarde, pero de poco más. No es

nostalgia, lo sé, es otra historia. Otro vacío.

Se me hace raro soltar todo este rollo, Santi. Y más aún, delante de esta máquina… Como si me hubiera vuelto loco y necesitara ponerme a largar solo de repente. Además, nunca he hablado tanto de esto con nadie. Ni siquiera con Álvaro. Ya te habrá dicho que hemos pasado alguna noche juntos. Y luego qué. Luego se va corriendo diciendo que no puede complicarse con nadie, que ya tiene bastante con su vida. Creo que es un cobarde que se refugia en su drama para no tener que avanzar más. Y eso me jode, porque me gusta un poco y sé que,

sin esforzarme demasiado, podría gustarme mucho. Aunque no sepa escucharme cuando le hablo. Igual que los clientes que vienen a menudo al bar de copas. Los habituales, los que se hacen los simpáticos para que les invite a un chupito o a un último *gin-tonic*.

Algunos preguntan que cómo me va y, cuando ya no puedo más, hablo y me desahogo con ellos, aunque ellos se limiten a manosearme con torpeza mientras fingen que sí me oyen. Y entonces meten su mano en mi pantalón como si fuera una buena idea abrirlo allí mismo y lanzarse a comerme la polla delante de los demás clientes. O de mi

jefe. Han visto demasiado *Queer as folk*, tío. ¿Sabes de lo que te hablo? Y ese bareto no es Babylon, es un local de mierda donde pongo copas a hombres desesperados por restregarse conmigo para que su noche no sea tan aburrida ni su llegada a casa tan absurda.

Dani acude puntual a nuestra cita y me devuelve la grabadora asegurándome que me ha contado en ella todo lo que sabe. En su afirmación hay un implícito «déjame en paz» que, supongo, se debe al hecho de que habrá tenido que bucear demasiado en sus propios fantasmas

como para poder asumir otra sesión más de esta misma naturaleza. Entiendo y respeto su petición, así que le prometo que no volveré a molestarle y que, desde luego, tampoco intentaré perseguirle de nuevo por todo Madrid, al menos, hasta que haya depurado mi técnica un poco más.

—No ha sido fácil contarlo todo, Santi, pero creo que es lo justo. Tal vez sirva para que otros que han vivido o que viven mi infierno se sientan menos solos. No sé. Tal vez no sirva para nada y lo único que he hecho ha sido soltarte toda mi mierda en plan psicólogo.

—Sea lo que sea, te lo agradezco.

Seguro que me resulta muy útil.

Subo de nuevo al coche y, antes de arrancar, escucho la grabación de Dani. Su declaración es aún más jugosa de lo que imaginaba y me permite, por primera vez, entender qué pasó entre él y Marcos durante aquella semana. Convencido de que estoy yendo en la dirección correcta, conduzco hacia el Darío, aunque esta vez no es exactamente allí donde pretendo ir. Aparco por la zona y busco, con la ayuda del plano que hemos confeccionado entre Meri, Google y yo, la ubicación del Kansas. El parque donde pasan sus fines de semana la

mayoría de los chicos del centro. Hoy es viernes por la noche, así que confío en encontrarme con los grupos habituales disfrutando de su botellón.

—¡Foto Tuenti!

Reconozco la voz de Adrián, que pide a un amigo que les haga una foto de grupo. Imagino que su grito de guerra es la versión virtual del «momento Kodak» de mi generación. En realidad, como me advirtió Álvaro, tampoco hay tantas diferencias entre ellos y nosotros.

—¿Y tú qué haces aquí? —Adrián, nada más reconocerme, me increpa sin ningún tipo de reparos. Me guarda un profundo rencor por haberlo expulsado

de mi grupo de alumnos entrevistados y como ahora no estamos en el instituto, ya no tiene por qué respetar ninguna de las reglas ni de los límites que le imponen allí. Sus amigos abandonan inmediatamente la postura que habían adoptado para su «foto Tuenti» y vienen corriendo a rodearnos en una actitud de abierta hostilidad—. ¿Que qué coño haces aquí?

—Tranquilo, no vengo a hablar con vosotros. Estoy buscando a alguien.

—Ya, seguro. —No cree nada de lo que le digo—. Pero ¿tú qué eres? ¿Un espía o algo de eso?

No puedo evitar sentirme incómodo.

De repente, me veo rodeado por ¿siete?, ¿ocho?, quinceañeros tan altos como yo y con más alcohol de la cuenta encima. Las litronas vacías —otro ejemplo de que el tiempo no cambia tanto como queremos creer— dan cuenta de ello y varios de los amigos de Adrián sostienen las botellas como si fueran bates de béisbol.

—Me preguntó por el Kansas y yo le dije dónde era —interviene Meri—. Venga, tío, pasa de éste, que es un cotilla pero no va de malas.

Le agradezco sus palabras y confío en que eso baste para dispersar a este grupo de adolescentes cabreados que, en

el fondo, estarían encantados de pagar conmigo su rabia. Rabia porque, según he podido saber gracias a la propia Meri, los padres de Adrián —igual que los de muchos de ellos— se han quedado recientemente en el paro por culpa de la crisis. Rabia porque la mayoría están viviendo su adolescencia en un contexto gris y violento, un entorno de enfrentamiento y de egoísmo, donde los adultos no empleamos otras armas muy diferentes a las litronas con las que me amenazan. Distintas, tal vez; pero igual de sangrientas.

—Pasa de él, Adri. De verdad…

Meri lo agarra de la cintura y le da

un sensual mordisco en el cuello. Las hormonas pueden más que la ira y el líder pide a sus acólitos que abandonen la posición de ataque. De pronto, todos regresan a sus bancos y ellos y ellas vuelven a beber y a morrearse como si yo jamás hubiera estado allí. Respiro tranquilo y me interno en el parque en busca de la persona que, realmente, me ha llevado hasta allí. Un chico alto, de unos veintipocos, que —ojalá— debería llevar una camiseta negra con algún tipo de dibujo de cómic en ella. Confío en que su guardarropa no sea demasiado amplio y, sobre todo, en que mi intuición me permita llegar hasta él. No tengo ni

su nombre ni una fotografía de su rostro, tan sólo la certeza —gracias a la grabación que acaba de entregarme Dani — de que su presencia en la vida de Marcos fue fundamental para entender lo que sucedió aquel maldito domingo de septiembre.

El curro en el bar fue lo primero que encontré cuando llegué a Madrid. Yo no tenía más que dieciocho recién cumplidos, pero sabía que aparentaba más. Mi jefe no puso reparos. Es un cabronazo al que los temas morales se la sudan. Si hubiera sido menor de edad,

también me habría contratado. Sólo necesitaba un puto culo para calentar a sus clientes. Perdona, Santi, soy un bruto, como decía mi padre. Tiene grada, mi padre. Joder, no sé cómo vas a resumirlo todo, es como si llevara años sin hablar con nadie de nada. Me he pasado tanto tiempo acostumbrado a no abrir la boca que ya ni lo noto. Por no aburrir. Los gays nos aburrimos enseguida, Santi. Lo de que somos comprensivos y dialogantes es un mito. Un puto mito. En la noche nadie quiere a un tipo dialogante. Quieren tíos callados y que follen como posesos. Nada más. Lo del diálogo mejor con las amigas

para ejercer de maricas enrollados con los que irse de compras. El maldito tópico de siempre. Ya sabes.

Me vine pronto a Madrid, porque en casa ya no aguantaba más. Allí tampoco eran muy dialogantes… En realidad, de mi padre no he oído muchas palabras. Eso sí, muchas hostias. Sin motivo ni nada que las justificase. Supongo que lo mío lo lleva mal, no es un padre moderno y todo eso. Es de los que sigue pensando que somos unos degenerados, unos maricones, unos pervertidos. Eso lo dice a golpes, que le pone mucho más. Y mi madre se calla, porque para eso están casados, para eso ellos sí que

son un matrimonio de verdad, y no una mierda progre de esas que se inventan —nos inventamos— ahora. Así que ella no dice nada. Ella mira como si todo pasara en otra parte, en otra casa, en otra familia donde el padre maltrata a su hijo y alguien debería denunciarlo.

Lo hice. Sí, lo hice. Aún recuerdo la llamada. Y la cara del policía que me atendió. Compañero de curro de mi padre. Hay que joderse. No es fácil denunciar a tu padre cuando también él es un madero. Pero allí fui. Y esa noche, la de la denuncia, ésa sí fue realmente memorable. Lo peor no fueron las lesiones, ni las marcas. Lo peor fue la

impotencia cuando la denuncia no prosperó, cuando se quedó enterrada en algún cajón de alguna oficina de la que jamás iba a salir. Por eso mandé a la mierda al balonmano y me largué a Madrid. Con dieciocho y sin nada. Igual que ahora. Sin nada.

No, claro, ya no son dieciocho. Ahora son diez más… Joder, cómo pasa el tiempo, hace ya diez años que vivo aquí. Desde hace unos tres comparto un piso pequeño con dos tíos más. Ni amigos ni novios ni rollos ni colegas. Sólo compartimos. Es la mejor manera, así no hay historias personales de por medio y nadie juega a formar una

familia. No quiero. Ya tuve una y fue más que suficiente. Ahora prefiero mi habitación y los apartamentos de los tíos que me ligo en el bar. Con ésos tampoco suelo repetir, así que me he visto medio Madrid y, si sigo follando a este ritmo, acabaré visitando los dormitorios del otro medio. Hace años que no les doy mi móvil ni les pido el suyo. Bueno, excepto a Álvaro, pero es que ese tío es diferente.

Más de una vez, por cierto, me pregunta por Marcos. Él también quiere saber lo que pasó entre ese chico y yo aquella primera semana. A veces me pregunto si se acuesta conmigo por eso:

porque espera respuestas. Él, como es un *freaky* de las series, los llama *spoilers*. Qué cabrón. Y me pide esos *spoilers* antes, durante o después del polvo. El cuándo es lo de menos. También quiere saber por qué Marcos estaba tan cabreado conmigo. Igual que tú, Santi. Sólo que Álvaro no me da una grabadora (imagino que pulirás esto un poco, ¿no?) ni quiere publicar nada de lo que yo le cuente. No lo he hecho todavía. Supongo que le mandaré luego un sms para vernos. Esperaré a que hayamos terminado de follar para contárselo. Ahora que te lo voy a decir a ti no tiene sentido que se lo oculte a él.

Tampoco es gran cosa. Simplemente me pareció mejor guardármelo. Ahora ya no. Ahora que voy a mandar este curro a la mierda ya me da todo igual.

Es curioso. Han pasado sólo unas horas y, sin embargo, parece que la muerte de Sergio hubiera sucedido meses atrás. No vislumbro ninguna huella de la tragedia en la actitud festiva de estos grupos de amigos, los mismos adolescentes que esta misma mañana deambulaban como zombies por los pasillos del instituto. No sé si es un claro ejemplo de su capacidad para

superar una crisis o si se trata más bien de una prueba de la facilidad con la que integran la violencia en su vida cotidiana. Observándolos, no puedo dejar de sentirme terriblemente mayor en este parque. Es como si, de repente, alguien hubiera duplicado mi edad, dejándome claro que estoy a años luz de los jóvenes que invaden el Kansas.

En realidad, no hacen nada del otro mundo. Beben. Hablan. Ríen. Algunos grupos usan la música de sus móviles para dar un poco de ambiente a la reunión. Otros prescinden de la banda sonora y se limitan a charlar de sus cosas mientras apuran minis y botellas

de cerveza. De vez en cuando, el *flash* de una cámara (otra «foto Tuenti») y, rara vez, el grito desde algún balcón cercano exigiendo silencio. Me dan algo de envidia y pienso que me habría gustado ser uno de ellos quince años atrás, un chico más sociable y menos tímido con amigos que le llevaran a uno de esos botellones donde no parece difícil ganarse el primer beso.

La mayoría finge no verme, pero mi presencia allí les despierta algo de curiosidad. No acaban de entender qué pinta un treintañero como yo en medio de su mundo. Yo sigo caminando mientras busco a la persona que me ha

traído hoy hasta aquí. Estoy a punto de rendirme cuando un grupo de chicos llama mi atención. Son mayores que el resto y van todos de riguroso negro. Me acerco con disimulo con la esperanza de encontrarme con una camiseta de Joker que, por supuesto, no voy a hallar. Sin embargo, el azar hace que mi idea no resulte tan descabellada. Ni la noche tan infructuosa.

—¿Quieres algo?

Es un chico alto. Muy delgado. ¿Veinte? ¿Veintiuno, tal vez? A priori, encaja con la descripción que me han dado de él.

—Busco a alguien.

—¿A quién?

No es maleducado, pero sí algo cortante. Resulta evidente que no quiere que nadie interfiera en su mundo y tampoco parece que mi presencia allí le genere excesiva confianza.

—No sé su nombre.

—Pues lo llevas claro —se ríe abiertamente y me mira tomándome por un borracho más. Una especie de residuo etílico que se ha colado en este parque adolescente por error.

—Era amigo de un alumno del Darío. Del chico al que han condenado por el asesinato de su padre y de su hermano. —Su sonrisa se borra de un

plumazo—. ¿Te suena de algo?

—¿Quién coño eres tú? ¿Otro familiar suyo o qué?

—No, soy periodista. Llevo dos semanas intentando entender qué pasó ese domingo y todavía no he conseguido saber nada… —Me observa con cierta desconfianza, así que decido que tengo que llevármelo a mi terreno cuanto antes —. Quiero ayudar a Marcos… ¿Conoces a alguien que pueda echarme un cable?

Asiente y me pide que lo acompañe a un banco algo más apartado, lejos de todos. Un lugar tranquilo donde poder hablar sin el ruido del *reggaeton* y del tecno que suenan —contrarios y

cacofónicos— en algunos móviles.

—Por cierto, perdona que no me haya presentado. Me llamo Santiago.

Duda un segundo antes de estrecharme la mano.

—Ok. Yo soy Henry.

Imagino que ya habrás deducido que Marcos y yo nos habíamos conocido antes de que yo llegara al Darío. Nunca tuvo razones reales para darme una hostia, pero entiendo que quisiera hacerlo. Lo que pasa es que yo no podía contarlo. Era mejor callar, tanto para mí como para él mismo. Por eso ninguno de

los dos dijo nada. Creí que no le hacía ningún favor explicándole a la jefa de estudios dónde lo había visto por primera vez.

Fue un jueves (a mediados de julio, más o menos). Una o una y media de la noche. En el local de Chueca donde curro ésa es una de las horas más populares. Vienen muchos tíos solos a tomar unas copas mientras observan el panorama. Eligen a alguien y se lo llevan a la cama sin demasiados esfuerzos. Los jueves son el mejor día para cazar, la gente trabaja al día siguiente, así que no está dispuesta a pasarse la noche trasnochando para

poder echar un polvo. Seleccionan antes y, si hace falta, ingieren cantidades descomunales de alcohol para alcanzar ese punto en el que serán capaces de decirle algo al tío que tienen a su lado en la barra. Se supone que esto es ya de la prehistoria y que la gente lo hace todo por Internet, para ahorrarse la copa y el paseo, pero no es cierto. Hay quienes necesitan ese tipo de morbo, sentirse parte del ganado que acude cada jueves para saberse mirados y rozarse —casualmente— hasta que la casualidad deja de serlo y se convierte en una pura y durísima certeza. En el garito hacemos una buena caja y a mí me resulta más

cómodo que los viernes y los sábados, en los que el local se pone hasta arriba y la gente aguanta hasta horas imposibles bailando chorradas.

Aquel día el bar estaba medio vacío. No sé si era por la crisis o por el verano, pero el caso es que había mucha menos clientela de la habitual. Sólo unos cuantos cuarentones y cincuentones aburridos y algún grupo de treintañeros metiendo bulla para disimular que estaban hartos de hacer todas las noches el mismo recorrido. Era lógico que esos dos chicos tan jóvenes llamaran la atención nada más entrar. Uno de los dos, el más alto, me pidió un par de

copas y se las serví con reservas, porque me parecía que su amigo era menor de edad. Intenté comentárselo a mi encargado, pero se limitó a alzarse de hombros y a fingir que no me había escuchado. Supongo que pensó que era poco sensato dejar escapar a un cliente —de la edad que fuera— en una noche como aquélla.

El más alto de los dos iba de riguroso negro. Una camiseta más bien ancha y unos pantalones de cuero, como si se hubiera disfrazado de ochentero desfasado. El otro iba con una camiseta con dibujos de cómic —un superhéroe o algo por el estilo, no me fijé bien—,

marcando brazos. No estaba nada mal, pero se notaba que era todavía un crío. Sus músculos prometían, como su rostro, pero el conjunto era más bien aniñado. ¿Quince? ¿Dieciséis? No estaba seguro, pero no me gustaba nada verlo en aquel lugar. Intenté decirle algo a su amigo, pero pasó de mí completamente. Sumaron un par de copas más y luego empezaron con los chupitos. Se los cargué menos de lo debido, pero no dejaron de mezclar bebidas imposibles mientras llamaban, cada vez más, la atención del resto de clientes. De repente, se habían convertido en la presa más cotizada de aquella noche. La única

caza realmente excepcional en un lugar donde todos les superaban ampliamente la edad.

El más joven me miró un par de veces. No sé si porque le gusté o porque sabía que no le quería allí dentro. Se acercó a la barra y, con la excusa de pedir otro par de chupitos, intentó darme un morreo. El intento se quedó en un tímido pico y lo aparté enseguida. Sin violencia, te lo aseguro, Santi. Pero con brusquedad. Me jodía que un tío de su edad estuviera en un sitio de mala muerte como ése. Podía verme reflejado en él, justo cuando llegué a Madrid. Yo tenía dieciocho, sí, una mierda de

frontera legal que, en realidad, no es mucho más que eso. Un niño —ahora sé que era un crío, joder— que empezó a currar en esto para poder huir. Y me vi otra vez sirviendo copas en el primer bar donde me contrataron, dejando que tíos que ni siquiera me gustaban me manosearan. Que me babearan. Según lo mal que anduviera de pelas, hasta que me follaran. Todavía me dejo de vez en cuando. Si la oferta es buena y el tío no me da grima… ¿Empiezas a entender por qué no quería contarte nada?

Los dos estaban ya borrachos, así que se sentaron en una especie de sofá para meterse mano y comerse la boca.

No parecían novios, en realidad, tan sólo debían de ser dos amigos que querían experimentar la noche juntos. Los demás los miraban como si aquello fuera un espectáculo contratado por el local. A ninguno de los dos parecía importarles, más bien al revés, les gustaba exhibirse y ser el centro de atención. Al rato, el más alto se levantó y se encaminó al baño. Su amigo, el más joven, se quedó solo en el sofá, completamente pedo. Uno de los tíos de la barra —un sesentón con el que ni siquiera yo me lo haría por dinero— fue a sentarse a su lado y comenzó a acariciarle la entrepierna. El chico no

reaccionaba, estaba tan borracho que no podía ni moverse, así que el otro comenzó a envalentonarse y fue un poco más allá. Sentí náuseas cuando vi cómo le metía la lengua en la boca mientras intentaba desabrocharle el pantalón. Miré hacia los servicios deseando que pasara algo, pero su amigo estaba enrollándose en la puerta con uno de los del grupo de treintañeros.

No pude controlarme y salí de la barra. Mandé a la mierda al sesentón baboso —tuve que contenerme para no romperle la cara— y saqué al chico fuera del local. Lo apoyé contra un coche para que no se cayera al suelo.

Era incapaz de hablar y no supo ni siquiera decirme su nombre. No había llegado al coma etílico de pura casualidad, pero tal vez sólo le faltaran un par de chupitos de tequila más para hacerlo. Busqué en sus bolsillos una cartera, el DNI, algo que lo identificara, pero no llevaba nada encima. Tampoco dinero. Era evidente que su amigo se había encargado de pagarlo todo aquella noche. Por lo menos, sí tenía móvil, así que busqué en la agenda hasta que di con la palabra *casa*.

Llamé sin pensármelo dos veces y me respondió una voz masculina —visiblemente afectada— que resultó ser

su padre. Hubiera preferido que respondiese cualquier otro familiar, pero con el tiempo he aprendido a no generalizar y a creer que no todas las familias son tan nauseabundas como lo fue la mía. Así que cogí aire para explicarle que su hijo se encontraba mal y que necesitaba que viniese a recogerlo. Le ahorré todos los detalles escabrosos y omití cuanto me pareció que era mejor que su padre no llegase a saber. Mientras le daba la dirección salió el más alto. Enmudeció al verme hablar con el móvil de su amigo. Me gritó desencajado («¿pero qué coño haces?» o algo por el estilo) y se

abalanzó sobre mí para quitarme el teléfono. No me costó esquivar su golpe y sujetarlo hasta que se calmó: era bastante menos fuerte que yo y estaba demasiado borracho como para pelear con un mínimo de dignidad. Su amigo ni siquiera se movió. Seguía tumbado sobre el capó del coche donde yo le había dejado a la espera de que su padre viniese a recogerle.

Cuando el más alto se calmó al fin, me decidí a soltarlo. Recuerdo perfectamente lo que dijo justo en ese momento. Se me quedó grabada tanto la frase como su mirada: «No tienes ni idea de lo que has hecho». Lo repitió

varias veces mientras cogía a su amigo y se marchaba con él. Intenté convencerle de que no se fueran y esperasen a que viniesen a buscarlos, pero no me sentí con autoridad moral como para exigir eso. ¿Y si tenían razón? ¿Y si había cometido un error llamando a quien no debía llamar? Seguramente aquel chico habría mentido en casa para poder salir aquella noche. Habría dicho que se iba a dormir con un amigo. O al chalé de una amiga. O cualquier historia que ahora había resultado ser falsa. De todas formas, ese tipo de mentiras no son tan raras. Todos las hemos necesitado contar alguna vez.

El relato que Henry me hace de aquella noche se corresponde exactamente con la versión de Dani. No hay ninguna diferencia entre ambos, salvo los pequeños olvidos que, por culpa del alcohol, Henry se siente incapaz de completar.

—Fue una noche especial… Marcos había conseguido escaparse de casa unas horas y había que celebrarlo. Lo pasábamos muy bien juntos. Mucho. Él creyó enamorarse de mí y por eso discutimos cuando empezaron las clases en la verja del Darío, pero luego se dio cuenta de que no tenía razón para

cabrearse. Somos amigos. Sólo eso. Buenos amigos.

—¿Cómo os conocisteis?

—Aquí. Un viernes. Fue raro, porque él no estaba muy seguro y yo estaba demasiado pedo… Me lancé yo, claro. Y le di un morreo que te mueres aquí mismo…

—¿Cómo reaccionó Marcos?

—El muy cabrón me tiró al suelo de una hostia. Es un bestia el tío… Salió corriendo y luego vino a la semana siguiente a pedirme perdón. Desde entonces empezamos a vernos más y a chatear por el Messenger y todo eso, hasta que su padre se enteró, claro.

—¿Roberto habló contigo?

—No, pero sé que tenía pensado ir a la policía para denunciarme por pervertir y acosar a su hijo. Al final, no pudo hacerlo.

—¿Y si fue ése el móvil del asesinato?

Henry me mira furioso. Teme haber estado hablando para el enemigo, en vez de para ese tipo que, supuestamente, quiere ayudar a Marcos.

—Él jamás hizo nada, ¿está claro?

—Esa semana de septiembre —intento ganarme otra vez su confianza— no se quitó nunca tu camiseta…

Henry, algo más tranquilo, sonríe

con tristeza.

—Las compramos un poco antes de que pasara lo del verano. Dos camisetas iguales con uno de nuestros ídolos: Heath Ledger… Él la estrenó esa noche, la que pasamos juntos en Chueca… Marcos nunca me lo confesó, porque era muy orgulloso, pero su padre tuvo que darle una paliza brutal después de aquello. Desde ese momento, apenas se quitó esa camiseta. Era como un símbolo. Una forma de gritarle a todos que no iban a poder con él. Ni con nosotros… —traga saliva—. Y no han podido.

Resulta curiosa su visión de los

hechos y, sobre todo, su negativa a aceptar cualquier clase de derrota. Según Henry, consiguieron imponerse al entorno y vencerlo juntos, a pesar de que su amigo haya arruinado su vida por culpa de un crimen atroz y brutal. ¿Acaso está justificándome ese uso extremo de la violencia en pos de la defensa de la identidad? Por un momento desfilan ante mí muchas de las imágenes de las que he sido testigo —e incluso víctima— estos días y me pregunto hasta qué punto las fronteras entre lo correcto y lo incorrecto están difusas en esta generación donde quizá el error no resida en los medios

empleados, sino en su incapacidad para entender por qué esos medios no son, en absoluto, respetables.

—Mira, tío, no sé qué es lo que buscas aquí, pero lo único que puedo decirte es que Marcos no hizo nada de eso.

Henry se aleja y regresa con sus amigos, dispuesto a continuar —ahora menos animado— con su viernes noche. Resulta obvio que ese grupo no es, en absoluto, el entorno de agitadores que creía ver en ellos Roberto. Sólo son unos cuantos jóvenes que intentan pasar, de mejor o peor manera, su fin de semana.

Vi cómo el más alto se llevaba casi a rastras a su amigo y me sentí jodidamente mal. Tampoco tenía ningún motivo para ello, pero estaba hecho una mierda. Era como si alguien hubiera abierto de repente todas las puertas de mi pasado y me hubiera obligado a pasar otra vez por ellas. De repente, todo en esa noche me parecía sórdido, sucio y asqueroso. No era sólo un sentimiento, era algo físico. Entré al bar y le dije a mi encargado que tenía que marcharme. El local empezaba a vaciarse, así que no puso demasiadas pegas. Sabe que atraigo a muchos

clientes y por eso suele ser más o menos tolerante conmigo, aunque se empeñe en que hay cientos de tíos como yo que lo harían tan bien o incluso mejor si algún día me echara. Aquella noche no llegó a chantajearme con toda esa mierda, debió de quedarse sorprendido al verme tan pálido, con ganas de vomitar. Fue una crisis de ansiedad, supongo, una de esas mamonadas en las que yo no creo y que, sin embargo, sufro con frecuencia.

Al día siguiente mi encargado me contó que había entrado al local un señor buscando a su hijo. Cuando le dijeron que no estaba allí se puso hecho una furia y le tiró un vaso a la cabeza.

Hubo suerte y pudo esquivarlo antes de que los seguratas lo sacaran a patadas del local. A mí, afortunadamente, nunca me vio, así que jamás supo que el chico de la cafetería del instituto donde estudiaba su hijo era el mismo tío que le había llamado aquella noche.

¿Y por qué no lo he contado antes? Porque no creo que a Sonia y a Gerardo les guste saber nada sobre ese otro curro mío. Además, el director es un homófobo de cuidado, Santi. ¿No te has fijado? Lo disimula un poco, pero el cabrón nos odia. Igual que a Álvaro, por eso lo tiene amargado con todo tipo de chorradas. A él tampoco se lo quería

contar, porque no hay nada entre nosotros, eso está claro, pero tampoco me apetece joder lo poco que hay con mi parte más turbia. No sé si le apetecerá seguir enrollándose con alguien que de vez en cuando deja que algún cliente baboso se la chupe a cambio de una cantidad más o menos razonable. Y eso es lo peor de todo, que en este caso no resulta nada evidente qué es lo razonable y qué no lo es.

En cuanto a Marcos, si yo hubiera contado esto en el instituto, la historia habría corrido como la pólvora y no creo que sea el tipo de relato que un padre quiere que circule sobre su hijo.

Por eso me callé. Y por esa misma razón, él tampoco contó nada. Supongo que cuando Marcos intentó pegarme, sólo estaba desesperado por culpar a alguien de lo que había pasado al volver a casa. Imagínate. Conociendo cómo cuentan que se las gastaba Roberto, su reacción tuvo que ser terrible. Por eso me está costando tanto decirte todo esto, Santi, porque me siento culpable de que su padre hiciera algo parecido a lo que me hacía a mí el mío. No puedo demostrarlo, claro, ni siquiera estoy seguro de que sea así, pero la mirada de su amigo cuando se lo llevaba se me quedó clavada. Había terror en aquella

expresión. Auténtico pánico. Un miedo profundo ante algo que yo había provocado con mi llamada. Pero creí hacerlo bien, Santi, te lo aseguro. Necesitaba sacar a aquel chico de ese sitio antes de que aquel sesentón tan salido abusara de él.

Sé que cuando se lo cuente a Álvaro se sentirá peor aún. Puede que me mande a la mierda y hasta que no quiera verme en una temporada. O quizá pase de todo y siga acostándose conmigo. Sacará las mismas conclusiones que he sacado yo y seguramente nos equivocaremos ambos. Imaginará que la cagué, que el padre le dio a Marcos una

paliza de las que hacen época y que el chico se vengó machacándole la cabeza. Eso es lo que yo creo que pasó, Santi. Así de simple.

Ya en mi apartamento, me pongo una copa —necesito un vodka— y enciendo un cigarrillo. Demasiada información para una sola noche. Repaso, con cierta cautela, la teoría de Dani sobre lo sucedido. No está del todo mal —a pesar de que Henry niegue que su amigo pueda haber sido el responsable de la masacre— y su descripción de Roberto coincide con los rasgos que he podido ir

esbozando a partir de los relatos de mis otros entrevistados. Sin embargo, su explicación sigue sin responder a una pregunta que hoy, precisamente hoy, tiene más trascendencia que nunca.

¿Por qué hirió a su hermano y agredió a los otros dos? ¿Qué pintaba Sergio en todo esto? El relato de los hechos de aquel domingo sigue estando incompleto, con demasiados huecos. Un doble crimen absurdo e injustificable. Y, por culpa de esa máquina de escribir con la que Roberto intentaba alejar a su hijo del diablo de Internet, insólitamente anacrónico.

SÁBADO

Noche e insomnio. Pésima mezcla que combato leyendo y releyendo cuanto llevo anotado hasta ahora. De momento, la única conclusión a la que llego es que la relación entre Marcos y su padre era, evidentemente, muy compleja. Sin embargo, sigo sin encontrar nada que justifique el ataque de Marcos contra Sergio, aunque se hallaran sus huellas tanto en la máquina de escribir con la que se dice que agredió a su padre como en las tijeras con las que, supuestamente, apuñaló a su hermano.

Los hechos tampoco parecen tener

nada que ver con el retrato de Marcos que me ofrecen quienes lo conocieron. Ni siquiera los episodios de violencia protagonizados anteriormente por ese chico —como sus ataques a Eduardo o el enfrentamiento con Dani— me resultan ya tan gratuitos. Ahora sé que hubo razones que le impulsaron a hacer lo que hizo. ¿Pudo pasar de eso a cometer un doble asesinato? Según la policía, obviamente sí.

Amanezco igual de confuso que la noche anterior —sólo que más cansado todavía— y, justo entonces, en medio de este bloqueo, aparece en mi portátil el icono de un nuevo correo. En la

dirección del remitente figura un ya nada enigmático the-new-Dean, así que lo abro enseguida dispuesto a buscar nuevos datos en esta inesperada fuente informativa. El texto —lo admito— no responde a mis expectativas sobre lo que debería escribir un chico de su edad. Su autor tiene un estilo más que correcto y evita en todo momento las abreviaturas propias del lenguaje del móvil. Ahora sólo me queda saber si su contenido es tan sorprendente como su forma.

De: the-new-Dean@hotmail.com

Para: santiprensa01@gmail.com
Fecha: 7 de noviembre de 2009 9:43 h.
Asunto: Tres

Marcos no hizo lo que todos suponen que hizo. Estoy seguro. Lo conozco muy bien y sé que es incapaz de algo como eso. Aunque todo apunte a que sí sucedió, a que él tiene la culpa de que tanto su padre como su hermano estén ahora muertos. Por eso he decidido volver a hablar contigo —siento haber tenido que dejarlo, Santiago, pero Sandra me necesitaba a su lado—, aunque de momento prefiero que no le

digas nada. Ella no está de acuerdo. Ella piensa que tenemos que respetar el silencio de Marcos aunque eso suponga que acabará pudriéndose en la cárcel. A mí, lo siento, no me parece justo. Y a Sandra, en realidad, tampoco.

No sé si habrás atado algún cabo, pero quizá ya sepas quién te escribe. Sí, claro, soy Raúl, lo de the-new-Dean es un homenaje a mi actor favorito, aunque supongo que eso ya lo habrás deducido tú mismo, ¿verdad?

A Marcos lo conozco desde hace un par de años. No somos amigos de la infancia ni nada de eso. Nos vimos por primera vez cuando yo llegué a Madrid

y empecé a estudiar en este instituto. Es una putada venirte desde Granada a mitad de curso, pero no tuvimos mucha elección. A mi madre le surgió una oferta de trabajo, un puesto en una empresa informática, y mi padre —que acababa de quedarse en paro— sabía que lo más sensato era que nos viniésemos con ella. Yo dejé a mis amigos en Granada y él pasó de trabajar a ocuparse de la casa. Al menos, de momento, porque sigue buscando curro, claro. Normalmente, cuando les cuento esto a mis compañeros, ellos se descojonan. Por eso no suelo llevarme bien con casi nadie. En primer lugar,

porque no se me ve (no llamo mucho la atención). Y en segundo lugar, porque cuando me ven no suelen entenderme. A mí me pareció bien lo que decidieron mis padres y me sentí orgulloso de que fueran capaces de ceder si la situación lo requería. Así que yo hice lo mismo. Pensé que con Internet no me sentiría tan lejos de mis amigos, aunque sabía que me iba a costar formar un grupo tan cerrado y tan perfecto como el que tenía en mi antigua casa. No es fácil dar con cinéfilos de dieciséis años que no sólo sean *freakies* de la ciencia ficción y similares.

A mí lo que me gusta es el cine

clásico y, sobre todo, el cine negro de los años treinta y cuarenta. Supongo que por eso me fijé pronto en Sandra, porque es una rubia impresionante, seguro que cuando pasen unos años será igualita que Kim Basinger en *LA. Confidential*. Sé que su papel era un homenaje a otra actriz más antigua, pero no recuerdo el nombre. ¿Lana Turner? ¿Verónica algo?, no sé, soy malo para los nombres, pero eso sí, se me dan muy bien las caras.

La llegada a Madrid fue una mierda. Mis padres alquilaron un piso barato —es decir, pequeño— y yo me tuve que conformar con una habitación asquerosa donde era imposible poner mis cosas.

Con el ordenador ya se llenaba prácticamente todo el espacio que había allí, así que me costó no liar bronca más de una vez. Discutíamos, gritábamos y nos arreglábamos pronto. Supongo que todos estábamos tensos porque la situación era muy diferente y ninguno de los tres se sentía del todo bien. Ni mi madre, con la presión de su nuevo trabajo, ni mi padre, que seguía sin encontrar trabajo, ni yo, con mis ganas de salir huyendo a Granada y volver a encerrarme en mi cuarto viendo pelis antiguas en el dvd con el Rayas y el Marty.

El Rayas, por cierto, no se metía

ninguna (a ver si ahora te vas a montar una película de narcos y chorradas de ésas), lo que pasa es que siempre llevaba camisetas de rayas de colores, en plan muy pop, y por eso le apodamos así. Él decía que habría querido nacer en los ochenta y era quien se encargaba de traernos vídeos que le robaba a su hermano mayor con grabaciones de *La bola de cristal* y cosas parecidas. Cuando me enteré de que Sandra no sólo era la viva imagen de la mujer fatal perfecta, sino que, además, sabía quiénes eran los electroduendes, ya no tuve ninguna duda de por qué estaba en Madrid. Había tenido que venirme hasta

aquí para conocer a la chica perfecta. Y para quedarme colgado de ella, lógicamente.

A mí no se me da bien ligar con nadie. No tengo un físico excepcional —soy normalito, de los que siempre van apurados para aprobar raspado las pruebas de Educación Física— y tampoco tengo el ingenio de los héroes de las películas que me gustan. Mataría por ser capaz de decir alguna de las frases de Humphrey Bogart en *El halcón maltés*, por ejemplo. Recuerdo todavía que cuando la vimos por primera vez ni Marcos, ni Sandra ni yo nos enteramos bien de la trama. Luego nos la

descargamos y la vimos en casa de Sandra un par de veces más. Entonces nos dimos cuenta de que el argumento importaba una mierda. Todo era un truco para presentar a unos personajes fascinantes. Una relación increíblemente rara. Turbia. No podíamos decir en el instituto que nos gustaba tanto algo así. No queríamos ser los raros oficiales. Así que después nos poníamos algún capítulo de *True blood* o nos reíamos con las pijadas de *Gossip Girl*. Ah, y hemos visto tres veces todas las temporadas de *Perdidos*. Algún día, cuando tengamos hijos, seguro que se parten el culo con lo que veían sus

padres a su edad. Igual que nos pasaba a nosotros con los vídeos de los ochenta que nos conseguía Sandra de la inmensa videoteca de sus padres.

A mí me atrajo desde el principio, pero enseguida me di cuenta de que Marcos no se despegaba de ella. Se gustaban. Yo no tenía ninguna opción enfrentándome al guaperas oficial del instituto, así que me conformé con caerles bien y estar cerca de Sandra. Lo raro fue que Marcos no parecía jamás incómodo. No le molestaba que se les pegase el moscardón oficial —o sea yo — y que me fuese con ellos a todas partes. Al revés, pronto fui tan amigo

suyo como de Sandra. Algo así como el poli que se hace amigo de Rick en *Casablanca*, pero en plan más cutre. Sin tanto glamur ni blanco y negro.

Mi cuarto seguía siendo una mierda y mis padres seguían muy estresados, pero ya no estaba tan colgado como al principio, y hasta le conté al Rayas en un e-mail que me sentía bien en Madrid. El Rayas se mosqueó, claro, porque quería oír que le echaba de menos y todo eso, pero no era verdad del todo. Era verdad en parte. Tan sólo en una parte. Le dije que había encontrado a la mujer de mi vida y tal, pero eso le pareció una pollada y me lo soltó por Messenger una

tarde. Desde entonces hablo menos con él, porque no sabe que decía la verdad y que ya sé que suena exagerado y que soy muy joven y todo eso, pero a mí Sandra me parece la mujer de mi vida y tengo todo el derecho a pensarlo si me da la gana, aunque al Rayas le joda.

Cuando ella empezó a salir en serio con Marcos intenté alejarme un poco. Eso sí me dolía. Pero ellos no se daban cuenta y se empeñaban en que nada debía cambiar por algo así. Yo intenté convencerme de que tenían razón, pero sólo podía pensar en secuestrar a Sandra y fugarme con ella para siempre. Era un egoísta y un cabrón y un mal amigo y un

montón de cosas horribles que me repetía cuando lo pensaba. Hasta que no pude más y se lo conté a Marcos.

Esperaba que me diese una hostia. O que me insultase. O que me dijese que se sentía muy decepcionado y que ya no quería que siguiéramos siendo amigos. Yo, como no soy bueno reaccionando, me había preparado unas cuantas frases para cada situación. Tenía ensayadas unas cinco respuestas para las cinco reacciones que me habían parecido más probables. Pero la suya no estaba entre esas cinco. Me miró muy serio, se quedó callado y soltó un «ya lo sabía, tío» que me sonó como las balas de los *westerns*.

Luego me dijo que tenía hambre y que si nos tomábamos algo en un burguer. Le seguí como un imbécil y hablamos de lo que solíamos hablar antes de que yo le confesara que era un cerdo que quería quitarle a su novia y hacérselo con ella. Cuando dieron las diez, nos fuimos a casa. Yo tenía de hora tope hasta las once, pero con Marcos su padre era bastante más estricto. Desde que el capullo de Gerardo lo había acusado de rayar el coche de nuestro profe de inglés las cosas se habían puesto bastante mal en casa. Mis padres me insistieron en que hablara con Marcos del tema para evitar que fuese a más. Se empeñaron en

que yo podía ayudarle y movidas así. Como si Marcos fuera un descerebrado o hubiera que salvarlo de una secta, yo qué sé. Pero a Marcos no había que salvarlo de nada. Al menos, eso me parecía.

Desde nuestra charla de aquella tarde noté que Marcos y Sandra cada vez pasaban más el uno del otro. Estaban guay, como siempre, pero casi ni se besaban. Ni se acariciaban. Ni nada. Yo no podría dejar de tocarla, pensaba, y tenía ganas de decirlo otra vez, pero me parecía estúpido repetir la misma escena dos veces. En ninguna película buena pasa algo así, a no ser

que la escena tenga dos puntos de vista, claro, como en la rayada esa genial de *Pulp Fiction*, que entonces ya sí que puede que se cuente más de una vez lo mismo. Pero aquí no tenía nada nuevo que decirles y, desde luego, no pensaba contárselo a Sandra ni de coña. No tengo ni idea de cómo se le dice algo así a la mujer de tu vida, y mucho menos cuando ella es la doble de Veronica… Lake. Eso era, de Veronica Lake.

Entonces ocurrió lo de su madre. Aquello sí fue horrible. Estuvimos todos en el entierro y me di cuenta de que nunca lo había pasado tan mal como aquel día. Nada más volver a casa les

escribí un correo corto al Rayas y al Marty para decirles que les echaba de menos y que estaba harto de seguir enfadado con ellos por gilipolleces. Sandra y yo intentamos animar un poco a Marcos, pero no había manera. Además, él estaba muy raro y había empezado a quedar con otra gente sin decírnoslo. A su padre no le gustaban nada sus nuevos amigos, así que habló con mis padres y con los de Sandra para pedirles que estuvieran alerta. Quería que nosotros dos lo vigilásemos, en plan detectives. Por eso nos daban la brasa en casa a ella y a mí, todos se habían creído la movida de Roberto y querían evitar que

Marcos se metiese en líos o algo de eso.

A mí, la verdad, me jodió bastante que nos cambiase por el tío ese esmirriado que iba siempre disfrazado de gótico. Pero no, ni era gótico ni era nada, es un impostor de los que me sacan de quicio. De esos alternativos que se inventan una identidad para hacerse más interesantes de lo que realmente son. Pero son mazo de normales. Y de coñazo… Creo que se llama Henry, aunque Marcos se refería a él como Joker. Joder, qué paranoia le entró con esa peli. Se obsesionó con el prota, con Heath Ledger, y nos contaba todos los detalles de su biografía. A mí

me tocó las narices cuando llegó a compararlo con James Dean, otro mito del cine que había muerto demasiado joven. Ésa fue la única ocasión en la que recuerdo haberme enfadado de verdad con Marcos. Si no me doblase en fuerza, le habría partido la cara allí mismo. Pero no lo hice, claro. Me marché furioso y me puse mi dvd de *Al este del Edén*; que es la peli suya que más me gusta (a Marcos, cuando se la puse, también le encantó). Es una peli triste, en la que todo se va a la mierda casi desde el principio, pero me gusta porque el prota no se rinde y sigue buscando, como si el Edén del título se pudiera

encontrar. Pero qué va. Aquí tampoco hay de eso…

Aquí la vida es también una mierda desde que Marcos está encerrado por algo que no hizo. Porque no es un tío violento, por mucho que te hayan contado lo del coche. Que sí, que volvió a hacerlo en junio. Y esta vez lo dejó destrozado. En el instituto corrió la voz de que no lo hizo solo, sino con más amigos. Henry, supongo. A Sandra y a mí nos sometieron a un interrogatorio de los que hacen historia y a nuestro dire se le puso una cara de gánster que daba miedo. Ninguno de los dos dijimos mucho, sobre todo, porque no teníamos

gran cosa que decir. Luego avisaron a su padre y las cosas se pusieron de pena en su casa. Roberto decidió que tenía que alejarlo de esas malas influencias que tanto le preocupaban, así que lo encerró en casa y lo incomunicó.

Podía salir al insti, claro, pero nada más. Ni hasta las once, ni hasta las diez, ni hasta las nueve. Cero. Ni hora tope ni hostias. En casa y a estudiar para no perder el año. Así que, de repente, Marcos no podía usar el móvil, ni conectarse a Internet, ni quedar con nosotros. Ni siquiera podía usar su ordenador. Su padre le plantó una máquina de escribir en medio del salón

y le dijo que, en adelante, era allí donde iba a hacer todos los trabajos para el instituto. A Sandra y a mí nos pareció flipante, la verdad, y creímos que la locura esa se le pasaría pronto, pero qué va, Marcos tuvo que acostumbrarse a la Olivetti por narices.

Nosotros le veíamos cada vez más triste y le preguntamos qué sucedía, pero él no contestaba. Nunca hablaba de su familia con nosotros. Tampoco de su padre. Sandra y yo intentamos hablar con Adolfo y con Sergio para que nos dijeran algo, pero no hubo manera. Los dos adoraban a Marcos y nunca hacían nada que él no les permitiese. Y mucho

menos Adolfo, el más pequeño. Bueno, lo de pequeño es un decir, porque te habrás fijado en que es casi tan alto como su hermano y, a su lado, el que parece que tiene doce años soy yo (por cierto, ¿es verdad el rumor ese de que casi te mete una leche en el patio?). A veces pienso que la idea de apuntarme a un gimnasio no es tan terrible, pero confío en que a Sandra no le pongan demasiado los músculos. Hay otras formas de seducir a la mujer de tu vida, ¿o no?

La idea de la semana en la playa se le ocurrió a Sandra. Marcos llevaba ya unos meses bajo toda esa presión y

estaba empezando a descontrolar demasiado. Por eso Sandra convenció a sus padres de que nos dejasen pasar cinco días juntos en un chalé que tienen en la costa. A los padres ese tipo de ideas no suelen hacerles mucha gracia, pero tanto los de Sandra como los míos se habían quedado muy tocados desde el entierro de la madre de Marcos, así que, cada vez que mencionábamos su nombre, decían a todo que sí, como si con eso pudiesen ayudar a que nuestro amigo se sintiese mejor.

Marcos nos oyó como si le estuviéramos resumiendo la clase de sociales y respondió que no. Estaba fatal

y no le apetecía venirse a Cádiz con nosotros. Sandra le atizó un buen morreo —ahí los habría matado a los dos, lo juro— y empezó a darle la vara con lo de que era necesario que saliese de casa y respirase, por lo menos, cinco días. Yo tenía que haberla apoyado en lo que decía, pero estaba demasiado jodido. Y demasiado celoso, así que me callé. Dio igual, porque Sandra consiguió convencerlo ella solita y, al final, le dijimos que nuestros padres se encargarían de convencer al suyo para que le dejase venir.

Lo que sucedió después fue una auténtica guerra. Como en las películas,

pero peor. Según mi madre, el padre de Marcos se sintió tan acorralado que, después de casi una hora de discusión, no tuvo más remedio que ceder para no quedar como un cafre inhumano y retrógrado. Ninguno entendió por qué se negaba y también les llamó la atención que pasara del dolor y de la tristeza esperable después de lo de su mujer a la ira más profunda en cuestión de segundos. Les contestó que no podía arriesgarse a que se repitiera «lo de la semana pasada» y que estaba harto de hacer de policía con su hijo a todas horas.

Según Roberto, Marcos se había

escapado de casa el jueves anterior con la excusa de ir a recoger unos apuntes para uno de sus exámenes de septiembre. Normalmente siempre iba escoltado por su hermano mayor, pero como esa tarde Ignacio había quedado con unos amigos, Marcos salió solo por primera vez en varios meses. Como es natural, ya no volvió en toda la noche (¿los padres son así de ingenuos por una cuestión genética o simplemente es que se vuelven más tontos con la edad?) y apareció completamente pedo al día siguiente.

Ni a mis padres ni a los de Sandra les pareció que aquello fuera algo tan

terrible —eso sí que me hizo gracia: me pregunto si les parecería tan guay si lo hiciera yo…— y Roberto insistió en que la historia era bastante más horrible, pero que no quería darles detalles «sórdidos» (eso dijo) por el bien de Marcos. Supongo que no había nada más que contar (¿tú sabes algo?, fue un jueves de julio, pero no sé cuál) y por eso, sencillamente, no lo hizo. De todas formas, Marcos estuvo mazo de misterioso con el tema, porque a Sandra y a mí tampoco nos contó nunca qué pasó. El caso es que todavía no sé cómo, pero al final mis padres consiguieron que Roberto le dejase

venirse con nosotros. Cinco días de libertad compartida en la última semana de agosto. La última semana feliz que le esperaba. Porque lo que vino luego fue una auténtica mierda.

El chalé de los padres de Sandra estaba genial. No era muy grande, pero estaba muy cerca de la playa y nunca había casi nadie por allí. Era una playa enorme, inmensa, nada que ver con la última escapada al mar que hice con mis padres, donde había que jugar al tetris para colocar la toalla en la arena. Uno de los días —el segundo, creo— organizamos un botellón en la playa. Bebimos mucho, la verdad, y nos reímos

un montón. Hacía meses que no veía a Marcos reírse de aquella manera. Sandra estaba embobada mirándolo. Joder, qué guapa. Nunca la había visto tan guapa como esa noche.

Tuvo que ser el alcohol, porque me senté a su lado mientras Marcos hacía el ganso frente a nosotros. Se había quitado la camiseta y daba brincos como si fuera un acróbata alrededor de la hoguera que acabábamos de improvisar. Sandra se reía mucho. Estaba preciosa, ahora sí que era la mujer de mi vida. La de todas las vidas… No sé por qué, pero empecé a acariciarle una mano y ella, en vez de separarse, la agarró con fuerza entre las

suyas. Intenté no mirarla —temía echarme a llorar entre los nervios y el alcohol—, pero sentí cómo subía su mano por mi espalda. Acariciándome. Marcos nos miraba entre salto y salto, fingiendo que seguía jugando a distraernos, aunque cada vez sus acrobacias eran más tímidas y sus voces menos estridentes. Se sentó junto a mí y pensé que iba a apartarme de un manotazo de su chica, pero lo que hizo fue agarrar la mano de Sandra, que seguía recorriendo mi espalda. Fijé la mirada en el fuego y, mientras, ellos seguían con las manos unidas sobre mi camiseta. Sandra decidió quitármela a la

vez que unos labios rozaban mi cuello. Seguí sin volver la cabeza mientras Marcos me empujaba con decisión sobre el cuerpo de Sandra. La besé sin pensar que lo haría, como si fuera la consecuencia inevitable de una cadena de hechos que no podían acabar de otro modo. Marcos bajó por mi cuello y recorrió mi espalda mientras yo sentía la respiración agitada de Sandra junto a mí. A partir de ese instante sólo recuerdo labios, manos, caricias, susurros. Palabras que nunca habíamos dicho y que se hicieron realidad por primera vez, aunque las hubiéramos llevado con nosotros desde hacía ya

meses. Cada uno de nosotros sacó a la luz el amor que habíamos estado escondiendo hasta entonces y lo vivimos sin preocuparnos de lo que podría pasar al día siguiente.

Cuando amanecimos en la playa nos costó retomar la normalidad. Me había sorprendido saber que Marcos sentía algo por mí (es más, cuando me miro al espejo me cuesta mucho creer que cualquier persona pueda sentir algo por mí). Sandra se había dado cuenta de que lo que había entre Marcos y ella jamás podría ser diferente ni se parecería a lo que ella necesitaba. Y yo tenía miedo de haber destruido un sueño en el mismo

momento de haberlo visto hacerse realidad. Aún quedaban unos días por delante y, a pesar de que aquella mañana nada parecía demasiado lógico, resultó ser la mejor semana de toda nuestra vida. Bueno, de momento, porque todavía esa vida es más bien corta.

Ya en Madrid tuve claro que lo mío con Sandra no iba a ser para siempre. Tan sólo se mantendrá mientras no haya alguien que sustituya a Marcos. Yo le caigo bien, incluso le hago gracia, pero no sé si le resultaría tan atractivo si no supiese que Marcos quería tener algo conmigo. Tampoco esperaba que un chico como él pudiese sentir algo por un

chico como yo. Imaginaba que en estas historias siempre era alguien más bien enclenque —o sea, yo— quien se hacía amigo de un chico fuerte y guapo —o sea, Marcos— de quien, en el fondo, estaba enamorado. No sé, me hacía sentir extraño que los papeles estuvieran cambiados en nuestra historia, pero de algún modo era el único que había salido ganando algo con todo ello. Sólo yo estaba con la persona que había elegido, pues ni Sandra ni Marcos tuvieron opciones. En mi caso no cuento con que esta felicidad de ahora dure mucho, pero en el cine negro las historias de amor tampoco son para

siempre, así que, en ese sentido, me considero bastante maduro, la verdad.

En septiembre todo volvió a ser como antes del verano. Marcos tuvo que volver a su encierro habitual y por eso Henry y él se veían a escondidas, a la entrada y a la salida del instituto. Me daba algo de rabia, pero sabía que no era más que un rollo. Una tontería. Marcos sólo quería experimentar con otros tíos y se quedó un poco enganchado con éste, que era con el que nos contó que había empezado a probar otras cosas. Eso nos lo confesó la noche de la hoguera, cuando pasó todo, en un momento de sinceridad que nunca volvió

a repetirse. Al menos, no conmigo delante. A Sandra, ver a Henry la entristecía, porque le recordaba que estaba en medio de un imposible, y a mí me ponía un poco celoso. Era la primera vez que alguien había querido algo conmigo y me fastidiaba que me encontrasen tan rápido un sustituto. Pero, a pesar de estas chorradas, seguíamos juntos. Los tres. Hasta que ocurrió eso.

Y eso fue que nos han mentido. Porque Marcos llevaba mucho tiempo al límite, harto de todo y cansado del control de su padre. Pero nunca fue violento. Incluso alguna vez hablamos con él del tema, porque nos preocupaba

que hiciera alguna locura, y su reacción era siempre la misma. Un sereno «se arreglará», aunque estuviese hecho polvo y sólo hubiese disfrutado de verdad en los días en que nos escapamos a la playa.

No quería contártelo, porque sé que Sandra me mandará a la mierda en cuanto se entere. Pero da igual, porque de todas formas va a dejarme tan pronto como se dé cuenta de que yo sólo soy el espejo en el que se mira para encontrar a Marcos, así que prefiero ser yo quien meta la pata y le diga que se ha terminado. Aunque no valga para decírselo a la cara —tampoco para eso,

joder, no valgo para decir nada— y lo haga escribiéndote un correo.

También, no te creas, lo estoy haciendo por Marcos, porque supongo que nadie te habrá asegurado que él no pudo ser quien mató a su padre y a su hermano. Así que he pensado que necesitabas leer algo así de rotundo y así de claro. Escribiendo digo mejor las cosas, igual que cuando hablo por el Messenger con el Rayas y el Marty. Por teléfono la cago más y nos enfadamos mucho. Son peores que un par de novios celosos esos dos. Supongo que estábamos muy unidos antes de la mudanza.

He pensado llamar a la policía, pero creo que lo de la playa no les va a importar una mierda. Normal, no tiene nada que ver con el caso. Pero sí tiene que ver con Marcos. ¿No te das cuenta? No era un tipo violento, ni un chulo, ni un niñato que le diera palizas a la gente. Era un tío muy especial al que le han jodido la vida por algo que no hizo.

Espero no haber soltado todo esto para nada. Tú verás si puedes ayudarle o no.

Inténtalo, ¿vale?

Raúl

La escapada nocturna.

La noche con Henry.

La semana en la playa.

Un verano demasiado intenso para un chico de dieciséis años tras un curso horrible en el que todo pareció venirse abajo. ¿No sería posible que tanta intensidad estallara en forma de violencia extrema? Raúl lo niega. Cree que su amigo no pudo hacerlo. Siente esa lealtad absoluta —¿absurda?— que sólo se vive en las amistades adolescentes. *Amigos 4ever*, lo lleva escrito con rotulador en el asa de su

mochila. Me he fijado en ello. Y debajo, tres firmas. La suya, la de Marcos y la de Sandra. Así, sin más letras ni más retórica. Con la seguridad que sólo se tiene a su edad, cuando todo es mucho más blanco y más negro. Más evidente y más apasionado. Cuando la realidad se resume en que o se es amigo para siempre o no se es, porque los términos medios no existen. O si existen, no son satisfactorios.

Supongo que por eso, entre otras razones, los adolescentes nos dan tanta envidia. Y disfrazamos los celos de preocupación social. De alarmismo cívico. Entonces es cuando hablamos de

macrobotellones o de la falta de valores o de todos esos tópicos eternos desde que el mundo es mundo. Hablamos cargados de bilis, porque hemos olvidado que entonces nosotros también creíamos que existía ese 4ever, que no había traiciones, ni vacíos, ni mentiras. Que los amigos jamás te fallaban y que todo era sincero y cristalino. Por eso no sé si puedo creer lo que me dice Raúl, porque es un buen amigo. Un amigo 4ever. Y, además, resulta obvio que se niega a haber sido el objeto de deseo de un asesino. Él no, él sólo quiere ser el objeto de deseo de la chica de la película, la mujer guapa e inteligente

que nunca se enamora de los tipos como él. De los tipos como yo.

Me siento extrañamente cerca de Raúl y pienso que, aun con unos cuantos años más, no hay tanta distancia entre ambos. Quizá yo sigo metido en esta historia porque me sucede lo mismo que a él. Y que a su venerado James Dean en *Al este del Edén*, otra de las referencias que se repiten una y otra vez entre los protagonistas de esta historia… De algún modo, los tres seguimos creyendo que hay un paraíso que encontrar a pesar de que el camino nos lleve tan a menudo a la incertidumbre. ¿Y si Marcos no fue capaz de seguir buscando? ¿Y si se

rindió y dejó que la rabia estallara en un brutal ataque? Raúl me asegura que no. Y su correo me enternece y me hace pensar que mi obsesión también tiene sentido, porque si demuestro que hay algo más detrás de esta maldita historia, podré convencerle también a él de que merece la pena seguir buscando, porque sí que debe quedar algún edén al este del miedo. Y de la duda.

Algún edén donde ese 4ever sí que tenga sentido.

Domingo

No soy capaz de encajar las piezas. Intento hacerlo, pero me resulta imposible entender qué papel pudieron jugar Sergio, Adolfo e Ignacio en todo esto. Si hago caso al e-mail de Raúl, debería descartar la opción de que Marcos fuera realmente el culpable de lo sucedido. Sin embargo, no hay ni una sola prueba policial que no lo acuse de manera nítida y rotunda como el único autor de los hechos.

El domingo transcurre con la morosidad habitual —y sin apenas resultados: no consigo escribir ni una

sola línea que merezca la pena— hasta que el sonido de mi móvil me interrumpe cuando menos lo espero. Un sms breve, misterioso, procedente de un teléfono que no tengo en mi agenda y al que no sé si debería llamar. Por otro lado, casi me hace gracia la idea de dejarme llevar por el suspense, intentando convertirme en el detective de cine negro que nunca seré.

«El lunes a las 8 en el tuto».

No sé quién puede querer verme allí a esa hora y, por el texto, dudo que se trate de Sonia o de Gema. ¿Álex, tal vez? Es el único que ha empleado la palabra *tuto* en sus informes. Sin

embargo, tampoco a él le va ese estilo seco y misterioso. Sea quien sea, quiere encontrarse conmigo antes de que suene el primer timbre a las 8.30, de modo que si acudo a esa cita no estaré incumpliendo mi pacto con Sonia. Le prometí que el viernes 6 sería mi último día dentro del Darío, pero jamás aseguré que fuera el último día de mi investigación.

A las ocho en punto, siguiendo fielmente las instrucciones del sms, estoy aparcado frente al instituto. Intento pasar desapercibido entre el griterío de los adolescentes que se agolpan ante la verja, pero ni siquiera ser invisible se

me da bien.

—Sabía que volverías por aquí —me saluda Álvaro—. Ten, es tuyo.

—¿Y esto?

—Una bobada. Es para agradecerte que, bueno, ya sabes, que nos hicierais hablar tanto… de todo. A veces viene bien.

—No sé si Sonia opinará lo mismo…

—¿No te lo han contado? —Álvaro reacciona con rapidez ante mi cara de póquer—. No ha podido más y ha pedido la baja. Por depresión, me temo. De momento tendremos que esperar a que manden a alguien para cubrir su

puesto… —Álvaro baja la cabeza y se aleja sin disimular la expresión de tristeza. O de derrota.

Ya solo, rompo el envoltorio del paquete que acaba de entregarme y me sonrío ante su tenacidad. Se trata de la primera temporada de *A dos metros bajo tierra*, una de las series de las que me habló en algunas de las conversaciones que mantuvimos cuando empezó todo esto. Está empeñado en hacerme partícipe de sus referencias y, en el fondo, siento algo parecido a la satisfacción (¿orgullo?, ¿vanidad?) al saber que se ha molestado en incluirme en lo que él considera su mundo.

Son casi las ocho y todavía no hay ni rastro de mi misteriosa cita. Mientras espero a que aparezca, veo llegar a Samir, el padre de Ahmed, que se acerca al centro impecablemente trajeado y con expresión compungida. Intento hablar con él para interesarme por su hijo y, aunque no parece entusiasmado de verme, no se niega a responderme algunas preguntas.

—¿Qué tal está Ahmed? ¿Algo más tranquilo?

Al preguntarle por su hijo, Samir se desinfla por completo.

—Mal… En realidad, muy mal… Para eso he venido, para hablar con

Gerardo.

—¿Por qué motivo?

A Samir le cuesta responder. Noto que lo está pasando realmente mal.

—Ayer tuve que ir a buscar a Ahmed a la comisaría…

Siento un escalofrío. Mi imaginación se desboca por una —interminable— décima de segundo.

—Pero ¿qué pasó?

—Había salido con unos amigos. En teoría, iba a pasar la noche en casa de uno de ellos para poder terminar un trabajo de Historia. A mí me extrañó, porque en el instituto me habían dejado bien claro que no querían que siguiera

estudiando en el centro…, pero pensé que tal vez Ahmed había decidido esforzarse al máximo para demostrarles que estaban equivocados y conseguir, de ese modo, que no le expulsaran.

A Samir no le está resultando fácil hablar conmigo. Le cuesta no demostrar su ira (¿hacia su hijo?, ¿hacia el instituto?, ¿hacia él mismo?) y tiene que esforzarse para hacerme un relato claro y ordenado de los hechos. Le pido permiso para grabar su testimonio y accede con la condición de leer el original una vez que esté listo. Quiere estar seguro de qué voy a escribir sobre su hijo para evitar que mis palabras —

con o sin intención— puedan hacerle daño.

—Pero aquellos cinco amigos no estaban haciendo un trabajo… Estaban siguiendo a un compañero para poder darle una lección. El mismo chico con el que Ahmed se había peleado antes… Esperaron a que estuviera solo y, cuando les pareció que nadie podría verles, lo rodearon. Por suerte, una vecina vio lo que pasaba y no dudó en llamar a la policía. Enseguida llegaron dos agentes, pero tardaron lo bastante como para que aquellos cinco chicos, comandados por mi hijo, hubieran infligido ya serios daños a su víctima… Ahmed ha pasado

la noche en comisaría y ahora nos espera un complicado proceso por delante.

Me pregunto qué debo decir, pero no soy capaz de encontrar una sola respuesta que me parezca mínimamente adecuada. Además, odio tener que darle la razón a Gerardo. Quizá hicieron lo correcto expulsando a ese chico al que yo, equivocadamente, defendí.

—Por eso he venido hoy: para advertir a Gerardo de que acabo de denunciar al centro. —Creo que he escuchado mal. ¿Ha dicho que ha puesto una denuncia contra el Darío después de lo que ha hecho su hijo?—. Ahmed no

era así, en absoluto. Es un chico tierno. Cariñoso. En realidad, es un niño. Nunca había tenido problemas hasta que llegamos aquí y ese tal Adrián comenzó a acosarle. Y lo cierto es que no ha sido el único… En los cuadernos y en los libros de mi hijo he visto todo tipo de insultos escritos por algunos de sus compañeros. Insultos ante los que ningún profesor reaccionaba nunca. Pero lo peor no es que hayan tolerado todo eso fingiendo no verlo, lo peor es que se han cebado con él culpándolo de conflictos en los que era la víctima… Por eso, cuando le dije que querían que abandonase el centro, se puso hecho una

fiera. «Es injusto», gritaba. «¡Es muy injusto!». Supongo que culpaba a Adrián y que por eso decidió vengarse de esa forma. Y no pienses que lo estoy justificando, al revés, me entristece y me avergüenza profundamente lo que ha ocurrido. Sólo estoy diciendo que han convertido a mi hijo en un salvaje. En alguien que no es. Alguien a quien han conducido hasta la violencia más extrema un puñado de racistas que no deberían estar, bajo ningún concepto, trabajando al frente de una clase.

Samir eleva el tono y le pido que intente serenarse, no creo que esa actitud sea la más adecuada en las cercanías de

un centro escolar. Él me da la razón y me insiste en que, cuando escriba mi texto, trate de ser fiel a la verdad. Le prometo que me limitaré a transcribir sus palabras y me pregunto si la indulgencia de Samir con su hijo no es excesiva y, peor aún, peligrosa. Entiendo su discurso, pero me sorprende que no revele ninguna grieta sobre su propio papel como padre del agresor. ¿Dónde queda su responsabilidad en todo esto?

Una vez solo, hago tiempo (ya son casi las ocho y cinco, ¿me habrán tomado el pelo?) revisando mi cuaderno en busca de puntos de partida para

enfocar mi análisis. La lista de opciones es escueta y ridícula. Estúpidamente esquemática si se compara con cualquiera de las visiones que mis testigos me han ido dando:

Tesis 1: un asesinato brutal y sin sentido. Malas compañías. Hábitos de vida poco aconsejables. Salidas nocturnas con chicos mayores que él de inclinaciones violentas y asociales. Un padre que no sabe cómo llevar el tema. Un doble y horrendo crimen como consecuencia de todo ello.

Tesis 2: un acto de defensa ante lo que el adolescente considera una agresión continua de su espacio vital. Un

arrebato desproporcionado que se ve potenciado por su consumo de alcohol y drogas (de esto no tengo pruebas, salvo el relato de Dani, posiblemente manipulado) y que culmina con la muerte de dos miembros de su familia.

Tesis 3: un crimen producto de un profundo desarreglo emocional originado por dos factores diferentes, esto es, la muerte de su madre y el descubrimiento de su propia sexualidad, dificultado por la actitud intolerante del padre, sumido —a su vez— en su propia crisis personal.

Tesis 4: una venganza desproporcionada ante las palizas —

¿físicas?, y verbales— infligidas por su padre desde los episodios de vandalismo por los que fue acusado Marcos en su centro durante el curso anterior y que se prolongaron durante el mes de septiembre.

Releo las notas y trato de escoger un punto de vista, pero no me siento cómodo en ninguno de ellos. Me aterra caer en el maniqueísmo —¿no ha sido eso lo que han hecho tanto Gerardo como Samir en el caso de Ahmed?— y me preocupa influir, de algún modo, en el transcurso de los hechos. Dudo que mis aportaciones posean una relevancia excepcional —la tendrían si encontrase

un hilo conductor entre ellas—, pero, aun así, me inquieta alterar la situación si no soy capaz de enfocar con habilidad el discurso. De repente, alguien me da en la espalda. «Cógelo», y me entrega un sobre tamaño folio con lo que parece ser un trabajo escolar. «Cógelo, por favor».

Sandra está a punto de echarse a llorar, así que la invito a entrar en mi coche hasta que se tranquilice un poco. «¿Lo quieres o no?». Reacciono con torpeza —no imaginaba que fuera ella la autora de ese sms— y cojo el sobre mientras ella sale corriendo otra vez. No controlo mi impaciencia y lo abro allí mismo, deseando saber qué contiene.

Está escrito a mano. Con letra redonda y pulcra. Una de esas letras que me provocaban envidia cuando tenía su edad. No tiene fecha. Ni firma. Pero, a pesar de todo, sé que es su historia y que ha sido ella, con esa caligrafía esmerada, quien la ha puesto por escrito. Contengo las ganas de leer el documento hasta llegar a casa y arranco de una vez.

No me gusta escribir a ordenador. Se me da mal teclear y pierdo mucho tiempo para contar cualquier cosa. Lo que sea. En clase suelen permitirme que entregue los trabajos a mano. Dicen que

tengo buena letra. Por eso en mi blog cuelgo tantas fotos y escribo sólo cuentos muy breves, porque las imágenes se cargan deprisa y esos relatos exigen poco texto. Pocas teclas. A veces los textos ni siquiera son míos. Se los inventaba Marcos. O Raúl. Dependía de la foto que yo hubiera colgado. Casi siempre películas que veíamos juntos o que decíamos que queríamos ir a ver. Sólo tenemos dieciséis, así que hay muchas que no hemos tenido tiempo de descubrir aún.

Raúl y yo nos encargamos de anotar los títulos que nos apetecen. Los sacamos de revistas de cine y de un par

de fanzines *on line* que leemos casi a diario. La última que he anotado es *El crepúsculo de los dioses*, de Billy Wilder. Sé de qué va y hasta he visto algunas escenas en YouTube, pero nada más. Es el tipo de película que le gustaría a Marcos, así que Raúl y yo vamos a tener que hacer un esfuerzo cuando nos sentemos a verla para no echarle demasiado de menos. Lo extraño a todas horas, sólo que no todas las horas son iguales. Las hay peores. Muchísimo. Como cuando es viernes por la tarde y Raúl y yo nos vamos a su casa, o él se viene a la mía, eso depende, y nos ponemos un dvd de la

colección de nuestros padres. El suyo es todavía más consumista que el mío, así que las tiene casi todas. Anoche me confirmó por sms que sí, que también tiene *El crepúsculo de los dioses* y que le ha sorprendido que no la hayamos visto antes.

En el fondo, su padre tiene a Raúl un poco idealizado. Cree que es más listo de lo que realmente es. Pero a todos los padres les sucede lo mismo. No me refiero a que nos idealicen. Lo que quiero decir es que no nos conocen. Y pasa en todas partes. Y en todas las épocas. Por eso me gusta el cine clásico, porque me hace gracia darme cuenta de

que lo que allí pasa sigue ocurriendo hoy. Como en las de James Dean, que son las que más le gustan a Marcos. Incluso se enfadó con Raúl cuando le robó el nick. Marcos quería ser Dean, pero Raúl fue más rápido y se quedó con el apodo y con la cuenta de e-mail. Yo por e-mail no tengo una identidad especialmente interesante. No es el tipo de cosa que me preocupa. Tampoco mando demasiados correos, soy una rara —dice mi madre— y prefiero seguir mandando postales e incluso alguna carta.

Nunca he sabido si Marcos se enfadó con Raúl por haberle robado el

nick o por no hacerle caso. Estaba colgado por él, así que tenía que dolerle que Raúl pasara del tema. Es más, tardó mucho en darse cuenta. Su padre lo idealiza un montón, pero Raúl es más bien despistado para las cosas importantes. No tiene capacidad de observación. Ni paciencia para enterarse de lo que sí que importa. Como que Marcos quería algo con él, por ejemplo.

Yo tuve mala suerte, pero eso tampoco es una novedad. Mi madre dice que soy una tremendista, que a los dieciséis años no se puede decir que se ha tenido mala suerte en nada. Pero en

mi caso es cierto.

No creo que sea tener mucha suerte ver cómo encierran al chico del que estás enamorada. Ni saber que ese chico no puede enamorarse de ti aunque quiera hacerlo. Por eso me parecía bien seguir siendo tres, porque era mucho mejor ser tres que pasar a ser uno. Que volver a estar sola. A mí no me resulta fácil hacer nuevos amigos y Raúl y Marcos eran bastante más que eso. Mi madre dice que soy muy joven para ir de novio en novio, pero es que no lo entiende. No son ligues ni rollos, ni tampoco soy una cursi como algunas compañeras de clase que dicen «es mi chico» y cosas por el

estilo. No tengo nada que ver con el rollo Lol, ya sabes, esa peli francesa donde todo era muy bonito y muy cool y las chicas tenían a sus chicos y los chicos tenían a sus chicas. No, qué va. Marcos no fue mi chico, y Raúl no lo será nunca. Son mis amigos, mi mundo, mis compañeros para ir al cine y mis dos mejores razones para pensar que a lo mejor sí tengo buena suerte.

Hay una parte de mí que me dice que yo tuve la culpa. Es una parte de mí que disfruta haciéndome daño con todo lo que hago. Mi madre cree que deberíamos ir a un psicólogo, que mi inseguridad podría ser peligrosa, pero

yo creo que sólo es una manera de ser, y no una enfermedad. Y en este caso, esa parte de mí tiene algo de razón. No debí contarle a Marcos lo de los e-mails del cerdo de Eduardo. Cuando se lo confesé, se cabreó muchísimo. «Mataría a ese cabrón», me dijo, pero yo sabía que no era capaz de algo así. Además, me di cuenta muy pronto de que aquel tío era peligroso. No me gustó el tono de sus correos. No soy una presa fácil, eso pienso. A la semana, el coche de Eduardo apareció rayado. Una especie de llamada de atención, supongo.

Durante un tiempo todo volvió a la calma, pero luego los e-mails de ese

cerdo se repitieron. Empeoraron. Yo no quería contárselo a Marcos, llevaba unos meses tan triste por lo de su madre que no podía compartirlo con él. Ni con Raúl. No sabía a quién decirle que aquel tipo había vuelto a escribirme y que sentía ansiedad cuando llegaba al instituto. Entonces mi madre insistió en el psicólogo y mi padre volvió a sus interrogatorios sobre el tráfico de drogas y yo, que no podía con tanta presión, acabé llorando como una tonta y abrazándome a Marcos.

Se lo conté. Le dije que estaba muy asustada. Que en esos correos me pedía cosas. Me amenazaba. Que me daba

pánico hablarlo en casa. ¿Y si mis padres pensaban que era culpa mía? ¿Y si no lo entendían? Lloré, lloré como no lo había hecho nunca y Marcos me consoló lo mejor que pudo. Cuando nos despedimos vi una expresión en él totalmente desconocida para mí. Estaba tan cabreado que me temí que, esta vez sí, hiciese una locura. Quise retenerlo, calmarlo, pero ni me sentía con fuerzas ni él quiso dejarse serenar. Esa misma tarde tuvo que hablar con Henry, porque a la mañana siguiente el coche de Eduardo apareció completamente destrozado. Por segunda vez había volcado su ira en el objeto, jamás en la

persona. ¿No lo entiendes? Si Marcos no fue capaz de agredir a ese pervertido, ¿cómo iba a atacar a su familia?

Después de todo aquello, a Marcos le pusieron una buena sanción. Yo intenté ayudarle y me fui a hablar con Sonia. Ella tomó nota de todo y me exigió que fuera muy discreta. Que no contara nada «por el bien de la investigación policial». Ojalá no le hubiera hecho caso… En el instituto empezaron a mirar a Marcos como si fuera un delincuente y en casa fue su padre el que le recordó la sanción a golpes. Él no me lo decía, es un tío muy orgulloso, pero de vez en cuando

aparecía con moratones mal disimulados, casi siempre en zonas donde no se vieran a simple vista. En eso su padre, que presume de ser muy creyente y muy recto y muy moral, aplicaba la palabra de Dios según le convenía, sin demasiado diálogo.

A partir de lo de Eduardo, Roberto empezó a creer que su hijo no sólo era un maricón y un degenerado, sino que también era, cómo no, un violento y poco menos que un terrorista. Es lo malo de tener esta edad, que todo se interpreta a la tremenda, como si no pudiéramos tener ataques de ira o de rabia sin que todo el mundo pensara que vamos a ser

unos asociales o unos psicópatas. Marcos no lo es, desde luego. Marcos sólo estaba harto de no poder ni respirar. De que su padre y el chulo de su hermano Ignacio se metieran con él por ser gay. De que no le dejaran hablar ni con Raúl, ni conmigo, ni con Henry. Por eso les pedí a mis padres en verano que me ayudaran con la idea de la casa de la playa. Sólo eran cinco días fuera. Cinco días juntos y en libertad… Ellos me hicieron caso y hablaron con Roberto. Se pusieron tan pesados y le dieron tantas explicaciones que no pudo negarse, habría quedado como un capullo si lo hubiera hecho.

Desde la playa todo empezó a ser distinto entre nosotros. Raúl se creyó que era mi chico y Marcos asumió que debía renunciar a Raúl y cambiarlo por otros tíos. Yo me quedé un poco en tierra de nadie, entre un novio majo pero que del que no estoy enamorada y un amigo genial con el que era imposible ir más allá. Un desastre, la verdad. Porque los tres sabíamos que aquello no podía durar mucho de esa manera, aunque nos empeñásemos en llevarle la contraria a lo que, según la mayoría, es lo normal. A Raúl esa palabra le pone enfermo. Y a Marcos, también.

Pero después de la playa no sólo

cambiaron las cosas entre nosotros tres. Fue mucho peor lo de Marcos y su familia. Su padre seguía cabreado con él, por haberse ido y haberlo dejado en evidencia, eso le dijo, así que volvió con el castigo del curso anterior. Ni móvil, ni salidas, ni Internet. Igual que en una cárcel, pero sin rejas. Ahora ya ha conseguido lo que quería. Ahora ya sí está en una cárcel de las de verdad. Como la de *En el nombre del padre*, que fue otra de esas pelis antiguas de los noventa que nos gustó a los tres (creo que la vimos en la tele, no sé, no lo recuerdo).

Como controlar a Marcos no era tan

fácil, se buscó un aliado: Ignacio. Es el mayor de todos y, desde siempre, ha sido el más perfecto. O eso decía su padre. El más estudioso, el de las menciones de honor, el más responsable de los cuatro… Y el más cabrón. Se pasaba el día machacando a Marcos, y su padre, en vez de poner paz, le reía las gracias. No sé, no tengo hermanos, pero si los tuviera, no creo que mis padres pasaran del tema como hacía él. Su madre sí que intervenía cuando todavía estaba viva, pero tampoco pintaba mucho en aquella casa. Marcos dice que no fue un accidente. Que simplemente no pudo más. Estaba obsesionado con que

su padre la maltrataba, pero jamás vio nada que le pudiera hacer pensar eso.

Su madre tampoco hablaba mucho. Ángela era maja, pero un poco antigua, como de otra generación. Marcos me dijo que la había visto beber cuando su padre no estaba en casa. Que una vez estuvo a punto de hacer la maleta y largarse, pero que no fue capaz porque se dio cuenta de que Marcos la había descubierto. Él sólo tenía seis o siete años, así que tampoco podía estar seguro de haberlo visto bien. Desde pequeño siempre se había sentido un bicho raro en esa casa.

Raúl y yo creíamos que debía

contárselo a alguien. Pero Marcos no tenía pruebas de nada. Su padre era rígido, pero perfecto en su matrimonio. Ni un insulto. Ni un grito. Ni una amenaza. Por lo menos, cuando él y sus hermanos estaban delante. Puede que Marcos se lo inventara para llamar nuestra atención —es un poco egocéntrico—, y que su madre simplemente no siguiera enamorada de su padre y que atravesaran una mala racha. Puede que ella bebiera un poco más de la cuenta tras una discusión y que tuviera aquel accidente sin que su padre fuera el monstruo que él nos contaba. Eso no tengo forma de saberlo. Marcos

dice que a lo mejor había otra maleta en ese coche. Que quizá se han ocultado datos. Que a lo mejor no fue un accidente, sino una huida. Que desde que él empezó a saber quién era de verdad las cosas empeoraron mucho en casa. Su madre intentaba entenderlo y su padre…, bueno, su padre decidió que aquello era una enfermedad que había que erradicar. Una estupidez pasajera, eso le dijo, culpa de sus malas amistades.

Según Marcos, las discusiones empezaron a ir a más. A él sí que lo llevaron a un psicólogo, uno de esos que quieren convencerte de que eres otra

persona distinta a la que eres. Uno que le decía que estaba enfermo y que tenía que curarse cuanto antes… Su madre no estaba de acuerdo. Ni en eso ni en casi nada de lo que pasaba en esa casa. Por eso, según Marcos, empezó a beber cada vez más. Como la noche en la que cogió el coche para no regresar. Marcos culpó a su padre de la muerte de su madre. Y su padre pensaba que el culpable era Marcos. Eso hizo que la convivencia entre los dos fuera un infierno. Y cada vez peor… Marcos dejó de hablarnos del tema y Raúl y yo teníamos que deducir lo que pasaba. Y lo que pasaba, al menos lo poco que veíamos, no

parecía nada fácil. Hasta que… Bueno, hasta que estalló todo. Y quizá sí, quizá Marcos no ha querido darnos su versión porque todo ocurrió como nos han contado… Pero no. No fue así.

Yo sé que no fue así. Y lo sé porque sigo enamorada de él como una imbécil. Aunque prefiera hacérselo con Henry, el creído ese que va de chulo porque es mayor que nosotros y porque se pone camisetas oscuras en plan gótico. Sí, soy una idiota. Porque hasta le dije que me gustaba la chorrada esa de Batman —creo que llegué a poner una imagen en mi blog— para que me contase lo que se traía con aquel chico y por qué no se

quitaba esa camiseta… Como si fuera el amor de su vida. Incluso después de que su novio el gótico viniera al Darío en el recreo para dejarle claro que no eran nada, tan sólo colegas, porque eso sí que me lo contó. Marcos quiso darle un morreo allí mismo, pero Henry se apartó y le ofreció seguir siendo amigos, salir de fiesta, ligar con alguien si podían y, si no, enrollarse juntos de vez en cuando. Una pasada, vamos. Para eso, pensaba yo, podía seguir todo como en la casa de la playa. Saliendo los tres y, cuando se pudiera, enrollándonos sin más problemas.

Le odié por preferir a Henry.

Marcos hacía esfuerzos de todo tipo por verlo y hablar con él. En los recreos. Cinco minutos antes y después de las clases. Por chat. Aquella semana, en concreto, estaba medio tonto con el tema. Debió de pasarles algo en verano, ese algo que tanto había cabreado a su padre y por el que casi no le deja venirse a la playa con nosotros, porque Marcos insistía mucho en no sé qué aventura nocturna y en cómo se lo había tomado su padre. Como el tema me cabreaba, no le pregunté más. No quería saber ni una palabra de aquella tontería. Las aventuras de verdad eran las que vivíamos juntos. Marcos, Raúl y yo. Lo

demás era estúpido. Como Henry. Como Marcos cuando estaba con Henry. Raúl me dijo que estaba harto de mis celos y aquella primera semana del curso los tres nos rayamos muchísimo. Poco a poco se nos fue pasando y Marcos nos propuso ver una película juntos el domingo. Ese último domingo.

A Raúl y a mí nos sorprendió su idea, porque sabíamos que su padre seguía sin dejarle salir de casa. Estoy convencida de que odiaba saber que su hijo era gay, por eso insistió en lo del psicólogo y en que cambiara de amistades. Ignacio y él habían leído su correo: se habían metido en su

ordenador y hasta en su móvil. Ignacio era quien se encargaba de vigilar, el hacker soplón de la familia. Es un antiguo, como su padre, de esos que van mucho a misa y se creen todo lo que les cuentan, porque están seguros de que todo es pecado y de que se van a quemar en el infierno si no se encargan de llevarnos a los demás por lo que ellos piensan que es el buen camino. A mí Ignacio siempre me ha parecido un cobarde, sobre todo porque machacaba a su hermano y se metía con él. Marcos pasaba, pero le dolía mucho que le llamase maricón, porque se lo llamaba así, a la cara, delante de su padre y

delante de todos. Los otros dos hermanos hacían como si nada, no querían que les tocase el encierro también a ellos, así que se callaban. Sabían que lo que le estaba sucediendo a Marcos no era justo y lo apoyaban mucho fuera de aquella casa, pero dentro nunca hicieron nada, les daba miedo que les castigasen y marginasen también a ellos. Fueron muy egoístas, supongo, igual que lo fue Marcos cuando conoció a Henry y pasó de mí. Tanto egoísmo debe de ir en los genes de esa familia, la verdad.

Aquel domingo Marcos nos dijo que se lo iba a saltar todo. A su padre. A su

hermano Ignacio. Lo que hiciera falta. «Esta noche salgo. Sí o sí», ése fue el sms que me mandó por la mañana. A la policía le pareció que aquello lo explicaba casi todo. Bueno, en realidad no explicaba gran cosa, pero es todo lo que han encontrado. A mí, cuando lo vi, el mensaje me pareció increíble. No sólo iba a salir de casa, sino que contaba conmigo para eso. Yo (sí, yo, y no Henry) era su plan. El primero de todos. Eso me hizo feliz por un momento. Pero el momento no duró casi nada, porque enseguida todo se fue a la mierda.

No sé cuántas veces me han

preguntado por lo que te voy a contar ahora. La policía ha insistido una y otra vez. Lo entiendo, claro que lo entiendo. Pero lo que no entiendo es que no hayan hecho ningún caso de lo que les he contado. Aquel domingo, cuando todo ocurrió, Marcos hizo sólo una llamada con su móvil. Podía haber intentado contactar con Henry, pero no fue eso lo que hizo. Me llamó a mí. A mí. Aunque las nuevas aventuras las viviera con ese imbécil, la vida de verdad la seguía compartiendo conmigo.

Cuando descolgué me asusté mucho. No me respondía. No decía nada. Sólo el silencio. Y de fondo, alguien que

lloraba. No sé quién era. El llanto no se cortaba y Marcos seguía sin abrir la boca. Le pregunté. Intenté que me dijera qué hacer. Me dio la impresión de que tomaba aire y lo único que me dijo fue: «Oigas lo que oigas, yo no he hecho nada». Luego escuché la puerta y la voz de su hermano mayor. Ignacio comenzó a gritar y debió de lanzarse sobre Marcos, porque el móvil se cayó al suelo.

Entonces fue todo muy confuso, yo seguía oyendo voces, pero ni siquiera estaba segura de quién decía qué. Marcos sólo repetía algo así como «ha sido él» y me pareció que Ignacio le golpeaba, no sé, sólo se oía ruido. El

llanto de fondo continuaba, así que me imaginé que quien lloraba era Adolfo, el hermano pequeño. Enseguida pude escuchar cómo Ignacio llamaba a una ambulancia y, justo antes de que se diera cuenta de que el móvil de Marcos seguía abierto, Adolfo intentó decir algo. «Marcos no. Él y yo… Marcos no». Lo repitió tres veces antes de que alguien —Ignacio, Marcos, quien fuera— cortara la comunicación. Todo lo demás sucedió muy deprisa. Se lo conté a mis padres, llamaron a la policía y, bueno, lo demás ya lo sabemos. O creemos que sí que lo sabemos.

Desde ese día he tenido muchas

ideas sobre lo que pudo suceder, pero ninguna me parece posible. Lo peor de todo es que carezco de pruebas para demostrar que tengo razón, pero estoy completamente segura de que Marcos no me mintió en aquella llamada. «Oigas lo que oigas, yo no he hecho nada». Marcos nunca ha sido un cobarde. Ni un mentiroso. Es un egoísta, sí, como cuando nos quiso cambiar a Raúl y a mí por el plasta de Henry. Pero no un asesino.

La policía habló con sus hermanos. Ignacio declaró que había encontrado a Marcos con las tijeras en la mano, después de que se las hubiera clavado a

Sergio. La última persona que habló conmigo del caso era una investigadora bastante simpática a la que no le cuadraba que Marcos hubiese empleado primero una máquina de escribir y luego unas tijeras. Si es un animal, o un loco, como han dicho en la televisión, ¿por qué no seguir con la maldita máquina? ¿Y por qué si sus hermanos estaban allí no lo detuvieron? ¿No les dio tiempo? ¿No fueron cómplices suyos, en cierto modo?

Haz lo que quieras con esta carta. Publícala. O quémala. O utilízala para lo que te venga en gana. Yo sé que Marcos no lo hizo. Porque si Marcos

hubiera hecho algo así jamás me habría llamado para negármelo. Aunque se enrolle con Henry, me quiere demasiado como para mentirme. Al menos, en lo que sí que importa. En eso, Marcos no ha mentido jamás.

Fe de erratas

Los plazos editoriales son necesarios para asegurar que un libro sale a tiempo, pero también son —en parte— los grandes culpables de que lo que aparece en él no siempre esté a la altura de lo que se pretendía. En este caso, algo más de tiempo puede que hubiese beneficiado el resultado de una investigación que, quizá, no llegue a cerrarse jamás. Aun así, y a pesar de que sólo me queda la opción de la hipótesis, he decidido cumplir los plazos, enviar el libro a mi editora en la fecha prevista para que puedan estudiar

su posible publicación y pedir a la investigadora del caso de Marcos que le eche un vistazo a mi original, donde puede que no haya pruebas, pero tal vez sí existan ciertas verdades de las que un análisis policial estricto no habría tenido, en principio, por qué ocuparse.

Preso de mi obstinación, he agotado el tiempo —en realidad, este documento ya debería haber sido enviado y aún me quedan unas páginas que escribir— confiando en que podría localizar por última vez a Ignacio o a Adolfo. El primero se niega a hablar conmigo, haciendo gala de un carácter tan brusco como el que, dicen, tuvo su padre, así

que lo he dado por perdido definitivamente. El segundo, sin embargo, simplemente no existe. Desde mi encontronazo con Adolfo en el patio, su tío se ha asegurado de alejarlo de la vista de todos, a pesar de que sea en su memoria donde se oculta la única verdad posible de este caso, una historia en la que la versión oficial resulta excesivamente endeble a pesar de la contundencia de las pruebas.

Por otro lado, el tenaz silencio de Marcos no encaja con su confesión telefónica a Sandra. ¿Por qué jamás le dijo a la policía o al juez que instruyó el caso que él no había cometido los

crímenes? ¿Realmente lo hizo y sólo trataba de salvar su imagen ante Sandra? Ella se niega a pensarlo, pero no se puede descartar que esa opción sea real. Quizá sólo fue un acto romántico y desesperado. Otro arrebato más, sólo que en este caso no se trató de un estallido violento, sino de un acto puramente pasional.

O quizá no. Quizá, y ahí es donde creo que no me equivoco del todo, su silencio tiene que ver con su interés por proteger a alguien. Puede que quisiera salvar su nombre ante Sandra, pero que no le importase confesarse culpable después si con eso salvaba a alguien a

quien quería de verdad. Entonces pienso en Henry y trato de relacionarlo con los hechos, pero me cuesta creer que hubiera alguien más en aquella casa. ¿Cómo habría entrado Henry? ¿Y para qué? No tiene sentido ampliar el número de actores. No, no era a él a quien necesitaba defender.

Puede que descarte hipótesis verosímiles, pero prefiero seguir ateniéndome a los hechos tal y como se describieron. Roberto. Sergio. Adolfo. Marcos. Y, por último, Ignacio, que llega tarde y descubre todo lo sucedido. La conversación escuchada por Sandra confirma que es verdad que no se

hallaba presente mientras sucedían los hechos, así que los actores se reducen en uno más. ¿A cuál de ellos quería proteger Marcos?

«Marcos no. Él y yo… Marcos no».

Eso es lo que Sandra le oyó decir a Adolfo. ¿Él y yo? ¿Sergio y yo? Pero Sergio y yo, ¿qué? «Él y yo… Marcos no». El problema, como tantas otras cuestiones trascendentes, se encuentra en los pronombres. ¿Quién es ese él? «Él y yo… Marcos no». Y entonces, sólo entonces, parece que lo que pasó sí puede explicarse. Que Marcos no mentía. Que no fue él. Otra vez los pronombres… Él. ¿Y si ese él era

Roberto?

«Esta noche nos vemos. Sí o sí».

Eso decía el sms que recibió Sandra, una de las pruebas que la policía sumó al caso como móvil más que contundente. «Quería salir, su padre se opuso y él reaccionó con violencia». Pero luego llamó para decirle a su amiga que no. Que oyese lo que oyese, no había sido él. Y su amiga lo cree. Y su entorno dibuja una realidad familiar difícil, estricta, asfixiante. A lo mejor sí ocurrió eso: él quiso salir y su padre se opuso. Pero nadie dijo que la violencia no fuera a la inversa, que no viniera de aquel hombre empeñado en que su hijo

fuese diferente al chico que realmente era. Quizá Sergio y Adolfo no eran tan cobardes como Sandra cree, o tal vez sí. Tal vez fueran cobardes hasta que aquella tarde sintieron que la situación no podía continuar y que era preciso apoyar a su hermano.

Puede que Marcos, llevado hasta el límite (¿cuál es el límite de un adolescente?, ¿cuál sería mi propio límite como adulto en un contexto así?) insistiera en que se iba. «Sí o sí». Puede que su padre se pusiera hecho una furia. Que amenazara a su hijo, a pesar de que Marcos era un chico fuerte y atlético. Puede que, intimidado por la obcecación

de su hijo, necesitara algo con lo que asustarlo. Algo más eficaz que una bofetada. Algo que cogió sin ni siquiera pensar, como último recurso ante una situación cada vez más violenta. Puede que ese algo fueran unas tijeras. Que Marcos no se echara para atrás.

«Esta noche nos vemos. Sí o sí».

Puede que Sergio sintiera náuseas ante lo que ocurría. Que se le revolviera algo dentro y le hiciera reaccionar en el peor momento posible. Puede que pensara que, aquella noche, sin Ignacio en casa como aliado de su padre, sí que era posible rebelarse. Puede —sólo puede— que se interpusiera entre

Marcos y su padre. Y puede, o quizá no, que las tijeras que encontraron en el cuerpo de Sergio no hubieran sido clavadas por Marcos, sino por Roberto, en un forcejeo absurdo para evitar que su hijo gay saliera a vivir su homosexualidad fuera de casa con esos amigos con los que rayaba coches y quemaba papeleras.

Pero, sobre todo, puede que no fuera Marcos quien reaccionara con saña ante ese episodio de violencia desmedida. Puede que Marcos sólo asistiera estupefacto al momento en que su hermano pequeño perdía el control. Adolfo, con sólo doce años pero tan alto

como él, apuntando una futura adolescencia tan atlética y corpulenta como la de su hermano, célebre en el instituto por sus episodios continuos de violencia descontrolada —yo mismo había sido víctima del más reciente de todos ellos— desde la muerte de su madre. Puede que Marcos no golpeara a nadie, que tan sólo viera cómo un adolescente de doce años estallaba de rabia y furia contra su propio padre al ver cómo se desangraba en el suelo uno de sus hermanos.

Puede que los golpes se repitieran descontrolados —uno, dos, tres— sin que Marcos —cuatro, cinco, seis—

fuera capaz de reaccionar, porque todo fue rápido —siete—, veloz —ocho—, profundamente estúpido —y nueve—. Puede que Adolfo comenzase a llorar histérico al darse cuenta de lo que había pasado, que Marcos llamase a Sandra para no perder lo poco que quería conservar —ella— y que, cómo no, Ignacio tomase las riendas de una familia ya para siempre destrozada pero que jamás renunciaría al integrismo del que él y su padre seguirían siendo firmes abanderados. Muertos o no.

Puede que Ignacio reaccionase con violencia al descubrir los hechos, que se lanzase sobre Adolfo y fuera el

responsable de los moratones y las magulladuras que presentaba al día siguiente. Puede que Marcos lo amenazara con las tijeras, que tratara de alejarlo de su hermano pequeño y que por eso le hiciera un corte en el brazo derecho. Así que puede —puede, puede, puede…— que Marcos acordase con Ignacio culparse de ambos crímenes si dejaban al margen de todo a Adolfo, quien, de algún modo, tal vez haya heredado la capacidad de violencia irracional de su padre.

Puede que Ignacio permitiese a Marcos que llenase con sus huellas las tijeras y la máquina de escribir a cambio

de salvar la memoria de un padre al que él seguiría honrando como el líder recto y firme que había guiado a aquella familia hacia la destrucción de sí mismos. Puede que Marcos se inmolase para salvar a Adolfo, confundiendo el cariño hacia su hermano menor con la indulgencia ante lo que, con motivo o sin él, seguía siendo un crimen brutal. Puede que, si esto sucedió así, tuviera sentido que Marcos no hablase en el juicio. Que no se defendiese. Que no repitiese ese «yo no he hecho nada» que sí le dijo a Sandra.

Puede que, puede que, puede que. Sólo tengo posibles ideas para un

posible final que no puede escribirse sin la ayuda de la credulidad que quiera poner el receptor. La investigadora a la que espero convencer para que reabra el caso. Los implicados en unos hechos de los que sólo han conocido su propia —y trucada— versión. Los lectores que seguirán preguntándose si alguna vez se sabrá con certeza qué ocurrió de verdad.

Yo tampoco lo sé. Tan sólo he intentado imaginarlo. Dar forma a un hecho que me aterra porque no quiero concebir la crueldad ni la violencia exentas de una causa. Así que tal vez todo esto no sea más que mi deseo de explicar una historia trivial. Un episodio

más de violencia con los que acostumbramos a llenar titulares y reportajes de dudoso gusto televisivo. Puede que, a pesar de lo que yo quiero creer, todo sucediera como dicen que sucedió. Que Sandra mienta en sus recuerdos de lo que creyó haber oído en aquella conversación a través del móvil. Que Marcos hiciera lo que dicen que hizo. Sin sentido. Sin causas. Sin porqués. Eso haría que fuera inútil todo cuanto he investigado estos dos meses. Convertiría en absurdo todo cuanto he escrito. Pero de algún modo creo en esa letra redonda y pulcra de la carta de Sandra. Y en los comentarios de Álvaro.

Y en el emotivo relato de Raúl. Y en la sinceridad de Álex y de Dani. Y en el trabajo constante de Sonia. Y en la ética de Íñigo y de Mayte. Y en el cinismo pragmático de Gema. Creo en todo eso y el resultado de esa suma no es la certeza, sino una enorme duda.

Un gigantesco *quizás* que me hace volver a pensar que Marcos jamás empuñó unas tijeras. Ni una máquina de escribir. Ni nada que no fuera su propia identidad y una camiseta raída perteneciente a su supuesto novio. Puede que no tuviera más armas que esa camiseta y esa verdad, la suya. Puede que todo esto no sea más que la

consecuencia de una sociedad errática que ya no sabe cómo canalizar su furia. El resultado de una edad —¿la suya o la nuestra?— que no sabe cómo canalizar su ira.

Agradecimientos

Esta novela no habría sido posible sin la contribución, directa o indirecta, de muchas personas y, sobre todo, de muchos amigos. En primer lugar, quiero darle las gracias a mi editora, Miryam Galaz, por su entusiasmo y su profesionalidad. Ojalá éste sea el principio de un largo camino juntos… Gracias también a Belén, por cuidar con tanto mimo de este texto en cada fase del trabajo. Gracias —inmensas y rotundas — a mis amigos —Mercedes, María Jesús, Ana, Lydia, Helena, David, Yol, Pal, Rafa, Ainhoa…—, que han

soportado mis dudas e inseguridades a lo largo del complejo proceso creativo de *La edad de la ira*. Y, cómo no, gracias a Silvia, Paloma, Nuria, Eva, Carol y Alberto, mis *armandeños*, por tantos años juntos, estrenando e inspirando mis textos teatrales, dándome motivos para seguir escribiendo y soñando.

Todos los hechos de esta novela son ficticios, pero muchas de las emociones expresadas por los personajes están inspiradas en los cafés y recreos —más que reales— compartidos con mis compañeros —Camino, Pilar, Gracia, Marichu, María F., Carmen Y., Amador,

Santos, Marta, María J., Vanessa, Tonia…—, colegas en esta lucha quijotesca de la educación. A ellos, a los ideales que nos unen, quiero dedicarles estas líneas.

Y, por supuesto, gracias a mis alumnos, a todos los chicos y chicas a quienes he tenido la suerte de dar clase en estos años. A los adolescentes de los que aprendo cada día y que siguen buscando, igual que nosotros, su propia Ítaca.



FERNANDO J. LÓPEZ (Barcelona, 1977). Novelista, dramaturgo, director teatral y profesor de Lengua y Literatura en un instituto madrileño.

Como novelista, obtuvo el Premio Joven y Brillante por *In(h)armónicos* (Ópera Prima, 2000), de la que la crítica

destacó su «eficacia narrativa» (Babelia). Con *La edad de la ira* (Espasa, 2011) se ha consagrado como uno de los autores más destacados de su generación: «ha granado ya en gran novelista» (Luis María Anson, El Cultural), «Es uno de los escritores que más promete» (Ignacio Amestoy, El Mundo).

Ha escrito más de una veintena de obras teatrales (*El sexo que sucede, Melibea, La soledad de dos*…), estrenadas en su mayoría por la compañía *Armando no me llama*, de la que es director.